

LEGADO DE M. P. F. G.  
Y R. DE GARCIASOL

La triple revo-  
lución ♦ El nue-  
vo estado ♦ La  
nueva sociedad

por  
WALTHER RATHENAU



Precio: 4 ptas.

Imp. y Talleres de Fotograbado  
Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)

BIBLIOTECA NUEVA ♦ MADRID

AHH

819622

LA TRIPLE REVOLUCIÓN  
EL NUEVO ESTADO  
LA NUEVA SOCIEDAD

LA TRIPLE REVOLUCIÓN  
EL NUEVO ESTADO  
LA NUEVA SOCIEDAD

PRESTAMO



LEGADO DE M. P. P. B.  
Y R. DE GARCÍA

LIBRERIA NUEVA MADRID

47/1484080  
9

WALTHER RATHENAU

# LA TRIPLE REVOLUCIÓN EL NUEVO ESTADO LA NUEVA SOCIEDAD

(TRES ENSAYOS)

TRADUCCIÓN DE  
J. PÉREZ BANCES



LEGADO DE M. P. F. G.  
Y R. DE GARCIASOL

BIBLIOTECA NUEVA  
MADRID

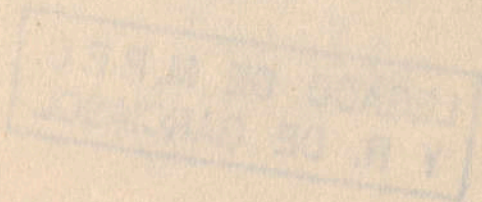
AHM  
229918

PRESTAMO

LA NUEVA SOCIEDAD  
EL NUEVO ESTADO  
LA TRIPLE REVOLUCIÓN

(Tercer tomo)

TRADUCCIÓN DE  
J. BÉREZ BANCOS



I  
UNA REVOLUCIÓN SIN BUSCARLA

No hay duda: lo que llamamos revolución alemana es una desilusión.

Hay que desconfiar de todo regalo del acaso y de todo producto de la desesperación.

No es una cadena que se haya roto por obra de un espíritu y una voluntad, es una cerradura que se ha oxidado. Cayó la cadena y los libertados quedaron estupefactos, desconcertados, perplejos y contra su voluntad hubieron de moverse. Los que más rápidamente se movieron fueron los que en ello vieron su provecho.

Llamamos revolución alemana a la huelga general de un ejército vencido. Llamamos contrarrevolución alemana a la vuelta al trabajo de un ejército de prueba.

Los obreros se han puesto en la silla y cabalgan en el antiguo paso de huelga. El pueblo quedó apartado y eligió un parlamento burgués. La social democracia aburguesada, dejó que la sustentasen en la casa burguesa, y se conformó con la dirección, una dirección sin poder. Los extremistas corren al lado del caballo y lo azuzan con el látigo del bolchevismo.

No es extraño, pues no había nada preparado.

Todavía hace cinco años la social democracia alemana,

## W A L T H E R R A T H E N A U

no sabía si desear seriamente la forma de gobierno parlamentario. Aprobó la guerra, porque sentía que sus masas lo pedían. Aprobó también la guerra submarina. Todavía en el último año de guerra la cuestión del derecho electoral prusiano les era indiferente a las masas. Las dos revoluciones rusas de 1917 y la paz de Brest no produjeron el menor efecto. Hasta en los días de Noviembre de 1918 no había ambiente revolucionario, no había más que cansancio en el país y disgusto en el frente. Los que cambiaron de criterio en 1914 fueron los mismos que cambiaron de criterio en 1918 y los que cambiarán en 1920.

La revolución no fué un producto de la voluntad, sino un producto de la repugnancia.

No había teoría ni entrenamiento revolucionarios.

Dos generaciones antes de la Gran Revolución francesa, los enciclopedistas franceses habían preparado el derribo y la reconstrucción. La inteligencia rusa se había entrenado durante dos generaciones espiritual y prácticamente. Alemania dormitaba en las experiencias manufactureras del año cuarenta, cambió la teoría marxista en un símbolo escatológico y quiliástico, y vió en el socialismo un movimiento sindical de salarios, unido con el parlamentarismo.

No había ni siquiera anhelo revolucionario. El país admiraba públicamente al militarismo brillante, y en privado se dedicaba a una murmuración inofensiva. No se sentía la injusticia interior del orden social; al que hablaba de ella se le dirigían miradas desconfiadas; ¿cómo podía cambiarse las frases retóricas con la realidad política? La maquinaria del partido socialista, un Estado para sí, organizada para un trabajo pacífico de un siglo, se aniqui-

## L A T R I P L E R E V O L U C I O N

laba a sí misma en el momento en que tomaba en serio su objetivo revolucionario.

El convertir las células individuales del cerebro del pueblo, en conciencia general, es un proceso largo que requiere decisión. Aunque fuésemos un pueblo creador de formas, lo que no somos, nos faltaría aún una generación encargada de aquel trabajo que lleva los pensamientos nuevos del taller solitario en que se engendran a la conciencia de la masa, de la mano de espíritus intermediarios. No es la precipitación rápida de los arroyos de montaña de agua pura y helada la que riega la tierra, sino el agua tibia y mezclada de las corrientes de menos impetuosa caída. El espíritu necesita camino, tiempo y amplitud, para crear acontecimientos.

Pero hasta las fuentes faltan. Desde Lutero no se ha atrevido la raza alemana a alimentar pensamientos revolucionarios; no ha osado revelarse nunca contra la superioridad. Desde hace cien años nuestro pensamiento era filológico y físico; aquellos a quienes el Estado comisionaba para pensar dormían el sueño del historicismo.

El pensamiento sale del sentimiento. ¿Quién osará sostener que en Alemania ha existido o existe un sentimiento de justicia social, de ennoblecimiento del orden del mundo, de santificación de la vida? Descontento sí ha existido, y existe, pero el descontento no es ni sentimiento ni idea. Ni siquiera hemos llegado a crear un ambiente revolucionario, a cuyo calor hubieran podido engendrarse ideas. Se volvía del revés el descontento y de aquí se sacaban deseos, deseos que eran y tenían que ser materiales.

No puede ser negado el hecho de que el 1.º de Agosto

de 1914, el pueblo alemán, con contadas excepciones, vió cumplidos sus aspiraciones y deseos. Esto no debe negarse ni oscurecerse; desde entonces se han producido desilusiones, pero las desilusiones no justifican las ideas. Se han modificado y agudizado algunos intereses, pero los caracteres siguen siendo lo que eran. Los mismos que entonces aprobaban el imperialismo, la autoridad, el nacionalismo y la dictadura militar, aprueban hoy la revolución y la dictadura del proletariado. Las fuerzas impulsoras siguen siendo la autoridad y el interés.

Sin duda se ha producido algo positivo: ha aumentado el conocimiento. Poderes venerados se han revelado como ídolos huecos. La necesidad ha hecho más activas a las masas inertes, las rígidas instituciones se han hecho más fluyentes, se discute lo indiscutible y se hace problemas de lo que no lo era; y sobre todo se ha aprendido una cosa inestimable: que se puede vivir de otra manera, que se puede vivir de mil maneras diversas.

El gran valor de esta revolución es haber barrido obstáculos, haber creado conocimiento y movilidad, pero ni lo uno ni lo otro son aún idea ni sentimiento.

Miramos hacia Rusia, un país de largos trabajos de preparación revolucionaria. En Rusia domina, es cierto, un pensamiento revolucionario que reza: sumisión de los que nos tenían sometidos. Esta es sin duda una idea y fuera injusto decir que no es más que una idea de venganza, un programa universal. Pues tras ella está la representación y el propósito—inapropiado para la masa—de realizar el comunismo marxista. Con un Imperio perfectamente agrario, no puede acontecer eso, naturalmente. Se ha repartido

la gran propiedad, pero la apropiación comunal del suelo sólo está en el papel. Se ensaya, hasta ahora sin éxito, un socialismo de Estado, sobre la base de una oligarquía dictatorial, con ayuda de una guardia pretoriana; las corporaciones locales han perdido tiempo ha su significación práctica, las corporaciones centrales están equilibradas por el poder de los Comisariatos, y sin embargo, el país sólo vive de los restos del pasado y de las promesas del papel-moneda.

Los métodos rusos no nos sirven, pues en el mejor caso sólo prueban que la economía de un país agrario puede reducirse al cultivo del suelo; las ideas rusas no son nuestras ideas. Como corresponde a la naturaleza de la inteligencia rusa son filosóficas y extraordinariamente dialécticas; son lógica apasionada sobre la base de supuestos indemostrados. Presuponen que la aniquilación del sistema capitalista es un bien superior a todos los demás y que en caso necesario hay que soportar la pobreza, el hambre, la dictadura, el terror y el derrumbamiento de la civilización para asegurar este bien. Se considera como una consecuencia dura pero necesaria, el que hayan de morir cien millones para libertar de la burguesía otros diez millones. Los rusos quieren imponer la dicha forzosa en el mismo sentido y con la misma lógica, que la introducción violenta del cristianismo y la inquisición. Y esta deducción era exacta si el supuesto fuese verdadero; ¿qué importa quemar el cuerpo, si se salva el alma?

Este modo de pensar no es alemán. Nosotros necesitábamos ennoblecer con ideas hasta las tendencias del prusianismo, del militarismo, del absolutismo; nosotros no cree-

mos en una dicha conseguida por la simple mecánica de las instituciones. Aunque no nos disimulemos que una parte de nuestras fuerzas revolucionarias no son más que imperalismo de abajo, rencor de los rechazados, ambición en mangas de camisa, lo que en el movimiento hay de alemán está lleno de hondo anhelo, de anhelo de nueva verdad y nueva justicia, anhelo de ideas. Este anhelo es nuevo, ha nacido con la guerra, es el único bien que la guerra nos ha traído.

La revolución verdadera se decide en el espíritu. Pero no se decide en el espíritu ninguna nueva lucha por lo tuyo y lo mío, por salario y poder. Los intereses se domeñan con intereses, la idea vence por sí misma.

Nuestro país está enfermo. Más enfermo que el planeta febril que tiembla de odio y violencia: pero entre nosotros el odio y la violencia se han vuelto hacia adentro. Aun en épocas sanas éramos informes; ¿puede tomar sobre sí la obra de la creación nuestro cuerpo hambriento, nuestro espíritu abatido?

La revolución externa ha precedido a la interior. Por eso ya hoy ostenta todos los síntomas indignos de la lucha de intereses. En la derecha reina un romanticismo interesado, un radicalismo interesado en la izquierda y en el centro se hacen tratos sobre el patrimonio y la renta. Un parlamento filisteo de tipo medio burgués, incapaz y estancado, excindido en oposiciones irreconciliables, destroza todos los problemas, privándoles de espíritu y prepara la revolución. La falta de peligro de las tiradas radicales anima a tribunos que han cambiado sus convicciones y aplican la patética de sus elogios anteriores de la guerra a las palabras socialización y Consejos obreros.

Idealismo sincero se encuentra sólo entre los extremistas. Pero éstos no tienen otro modelo ni otro pensamiento que Rusia, son criaturas de las masas y están encadenados a ellas, teniendo que adularlas a diario con esperanzas materiales irrealizables. Si descubrieran su corazón, estarían perdidos.

Pero el país enflaquecido y exangüe decae de día en día. La voluntad y la potencia de trabajo están rotas, se desatan las pasiones más repulsivas, la especulación, la avidez de goces, el juego, el soborno; prosperan el ocio y la charlatanería. Se estropean utensilios de trabajo y valores, casas, campos, ganado, la infancia se educa en la rudeza y la ignorancia. Desciende sobre nosotros la indiferencia y la inercia. La seguridad, la confianza y el respeto son cosas pasadas. El espíritu se anega en una charla interminable.

Un año más en esta situación lamentable, que aparezca un jefe decidido de la contrarrevolución y el país afeminado le obedecerá.

Si no se consigue librar a la revolución de las cadenas del interés, de las ilusiones y las frases hechas, nos encontraremos con una democracia ilustrada, falaz, llena de remordimientos, apoyada en el sojuzgamiento de las que no se someten, que superará a todas las oligarquías de clase y pandilla, producidas por el antiguo occidente. Y a esto llegaremos con o sin revolución.

Sólo puede salvarnos la segunda revolución, pero no una revolución de cosacos, sino una revolución de ideas.

## II

### DIRECTORES Y DIRECCIÓN

Se buscan directores. ¿Qué acontecería si volviese Bismarck?

No vendrán directores. Es preciso hablar detenidamente del problema de la dirección para mostrar por qué en esta época alemana no pueden aparecer directores. Aunque se hable más que nunca de directores y dirección.

¿Si volviese Bismarck? Le preguntarían: ¿qué proyectos tiene usted?, y se sonreirían de él. «Confesará usted que todo eso no es nuevo. Hace mucho tiempo que hemos hablado de ello en el círculo, en el café, en el Parlamento. Le probaremos que no es realizable: primero, segundo, tercero. Parece que usted no está bastante informado. Sin duda no sabe usted: primero, segundo, tercero. Por lo demás hace mucho tiempo que se han intentado esas cosas. Usted fracasará y ha fracasado porque: primero, segundo, tercero. Además hiere usted los intereses más importantes: primero, segundo, tercero. No estima usted exactamente las fuerzas. Sus objetivos son: mecánicos, utópicos, no bastante radicales, demasiado radicales, reaccionarios, exactos en teoría, pero equivocados en la práctica, según los casos. Los medios que usted propone son lo mismo) usted no es nuestro hombre, pues: primero,

## LA TRIPLE REVOLUCION

segundo, tercero. Ya ve usted que no está hablando con un cualquiera. Somos más avisados de lo que usted parece creer. ¿Por lo demás, qué es lo que ha hecho usted? Muy poca cosa. Nosotros somos especialistas. Tenemos una zapatería. Hemos estado en el frente. Somos socios de la asociación de fumadores Securiten. Somos concejales. No, señor Bismarck, la cosa no es tan fácil como usted cree. ¿Qué hubiera contestado Bismarck en su época? Nada parlamentario. ¿Qué hubiera pensado? Tengo a mi rey detrás de mí y no me importa lo que digáis.» ¿Y si no tuviera detrás ningún rey? Entonces no se entretendría en discusiones y seguiría su camino.

La época es víctima de un triple error.

En primer lugar, no puede distinguir lo genuino de lo falso, porque no siente, sino que razona. Espera la idea redentora. Si viene no la encuentra clara. Si la encuentra clara, no le parece nueva. Pero nueva no puede ser, pues en una época dialéctica todo razonamiento consta de miembros conocidos. Decide la selección y la combinación; tampoco el arquitecto hace otra cosa que combinar elementos conocidos y sin embargo el edificio orgánico es a la vez bueno, nuevo y verdadero.

En segundo lugar, no quiere hacer sacrificios. La dialéctica ejercitada reconoce rápidamente qué interés resulta perjudicado, pues todo pensamiento daña intereses. Desde este momento está rechazada. Pues se quiere lo mejor, pero ha de ser al mismo tiempo lo mejor para el propio interés.

En tercer lugar, se carece de conocimiento de los hombres de respeto y de confianza. Se quiere a los hombres



eminentes y no se les quiere. Se quiere que hablen, escriban y obren como habla, escribe y obra todo el mundo, para probar que se es su igual. Pero si esto es así, en realidad no se les necesita. Además se sabe cómo se puede contradecir a cualquier idea y a cualquier persona, se desconfía de todo el mundo, como se desconfía de sí mismo. El antiguo sentimiento de autoridad, que no se tributaba a persona, sino a clases determinadas, ha desaparecido, y ya no se respeta nada.

¿Y en otras partes qué ocurre? Cosas muy semejantes, pero no iguales. En los países que más que a las clases atendían a las personas, no se perdió enteramente el sentimiento de la significación de éstas. A los hombres eminentes no siempre se les ama, pero generalmente se les acata y se les considera. No se avergüenza nadie de compartir opiniones ajenas, cuando se estiman justas. No se pretende sufrir de continuo el examen de originalidad y de inteligencia, pulverizando con procedimientos abogadescos todo pensamiento justo. No se tiene por refutada una opinión por el hecho de que sean varios los que la sostengan. Fuera de aquí no se ha soportado la creencia humillante en la autoridad del uniforme y el título, y por eso se respeta uno a sí mismo, se siente respetado y respeta a los demás.

¿Pero es que no hay también directores entre nosotros? Sí, los hay de varias clases: los que tienen simpatías entre los grupos de intereses, los que tienen simpatías en asociaciones, los que tienen simpatías en las asambleas populares y los que tienen simpatías entre los superiores. Se adquiere la simpatía de los grupos de intereses poniendo

el interés por encima de todo, de las asociaciones diciendo lo que todos piensan, de las Asambleas populares exagerando más que el preopinante, y de los poderosos adulando.

Pero tenemos que ahondar más. ¿Cómo era en otros tiempos posible la dirección espiritual? Sobreviviendo alguien señalado por la gracia que hacía capaz de pensar a un pueblo con disposiciones para ello, pero que había perdido el hábito de hacerlo y despertaba lo que dormía en todos, haciéndose espíritu y lengua del pueblo.

El primero y el último de los alemanes que hizo esto, verdaderamente fué Lutero. Luego y a mucha distancia vienen Bebel y Lasalle. Los demás se apoyaban en el poder de las dinastías y ejércitos.

Aún hoy duermen muchas cosas en el pueblo, pero no sin declarar: pues el pensar y hablar general que domina la época ha hecho sonar todas las cuerdas; y los sonidos puros suenan confundidos con los demás. Hacedlos sonar con fuerza para que los oiga la posteridad; los contemporáneos no los percibirán en medio del estrépito.

Pues lo que nos distingue de todas las épocas anteriores es la inaudita boga del pensamiento medio. Un siglo de trabajo abstracto mecanizado nos ha convertido en criaturas cerebrales, en máquinas de dialéctica de masas. Todo el mundo es político, diplomático, teorizante, periodista y ante todo abogado. El pensamiento medio, el pensamiento en formas conocidas que se aprenden con facilidad, con conceptos superficiales, que cambian según la moda, anida en el cerebro del pueblo, impidiendo todo pensamiento profundo. El viajero del tren, mientras se come su

bocadillo, va refutando toda la sabiduría desde Hamurabi hasta Hegel.

Los miembros de la nueva generación, hija de la generación de arrivistas de 1880, crecidos en el desprecio de sus padres, llenos de repugnancia a la mecanización, indignados de la guerra, honrados, implacables, destrozan con sus dientes críticos cuanto se produce. Esta actitud, es justa, revolucionaria, pero contribuye a que persiga la atomización del pensamiento.

¿Hay un país cuyo pensamiento esté tan excindido y que a fuerza de originalidad carezca tanto de ella como el nuestro? Del nacionalismo lamentable al pacifismo ciego, desde el internacionalismo al bolchevismo, todos los impulsos han venido de afuera, ninguno es alemán, ninguno llega a lo hondo del problema. La guerra no podía engendrar ninguna idea, pues se basaba sobre la ventura, la revolución está sujeta a la dirección extranjera y se alimenta de la Sociedad de naciones occidental y del soviét oriental.

Demos un paso más. Parece que pierden terreno las individualidades en la economía espiritual del mundo. La genialidad es una fuerza originaria. Los más grandes hombres de la historia universal son desconocidos; son los gigantes primitivos que arrancaron al espíritu de la penumbra en que vegetaba y crearon la palabra, el número, el fuego, la rueda, el pensamiento y la fe; todavía hoy el hombre creador muestra en su espíritu y en sus rasgos algo primitivo. Pero del mismo modo que el árbol gigantesco sólo se desenvuelve en toda su plenitud aislado, y en la espesura del bosque no es sino un árbol más alto entre otros árboles, así en la espesura del pensamiento colecti-

vo el pensamiento sobresaliente sólo de lejos es reconocible, y no ejerce de cerca su acción.

La obra evocadora no actúa directamente, pide alejamiento en el espacio y en el tiempo, requiere intermediarios. El mundo no se mueve ya por las voces y acciones estrepitosas, sino por la palabra más callada. El camino del pensamiento es largo y complicado.

Por eso es escasa la esperanza en una dirección visible, y si buscamos refugio en la invisible colectiva, nos vemos llevados una vez más a la consideración de la sustancia del pueblo, en cuyos abismos y quebradas ha de trazarse su camino el espíritu.

No sabemos casi nada de las leyes con arreglo a las cuales los espíritus individuales se suman en el espíritu del pueblo, y los caracteres individuales en el carácter nacional. El afán científico precedente que trabajaba con arreglo a fórmulas, ni siquiera se ha planteado la cuestión, y cuando al comienzo de la guerra se pusieron en moda las discusiones sobre los caracteres nacionales, viajeros de ocasión y publicistas desconocedores del extranjero mostraron que el material de observación que poseían apenas llegaba al «Dios castigue a Inglaterra».

En la adición algebraica la suma es mayor que los sumandos, en la espiritual no. La suma del espíritu y el carácter del pueblo, no está determinada por la medida de las partes, sino por su orientación y además por un factor medio, al que metafóricamente llamaría el tamaño del grano.

El mejor ejemplo de esto es Inglaterra. Es raro el inglés profundo, de espíritu cultivado, y acaso no haya nación

alguna más ajena y enemiga de las empresas titánicas. Pero la distribución del espíritu es muy uniforme y el tamaño medio del grano considerable; a la extraordinaria extensión del bienestar material corresponde la extensión del bienestar espiritual. A esto se agrega la analogía magnética de orientación de las unidades intelectuales, que supera, por tradición, hábito y conciencia nacional, las fuerzas excipientes de los intereses y la consecuencia es que Inglaterra figura como la más enérgica fuerza nacional espiritual de Europa.

Más paradójico es aún el efecto en lo moral. El inglés individual es un hombre sincero, que censura de palabra y en hecho la mentira. Lo que nuestros maestros de escuela han leído y repiten incesantemente del «Cant», no prueba nada en contrario. En toda sociedad de trato frecuente hay reglas de urbanidad para aminorar los rozamientos interiores. Se ha convenido tácitamente en no hablar de ciertas cosas, respecto de otras en hacerse como si no existiesen, y en decir otras por cortesía. Entre nosotros ocurre lo que en todas partes, y en todas partes tanto más cuanto con mayor cuidado y experiencia vigila una sociedad su trato. La pregunta: ¿cómo está usted?, no exige contestación detallada. La súplica: póngame a los pies de su señora, no siempre indica sincero afecto a la familia y el deseo: hasta la vista, no es siempre verdadero. Hay determinadas cosas íntimas que ni siquiera se mencionan. Todo esto es «Cant» y cuando se refiere a cosas públicas no es mejor ni peor; no es una categoría de moral, sino de urbanidad.

La extraordinaria comunidad de orientación del espíritu

inglés, y el fomento correspondiente de todos los intereses colectivos, da por resultado que la comunidad nacional formada por individuos sinceros, en el transcurso de los siglos, haya operado con un modo de pensar y una conducta llena de astucia, practicando una política amoral y por tanto útil en el sentido del nacionalismo desenfrenado. Y el carácter del pueblo resultó lo contrario del carácter individual.

El grano del espíritu alemán es heterogéneo, y como los grandes granos son tan ineficaces como el polvo fino, la actividad del espíritu nacional sólo se ejerce en una medida muy modesta. Además, el efecto útil se reduce aún más por una falta total de orientación, que no depende tan solo, como se pretende hacernos creer, de nuestra originalidad creadora, sino en gran parte de inercia, falta de solidaridad, sobreestimación de pequeños intereses. Las fuerzas de nombre contrario se destruyen, y en vez de energías eficaces sólo quedan interiores tirantes.

El secreto del prusianismo consistió en haber encajado las fuerzas alemanas, obligándolas a marchar en un cierto sentido militar y económico. Apenas desaparecida la presión, los diversos elementos vuelven a su antigua confusión y cada uno de ellos pone su orgullo en una ingenua anarquía espiritual.

Por consiguiente, en lo que de nuestra naturaleza depende carecemos de dirección, y somos poco apropiados para ella. Se requerirá una incesante autoeducación de espíritu y carácter para madurarnos intelectualmente para la revolución que se nos ha regalado.

Una ojeada a la Asamblea de Weimar muestra lo si-

guiente: No se ha modificado nada en lo que toca a personas, partidos y excisiones internas, sino que han desaparecido algunas ilusiones y creencias supersficiosas, y con ellas algunos elementos de unificación. Sólo en las extremas izquierdas se han producido nuevas fuerzas y agrupaciones de fuerzas, el nivel cultural ha descendido aún más.

Pero las fuerzas radicales, las más indicadas para tomar la dirección y lograr adhesiones, han comenzado por cometer una falta grave.

Como están necesitadas de la colaboración viva y de la agitación de las masas, y como por otra parte siguen los acontecimientos de Rusia con entusiasta fe y sumisión falta de crítica, se inclinan a considerarse como intérpretes del sentir de las masas y ejecutores de su voluntad y no como guías.

Yace aquí una peligrosa confusión. El pueblo es un concepto colectivo; su querer y su voluntad son fuertes; sus ideas, de momento, débiles. El pueblo piensa en eones; sus ideas momentáneas, a las que se llama opinión pública, son tan fugitivas como los impulsos inconscientemente mudables de una persona, que anteceden a una decisión.

Contra el sentimiento íntimo del pueblo y su querer inconsciente —que expresa sus verdaderas necesidades y determina su destino— no puede ni debe triunfar ninguna dirección; en cambio, ninguna dirección ha de ceder ante la opinión pública, ya se exprese en mítines, en periódicos o en círculos de intereses. El pueblo piensa en tendencias, no en resoluciones políticas. La dirección sólo es buena cuando se adelanta a la opinión pública, y por tanto la contradice; el que quiere escuchar el rumor del

pueblo semeja al educador de príncipes que acomoda su pregunta a la respuesta.

Los rusos han encontrado la fórmula; antes de dejar que la masa decida, ilustrémosla. Dejan en pie las tendencias inconscientes del pueblo, pero no renuncian al derecho de dirigir por sí mismos el paso de la tendencia a la resolución, y a ayudarlo por la violencia en caso necesario.

Si, pues, todo entre nosotros: la época, el carácter, la diversidad de opiniones, la falta de educación, se oponen a que contemos con una dirección; ¿estaremos destinados inexorablemente a recorrer el largo camino quebrado del error y el azar, hasta llegar al equilibrio empírico de las fuerzas? Así lo sostiene la doctrina de la inmutabilidad del carácter del pueblo.

Lo sostiene porque no tiene en cuenta la cabeza de Jano de las masas. El pueblo de 1919 es el mismo que el de 1918, pero su fisonomía y su voluntad han cambiado. El mismo saco de guisantes es diverso, según estén arriba los verdes o los amarillos.

La revolución no es sólo transtocación, es desconcierto de las clases. Y lo que transforma y desconcierta no es la violencia del acontecimiento, sino el conocimiento que le antecede y el que le subsigue. El conocimiento se va formando en las honduras del espíritu del pueblo, y los pensadores son los que lo sacan a la luz. Ahora bien, el conocimiento altera el carácter del pueblo, cambiando la relación de unas clases con otras.

La dirección de nuestra época no es la refleja que se ejerce públicamente en calles y salones, sino la anónima y solitaria en las habitaciones de los escritores.

### III

#### LA REVOLUCIÓN DEL RENCOR

El impulso originario y acaso el más fuerte de toda revolución es el rencor. Y no el rencor contra las instituciones, sino el rencor contra las personas.

Hay que suprimir una de las capas sociales. Esta capa consta de generaciones, familias, personas. Por consiguiente, hay que suprimir personas.

No basta replicar en el tono campanudo de la teoría; ¡ese es un error de pensamiento! ¡La composición de las clases es una relación! Suprimid la relación de dominio y dependencia y habréis suprimido la clase.

Perfectamente. Pero suprimís la relación y la clase no ha desaparecido. Pues la clase no era sólo relación, sino además otra cosa.

En mis «Cosas venideras» he expuesto: la Injusticia decisiva de la clase era la herencia. La clase superior formaba un pueblo por sí sola por el patrimonio hereditario, la conciencia de clase, y ante todo por el monopolio hereditario de la educación y de los conocimientos especializados. Es bastante seguro que la clase superior no es igual por la raza a las inferiores, que está más próxima a los alemanes históricos. Suprimid la relación, y la clase subsistirá, subsistirá como una aristocracia a quien se da de

## LA TRIPLE REVOLUCION

lado, como una sociedad de emigrantes, socialmente desterrada, pero en posesión de conocimientos y relaciones, consciente de sus fuerzas espirituales, dispuesta a resolver, teniéndose a sí misma por indispensable.

Por consiguiente ¿tiene razón el instinto de las masas cuando se entrega al rencor personal: ojo por ojo, diente por diente; dominar a los dominantes, aniquilar a los explotadores, muerte de la burguesía? Aquí comienza lo más hondo del problema. El instinto de las masas tiene razón cuando se da cuenta de que con la supresión de la relación económica no cesa en seguida la diferencia social de clases. Tiene razón cuando ve sus adversarios en las personas, personas que en parte ponen la clase por encima de la nación; tiene razón cuando desconfía de la democracia mecánica que lleva siempre al dominio del monopolio burgués de la educación, las relaciones y el capital.

Pero no tiene razón cuando persigue una política de rencor y apasionamiento personal, cuando para acabar con un monopolio no ve otro medio que el de acabar con hombres, capital y cultura. Esto es no sólo una injusticia moral, sino un error práctico, y ya mostraremos que acaba disolviendo la revolución.

El pensamiento y el sentimiento del pueblo proletario le son casi desconocidos a la clase superior. Los patronos y los superiores militares no conocen más que el aspecto en que estos hombres problemáticos se niegan extrañamente a sí mismos, aquel aspecto que se entrega, que puede y quiere obedecer, que admiraba secretamente al militarismo y acogió con júbilo la guerra. Los directores originarios de las clases superiores aprenden fácilmente

cómo quiere ser tratado el pueblo, pocas veces aprenden cómo es; los que han pertenecido al pueblo se asimilan las ideas de la burguesía, se olvidan de su naturaleza y su experiencia, hablan lo menos posible de la esencia del pueblo, que consideran resultado de las condiciones de vida y que tienen por fácilmente alterable. En cuanto las cualidades humanas puedan ser consecuencia de condiciones de vida—siempre son sus causas—pase la explicación.

Ante todo, podemos esperar que las diferencias de aptitud que aparecen en la escuela se equilibren un tanto por la semejanza del género de vida. Más difícil será de vencer la preferencia dispensada al compañero de trabajo frente al de afuera, el sentimiento de inseguridad y la hereditaria resignación pesimista eslava.

Estas turbias cualidades que contradicen a la idea tradicional del carácter alemán se iluminan por humanidad, espíritu de cooperación, de sacrificio y honradez. Pero forman el fondo de aquel odio desconfiado y profundo, de que la sociedad es culpable, y que ha sido producido por la burguesía, que no ha querido reconocerlo.

Las complicadas relaciones de la vida económica y social son oscuras e indiferentes para el ciudadano burgués; para el proletario son oscuras y al propio tiempo cuestiones vitales, pues le condenan a la vida llena de privaciones del trabajo mecanizado. Se pasa la vida ante un muro de vidrio que le separa del mundo burgués; sobre él aparecen las imágenes de teorías dogmáticas en que cree a medias: pero este muro es más fuerte y más firme que el Estado y la ley. Él siente que aquí hay algo que no está en orden; el diablo se entiende en esta madeja de teorías y leyes.

Pero sea lo que sea, los poderosos se mantienen unidos, llámense como se llamen, y al fin se es el explotado por obra del derecho, de la ley y la fuerza de las armas.

Y explotado, no por las circunstancias, sino por hombres, por hombres visibles que pueden contarse por los dedos, con su egoísmo y su mala voluntad. La prueba está en la vida de los ricos que consumen justamente aquello que nos hace falta. La explotación cambia de nombre, pero subsiste a pesar de revolución y socialización. El rencor y la exasperación contra las personas llega al colmo.

Toda teoría socialista descansa sobre el concepto de la explotación, y este concepto, el más claro y extendido de todos los polémicos, está ligado a las personas.

Con este concepto se une una idea verdadera y otra falsa.

Es verdad que la clase capitalista de la tierra occidental ha determinado por sí propia sus condiciones de vida, y las ha determinado mucho más abundantemente que las de las clases inferiores. Lo mismo han venido haciendo desde hace diez mil años todas las clases dominantes, y no pasaba por injusticia. Pues ese género de vida más libre de cuidados, y el hecho mismo de la dualidad de clases ha creado la civilización y la cultura del mundo, que consistía en que una parte pequeña de la sociedad dominante dirigiese y proyectase y el resto trabajase y ejecutase. Cristo mismo no sintió la injusticia de la relación entre romanos y judíos; ¡daba al César lo que era del César!

Con frecuencia se ha intentado derribar a la sociedad dominante, pero nunca se le ha hecho un reproche moral

de su libertad, ni de la explotación. Ni el señor de esclavos griego o romano, ni el noble alemán, ni el clero católico, ni el patricio holandés, ni el colono inglés, ni el gran terrateniente prusiano pasaban por explotadores.

El mundo no conoce derechos permanentes. Lo que durante diez milenios ha sido justo, se hace injusto al undécimo. La clase dominante no entendió que la mecanización esclavizaba al pueblo bajo.

Cuando la gritaron: por amor a la justicia renuncia a privilegios hereditarios y ostentaciones odiosas, respondió con sarcasmos.

Hasta aquí es exacta la idea; es exacta mientras se trata de que el hecho de la existencia de una clase dominante ha devenido inmoral y de la actitud provocadora de esa clase.

Pero es falso suponer que la escasez del proletariado se debe al exceso de consumo de la clase superior. Mas esta suposición, es la dominante, ella es la que ha creado propiamente el concepto de explotación; en este sentido se repite diariamente millones de veces la terrible palabra, en este sentido suena la indignada acusación: estáis consumiendo nuestra substancia y la de nuestros hijos, devoráis nuestra vida y nuestra felicidad; si vosotros no existiésteis seríamos libres y dichosos.

Hay que asombrarse de que esta pavorosa acusación que nadie ha contradicho seriamente, no haya transformado ha tiempo ya la tierra en una carnicería. Dos elementos poderosos de inercia impidieron la catástrofe: la incapacidad general para figurarse un estado mejor que el existente, y el aislamiento de hombre a hombre creado y mantenido por el sistema político dominante. Pero a pesar

de ello crecía la irritación, el odio no conocía límites, la desconfianza era incurable, la revolución del rencor se había hecho necesaria.

En Rusia es aún hoy la fuerza impulsora. Hacer la felicidad del mundo por obra de una convicción teórica, pero no filosófica, que tiene como verdad central una cuestión de propiedad y rentas, sólo puede conservar la fe y consolar a sus adeptos en la época de los desengaños, manteniendo vivo como adversario de lucha a un objeto de repugnancia. La acusación es la más eficaz de las propagandas, y hay que evocar hasta a los enemigos muertos para explicar el aplazamiento de la lucha y encender nuevo valor en los ánimos.

«Acabad con la burguesía, y os habréis redimido», se dice, y el pueblo ruso cambia de buena voluntad unos señores por otros, una soldadesca por otra, pues se ha encontrado al culpable que será entregado a la justicia y castigado.

La revolución del rencor es la sustitución de una clase dominante por otra: no por la comunidad. Pues excluida de la comunidad está, como es natural, en primer término, la clase destronada, ya que ha de ser castigada y aniquilada, pero también están excluidas todas las capas sociales más radicales que van formándose en lo hondo de la sociedad, cuyo número es ilimitado y que pasan desapercibidas hasta que salen a la luz en la oposición, es decir, hasta que está en el poder la clase que les antecede y ellos formulan su pretensión y su derecho al poder.

Este fenómeno tan importante, porque conduce a la oligarquía y a la dictadura militar, no se tiene en cuenta o se disimula. Es preciso que lo examinemos.

Mientras la primera de las capas sociales oprimidas lucha por la existencia y el dominio, se unen a ella todas las capas siguientes, lo mismo las visibles, que las que aún están en formación, y es como si todas estuvieran en ella contenidas. Cuando la burguesía comenzó su lucha alcanzaba también al proletariado, que pronto se separó luego, llevando en sí el germen del comunismo. Cuando hubo vencido el socialismo ruso se desprendió de él el bolchevismo. Detrás del partido de los independientes, excindido del socialismo alemán, se alza ya un partido más radical, y lo mismo le ocurre al bolchevismo.

Estas excisiones son teóricamente ilimitadas, psicológicamente necesarias.

Ilimitadas: pues todo programa por radical que sea contiene elementos afirmativos y éstos pueden ser negados. Si la primera capa se apoya aún en su concepto del Estado, éste puede negarse a beneficio del cantón, éste a beneficio del Municipio, éste a su vez a beneficio de una asociación cualquiera, y así sucesivamente. La ley puede ser negada a beneficio de una justicia popular, ésta a beneficio de la venganza privada. La propiedad privada puede negarse a beneficio de la propiedad municipal o del Estado o de algunos cabecillas.

La clase que subsiga a la que disfruta del poder llamará a su predecesora traidora, limitada y reaccionaria, cada clase dominante llamará a la pretendiente desquiciada, delincuenta y anárquica.

Y no se objete que esta sucesión de clases acabará finalmente por falta de inteligencias directoras y de masas. Todos los días vemos que aquéllas y éstas cambian de pos-

tura; mientras no estén satisfechas pueden pertenecer unas y otras a cuantas clases se quiera.

Pero el descontento es lo que determina la necesidad psicológica de la sucesión de clases.

Ninguna comunidad dominante puede llenar la ambición de todas las inteligencias, y menos satisfacer todos los deseos de las masas. El bolchevismo ha intentado atraer a su servicio los pocos cientos de miles de intelectuales rusos y no lo ha conseguido. Y en la parte en que lo consiguió no siempre fué con buen resultado; las acusaciones contra los elementos impuros no acaban nunca y el proceso de purificación que se ha hecho necesario, limitará en lo sucesivo a algunas decenas de miles el número de intelectuales realmente responsables. Con esto se habrá instaurado la oligarquía, de la que hablaremos más adelante. Ahora en un país como Alemania en que la cultura y la responsabilidad están tan extendidas no puede ni pensarse que una clase social dominante llegase a monopolizar una sección considerable de la inteligencia.

Por consiguiente, cada clase dominante verá alzarse a su izquierda una poderosa oposición que pretende el poder. El concepto del proletariado en el sentido de una clase política que abraza todo el país con excepción de la burguesía, sólo tiene realidad mientras domina la burguesía y las demás clases están en la oposición. Pero tan pronto como se derriba la burguesía, el concepto del proletariado se trueca en una ficción, y se disuelve en una serie indefinida de capas sociales. Las fuerzas impulsoras de la lucha de clases, a la larga no pueden seguir siendo objetivas, se mezclan más y más con intereses personales, y acaban en



pura política personal, en contiendas de personalidades directoras, como en los Estados bálticos o en las repúblicas sudamericanas.

Mas para defenderse contra la clase próxima que marcha contra ella, a los dominantes no les queda más recurso que declarar: hasta aquí y no más. Hemos realizado todo lo realizable. Las exigencias que excedan de eso son utópicas. Hemos ido todo lo lejos que puede ir la justicia. Más allá empieza la injusticia y conspira el delito. (Definición del delito según esta lógica: una negación más de las que admite el partido dominante.) ¿Pedís razones? Sano sentido común, moral general. ¿No os basta? *Sit pro ratione voluntas*. ¿Queréis violencia? Que la sangre caiga sobre vuestras cabezas: tenemos soldados.

Con esto ha comenzado la dictadura militar, la cual es el último argumento de toda clase dominante. Ninguna se ha pasado sin ella, ninguna podrá prescindir de ella. En esto coinciden Lenin, Bonaparte, y Gengis-Kan: una fuerza militar disciplinada decide todas las cuestiones con la autoridad de un juicio de Dios.

Aunque cada clase pretendiente blasone de amor a los hombres y se atribuya una misión mesiánica redentora, sus directores lo saben muy bien: cuando estemos en el poder gobernaremos con la espada y destrozaremos a cuantos se pongan frente a nosotros, de la derecha o de la izquierda.

Por eso de todas las indignaciones demagógicas la más falsa y repugnante es la que se queja de la violencia en nombre de la humanidad. Es un derecho y un deber político denunciar y combatir los males de la comunidad, es la

más alta labor política construir una vida colectiva justa, no se puede impedir a nadie perseguir fines políticos con los medios envenenados del rencor, pero echar en cara al adversario lo que uno mismo desearía hacer es insinceridad torpe.

En general sería conveniente que se hiciese menos uso en Alemania de la patética de esclavos de la indignación. El creador se entusiasma, el incapaz protesta y el cobarde se indigna. El gran pensamiento expresado del modo más sencillo es patético, la patética de la debilidad es algarabía.

Hemos examinado la revolución del rencor. Es la forma primitiva e interesada de la lucha de clases. No tiene ningún ideal objetivo ni ningún fin absoluto, pues cada clase trae otra en su séquito y el círculo es infranqueable. Cada clase se ve obligada a adoptar una forma oligárquica y a dominar por medio de las armas. La lucha de clases acaba en lucha personal. Los medios degeneran en violencia y demagogia. El rencor perece por las mismas fuerzas que ha desencadenado. Ningún pueblo sana por bajas pasiones.

La revolución que consiste en dar la vuelta a la tortilla: venga lo que venga, ahora vamos a dominar nosotros y vosotros a servirnos; esta revolución no puede combatirse con palabras, porque las palabras nada valen contra las pasiones rencorosas. Pero sí puede ser analizada, y descubierta pierde su fuerza patética moral. Puede dirigirse a los suyos, pero no hacer propaganda espiritual ni hacerse pasar por un ideal de humanidad.

Los derechos de la humanidad no son propiedad exclusiva de la clase A, ni de la B. Un ideal de Estado digno de la revolución, no es una cuestión de clases, sino una cues-

W A L T H E R R A T H E N A U

ción de orden. Ahora es evidente que ni el orden más ideal podrá suprimir la desigualdad espiritual de los hombres, ni la jerarquía de las responsabilidades según las aptitudes. Si es verdad que la clase actualmente dominante posee un número mayor de capacidades, no hay mal alguno en que éstas se pongan al servicio de la comunidad. Una revolución podrá en un instante derribar muros, pero no edificar casas. Puede derogar todos los privilegios que hacían posible la formación de clases hereditarias, preparando así el advenimiento de una sociedad sin clases. Pero este proceso exige generaciones y es un grave error creer que se le apresura sustituyendo una clase dominante por otra. Con esto no se logra siquiera la supresión de la competencia rencorosa, y en cambio se retrasa para una generación la revolución en el sentido de un orden justo y orgánico.

LEGADO DE M. P. F. G.  
Y R. DE GARCIASOL

IV

LA REVOLUCIÓN DE LA NIVELACIÓN DE FORTUNAS

Es la revolución del ciudadano ultra-democrático, del ciudadano social-demócrata, el deseo de transformación suscitado por todas las preocupaciones domésticas, el trabajo duro, la vida sin alegrías, la habitación infecta, las calamidades urbanas, la brutalidad del de arriba, el lujo provocador. Es la revolución clásica, la revolución de escuela. En su fondo está la gran teoría, la consoladora y plausible doctrina de la plusvalía marxista. Se trata tan solo de aplicar uno de los muchos medios que existen para distribuir con justicia la plusvalía entre todos los ciudadanos, con lo cual se verán libres de toda preocupación, la jornada de trabajo descenderá a seis, a cuatro horas, durante pocos años, desaparecerá toda miseria y todos llevaremos una vida acomodada.

Esta teoría ha recorrido el mundo, en ella descansa todo el edificio doctrinal del socialista ortodoxo. Sin embargo, esta teoría es falsa, y lo extraño es que en setenta y cinco años nadie se haya tomado la molestia de refutarla calculando un poco.

Y calculando un poco resulta que la plusvalía es tan exigua, que no constituye un factor social. Además, sólo en una parte mínima puede destinarse al consumo, es de-

cir, a mejorar las condiciones de vida; las tres cuartas partes son indispensables para la acumulación, es decir, para la ampliación del aparato productor.

Con la época del capitalismo medio, cuando Marx escribía, cuando la industria estaba en sus comienzos, el salario real era pequeño y grande el provecho, acaso la plusvalía consumible hubiese bastado para mejorar las condiciones de vida del trabajador considerablemente, ya que no de un modo decisivo. De algunos datos que han llegado hasta aquí sobre la situación de entonces en fábricas de máquinas y locomotoras, deduzco que bien distribuido el provecho, el salario pudiera haber sido aumentado en la mitad.

Para determinar el importe de la plusvalía en nuestra época, tenemos cuatro caminos: Puede partirse de los rendimientos de cada explotación singular, de la renta de los medios de producción empleados en el país, de la renta nacional y del ahorro nacional. Por cualquiera de estos procedimientos se llega al mismo resultado: la plusvalía queda muy por debajo de los diez mil millones anuales; en un sistema de producción capitalista intensa y bajo las condiciones de la anteguerra, que ya no se repetirán, llegaría a lo sumo a los seis mil millones.

Pero esta cantidad nunca ha sido íntegramente consumida, ni puede serlo tampoco; ha servido para ampliar los instrumentos de nuestra economía y habrá de continuar sirviendo para ello; esta ampliación coincide en esencia con lo que se llama ahorro. Una parte muy considerable fluye de las Cajas de ahorro y bancos al bolsillo de los particulares y ha contribuido ya a mejorar las condiciones

de vida generales. Una tercera parte, unos 1.500 millones, ha servido para el lujo de los ricos. Esta cantidad es la que puede repartirse y consumirse; importa unos 25 marcos por cabeza de población, bastante menos que la mejora media de los salarios.

Para que este aumento de 25 marcos llegue bastante intacto a la población, se requieren las siguientes condiciones esenciales: la economía ha de ser tan productiva como antes de la guerra. Las cargas del Estado no deben aumentar. Tiene que cesar toda renta de capital; por tanto no deben pagarse ni indemnizaciones por socialización ni interés por los empréstitos públicos.

Tampoco se puede pagar ninguna remuneración considerable suplementaria al trabajo espiritual muy cualificado.

Por tanto el camino para el bienestar general no es una cuestión de plusvalía o de socialización. La revolución de la equiparación del bienestar descansa en supuestos falsos.

Esto no quiere decir que no pueda elevarse el bienestar, o que toda socialización sea equivocada. El bienestar podrá elevarse por la Nueva Economía, por la transformación en orgánica de la economía anárquica, y la socialización tiene importancia para la cuestión de la distribución del poder, del que ya se hablará. Pero es preciso afirmar y dejar bien sentado esto: la socialización en sí no eleva el bienestar general, no mejora la distribución de bienes y rentas, no disminuye la jornada de trabajo. Se puede querer la socialización por motivos políticos, morales o sociales, pero no se la puede querer por aquellas espe-

ranzas que han movido la revolución material, y que son decisivas al menos para las nueve décimas partes de los adeptos de la socialización; no se la puede querer pensando en la elevación del bienestar general, en la mejora de las condiciones de vida y disminución de la jornada de trabajo, pues estas esperanzas no se realizarán.

Por el contrario; aunque la paz y la guerra no hubieran destrozado por una generación nuestro porvenir material, la revolución económica que se está realizando y se realizará, desconcertaría fuertemente la producción y hará disminuir considerablemente sus rendimientos comparados con los de la época capitalista. Tenemos que considerar cara a cara este hecho y otros más serios, el de la disminución de la inteligencia y de la habilidad técnica. Y si después de examinar al desnudo lo que nos espera, nos decidimos sin embargo por la Revolución, no será ya por una revolución de pequeña burguesía, basada en supuestos falsos y con recetas mecánicas.

Nuestra potencia de trabajo ha disminuído y sigue disminuyendo. Han saltado las fuertes palancas con que el capitalismo mecanizado elevaba al máximo el rendimiento de cada trabajador; cada cual determinará por sí mismo el rendimiento, y se aplicará una medida parca y cómoda. Pero aparecerán nuevas fuerzas para volver al país a su productividad, ante todo las fuerzas de la necesidad.

El valor del dinero disminuye con las reservas agotadas, con el enorme aumento de los signos de crédito, con el crecimiento de las cargas públicas, con la disminución de la producción.

¿Qué significa esto? Aumento de la carestía en todos

los productos, de todas las cosas comprables, y de todo el trabajo. ¿A dónde conduce la carestía? A que todos los bienes, valores y hombres salgan del país, hasta que sobrevenga el equilibrio. ¿Cuándo se produce éste? Cuando hayan emigrado tantos bienes de lujo y confort del país, que disminuya la necesidad de la importación de alimentos. Cuando se hayan exportado tantos valores, que empiece a sentirse el dominio económico de los extranjeros.

¿Qué acontece entonces? No hay ya brazos ociosos. Las exigencias de trabajo suben a su extremo insoportable. La jornada se alarga. Exportamos sudor y sangre. Desaparece toda renovación y producción que tienda a hacer agradable y cómoda la vida, y con mayor razón la producción de objetos de lujo. Surje el peligro de que se ahorre sin tasa en los gastos necesarios para la educación, el culto, la ciencia, el arte y la técnica, y que la investigación, la cultura y la industria descendan a un nivel bárbaro.

Estos peligros que se aumentan por cada una de las cargas del Tratado de paz, son incalculables. Sólo hay un medio de hacerles frente, uno solo. La implantación inmediata y total de la racionalización y organización de nuestra economía anárquica y caótica, la transformación tal como la he descrito en mi Nueva Economía. Son traidores al pueblo alemán aquellos limitados interesados y representantes de interesados que en nombre de una economía libre, y en verdad desenfrenada, pagan una agitación insincera escrita y oral para hacer sospechosas mis ideas y quitarles fuerza. Lo que dicen son mentiras vanas y mercenarias de gentes que no han leído mis escritos

cuando afirman que yo quiero acabar con la iniciativa privada y arruinar a la clase media. Que pasen pocos años y la necesidad obligará a hacer lo que hoy deniegan los interesados para daño del pueblo.

Entretanto una de las consecuencias capitales de la desvalorización del dinero favorece aquella demanda del socialismo, que sustituyendo el motivo ha perdido justificación económica y ha ganado justificación moral: la demanda que pide la supresión de la renta sin trabajo.

Esta demanda se formuló cuando reinaba la opinión de que la plusvalía que hacía posible la renta sin trabajo era suficiente para asegurar a cada ciudadano una existencia cómoda. Ya sabemos que esto era una equivocación.

Sin embargo, la cuestión no queda resuelta con esto. Si había nacido en virtud de consideraciones económicas, ahora nos toca explicarla éticamente. Ya cuando disfrutábamos de un bienestar nacional, las conciencias más finas sentían el excesivo contraste como grave culpa social. En la comunidad de la angustiosa situación presente, la cuestión sale de la esfera de la conciencia para presentarse ante el aerópago de la moralidad pública. Ante el hambre, el lujo y la pompa son intolerables.

Aquí entra en acción primeramente la desvalorización del dinero. Encarece el lujo y desvaloriza la renta. Pero esto no es suficiente e interviene la legislación tributaria.

En primer lugar tiene que allanar una pequeña desigualdad. Al desvalorizarse la renta se descarga al deudor y se recarga al acreedor. Sobre todo en la propiedad territorial procura remedio la contribución sobre el aumento de los ingresos.

Pero el país, desconcertado y cargado de deudas, necesita para ser saneado acudir a remedios heróicos.

Impuestos sobre la renta y el patrimonio, la herencia y la supervalía, el consumo y el lujo, en proporciones desconocidas, que lleguen a las proximidades de la confiscación, son inevitables y justificadas.

Con esto queda rota toda riqueza en el país, más aún todo lujo. Viene luego un combate contra acaparadores y ocultadores, que finalmente se parapetan tras la disculpa de que son alimentados por amigos extranjeros, o de que han ganado dinero al juego. Pero al cabo se produce el equilibrio general, aunque no al nivel del bienestar general, sino al de la general pobreza.

Quiero notar aquí lo siguiente: es preciso acabar de una vez con el error de que hay algún sistema económico — fuera del comunismo puro que exige una transformación total de la cultura del mundo — que pueda por sí solo producir un equilibrio del bienestar. La tarea del sistema económico perfecto es: acortar la jornada de trabajo, espiritualizar la labor y aumentar el rendimiento. La equiparación del bienestar no es cosa de la economía, sino de la sociedad. Este fin lo consigue dentro de los límites deseados y que se consideran justos, por el impuesto. Por eso es un contrasentido la idea popular de la socialización sin indemnización de ciertas esferas de la economía, como la industria, el comercio en grande, la gran propiedad territorial. Si la socialización de una parte de la economía en el sentido del sistema económico elegido es necesaria, hay que llevarla a cabo. Pero no puede ir ligada al castigo arbitrario de las víctimas de la medida. Si el Estado soberano

no quiere proporcionarse propiedades e ingresos ha de hacerlo con justicia e igualdad, es decir, por el camino del impuesto; no puede expropiar al agricultor en provecho del comerciante, o al fabricante en favor del agricultor.

Por la desvalorización de las rentas y por el impuesto puede llegarse a la equiparación de patrimonios, renta y condiciones de vida dentro de los límites prescritos; de este modo se habrá satisfecho una exigencia social en sí justificada, pero sin embargo sus resultados no pueden producirnos una alegría pura.

Se creía luchar contra el capitalismo y se luchaba con la pobreza y fuimos vencidos por ella.

Esto no es una consecuencia de la guerra. También sin la guerra el equilibrio no hubiera conducido al bienestar, sino a la escasez. Ahora nos lleva a la miseria.

Con la riqueza personal desaparecen varias cosas que no eran malas; con el bienestar desaparecen importantes fuerzas vitales.

El arte cambia por segunda vez de señor, pero sabrá acomodarse y no naufragará. Hace mucho tiempo que sus Mecenas no eran el príncipe laico y el eclesiástico, ni la alta nobleza, sino el anónimo bienestar burgués. Ahora lo será la comunidad política. Desaparecerán varias libertades, se mezclarán en él diversos rasgos de política personal, se pierde ingenuidad, triunfan el sentido de adaptación y la tendencia. Lo que antes se decidía en una hora de sosegada meditación, se decide por un discurso, por un folleto. Pero la vida interior del arte no puede ser alcanzada, sino solo los lazos que lo ligan al espíritu de la época.

Cesa el espíritu de beneficencia y ello está bien. La co-

munidad se cuida de la vida, la salud y el sustento, se defienden derechos, no se piden limosnas. Subsistirán la caridad y el espíritu de sacrificio, pero ejercidas predominantemente por intermedio de la comunidad, que pide ser la primera en todo socorro. El dinero de bolsillo que da la madre generosa y calladamente, es sustituido por el dinero que el tutor está obligado a pagar.

Se acaba lo superfluo, salvo cuando es tolerado por consideraciones comunales. El capricho necesita también su pasaporte y muere en el camino de la cancillería, salvo cuando es obstinado y especulativo. Lo necesario es determinado por peritos y cuidadosamente distribuido. El puritanismo no sólo sería aceptable, sino loabilísimo y nos libraría de los horribles productos del mal gusto; pero estos quizás sean los que más resistan, pues no ceden ante organización y reglamentos, sino sólo ante la modificación del juicio.

Donde no se gastan alhajas ni se consumen artículos de lujo, no se producen tampoco, pues el gusto y el primor en la elaboración requieren la escuela del consumo y del juicio general. El sastre de pueblo no puede trabajar para el mercado mundial; una cantina no puede servir la mesa de un embajador. Pronto se pierden las habilidades manuales y decae la educación de los productores para fabricar artículos selectos. Faltando el acicate del consumo, las Escuelas oficiales de Artes e Industrias no logran que el nivel de la producción exceda de lo mediano; nuestros productos serán mecánicos y fríos; ya que no baratos y malos como por los años setenta.

Con el acabamiento de la habilidad manual, de los offi-

cios artísticos, del refinamiento mecánico, habremos de acomodarnos. Y no porque nos corresponda vivir en lo futuro con la mayor sencillez, sino porque entramos en la larga época de la emigración vertical de los pueblos, en que descenderá el nivel de la civilización. En Occidente después que en Alemania, pero allí también a la vuelta de unos decenios. Hace mucho tiempo que el barómetro del Arte señala la depresión que se acerca, la barbarización. Cuando al fin, tras empeñado trabajo, haya aumentado el bienestar del mundo y su capacidad de rendimiento, el primer efecto será la disminución de la jornada de trabajo y por tanto la ampliación de las horas de descanso. Entonces, en las horas libres se harán tanteos y ensayos que llevarán a la renovación de nuestras habilidades y métodos —si es que no hay que descubrir de nuevo nuestro arte y nuestras ciencias— y nacerán gérmenes de nueva cultura.

Más peligroso, sobre todo mientras subsista el imperialismo económico occidental, es el descenso del nivel del rendimiento técnico. En mi trabajo sobre las Sociedades por acciones, he mostrado lo que significa y con qué sacrificios y peligros se paga. La mejor turbina de vapor o locomotora sólo puede producirse allí donde se emplean la mayor parte, las mayores y más perfectas máquinas de esta clase, donde gracias al bienestar de la producción coexisten en mayor número los mejores ingenieros, laboratorios de investigación y campos de ensayo, donde la mayor cantidad de establecimientos suministra mayor número de experiencias, donde las industrias complementarias, competidoras, auxiliares están a mayor altura y contribuyen con sus investigaciones al resultado de conjunto, donde, en

una palabra, reina una atmósfera de florecimiento técnico y científico que actúa sobre el pensamiento y la obra, sobre los hombres y las cosas. Todas las universidades del mundo no pueden sustituir esta atmósfera, ni crearla, pues ellas también necesitan un ambiente de la más rica productividad. Cuando éste falta, puede surgir por azar un invento aislado, pero pronto el extranjero más adelantado lo recoge y lo sobrepasa. A la larga un país no puede vivir de la imitación de una técnica extraña; se pierde la conexión, y pronto se queda atrás.

Luego descende también el espíritu de investigación, y toda ciencia experimental, salvo la que trabaja con aparatos baratos y sencillos, sufre las consecuencias. No hemos de generalizar hasta el principio de que sólo los Estados en que reina el bienestar pueden crear cultura —pues este principio sólo es exacto en el sentido de que son las mismas las fuerzas de vida que producen la cultura y el bienestar de los Estados—, pero en la esfera semimaterial de la técnica y la investigación experimental, no pueden sustituirse la falta de energía y materias primas por el cuidado del Estado.

Pero el peligro cultural más grave y más profundo nace para los países a un tiempo conmocionados y empobrecidos, de la ruptura de la tradición y de la pérdida, al menos de una generación intelectual.

Nuestra espiritualidad estaba en manos de la clase media burguesa. Como en todo Occidente, esta espiritualidad tenía un suelo de arena, pero ahondando moderadamente bastaba para mantener a flote el barco de la civilización. Para crear una clase de responsables espiritualmente

no bastan enseñanza y educación, se requieren además tradición, ambiente, modelos y herencia.

Se produjo un vacío por la pérdida de cinco años de enseñanza durante la guerra, otro por el abandono de la infancia, otro por el agotamiento físico. Ahora la burguesía se hunde económicamente y se rompe la cadena secular de las generaciones. ¿Cómo serán los sabios y técnicos, médicos y jueces, maestros y empleados de la próxima generación? Por rápida, profunda y amplia que sea la reforma y extensión de nuestro sistema de enseñanza y educación, no podrá desatar en un momento las fuerzas, demasiado tiempo oprimidas de nuestro proletariado. Hasta que —y esta es nuestra única esperanza— el proletariado, la baja capa social desconocida y sin historia de Europa, se capacite para producir la necesaria cantidad de fuerzas espirituales, y tome así a su cargo su misión, habrán de transcurrir generaciones. Pero la ruptura con la tradición acontece en el momento más grave de nuestra lucha.

El que estas consideraciones pueden ser mal utilizadas por la reacción burguesa que amenaza, no debe impedirnos a los que afirmamos la revolución, el mirar cara a cara el peligro. No creemos en la revolución del rencor. Desconfiamos de la revolución igualatoria. Y sin embargo, queremos la revolución; la consideración de la responsabilidad hará ver por qué la queremos. El camino secular de la revolución, va a través de reacciones, la primera de las cuales ha comenzado, y por crisis. Es preciso que las conozcamos. Es necesario que nuestra libertad nazca en la cabaña de nuestra pobreza y humillación más profundas, y es al propio tiempo peligro y esperanza. Hemos estado

durmiendo durante el día, y emprendemos retrasados el camino ardiente, cargados con la carga de nuestros antepasados. Hemos de llegar a la cumbre los primeros, aunque sea medio muertos y sedientos.

Resumamos brevemente:

La revolución de la nivelación de bienes parte de un falso supuesto. Cree que distribuyendo la plusvalía, se producirá un bienestar general, cree que la supresión del capitalismo es equivalente a la supresión de la pobreza, quiere igualar los bienes socializando.

Pide de la reorganización de la Economía dos cosas, lo que es demasiado pedir: bienestar y nivelación.

La Economía orgánica puede hacer una cosa: levantar enormemente la producción con los medios de que se dispone, y abaratarla, aumentar el rendimiento, acortar la jornada de trabajo. Esto se consigue con la Nueva Economía que encierra determinadas socializaciones.

La igualación no es en primer término cosa de la Economía, sino de la legislación social. Aunque no mejore apreciablemente las condiciones de vida, se hará y debe hacerse.

Vendrá por la angustia financiera del país, por la desvaloración del dinero, la bancarrota económica, las deudas al extranjero y los gravámenes tributarios. Por encima de esta necesidad, debe venir, por razones de justicia.

En la época del derrumbamiento la desaparición del bienestar privado supone una doble prueba y son imprescindibles peligros técnicos y culturales.

Y sin embargo emprendemos este camino no dando la razón a las ideas de la revolución material, sino dirigiéndonos razonablemente.



## LA REVOLUCIÓN DE LA RESPONSABILIDAD

La historia universal es o debía ser la teoría del flujo de los pueblos sobre la tierra y de su consecuencia, la liberación del espíritu.

El fragmento de diez mil años que conocemos, los acontecimientos sensacionales de algunos pueblos y épocas privilegiadas cuya civilización se encontraba en la crisis del cambio de las relaciones entre las clases, han desviado de la ley nuestra mirada, encadenándola a cosas singulares.

En la «Crítica del tiempo» he dicho: toda emigración de pueblos deja detrás de sí elementos escindidos en dos capas. Lo que entretanto ocurre entre ambas capas: dominación, cambio, mezcla, nivelación y lo que acontece en los períodos típicos: arcáico (feudalismo, gótico), clásico, (aristocratismo, cultura refinada, renacimiento) barroco (democracia y tiranía, técnica, ecléctica y éxtasis), es historia nacional.

En los países de la Europa central y occidental, la transformación de las clases y con ella el fenómeno de la elevación de la cultura se realizó en el transcurso de unos cuatro siglos, en Alemania, demorado por obstáculos exteriores, llegó hasta principios del siglo xix.

## LA TRIPLE REVOLUCION

Entonces ocurrió este extraño fenómeno: las antiguas capas inferiores europeas no habían desaparecido. El crecimiento de la población unido al espíritu cuantitativo y calculador del Occidente había creado la mecanización y su forma económica, el capitalismo, y en el momento en que caían las últimas barreras feudales, cuando en Francia y Alemania se había terminado la emancipación burguesa, en este momento se había constituido ya una nueva capa social inferior formada por la parte más pobre de la antigua y que aumentó rápidamente con elementos industriales y agrícolas decaídos.

Esta clase inferior no estaba sojuzgada como su antecesora burguesa, por la violencia y la ley, sino por los conceptos intangibles en apariencia del Derecho privado: propiedad y herencia, conceptos nacidos en épocas de poca densidad de población y amplio territorio, y justificadas entonces, y que habían penetrado tan hondamente en la consciencia del pueblo, que eran inaccesibles a toda crítica o limitación.

Esta clase inferior no era como ocurría en las relaciones de servidumbre antiguas de sangre extraña; la opresión era entre conciudadanos. La servidumbre había dejado de ser ya la personal, patriarcal, de familia a familia, no era la sumisión política del ilota al Estado; era una servidumbre anónima de clase a clase, en la que el individuo conservaba su libertad de movimientos, pero con la limitación práctica de que nadie podía escapar por caminos normales a su dependencia de clase, y con aparente libertad se veía forzado a buscar nuevos patronos.

Una justificación mecánica objetiva de esta monstruosa

relación, de la que los interesados no tenían consciencia, podía hallarse en la necesidad de acomodar la producción mundial a la nueva densidad de población, lo que sólo era posible poniendo en enorme tensión la fuerza de trabajo, cambiando constantemente los métodos e imponiendo una organización brutal. Y en efecto, en este siglo del proletariado se han casi centuplicado los instrumentos de producción de la tierra, antes estabilizados apesar de lo cual, sin embargo, no bastan aún hoy ni remotamente para dar un sustento digno de hombres a los habitantes civilizados de la tierra.

Es imposible encontrar una justificación moral de la dependencia proletaria. Si el socialismo científico, político y polémico se hubiese transformado en un socialismo ético, hubiera adquirido la fuerza de un movimiento religioso y hubiera alcanzado su fin. Desde sus comienzos su error fué partir de una representación de intereses y perseguir lo que era su derecho exclusivamente por el camino de la lucha de clases; sólo más tarde ha tratado de elevarse a la categoría de una concepción del mundo y de la vida, y esto sólo lo ha conseguido a medias.

Pues no puede añadirse a posteriori y ocasionalmente lo que es esencial. El núcleo sustancial de una concepción del mundo sólo puede ser religioso, esto es, formado por valores absolutos. Pero el socialismo orgulloso de su saber, combatió demasiado tiempo, no sólo a las Iglesias —a esto tenía derecho— sino a la religión que confundía con aquéllas, y por eso sus potencias no eran ideales absolutos, de los que obligan a todos los hombres, sino demandas relativas y por tanto discutibles, que sacaban sus

argumentos más fuertes de los intereses. Pero los intereses, por justificados que sean y por numerosas que sean las masas a quienes afectan, pueden mover, pero no obligar; y en vez de quitar todo contenido espiritual a los intereses contrarios, lo que hacen es fortalecerlos.

Los Estados de la antigüedad fenecieron por la relación de servidumbre en que se asentaban, pues las capas inferiores que aumentan en número no se dejan dominar a la larga por las clases privilegiadas; sólo pueblos sin clases, como China, tienen una vida eterna. La división última de clases y la más inmoral, la proletaria, nació ya herida de muerte. Pero no son revoluciones interiores, como creían los teóricos del socialismo, las que pueden sacudirla, sino catástrofes externas en forma de fuerzas mundiales. La primera ha acontecido ya; el incendio tenía que prender en los puntos de menor resistencia, y en ellos habían de ser mayores los sacudimientos. En Occidente todavía se mantiene y se mantendrá por decenios el edificio. Pero a pesar de la policía de los pueblos se acerca la próxima guerra mundial, que no desataremos nosotros, pero en la que se combatirá también por nosotros; también ella producirá su efecto en los lugares de menor resistencia, esto es, en aquellos en que reina el atraso y la injusticia.

El mecanismo según el cual el desequilibrio social se ha transformado en necesidad política, ha sido y será el siguiente:

En la separación política de los Estados, que había determinado la excisión de sus campos de acción económicos, coloniales, financieros y aduaneros, tras cuya disparidad desaparecían las oposiciones culturales; en este

desmenzamiento creciente de la economía que según las leyes de la mecanización había de ser economía mundial y no podía ser ya economía nacional, tenían interés las clases burguesas superiores, pero no las clases bajas proletarias. Los socios de una empresa mundial reñían y trataban de obtener el mayor número de ventajas; a sus servidores y dependientes les era igual. A pesar del argumento sofisticado de que el bienestar del pueblo sólo podía acrecentarse por la concurrencia nacional, al proletario no le importaba que viviesen más millonarios en la Quinta Avenida, en los campos Elíseos, en Hyde Park o en el Tiergarten. En cambio para los potentados nacionalistas lo importante no era poner en circulación los tesoros de la tierra, sino que los pusiese en circulación su país, y si era posible su casa.

Por eso la revolución del mundo estalló no en el interior de los Estados, sino en sus fronteras, en los lugares de mayor tensión y de menor resistencia. De la presión producida por la transtocación de los elementos de población, he hablado en otro lugar (1).

Los lugares de menor resistencia eran los territorios eslavos y eslavizados, los pueblos de la Europa central y oriental, que no querían tomar en sus manos su destino y su responsabilidad y dormitaban a la sombra de constituciones de apariencia. Pero la causa estaba en la cuestión del carácter del pueblo.

Para comprender el problema por investigar del carácter de los pueblos, piénsese en esta comparación: en un sentí-

(1) «El Kaiser.» Capítulo final.

do un bosque de pinos está formado por agujas de pinos, y sin embargo no basta conocer la aguja para conocer el bosque ni para adivinarlo en modo alguno.

Volviendo una vez más al enigma de los caracteres de los pueblos, habremos de tener en cuenta en primer término, que el carácter del pueblo no resulta de la adición aritmética de los caracteres individuales. Lo decisivo es la analogía de orientación y al lado de ella más que los elementos espirituales y morales, los elementos volitivos.

Poseemos cualidades tales como vida interior, objetividad, laboriosidad, sentimiento del deber, legado noble del alma originaria germánica, eslava y desconocida. ¿Tenemos también voluntad? No lo sabemos. Teníamos la voluntad de nuestros señores, creíamos en ellos ciegamente y ejecutábamos sus mandatos. ¿Tenemos voluntad, de la que es igualdad de orientación, adición, independencia, de aquella que hacia adentro aparece como carácter del pueblo y hacia afuera como dignidad? Hemos obrado como quien posee ánimo y perseverancia, pero no voluntad. La Constitución del Estado nos era indiferente, nos apoyábamos en autoridades, no hemos hecho ninguna revuelta, éramos buenos súbditos y excelentes soldados. Nuestros antepasados se dejaban vender por sus príncipes, dar de latigazos por sus señores, se dejaban llamar canalla, besaban el borde de casacas y colas y no murmurando, sino creyendo en ellas. No nos comprendíamos más que como inferiores y superiores, y no nos asombrábamos de que nuestro país fuese el único en que se trataba groseramente a los hombres.

Bajo la coerción de la más severa autoridad, la puntua-

lidad, la honradez y la escrupulosidad, eran consecuencias naturales y no virtudes libres; eso lo serán tan sólo el día que vuelvan sin coacción. Lo que podemos ser sin coacción no lo sabemos aún; pues no es caso de inducirlo del estado de postración producido por la guerra.

Hemos hecho la guerra sin saber por qué. Oscuros acontecimientos en Servia, una movilización rusa y el rumor de que unos aviones franceses volaban sobre Nuremberg fueron suficientes para que creyésemos en un cuádruple ataque. La subordinación estaba tan arraigada en nosotros que la voluntad y opinión de los superiores era justificación bastante para la guerra. ¡Ay de aquél que osase siquiera preguntar! Es un secreto a voces el de que la mayoría de la social democracia tuvo que aprobar la guerra, porque las masas se apartaban de ellos y se iban hacia los superiores, y porque temían por sus actas del Reichstag.

Porque nos faltaba voluntad varonil, voluntad de independencia y dignidad, vivíamos en un Estado patriarcal, de autoridades, de superiores, bajo la protección abogadesca de intrigantes de Comité, secretarios de asociación y notabilidades de partido. Por vivir en servidumbre cien años después de la liberación del mundo, fuimos, con el Este, el país de menor resistencia política. Por eso estalló en nuestras fronteras la revolución mundial. Por eso teníamos contra nosotros al mundo, que solo nos conocía como comerciantes y viajantes de comercio, como canareros y barberos. Por eso y no porque nos envidiase, pues los americanos más jóvenes, más envidiados y más afortunados, son los árbitros de la tierra. Por eso fuimos destruidos.

Así se hizo, así era, así es nuestro mundo. Ahora descansan los platillos de la balanza del destino. Políticamente estamos aniquilados, al paso que los otros ascienden incesantemente. Su poder y su riqueza crecen desmedidamente y la mecanización es elevada a su máxima perfección.

Nosotros yacemos encadenados en el suelo; nuestra miseria apenas se ha comenzado. En la vergüenza crece la injusticia, la cual nos sumerge en tales sombras que hasta los mejores desesperan.

Y sin embargo descansa la balanza con sus platillos inmóviles.

Pues sigue en lo hondo de nuestro mundo la vieja injusticia no vencida, de la que mueren los pueblos, que ha causado la primera guerra mundial y nos ha aniquilado. Yace intacta como el fuego del infierno bajo la corteza de la tierra.

De este abismo no nos salvará ni el individualismo ahito del Occidente, ni el abstracto doctrinalismo y ortodoxia rusa. Aquí se pide obra alemana.

Si esta obra sobreviene, es como si la guerra no hubiera acontecido. Ni está repartida la tierra, ni sufrimos las consecuencias del monopolio de las materias primas, del boycott y de las penalidades que se nos imponen; la herida de la Economía mundial se cicatrizará. Entonces las naciones se convertirán en pueblos, la Alianza de policía de los Estados se trocará en cooperación de la tierra habitada, y los pueblos no se aperibirán para la lucha, sino para la ayuda.

¿Qué es lo que justifica esta certidumbre? Que la injusti-

cia abolida no puede renovarse, y que un espíritu nuevo y justo y una forma social nueva y justa no conocen fronteras territoriales.

Si no sucede esto, Alemania se convertirá en un pueblo balcánico más y tendrá que esperar como los otros la salvación del Este.

El que esto suceda depende del espíritu, del etos, del carácter. Sin voluntad y dignidad, sin clara conciencia de nuestra responsabilidad y nuestra misión, con solo la convicción del derecho hallado, con el aumento de población, no sucederá.

Necesitamos una revolución alemana que no se ha presentado todavía: la revolución de la responsabilidad. Su fin es lograr la solidaridad inferior del pueblo, el ennoblecimiento y dignificación del trabajo, la equiparación de las condiciones de vida, la abolición de la dependencia proletaria, la responsabilidad de todos para con la comunidad y de la comunidad para con todos, el cambio del señorío en dirección y de la subordinación en derecho a intervenir en la decisión y dirección.

Estas demandas son predominantemente espirituales, como son espirituales todos los verdaderos fines de la humanidad. Sin duda su realización exige instituciones políticas, económicas y materiales, pero nosotros, alemanes, no debemos olvidar nunca que las instituciones no son fines en sí mismas, no son objetivos, sino medios. Toda ortodoxia, y la rusa con las demás, olvida esto. Para ella el mundo estaría salvado si un buen día por un golpe de varita mágica se implantase el sistema absoluto de la justicia mecánica.

No se salvaría con esto. Como no se salvaría una fábrica con obreros inexpertos, en cuyas manos se pusiesen de la noche a la mañana los más delicados instrumentos, como no se salvaría un país sin civilizar a quien se entregasen los más perfectos medios de comunicación, o como una ciudad descuidada a la que se donasen los teatros y museos más espléndidos.

El manejo de instituciones pide espíritu, el mismo espíritu que las crea: pide voluntad intelectual y ética. Hay en esto una acción recíproca. La institución puede contribuir a liberar el espíritu—no a crearlo—; en cambio el espíritu puede crear, animar y conservar la institución.

Se ha considerado como un mérito del socialismo clásico el que arrancase la teoría de la sociedad de manos de la Utopía ética, para entregarla a la llamada ciencia, al materialismo histórico. Fue éste un golpe genial de la época de la política realista, digno de Bismarck, que se hizo acicate y pensamiento directivo de la educación para la lucha de clases de los últimos cincuenta años. Con él nos habíamos desembarazado del romanticismo social, pero en cambio se perdía la fe en el espíritu, en la fuerza ética impulsora. La historia del mundo se desarrollaba mecánicamente, con necesidad científica: por tanto sólo se necesitaba preparación política y agitadora; se educó la consciencia y no el carácter. El odio era la fuerza impulsora, e interés el lazo de unión, la finalidad eran ciertas instituciones. El efecto fue enorme e imprescindible, y se creó una máquina potente, un partido invencible y ejemplar.

Pero este partido no ha hecho más que negocios y compromisos burgueses. Intimamente le espantaba su finali-

dad revolucionaria, y hasta temía a las más leves iniciaciones del poder, mayoría, parlamentarismo, república. Cuando vino el poder no supo qué hacer con él. Lo que no estaba totalmente aburguesado, tuvo que sacar de las improvisaciones rusas su parvo contenido ideal.

El socialismo se había sentido demasiado tiempo política y no espíritu, ciencia y no etos. El mal no podía remediarse porque se pretendiese elevar al nivel de una concepción del mundo y de la vida a un sistema pensado como término calculable de la evolución material; no se pueden intercalar a posteriori soles centrales. Si se sitúa en el centro la institución y se hace dependiente al espíritu de la forma de la Economía, de modo que sólo es el horario en el reloj material, de nada servirá moverlo; podrá marcar en falso o romperse, pero no apresurará la hora.

Aquí viene la ciencia sabia y afirma la incommovilidad del espíritu humano. Sin duda la risa y el llanto, el dolor y el placer, el amor y el odio, la cólera y el arrepentimiento, son inalterables a lo largo de los siglos. Pero el espíritu moral, intelectual y volitivo no sólo cambia de país a país, de lugar a lugar, de casa a casa, sino también de año a año, de generación a generación.

La manera de vivir y los utensilios, las ideas y el arte de nuestros antepasados se nos hacen extraños, el hijo no comprende al padre, el padre no comprende al hijo. El espíritu no es el horario rígido del reloj metálico, no es muelle ni péndulo, es el creador autonómico del mecanismo, se hace así mismo por el conocimiento y la experiencia y de la propia obra de sus manos, en cuanto es experiencia y crea experiencia.

Ha llegado el tiempo de crear instituciones, y por tanto hay que ponerse a la obra, y realizarla con seriedad sagrada, como si no hubiera otra obra en el mundo ni en el tiempo. Pero debemos alzar la mirada por encima de ellas tras la eternidad del espíritu que está en nuestro propio corazón. La obra no vive al hacerse, sino al engendrarse.

Acerca de estas instituciones no hablaremos aquí con gran detención, pues ya en otros escritos hemos tratado de ellas. Su obra es cuádruple.

1. La Economía ha de ordenarse de manera que la anarquía sea sustituida por el organismo. Este es el principio esencial de la Nueva Economía. Con la misma cantidad de fuerza y materia, se multiplica la producción, procurando a todos una existencia digna de hombres. Le da al obrero la justa medida de ocio y descanso y ennoblece la jornada diaria, elevando al trabajador manual al rango de ordenador y vigilante de un proceso de trabajo ordenado.

2. La educación será la tarea fundamental del pueblo. Estará en manos de hombres escogidos y lleva a cada cual al puesto y obra a que aspiran sus deseos y para la que reúne condiciones.

3. La distribución de los bienes no es cosa del sistema económico, sino de la política de las fortunas, que debe ser creada y dirigida conscientemente, según principio de justicia en el sentido de la anulación del concepto de clase. El Comunismo, aun limitado a la plena estatización de los medios de producción, será una utopía mientras la agricultura esté en manos de una clase campesina, y más que

nunca necesitamos de ella. Ahora la política de las fortunas habrá de actuar en cuatro direcciones: limitar y poner impuestos a la herencia, al patrimonio, a la renta y al gasto.

4. La ordenación de las responsabilidades. Esta tarea, aunque penetra hondamente en la vida económica, no es económica, sino política. En su amplia esfera de acción política abraza dos problemas populares, que se consideran equivocadamente como económicos: el problema de la socialización y el problema de los Consejos. Ambos son puramente políticos y deben ser comprendidos y tratados en este sentido.

Comprende esta ordenación de la responsabilidad la preparación y expectativa para la intervención en la decisión y dirección de la vida económica, administrativa, de la cultura y la política. Este derecho se basa en la calidad de hombre y en la justicia, en las necesidades espirituales y en la negación de las clases, y no en la envidia y el rencor.

Sólo este derecho político y moral es el que justifica la socialización, la cual, si se realiza en la esfera económica, no tiene como hemos visto, una finalidad económica, pues ni eleva el nivel de la producción, ni enriquece al Estado ni al individuo. Su justificación está en él.

La socialización presta al cooperante la certidumbre de que trabaja por la comunidad inmediatamente y no dando un rodeo por sobre el interés de un patrono. Es este un principio educativo que tiene en cuenta la manera de ver de las masas que consideran como enemigo poderoso hasta al patrono más abrumado de cargas, e incluso al

que prácticamente se encuentra ya expropiado. La socialización no tiene valor económico—esto no se repetirá nunca bastante—aun cuando se limite a establecimientos de los que se dice que están maduros para ella, aunque solo sea porque es falso el cálculo que suele hacerse de la plusvalía y porque con una política de fortunas pasa al Estado con menos trastornos y sin coste la parte esencial de las grandes empresas.

El sistema de Consejos está destinado a sustituir al parlamentarismo occidental, cuya bancarrota, para Alemania al menos, ha hecho evidente la Asamblea Nacional.

Estábamos cansados del Parlamento antes de conocer el parlamentarismo, y sin embargo muchos esperaban que con una responsabilidad genuina mejorase la sustancia de los Parlamentos. Ocurrió todo lo contrario. Somos tan poco políticos, nuestros partidos se han hundido tanto en charla de cervecería y comité, en el culto de notabilidades locales, de charlatanes de café y oradores públicos, que en muchos años las elecciones generales, dirigidas por la máquina de los partidos, han de producir Asambleas cuyo nivel sea mucho más bajo que el de los Parlamentos europeos. A esas casas y a sus ministros no pueden confiarse los destinos del país; tanto valdrá entregarlos a una Bolsa de asociaciones y sindicatos.

Los Consejos son cuerpos electorales que conservan vida duradera, mantienen el contacto con las masas, y merced a una competencia constante van dejando ascender a corporaciones cada vez más restringidas a sus elementos más capacitados. Son accesibles a la influencia de los partidos, pero no están sometidas al espíritu rígido de

los comités, ni respetan derechos de antigüedad, inercia y popularidad. A pesar de su forma primitiva, de sus métodos inexpertos y de su experiencia deficiente, los Consejos alemanes han demostrado en seis meses poseer más iniciativas, más ideas propias y mayor fuerza impulsora que los Parlamentos alemanes en cincuenta años, eso sin hablar del espectáculo tragi-cómico suministrado por la Asamblea Nacional.

Los Consejos sólo alcanzarán su plena significación el día en que esté totalmente desarrollado el sistema de los Estados especiales descritos por mí en el Nuevo Estado.

Pero basta ya de instituciones; volvamos ahora a la revolución del espíritu.

Se dice que una nación sana, laboriosa y fiel a su deber; una nación de sesenta millones de habitantes, no puede sucumbir. ¿Por qué no? También ha sucumbido la India, la única nación de proporciones enormes sometida; cierto que no poseía nuestra actividad; pero en cambio al borde del camino de la historia yacen pulverizadas incontables naciones más pequeñas.

No puede negarse que se puede pensar una presión física de tal índole que aplastando todas las cualidades interiores, aniquile como nación, a la más fuerte de las naciones; supóngase, v. g., que se hallase un medio de hacer eternamente infecundo su suelo. La población no puede extinguirse, ciertamente; se mezclaría o daría comienzo a una segunda vida separada de aquel suelo.

Nosotros estamos aún luchando por nuestra vida como nación y somos los menos los que nos damos cuenta de cuán dura se presentará esta lucha, en la que sólo podre-

mos vencer poniendo en extrema tensión nuestras fuerzas espirituales. De la potencia militar ya no puede hablarse. Hemos salido del círculo reducido de los pueblos oligarcas para descender al amplio círculo del proletariado de los pueblos. En la gran lucha de los pueblos proletarios contra los que les tienen subyugados, en la lucha social de orden más elevado, que acabará con la supresión del nacionalismo, así como la lucha inferior de las capas sociales acabará con la supresión de las clases, en esa lucha habremos de combatir con armas espirituales del lado de los oprimidos.

Del espíritu depende el que vivamos como nación y tomemos parte en esa lucha, el que hayamos de combatir como directores, como colaboradores o como dirigidos.

Mirando al exterior, nuestra situación es esta: habremos probado que tenemos derecho a existir si satisfacemos las exigencias incumplidas de los pueblos cultos implantando una ordenación ejemplar del Estado, la sociedad y la economía, y si transformando la producción y el consumo, y ante todo elevando incesantemente el nivel de nuestra agricultura de modo que podamos bastarnos cada vez más a nosotros mismos, dejamos de estar ateniados a la mendicidad de materias primas, despacho y crédito y a la fría esperanza de la revolución en casa ajena. Nada robustece tanto el orden injusto de la política ajena y de los Estados prósperos como la consideración de la miseria y apetencia de los países que propagan la revolución.

Ciertamente en la firme esperanza de que se produzca la desunión entre nuestros opresores, podemos seguir el camino del lacayo que aguarda a que riñan sus señores, que



## W A L T H E R R A T H E N A U

recoge lo que va cayendo, hace que cada uno le prometa algo, se marcha con lo adquirido, abre en los arrabales una tienda y espera calladamente el momento de penetrar por segunda vez y por la trasera en la sociedad de los grandes a fuerza de astucia y laboriosidad. Ya se habla de negocios en sociedad y comisión con Francia para la explotación del Este.

Si hemos de seguir este camino del imperialismo vergonzante con el disfraz republicano-socialista, estaremos peor de lo que estábamos; que se consuele un pueblo reducido a la miseria con que un cualquiera ha llegado a ministro y con que los puestos diplomáticos no son ya patrimonio de una clase.

El otro camino pide renuncia y privación. Renuncia al poder, a la extensión, al imperialismo, satisfacción con una vida dura reducida totalmente a lo esencial. Apartamiento de lo que tienta y deslumbra, desdén por lo comprable, sumisión a la comunidad, represión de los intereses, respeto por lo espiritual, rechazar lo que viene de la calle, las apetencias populacheras de izquierda y derecha.

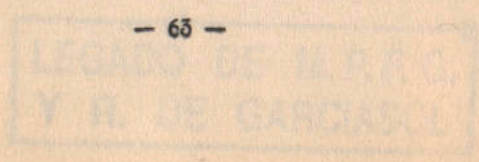
Entonces, como hasta ahora han hecho los mejores, leeremos friamente y sin conmovernos las noticias sobre los últimos confortos y extravagancias, fundaciones, edificaciones, número y masas en Chicago y Londres, y cuando vengan los otros a vernos se sentirán como una alegre caravana automovilista perdida en un cortijo solitario.

Pero nos corresponderá en el mundo aquella participación propia de nuestra naturaleza y modo de ser, la que hemos perdido y ahora tornamos a recoger: la que dan conciencia, derecho y espíritu.

## L A T R I P L E R E V O L U C I O N

Estamos muy alejados en espíritu y carácter en estos tiempos difíciles de tal camino. Hemos sucumbido al peligro alemán del aplebeyamiento; tras de la fanfarronería de la humillación y la brutalidad, ha venido la fanfarronería del cinismo y la osadía, se ha perdido el resto del sentido del honor y la dignidad nacionales; a la arrogancia de una sabiduría simple y de los derechos consagrados, ha venido la arrogancia del lugar común y de la calle. Los intereses se mueven como nunca y se han aliado con un filesteísmo incauto; a la falta de discernimiento rencorosa y fanática de la fe simple, ha sucedido la falta de discernimiento de la incredulidad, a la esclavitud sin autoridad, la esclavitud con autoridad, a la mentira de arriba la mentira de abajo. De la derecha amenaza una esclavización inepta, de la izquierda un terror inepto, en el centro reinan los intereses ineptos y la comodidad de los arrivistas. El río está helado como en el más crudo tiempo, charla todo el mundo, el que más cree en sí mismo, la masa se regodea con frases. Las ganancias de la guerra se hinchan, el placer más vil sustenta su derecho de gozar; los vigilantes de las costumbres y amparadores de la virtud han sido desenmascarados, todo el mundo conoce la vergüenza del otro y le escupe al rostro su asco. La antigua loa de la fuerza se ha cambiado por la humillación de sí propio y por la exhibición de las lacras el manicomio celebra en harapos su fiesta.

La juventud de las ciudades, indignada con razón, mutilada, engañada, se torna contra los mayores, cree rescatarse de la propia sangre a fuerza de odio y desprecio, y se pierde en una dialéctica infecunda y en una caótica



sincera en parte, en parte estudiada. El que lleva el sombrero en el cogote es un bolchevique genuino y tiene derecho a reconocimiento por todo lo que ha superado y todo lo que rechaza. El que prescinde del artículo determinado, imita la libertad, o forma verbos de nombres de animales o plantas, muestra dominio del idioma. Poner un guión en las palabras Un-recht y Ohn-Macht (1) prueba que en la escuela no habían adivinado el espíritu de las palabras. Un filantropismo pedante y rencoroso sustituye al patriotismo pedante y rencoroso de antes.

De la moda no salen ideas, aunque esté de moda la profundidad. Hoy también germinan apartadas y solitarias las fuerzas de la juventud en que esperamos y a las que bendecimos. Ya llama a la puerta la moda de mañana, que tributará al extranjero una veneración irracional, exclusiva, aristocrática, minuciosa y cuidada.

Hay que tener poco corazón y poca fe para pararse en los horrores del tiempo y en los extravíos de la moda y para desesperar del pueblo. Pero es igualmente frívolo decir: es la postración de la guerra y curará por sí sola, mientras que es criminal decir: ¡ahí tenéis vuestra libertad! Volved a las autoridades.

Sólo la fe en la providencia, sólo la consideración del pasado y el rostro del futuro, sólo la seguridad del propio corazón puede darnos la confianza de que bajo la Alemania visible del día descansa una Alemania verdadera y eterna, capaz de realizar el milagro de la transformación, que se rejuvenece como todas las criaturas genuinas a

(1) Palabras compuestas que se escriben sin guión y significan respectivamente Injusticia e Impotencia.

diario por sus propias fuerzas, hasta el momento en que traspasa los límites y está a punto de perecer.

Nuestro gran auxiliar será la necesidad, cuyo martillo nos endurece hasta el día en que salta el acero que no es legítimo, mientras el genuino se extiende y se hace recio y flexible. De ello asoman ya las señales pequeñas aún, pero visibles.

La consciencia de la antigua organización coactiva está rota. Ya no emplea el tono profundo. Habla de utilidades y no de ideales de procedencia divina. El poder está dispuesto a negociar. Su prestancia externa se sostiene aún, obstinada la antigua, procáz la nueva, pero ya no ostenta la dignidad encumbrada que exige veneración, sino que se bate a codazos y en retirada. Las pretensiones reflexionan, hablan en voz baja, transigen.

Sí; sin duda andaba en el juego la injusticia. Se ha evocado el juicio de Dios y se ha pronunciado.

Las calles, las casas, los utensilios yacen sucios y abandonados, las personas se han hecho descuidadas y groseras, salen a la luz cosas encubiertas. Es lamentable, pero ¿es esencial? Antes parecía que lo esencial era la superficie; hoy ya no. Lo esencial no es tampoco la puntualidad, ni el punto de honra. Lo esencial está en otra parte. Aquí se excinde el camino: o averiguamos dónde está o nos haremos descuidados, holgazanes, licenciosos y sobornables.

La multitud ha visto lo que ocurría entre bastidores y ha contemplado cómo temblaba el poder, cómo reñían los sabios; cómo tartamudeaba la infalibilidad, como se pintaba la magnificencia. Ya no se la puede engañar. Aquí también se nos presentan dos caminos: o nos hacemos conscien-

## W A L T H E R R A T H E N A U

tes y varoniles, o tomamos la osadía de las grandes ciudades, la incredulidad y el cinismo.

Ante todo hay que tener presente que se trata de nuestra causa. Todo está en tela de juicio. A nadie puede tapársele la boca. Todas las conciencias han despertado. Deben pensar todas las cabezas y enjuiciar todos los corazones. Cada cual es el artífice de su dicha, y por ende de nuestro futuro. Pero en esto inside también un peligro. ¿Nos ahogaremos en un aluvión de proyectos, perderemos el sentido de las buenas ideas?

Más aún. Por sobre toda la brutalidad, toda la desconfianza, envidia, desavenencia y odio, flota una clara nube de paz, una intuición de la comunidad en el sufrimiento, en la opresión, de compañerismo, tolerancia y hermandad. Nos hemos hecho buenos—el dolor hace buenos a algunos, el hambre hace a muchos malos—pero nos hemos acercado. A pesar de todas las discrepancias nos entendemos mejor, no obstante nuestra insensibilización nos creemos más. Los hombres se han hecho más infantiles a fuerza de experiencia y más crédulos a fuerza de dudas. No es más que una iniciación, pero una iniciación luminosa.

No hemos sido creados para la vida dichosa. Somos los alemanes un pueblo de crepúsculo. Tenemos una doble patria que se pierde en la claridad del sol. Necesitamos del largo invierno y de la primavera tímida y vacilante. En el crepúsculo florece nuestro anhelo y nuestra alma. Las ciudades doradas yacen tras montañas y nieblas. Nuestro pensar desmedido requiere una vida estrecha. En la vida ilimitada no somos nosotros mismos, y allí donde estemos sabremos encontrarnos.

## L A T R I P L E R E V O L U C I O N

La solidaridad significa rechazar toda idea de que uno de nosotros pudiera ser medio del otro, de que un alma valiera más que otra, de que haya grados en la humana dignidad. Cada cual responde por todos y todos por cada cual. Ningún hombre debe estar sometido a otro de un modo absoluto. El camino de la propia determinación ha de ofrecer las mismas dificultades para todos. Los bienes del espíritu y de la vida no están subordinados a ningún privilegio arbitrario convencional.

La justicia en la organización de la economía pide que la economía no sea cosa privada, sino cosa de todos. Dilapidar fuerza, materia y trabajo, actividad inútil, producción de cosas vanas, insensatas y nocivas, ventajas conseguidas sin esfuerzo, son injusticias cometidas contra la comunidad. Todo el que es apto para el trabajo tiene el deber de trabajar y el derecho a hacerlo, todo incapaz tiene derecho a asistencia. El que trabaja tiene derecho a intervenir en la dirección de la producción; el trabajo es ordenamiento y no dependencia. El consumo no ha de estar determinado por la voluntad caprichosa de goces, sino por la responsabilidad social, ha de levantar el sentimiento de la vida, la energía y el espíritu, y no hacer indigno al hombre, dañando a la comunidad.

La justicia en la organización del Estado pide que todos intervengan en la gestión de los negocios públicos y que la dirección corresponda a los mejores, pide que los directores sean elegidos escrupulosamente y que les sea prestada una confianza incondicional. Nada de elecciones agitadas a largos períodos, a base de programas nebulosos y llenos de frases, con listas de eminencias de parti-

dos, políticos habilidosos y favoritos, sino selección en el círculo reducido de un trabajo vivo realizado en común. Cada cual elige y decide en la esfera de su demarcación local, profesional o espiritual, trátese de explotación, pueblo, región o de asociaciones de oficio, religión o cultura. No hay dictadura, ni oligarquía, ni gobierno de masas, ni autoridades y superiores, ni clases, sino una comunidad autónoma en la forma del Estado especial.

Aunque estas afirmaciones puedan parecer a los unos sobreentendidas, a los otros demasiado limitadas, el hecho es que estamos muy lejos de habernos adueñado espiritualmente de ellas. Periodistas y oradores piden mucho, las Asambleas y los lectores de periódicos están de acuerdo con sus demandas, pero la consciencia del pueblo permanece cerrada, concede poco, y le ahorra al que pide toda responsabilidad.

No olvidemos esto: nosotros no hemos hecho ninguna revolución. Hemos pasado por una huelga del ejército, por un sabotaje militar, por una revuelta parlamentaria y todas estas cosas han tenido en parte consecuencias revolucionarias. Pero el pueblo siguió sin intervenir en la política y los hombres de antes gobernaron en una nueva forma.

Desde entonces sólo de los trabajadores partió un movimiento revolucionario, pero reducido a defender intereses profesionales. La incipiente contrarrevolución le dejó por de pronto este campo de libertad; por lo demás engaña a las masas con una legislación de pura apariencia, imponente y extraviadora.

Muchos esperan la subida de la marea revolucionaria

tras la bajamar contrarrevolucionaria de estos días. Si no intervienen acontecimientos exteriores, y dada la indolencia del pueblo y de las clases cultivadas, es más verosímil que la marea baje aún a un punto insospechado.

Podrán venir tiempos en que se hable con desprecio de la embriaguez con que se quiere la felicidad mecánica del pueblo, en que se halle ridícula la ilimitada sobreestimación de lo material, en que se nos ensalce la dicha de la vida tranquila y modesta y se recuerden con horror los experimentos descabellados, vanos y destructores, los directores de ocasión, las esperanzas utópicas.

Es lo mismo. En el curso de los siglos se sucederán las mareas altas y las bajas y ninguna de éstas reconquistará por entero lo perdido. Pues la marea sube por la fuerza del derecho y desciende por falta de energía y apego a la comodidad; por indolencia y negación.

No nos equivoquemos tampoco en esto: Somos muy poco diferentes de lo que éramos hasta 1914, o mejor, hasta 1918. No ha existido nunca un pueblo, que plenamente inadecuado para lograr el dominio del mundo, se haya dejado arrastrar de tal modo por pensamientos imperialistas, se haya arrodillado a los pies de sus señoras con tan poco discernimiento, enturbiada su visión por la mecánica, el resplandor de las armas y la resolución autoritaria pruso eslava; un pueblo que se entregaba al mismo tiempo a los goces de la servidumbre y a los caprichos del señorío y que ejecutaba todos los mandatos de los filisteos imperialistas uniformados. Y cuando se vino abajo lo que era sólo espuma y mentira ¿ha habido otro pueblo que sin vergüenza ni dolor, soportase la caída sin

defenderse, soportase el deshonor y el desprecio sin dignidad, y olvidando a los muertos se pusiese el traje de fiesta?

Si fuéramos tan despreciables, mereceríamos ser borrados de la tierra. Pero quien ame y comprenda a su pueblo en lo más íntimo, no condenará, sino que absolverá teniendo en cuenta el doble mal. Antes de la caída dominaba el servilismo estruendoso, después el cínico. El alma del pueblo yacía sumida en profundo ensueño, impotente para defenderse del veneno, pero demasiado fuerte para sucumbir.

Los líquidos corrosivos no han desaparecido aún. Días vendrán en que serán desenterradas las lentejuelas de la época de poder y ostentación, en que se cantarán loas a las hazañas homicidas ocurridas en la tierra, en el agua y en el aire, vendrán días en que será celebrada como una redención la vergüenza de la entrega de la flota. Pero el pueblo piensa y siente en eones; considerará como fruto de la ley necesaria todo lo acontecido, y pensará que tras un intermedio de cincuenta años de imperialismo, ha vuelto a encontrar su verdadera vocación, la vocación espiritual.

¿Y cómo habíamos de despedirnos por un siglo de la dicha si no lo hiciésemos con ánimo creyente y por la justicia? ¿Cómo habíamos de separarnos de la época de la vida fácil, del resplandor estival de un país rico e independiente, de la superabundancia de la producción; de la alegría de hombres y cosas? Vamos a entrar por cien años en el otoño y la penumbra, en la seriedad y la sombra, en una época de luchas enconadas y rudas fatigas, en que la sangre y la

vida tendrán tan poco valor como en los tiempos viejos. Pero no entraremos en la época oscura, sombríos y resignados como los antepasados, sino conscientemente, voluntariamente, con la cabeza erguida. En la puerta de ese laberinto está la expiación y a la salida, que no divisa ninguno de los que sufren la expiación.

Nos han abandonado todas las potencias protectoras, la consideración del mundo, la seguridad ingenua, el amor a nosotros mismos, la consciencia nacional, hasta la justicia y la honradez. Apenas sabemos si somos aún una nación, se van cayendo nuestros miembros, una paz vergonzosa, que deshonra a ambas partes más que ninguna de las guerras antiguas y modernas, nos amenaza con convertirnos en un pueblo tributario y desterrado del concierto de las naciones, mientras los demonios de la injusticia tengan entre sus garras el globo terráqueo.

Pero el pueblo cuya sangre sació el odio y el dolor de los pueblos, siente la fuerza enorme del amor al sufrimiento, no siente ser precipitado de nuevo, y acata con respeto la fuerza espantosa de la bendición que nubla la existencia terrena, más allá de todo lo que consuela y fortalece, lo que ampara y protege, lo que es considerado y honrado.

¡Prometeo alemán! Aunque no te libertes nunca de tus cadenas, aunque corra a torrentes, en vergüenza y dolor la sangre que debes a tu Dios, sufre la gran dicha que se da a los pocos, a los fuertes. No luches por la felicidad, pues estás destinado a otra cosa. No te rescatarán la venganza, el dolor ni el bienestar. Sé lo que eras, lo que debes ser, lo que nunca debieras haber olvidado. Sé odiado y no odies, sé escarnecido y no te defiendas.

## W A L T H E R   R A T H E N A U

¡Sansón alemán! Tus ojos han cegado, tu cabeza está rapada. Convierte a tí propio tu mirar, vuelve contra tí mismo tu fuerza titánica. No lograrás derribar las columnas de la tierra; no te corresponde. Mueve el molino del filisteo y canta el cántico de Dios.

¡Ahasvero alemán! No está en tu poder morir. Los pies alemanes habrán de arrastrarse por la tierra en busca de patria. Comerás pan amargo y tu patria no será tu patria. Se te cerrarán las puertas, por el brillo que luce en tus ojos cansados.

¡Oh Alemania! Amada en tu insensata locura, diez veces más amada en tus extravíos y errores, diez mil veces más amada en tu dolor ¿qué sabes de tu destino? No sabes que existes para servir al espíritu, a tu espíritu, que no conoces, que has olvidado, del que reniegas. ¡Ay de tí! Por él no podrás morir ni descansar. Estás ligada a él y si te soltasen las manos de los hombres caerías en las manos de Dios.

Nosotros que carecemos de sentido revolucionario, que no hemos hecho ninguna revolución y hemos recibido una regalada, que jugamos sin fe ni convicción con política y poderío y fracasamos, nosotros que no estando creados para los bienes de la tierra, nos dejamos deslumbrar y embriagar, cayendo en la saciedad y la torpeza, vamos a entrar en el reino secular de la miseria de la Gran Revolución. Y no para cosechar bienandanza, sino para cumplir la ley, la ley de la resurrección, de la renovación y la espiritualización.

La revolución del rencor no es digna de nosotros.

La revolución del bienestar es un error y cosa secundaria.

## L A   T R I P L E   R E V O L U C I O N

La revolución que nos está destinada es la de la responsabilidad, la de la dignidad humana, la del carácter y el espíritu.

En ella se confunden los caminos de las instituciones y de las ideas. Instituciones sin ideas no se sostienen. Se transforman en su contrario. El comunismo ruso se trueca en oligarquía tártara. Ideas sin instituciones carecen de energía y acaban en utopía vana.

Lo que estamos viendo y realizando es una parte de la eterna generación del alma del mundo que transforma materia para libertar espíritu.

Junio, 1519

### APOLOGÍA

El que transforma en pensamientos su fe y su experiencia, el que cree sinceramente en los pensamientos que se le imponen, corre el peligro de hablar con una seguridad y convicción que ofendan.

¿Por qué ofenden y a quién?

Hasta hace cien años, hasta la perfección del orden mecanizado del mundo, el pueblo pensaba en cosas, no en conceptos. El pensar en conceptos, el pensar y hablar dialécticos era patrimonio exclusivo de un reducido número de hombres de Estado, sabios y literatos.

Desde que las profesiones e intereses se han hecho abstractos y tienen que habérselas con masas, con órdenes, con cosas invisibles, el pensamiento abstracto, dialéctico se hizo popular y pudo aprenderse, el lenguaje se transformó y se llenó de fórmulas y conceptos.

Todo el mundo sabe defender sus intereses, hacer discursos de ataque y defensa, escribir un artículo de periódico, redactar un proyecto. Todo el que posee una mesa de escribir, guarda un proyecto en el cajón.

Pero a su vez la parte contraria defiende la opinión adversa con argumentos de la misma fuerza. Y resulta que se cree en los propios pensamientos y no se cree en ellos. Lo importante no es que sean verdad, sino imponerlos. El pensamiento toma formas abogadescas. La verdad debe estar en el medio o algo así.

Ahora, si aparece alguien que toma en serio sus ideas y cree en su verdad, se le considera como un fanático obstinado y perverso que piensa que son tontos los otros, o quiere hacerlos tales.

No se admite que pueda haber una idea que se imponga al pensador como fin en sí misma, con necesidad natural a que no puede sustraerse, a no ser que se trate de campos científicos apartados e inofensivos. No se comprende que este pensamiento no sea una construcción dialéctica de deseos e intereses, sino la exposición trabajosa y concienzuda de lo que se ha averiguado y sentido. Se prescinde de que este pensamiento orgánico tiene la cualidad enigmática de contornearse formando un cuadro completo del mundo, y ligar el pasado con el porvenir, lo que no podrá hacer nunca el pensamiento dialéctico.

No se atiende a que este pensamiento es único e inagotable como un acontecimiento de la naturaleza y por serlo original sin pretenderlo, e interesante en todas sus afirmaciones para el que lo entiende; o se achaca este interés a las cualidades de la exposición, que se califica de habili-

dosa o seductora, olvidando que un pensamiento fuerte no puede expresarse de un modo apagado, ni un pensamiento débil con energía.

Se olvida también que una obra copiosa de una persona tendría que consistir en meras repeticiones, si brotase intencionadamente y no de una fuerza natural, pues la provisión de pensamientos normal de un hombre no es grande. Del mismo modo que su léxico consta de unos cientos de palabras, su reflexión— que no pensamiento— y su obrar se alimentan de unos cuantos principios de experiencia. En cambio no hay quien encauce una avenida torrencial; es una bendición y una plaga y consume la vida por exigirle el trabajo incesante de ordenación y conformación.

Se ha perdido el sentido de la calidad del pensamiento. Cosa incomprensible, pues basta abrir un libro y leer tres párrafos y enseguida se reconocen las frases y formas de pensamiento que dominan en el mercado dialéctico o se siente el encanto de la melodía que fluye naturalmente del cerebro.

Por haberse perdido el sentido de la calidad del pensamiento, sea dicho de pasada, no hay entre nosotros autoridad espiritual alguna, nadie cree al otro, apenas se escucha la propia voz interior, y en la anarquía del espíritu se desborda en vano la procacidad del pensamiento.

Yo no formo juicio de la calidad de mis pensamientos, sino que los tengo por verdaderos en virtud de una convicción interior. Por eso no puedo cambiar la forma en que se manifiestan, que ha de ser apodéctica. En esto no hay pretensión alguna, pues mi cabeza y mis manos son apo-

déficas por naturaleza y yo he de hablar su lenguaje, quiéralo o no.

Por eso he de estar preparado a encontrar oposición, y la deseo, pues la verdad y su realización van por el camino de la controversia. La hostilidad se hizo más viva desde que en mis escritos hubieron de ocuparse de asuntos económicos. Poderosas asociaciones y grupos industriales y comerciales creyeron que dañaban la esfera de sus intereses, y pusieron en juego dinero y trabajo para combatir mis pensamientos que se consideraban como peligrosos, por medio de campañas de prensa, oradores ambulantes, agitación política y enormes cantidades de impresos. Estas luchas fueron agudizadas por la guerra y no llevadas a término por la revolución.

Así, apenas, habrá hoy particular alguno sobre quién y contra quién corra tanto papel impreso como contra mí, y si es grande el número de los que leen mis escritos, es mucho mayor el de los que hablan de ellos sin haberlos leído, y hasta de los que utilizando frases y pensamientos míos, me tratan despectivamente empleando gestos y lugares comunes recogidos, sin que la mayor parte sepan a quién sirven repitiéndolos.

Amigos extranjeros, particularmente en Suecia, donde he encontrado una segunda patria espiritual, no comprenden por qué las nueve décimas de los ataques no se dirigen contra mis pensamientos, sino contra mi persona, y ante todo contra mi vida privada. Piensan que en el resto de Europa es costumbre no tratar públicamente sino lo que públicamente acontece, que es uso separar la obra de la persona, considerar como inviolable la vida privada, y

mantener en cierto plano espiritual la estima de la voluntad y la producción del adversario.

Yo les ha replicado que junto con mi trabajo literario ejerzo una profesión civil, como han hecho muchos antes de mí, pero que esta profesión es la de industrial; que entre nosotros rige la costumbre de preguntar no por lo que uno expone, sino por lo que se propone con ello, por lo cual se trae al debate mi profesión para explicar mis supuestas segundas intenciones, y de ahí se extiende el interés a toda mi vida personal y doméstica.

Los amigos no se dieron por satisfechos, acaso porque vivían en el pasado más que nosotros en Alemania. Pero a mi ánimo acudieron dos extrañas experiencias: una empresa está en peligro porque en un periódico se habla con referencia a ella de butacones, entendiendo por tales asientos caros y repugnantemente cómodos, y un director de Banco que comparece ante el juzgado está perdido desde el momento en que se habla por primera vez del «magnífico hotel» del acusado.

Se investigó, pues, mi vida profesional y doméstica, valiéndose de agencias de información y detectives, de parientes lejanos, empleados, domésticos, balances de negocios y registros de la propiedad, y se hallaron cosas que se consideraron de suficiente interés para propagarlas en miles y miles de impresos, pero que ni quitaban valor a mis pensamientos, ni podían hacer bastante sospechosa a mi persona. Se investigó la vida de mis antepasados y se llenaron escritos que se decían dirigidos contra mí, con falsas imputaciones a mi difunto padre.

Yo me dije: o mis pensamientos son sólidos y entonces



todo este ruido no los desvirtuará, o son débiles y en tal caso de todos modos se hundirán. Yo creo en ellos: otros a quienes tengo por los mejores, creen también; el tiempo los confirma: por tanto, por razones de orden elevado están destinados a correr los azares de la lucha. Así que dejé correr las cosas.

Finalmente un grupo berlinés, a quien por motivos políticos no interesaba combatir mis ideas, sino desacreditar mi persona, halló la fórmula: ese hombre no vive según su doctrina. Excelente ocurrencia; la fórmula era tan sencilla y comprensible que podía explicarse así a los que conocían mis escritos como a los que no los habían leído; contenía un juicio categórico, que refutaba toda discusión salvo que se perdiera en detalles; sobre todo tenía la deseada fuerza de elevar al nivel de la discusión objetiva, desde los bajos fondos de la murmuración toda pesquisita acerca de mi vida privada.

Con esto yo quedaba hundido, al menos en los lugares en que la actualidad decide. Aproximadamente en la época en que muchas de mis predicciones políticas se realizaban, se descubrió que yo era un anciano cincuentenario, un fósil superviviente de una época muerta. El que esta verdad perdiese valor en razón del cuadrado de la distancia de Berlín, y del otro lado de la frontera, en el extranjero amigo y neutral se trocase en su contraria, dependía sin duda del atraso provincial.

En esto comenzaron a sonar voces de amigos próximos y lejanos, y en especial de aquellos que conocían, no sólo mis escritos, sino también mi vida: pedían mi defensa y no por mí, sino por ellos, pues estaban hartos de ver mano-

seadas sus convicciones por propagandistas inconscientes o pagados.

Yo no deseaba ser defendido. He advertido a todo aquel que se proponía hablar o escribir de mí sin hostilidad. Pero ahora creo que por aquellos en cuyos brazos he caído estoy en el deber de vencer mi pudor, de escribir por mí mismo, de justificarme a mí mismo.

Pudor... ¿por qué propiamente? Porque en mi profesión existe la justa práctica de dejar que hable la obra y no el hombre. De aquí el privilegio que protege a la persona; su vida doméstica.

Pues bien; renuncio a ese privilegio en favor de aquellos que se llaman mis enemigos; renuncio al derecho que tienen todos, al derecho de ser juzgado por mi trabajo, no por mi persona y mi vida; estoy decidido a hablar en este escrito de cosas de la vida privada y doméstica, que un particular tiene el derecho de reservar ante el público por un sentimiento de vergüenza bien comprensible.

Vergüenza. Sin duda experimento también esta sensación, pero no tanto por mí y por las cosas que tengo que decir, cuanto por mis amigos, para los cuales puede ser doloroso verme en la situación de un hombre cuya casa se sujeta a registro; vergüenza por el alma de la época, que impone este registro a un hombre que le sirve y le ha servido con su espíritu.

No siento la necesidad de justificarme en el sentido de pretender que nadie, ni los que me atacan, reciban una buena impresión de mí. Yo mismo, si dejo a un lado mi trabajo, tengo de mi persona una idea, a lo sumo normal, en modo alguno ventajosa. Me dolería dejarme arrastrar y

## W A L T H E R R A T H E N A U

defenderme con más fuego del que pide mi causa. Aunque hablando de cosas materiales no defiende a mi obra. La cuestión discutida es sencillamente ésta: ¿amengua como quieren mis adversarios, la supuesta doblez de mi persona, el valor de mis ideas o no?

En mi juventud tuve una época en que no me desagradaba el contacto personal con la publicidad, en la creencia de que las ideas necesitan un vehículo. Esto se acabó cuando me dí cuenta de mi misión y supe que no es la palanca más corta, sino la más larga a cuya terminación vibra un muelle, la que mueve las cosas. No apetezco nada que los hombres me puedan dar ni tengo nada que puedan quitarme.

Más lejos está aún de mi ánimo el pensamiento de vengarme de mis enemigos. Ni siquiera puedo pretender perdonarles una deuda, pues en conjunto nada me deben. Prescindiendo de lo que me han dolido las injurias dirigidas contra mi padre, a pesar de que en realidad no iban dirigidas contra él, sino contra mí, me han ofendido mucho menos de lo que esperaban. Incomodar si me han incomodado en ocasiones, y principalmente cuando interpretaban forcidamente cosas claras y sencillas; la grosería de sus acusaciones me ha hecho daño, pero no por mí. En conjunto y contra su voluntad me han hecho más bien que mal y por eso les debo yo a ellos más que ellos a mí. Pues para un escritor tiene una importancia capital cuáles de sus pensamientos son comprendidos y cuáles no, qué prejuicios e intereses hiere, con qué repugnancias sentimentales ha de contar, y en sustancia es indiferente cómo llega a saber esto.

## L A T R I P L E R E V O L U C I O N

Mis enemigos no serán pues ofendidos. Por el contrario, yo les prometo que este escrito mío les causará cierto placer.

Un político de vieja experiencia me dijo un día: «se ve que no quiere usted hacer carrera política. En sus escritos con sus juicios decididos ofrece usted a cualquier adversario cuantos puntos de ataque desee. Nosotros estamos ligados por la preocupación de meditar en cada frase sobre si puede ser utilizada contra nosotros y en qué forma.»

Esto es exacto y les causará placer a mis enemigos ver cómo me mantengo fiel a mis principios. Cada parte de mi trabajo les suministrará el material deseable, y si hasta ahora han sido escasas las referencias a mi persona, serán en adelante abundantísimas. Ante todo el tono de mi escrito les dará margen para censurarme por lo que en su concepto es inmodestia y arrogancia.

Para las personas desapasionadas y los amigos no necesito explicarme en este punto. El que ve en el prójimo, no sólo su igual, sino la representación del espíritu inmortal y honra el alma inviolable, considerará la obra realizada como una categoría de valoración análoga a la estatura, al diámetro del pecho, a la fuerza, a la agudeza de visión, a la memoria, pero no una medida de la dignidad humana.

Si un elefante, para no herir la susceptibilidad de una pulga quisiera ocultar el peso de su cuerpo o empequeñecerse, no sólo cometería un grosero engaño, sino que ofendería a la pulga, pues lo haría en la creencia de que la medida corporal o cualquier otra decide sobre la dignidad de la vida.

Este error es la única forma de la arrogancia y la inmodestia; no existe otra. Un elefante honrado debe decir: peso tantas y cuantas toneladas, necesito tal y cual alimentación y tal espacio para moverme. Tiene que saber que no por eso representa ni más ni menos que cualquier pulga en el registro de la creación, y los demás tienen que saber que su masa lleva consigo ciertos derechos de vida, que no pueden serle negados, aunque ante Dios sean indiferentes.

Así como todo comerciante conoce sus géneros en conjunto y al detalle, todo trabajador conoce su obra al detalle y en conjunto y esto en un triple sentido: en relación con él, en relación con otros, en relación con la exigencia absoluta. Sabe lo que le ha salido bien y lo que le ha fracasado, lo que pesa cada cosa singular y lo que vale el conjunto. Lo que vale: pero no en marcos y peniques, sino en la medida de la época. Esto lo sabe exactamente, se lo dice una voz interior, y si se atiene exclusivamente al juicio de los mejores de su época, y da al juicio de los notoriamente incapaces la significación inversa, hallará confirmadas todas las voces interiores.

Quien a conciencia de lo que hace tasa su obra en menos de lo que vale, con su aparente modestia, lo que hace es ser orgulloso y menospreciador del prójimo. Yo no me siento inmodesto por estimar mi trabajo en lo que vale para su tiempo y para el porvenir, por tener la conciencia de lo que debo a la exigencia absoluta, por atender todo juicio sincero y capaz, por haber comprendido que el espíritu se sirve para su realización de un instrumento muy mediano y que de ahí se siguen para el instrumento,

responsabilidades, penas y cuidados, pero también el derecho a que se estime su voluntad y su misión.

Primeramente es preciso acabar con algunos errores, que siendo en sí de escasa monta, se han convertido en la introducción obligada de todos los escritos que sobre mí se han impreso.

Nuestro tiempo se mueve desde hace cien años en la fácil y cómoda fórmula del historicismo que pone al saber en el lugar del espíritu. Un hecho, e incluso una persona, no pueden ser sentidos o comprendidos como existencias en sí, sino que a fuerza de deducirlo de supuestos de su ambiente y su pasado, resulta de tal modo exprimido y vacío que no contiene más que conclusiones secas; este procedimiento lo domina tan a la perfección el reporter de provincias como el viejo profesor universitario. Pero los supuestos son tales que dan de sí el resultado previsto, más aún, la cuenta sale aunque los resultados sean falsos. Conmigo se emplean estas tres fórmulas de deducción.

1. No conozco más que la gran ciudad, nada más que Berlín y propiamente sólo Berlín W, (1) pues allí he nacido, allí ha transcurrido mi vida, allí estoy arraigado.

Es cierto que mis antecesores por parte de padre vivían en Berlín desde hace más de cien años, y en la casa en que transcurrió mi niñez estaban vivas las tradiciones prusianas tal como las describe mi padre en sus sabios apuntes. Pero la casa no estaba en el Oeste entonces tranquilo al que se llamaba el barrio de los Consejeros secretos, sino en los barrios obreros del norte, en la Chausseestrasse.

(1) El barrio elegante de Berlín.

## W A L T H E R R A T H E N A U

Y detrás de la casa, a lo largo del cementerio entre árboles añosos, veíase el pequeño taller que era la fábrica de máquinas de mi padre, y su amigo y los obreros y maestros afamados del viejo Berlín obrero miraban amistosamente al niño que corría por entre ellos y le explicaban instrumentos y productos.

Otros quince años de la primera mitad de mi vida los pasé en el extranjero, dos en viajes, tres en escuelas, dos como empleado subalterno en una fábrica extranjera, siete como director de un establecimiento que hacia el 90 levanté en una comarca alejada, donde por entonces no había industria.

Los últimos diez años he vivido tranquilo y sin sociedad en un arrabal en que cesan las casas y comienza el pinar; de la ciudad no veo sino el camino regular que conduce a los sitios en que trabajo.

Piénsese lo que se piense de estas diversas residencias mías, no creo que pueda deducirse de ellas que mis escritos son pura obra del ambiente de Berlín W.

2. «He nacido en la abundancia, he heredado posición y patrimonio, no comprendo las necesidades y cuidados de los demás.»

La tradición de mi familia es antigua y por ambos lados se extiende a varios años. Mis cuatro abuelos eran personas de prestigio, dos de ellos eran ricos, uno banquero de un príncipe de poca importancia, otro industrial prusiano, dos eran pobres. Ambos abuelos perdieron su fortuna, el uno en el incendio de Hamburgo, el otro al estallar la guerra del setenta. Mi padre logró salir a flote, trabajando cuatro años como artesano, más tarde como técnico inge-

## L A T R I P L E R E V O L U C I O N

niero, constructor de máquinas. En la crisis económica de 1873 perdió también él la mayor parte de su fortuna, y por el ochenta comenzó de nuevo dedicándose a la electricidad para buscarse trabajo para sí y sus dos hijos.

He sido criado no con necesidad, pero sí con cuidados. A los diez y siete años terminé el bachillerato, a los veintitres terminé los estudios y el servicio y comencé a trabajar. Desde entonces, y siguiendo la tradición de mi familia no he pedido ni aceptado nunca apoyo de mi padre.

Entre tanto su esfera de acción se había extendido y tocaba casi todas las manifestaciones de la electrotécnica, en la que también yo me había especializado. Yo quería ser independiente y me refugié en el campo virgen de la Electroquímica, descubrí varios procedimientos y fundé, con la ayuda financiera de bancos e industriales extraños, cuatro establecimientos; dos en Alemania, uno en Francia y uno en Rusia.

En 1900 las empresas estaban en marcha y aseguradas; yo dudé si con mis pequeños ahorros me dedicaría a estudios teóricos, y al fin, siguiendo los deseos de mi padre y sus colaboradores entré en el Consejo de la A. E. G.

Estos tres años fueron los únicos de mi vida de trabajo que pasé al lado de mi padre; terminaron rápidamente, pues una transacción importante hecha por mí en unión de un colega y con la aprobación de mi padre, fracasó por oposiciones personales. Me separé de la Dirección de la A. E. G., entré en la dirección de un banco como miembro industrial. El resto de mi actividad económica no tiene ningún interés para estos efectos.

No he llevado una vida proletaria, no lo oculto, ni veo

en ello ni suerte ni desgracia. He conocido cuidados de toda especie y he estado más de una vez al borde de la miseria. Mi fortuna ha sido adquirida por mi propio trabajo; era menos considerable de lo que suele creerse y me he deshecho de la mayor parte de ella. A mi querido padre le debo lo mejor que hay en mi espíritu y en mi corazón; en la vida me dejó en libertad y estaba más orgulloso que yo de que no tuviera que deberle fortuna y posición. He renunciado a su herencia de acuerdo con su modo de pensar; lo que de ella deje subsistente el nuevo orden social, se destinará a los fines comunes para que yo la he destinado.

Si mi actividad industrial ha sido o no apariencia infórmense los que así lo sostienen de aquellos con quienes trabajo y he trabajado y trasladen fielmente el informe a sus lectores.

δ. «Yo soy un empleado de banco desplazado, un autodidacto semi ilustrado.»

Me ocupo tan sólo de esta acusación porque toca un problema general. Las demás murmuraciones de análogo calibre las dejo correr a sus anchas.

Se desconfía de los auto didactos, como si no pudieran aprender nada bien, a pesar de que el libro impreso en que se forman no es más tonto ni peor que las explicaciones de los profesores que les han faltado.

¿Por qué? Pues aprender no es formar el espíritu. Es aprender orgánicamente. También hay que aprender a aprender. Metodología. Un montón de piedras no es una casa.

¡Cuidado, pues, con los establecimientos de enseñanza!

Necesitamos más que nunca educar al pueblo, pero no darle sabiduría. Nos hemos hundido, no por defecto, sino por exceso de saber. Nuestro carácter no caminaba a compás de nuestros conocimientos y sus pretensiones; hablábamos de cultura porque nos faltaba, estábamos enseñados, pero no educados.

¡Cread locales de educación, escuelas de carácter, jardines de hombres! Deben educar los caracteres y no los sabios, ni los estetas, ni los dialécticos, y menos aún los ideólogos populares semi ilustrados y llenos de rencor.

La cuestión alemana es una cuestión de carácter.

Autodidactos, alodidactos, enciclopédicos, especialistas, aprendizaje sistemático e insistemático; son estas cuestiones importantes, pero no las más importantes para nosotros. Juicio seguro y sentido; pensamiento desapasionado; resolución enérgica; esto es lo que nos hace falta. Tenemos que libertarnos de la superficialidad de las cervecerías, de las sutilezas de los cafés, de la osadía de las sociedades profesionales y del estrépito de las sociedades de recreo. La peor de todas las variedades impotentes es la que nos ha venido estos últimos tiempos; problemática por amor a la problemática, dialéctica por amor a la dialéctica, profundidad por caminos mecánicos.

Sobre mi caso basten pocas palabras. No soy un empleado de banco, aunque me hubiera aprovechado haberlo sido cuando me encargué de la dirección de un banco. Soy autodidacto en varias materias de las que no quisiera prescindir. Pero mi formación profesional intelectual la debo a los grandes sabios que me han enseñado y examinado y que eran matemáticos, físicos, filósofos, historia-

dores y economistas. De sus lecciones he olvidado gran parte y no me arrepiento de ello; pero permanecen inolvidables las enseñanzas del arte, de la amistad, de la práctica, del extranjero, y sobre todo de las mujeres.

Pero basta ya de falsos supuestos, y vamos a lo principal, a las acusaciones. Quiero comenzar con la más grave.

I. «Ese hombre no vive según su doctrina. Su máxima es: atended a mis palabras y no a mis hechos.»

Esto unos lo explican así: «el que vive la vida de la idea no debe tener ninguna profesión civil. El que combate la mecanización no debe servirla.»

Otros dicen: «El que aconseja huir de las vanidades mundanas, no debe vivir en la abundancia.»

La primera de estas aclaraciones y más amplia: «el que vive la vida de la idea, no debe dedicarse a ninguna profesión civil», la considero falsa. Ingenieros, soldados, directores de teatros, hombres de Estado, empleados administrativos, funcionarios eclesiásticos, periodistas, artesanos, rentistas y monarcas, han servido al espíritu conjuntamente con su profesión terrenal y se han hecho inmortales por las obras de su espíritu. La separación de la profesión espiritual de la material es nueva, el concepto del artista independiente, del pensador profesional apenas tendrá en la Europa moderna más de doscientos años. Probablemente el orden social futuro no permitirá una separación plena de la profesión espiritual y la material: por lo menos hará que una salga de la otra.

Y esto con razón. Pues la consecuencia de la separación de las profesiones es la escisión entre el arte y el pueblo,

entre el espíritu y la vida. Lo que lamentamos, lo que ha causado el derrumbamiento del país, lo que obstaculiza su reconstrucción: el no haber comprendido la época, la falta de ideas constructivas, la desaparición de dos generaciones del pensamiento, ¿de quién es la culpa de todo esto? El pensamiento constructivo, expulsado de las profesiones liberales sobrecargadas, se había refugiado en las cátedras, en las secretarías de los partidos y en las salas de redacción y se aniquiló, parte por escrúpulos de conciencia de los profesores funcionarios, parte en el estrépito diario de la agitación y la lucha menuda de los intereses.

Se perdió casi un siglo de pensamiento, porque la vida no supo concentrarse y se abandonó al saber erudito, y porque este olvidó el pensar por la investigación y no sabía nada de la vida.

Si hubiera habido en Alemania dos docenas de espíritus en las profesiones liberales que tomasen su profesión como lo que es, como escuela e ilustración de las leyes de la vida, si hubiesen puesto su experiencia y su capacidad mental al servicio del bien que les competía, a la construcción del ideario del país, no hubieran corrido a su perdición por falta de pensamiento e indolencia espiritual, por desconocimiento de nuestras condiciones internas y externas, y no nos veríamos obligados a recoger la escasa e inconexa provisión de ideas en los mitines populares, en ese proyectismo febril, en una fecunda idolatría del extranjero,

¡Nunca vendrá de este modo una verdadera constitución alemana, nunca una ordenación justa de la economía y la sociedad! Antes, por falta de ideas, se apoderará de nos-

otros la reacción, y así como nos hemos visto empujados al liberalismo y la autonomía, con retraso, involuntariamente, por obra de presiones extranjeras, puede acontecer que lleguemos los últimos al ordenamiento futuro de la vida, precedidos por el Este, por el camino de la revolución apasionada y radical, por el Oeste, por el camino del socialismo de Estado inidealista, producto de consideraciones razonables.

¿Qué es lo que atrae a los lectores en mis escritos? ¿Es realmente el «estilo sugestivo» y las «ocurrencias ingeniosas»? ¡Probad a llenar con cosas de este género media docena de tomos, probad a hinchar un pensamiento pobre con palabras sonoras! Ningún hombre pensador soportará más de veinte páginas. ¿O es acaso la fría curiosidad de saber lo que un director de industria tiene que decir sobre Dios y el mundo? La curiosidad se sacia pronto, y ni en Alemania, donde están los mejores conocedores de mis escritos, ni en el extranjero le preocupan a nadie la circunstancia externa de mi persona.

Lo que presta fuerza a mis escritos es que lo que en ellos se dice no es fruto de fantasías ni cavilaciones. Son cosas experimentadas y sacadas de la vida, en medio de la cual me asiento, porque tengo en ella deberes. Cada cual hace las cosas a su modo; lo que niego es que el mío sea el malo.

«Combate la mecanización y la sirve.»

Lo que yo en mis escritos he llamado mecanización y he descrito como tal, es un orden del mundo. Lo que se llama capitalismo es uno de sus aspectos económicos.

Piénsese de este orden lo que se quiera; nadie se puede

librar de él. Yo he escrito: el que se va al desierto y no lleva consigo más que un libro queda encadenado a la mecanización. En el libro está el sudor de miles. Y si renunciase al último de los hilos que cubren su cuerpo, al último trozo de papel, si no pisase nunca una carretera ni escribiese una tarjeta postal, seguiría debiendo al orden mecánico su existencia, la protección de su vida, su procedencia y su origen. Es un engaño suponerse liberado y hacerse la ilusión de que se vive como un hijo de la naturaleza cuando todo un mundo jadeante trabaja para uno.

Yo no combato la mecanización. Yo la he puesto al descubierto considerándola como resultado del exceso de población, como un capítulo del proceso de la lucha del hombre contra la naturaleza. Yo he expuesto sus lados débiles y he mostrado cómo el espíritu puede dominarlos y trocarlos en bien. Una fuerza natural no se combate; o se es arrollado por ella o se la domina.

Pero pudiera decirse: si la mecanización es inevitable, si es una fuerza natural a la que hay que someterse ¿no se puede quitar algo, no se puede ser como Crispín que robaba el cuero para dárselo a los pobres? ¿Se puede estar en aquel sitio en que la mecanización estruja y explota con más fuerza?

Muy bien, respondo. Yo odio la guerra, pero aún más al desertar. Si no puedo estrangular la guerra, ayudaré a defender el país.

¿Quieres justificar pues el ser patrono en un orden económico al que tú mismo llamas injusto?

Seas el que preguntas un rentista que vive de los productos de la empresa, o un funcionario del Estado que la pro-

tege, o un proletario que le suministra su trabajo, mientras que la combate: sí, quiero justificarme.

En todos mis escritos se pide: dominio de alma sobre el espíritu, dominio del espíritu sobre la materia. Desdichada es toda profesión que traiciona al espíritu por la materia, que no se ejerce por sí misma, sino por la materia, por afán de dominio o lucro.

Pero eso no lo hemos hecho aquellos a quienes nos importaba la cosa y la obra. La profesión del organizador—la denominación de patrono la han extendido los profesores según ideas mezquinas—esa profesión era en un Estado viejo y helado la más enérgica expresión de voluntad activa que permitía el tiempo; era hermosa y digna de un hombre.

No es el organizador y su obra lo que ha fracasado, a pesar de cuanto pueda decirse en las asambleas populares. Lo que ha fracasado es el orden social por su injusticia, y el orden económico por haber sido encadenado a la sociedad moribunda por gobernantes bizantinos y plutócraticos, por haber sido utilizado por una política corruptora para fomentar un nacionalismo limitado y un imperialismo ávido. Pero en toda forma nueva del Estado, la economía y la sociedad habrán de necesitarse del organizador y su obra, pues el trabajo humano se concentrará cada vez más en actividad ordenada, orgánica, y repudiará la arbitrariedad anárquica.

Esta ordenación y concentración de las funciones humanas correspondía al organizador; fuese cualquiera su convicción sólo podía realizarla sobre la base de la Economía privada existente, y mientras ésta subsista, sus métodos

habrán de acomodarse a ella. El día en que se sustituya por uno nuevo el orden económico existente, será la fuerza organizadora la que, modificada en su aplicación, mas no en su esencia, señale también su camino al trabajo futuro.

Lo que podía hacer y ha hecho el arte de la organización encadenado a la Economía privada era esto: En el transcurso de una generación ha duplicado el bienestar nacional. Ha llevado la técnica a aquella altura maravillosa y espantable desde la cual pudo transformarse en fecundidad la escasez. Ha creado miles de profesiones y responsabilidades y ha enseñado a respetar el nombre alemán del otro lado de los mares. Ha poblado ciudades y comarcas, ha abierto fuerzas naturales y caminos. Ha alimentado directa e indirectamente a la tercera parte de la humanidad alemana.

Si los futuros órdenes económicos quieren crear lo mismo o algo análogo, tienen que crear a su vez organizadores, los cuales aunque no se vean forzados a trabajar por el rodeo de una clase, sino sirviendo libre y directamente a la comunidad, habrán de aprender de nosotros, los predecesores y exploradores. Se hará la historia de aquella gran época técnica y organizadora, y cuanto más se progrese en el dominio de la mecanización tanto más se admirará lo que los antiguos conquistadores de la organización supieron arrancar al suelo ingrato y a la economía anárquica. La infecundidad de la época salta a los ojos, pero lo poco que poseía de espíritu y voluntad lo empleó en los campos de combate del dominio de la naturaleza y de la organización; poco más quedará de ella que lo con-



quistado en esta esfera, incluyendo los instrumentos, medios y métodos de trabajo que creó.

Los compañeros de trabajo fenecidos no tienen por qué avergonzarse de esta profesión que exige osadía, rapidez, fuerza, responsabilidad, fantasía y discernimiento. ¡Cuán de otra manera se trabajaba que en la política, donde a causa de la falta de plan y de los rozamientos interiores, sólo actuaban las fuerzas contrarias, o que en esta época de transición en la cual a fuerza de discusiones y votaciones no se hace nada! Aquel que poseía estas tres cualidades: vivir en la época de florecimiento de la mecanización, tener una voluntad enérgica y querer hacer obra creadora, tenía que ser y debía ser un conformador de la economía.

En toda mi vida no he escrito más que un par de millares de páginas impresas: no menos, pues las ideas no pueden ahogarse; no más, porque nada más se me ha ocurrido. Como cada página supone una hora de trabajo, mi obra hace un total de tres años de trabajo; el tiempo de la concepción no lo cuento, pues se hace incesantemente y no puede ni apresurarse ni encauzarse. En treinta años tres no suponen mucho, y no tienen pues razón los que sostienen que no he tenido tiempo para dedicarme a mi profesión. Eso quienes pueden juzgarlos son mis colaboradores, cuyo número es considerable. Lo que sé es una cosa: ni mi trabajo profesional debe nada a mi trabajo literario, ni éste a aquél. Pero de esto ya se hablará más tarde.

«Predica la huida de las vanidades mundanas y la privación y vive en la abundancia.»

He enseñado la primacía del espíritu, y como es consiguiente he puesto la obra por encima del goce. Mi libro «De las cosas venideras» comienza con estas palabras: «este libro trata de cosas materiales, pero mirando al espíritu; los atractivos materiales pueden servir al espíritu, ¿pero dónde está dicho que aquellos sean despreciables y que se los deba huir? ¿He escrito la «Nueva Economía» para propagar la pobreza o el bienestar? He condenado la producción nociva, inútil, insensata, el despilfarro estúpido, el lujo vulgar, la baja exhibición; ¿pero en qué pasaje de mis escritos se encuentra una línea sola que demande privación, pobreza, huida del mundo? ¿Si la pobreza o la huida del mundo fuese el fin deseable, qué sentido tendría pugnar por la elevación del rendimiento económico, por el acrecimiento del bienestar, por la razonable repartición de los bienes, ni en general por ningún orden económico y social?»

Pasemos ahora a mi género de vida que se trata de poner en contradicción con mi doctrina. No he renunciado a los ingresos que en razón de mi trabajo me correspondían según derecho y uso del orden económico existente, y esto con clara consciencia. Pues bajo el imperio de tal ordenación económica no hubieran redundado en provecho de la comunidad, sino de determinadas personas físicas y jurídicas; hubieran sido regalos arbitrarios en favor de particulares y casi exclusivamente en beneficio de quienes no fuesen dignos de ellas.

El sobrante que quede después de un consumo moderado, lo considero como un bien que me ha confiado la comunidad y me reservo el derecho de fijar por mí mismo

la manera y el momento de destinarlos a usos públicos.

Pero mi propio gusto no es grande. Está medido de manera que mantenga la fuerza de trabajo a una altura normal, y se mueve en el plano de un empleado industrial de cierta categoría. Mi vida es el trabajo, mi distracción son libros, a veces un paseo, de cuando en cuando un poco de música. Desde mi juventud no conozco la vida de sociedad, no visito lugares de esparcimiento ni diversión, y cuando se me pedían hábitos de esos que se llaman de representación, me sonreía, pues no puedo imaginarme que pueda mejorarse el trabajo por algo que le contradice. Mi casa es decorosa y al cuidado de dos sirvientes antiguos. ¿He de hablar de privaciones materiales? Creo que es preferible dejarlo.

Así es, pues, el hombre a quien se echa en cara su doctrina, que predica el uso de agua y bebe vino, que enseña la renunciación y vive en la abundancia, que dice: no os guiéis por mis actos, sino por mis palabras.

Pero no quiero aligerar demasiado mi tarea. No quiero que el lector me siga demasiado condescendiente, que se sienta fascinado y que luego le quede una reserva mental.

Tal reserva pudiera ser esta: no obstante desearía que el hombre en cuya vida espiritual confío estuviera fuera de la vida burguesa, que tomase sobre sí voluntariamente la pobreza perfecta, que fuese al pueblo como un enviado y compartiese con su prójimo saber y sentimiento, vida y necesidad, de boca a boca, de ojo a ojo, de corazón a corazón.

¿Quién es suficientemente insensible para no reconocer que esta vida es la verdaderamente elevada y sublime?

¿Quién no se habrá preguntado en sus horas más osadas, si no sería digno de tal vida y escogido para ella? Tolstoy lo ansió así y fracasó en su empeño y en su maravillosa muerte se dió la conjunción de sus dos naturalezas en pugna.

A estas dos naturalezas quisiera llamarlas la entusiasta y la apodéctica. La una nos arrastra por su existencia, por el imperio de su ley, la otra se pierde tras su contenido objetivo, sólo obra mediatamente por la manifiesta necesidad del pensamiento que la informa. La una culmina en una vida perfecta en que se transparenta y revela la santidad; en ella no pueden excindirse el sentido y su encarnación. La otra actúa en la obra diversificada, en la objetivación: la obra tiene la tendencia a hacerse anónima y a separarse de su origen.

La naturaleza entusiasta no puede equivocarse sobre sí misma. Está en posesión en sus fuerzas corporales y espirituales, y por el hecho de presentarse brotan de ella a raudales energías que no requieren ninguna obra ni pensamiento de intermediación, ni apenas de la palabra; la vida misma les da carácter de prodigio y revelación y el hombre que experimenta el poder de su mirada se siente penetrado hasta el fondo de su corazón.

La naturaleza apodéctica se subsume, por decirlo así, en su obra. Sus fuerzas espirituales y corporales no se precipitan de un modo inmediato en el mundo sino en la obra y la obra a su vez, merced a su fuerte concentración, no puede operar inmediatamente en el mundo, sino que necesita intermediarios.

El error de Tolstoy fué no haber seguido la ley de su

## W A L T H E R R A T H E N A U

naturaleza, el no haber medido sus fuerzas físicas, obedeciendo a una idea teórica que rechazaba su espíritu creador artístico y pensante, para dejarse arrastrar por las débiles fuerzas de sus entusiasmos. Si las hubiese probado—y una naturaleza verdaderamente entusiasta no necesita ponerse a prueba—hubiera visto claramente que le faltaban las condiciones fundamentales: energía corporal irresistible, ímpetu, y la alegría honda del optimismo.

Pero aquel que no abraza la vida de la naturaleza entusiasta por necesidad inconsciente y desde el comienzo, sino por voluntad consciente o con intención, se violenta a sí mismo y obra contra el espíritu. Jamás desconocerá la ley apodíctica de su naturaleza un espíritu plenamente claro como el de Spinoza, al paso que un espíritu más pequeño, pero puramente entusiasta como el de Walt Whitman, rompió todas las barreras existentes entre él y el espíritu.

Mas el don profético propiamente dicho no va ligado a ninguna de ambas naturalezas; consiste en que en el espíritu del hombre se refleje sin su intervención a la manera de un microcosmos el acontecer del mundo, de modo que a la observación sustituya la introspección, que la intuición ocupe el lugar del saber, y pasado y presente no expresen sino dos diversas maneras de considerar la misma imagen interior.

Al dirigir mi mirada a todo el ámbito de este extraño problema, desaparece por sí misma la referencia a mis propias circunstancias que se esfuman al considerarlas de lejos, y la cuestión que se ha puesto pierde importancia.

A esto siguen cosas pequeñas y secundarias, pues mis

## L A T R I P L E R E V O L U C I O N

adversarios aman el detalle y en vez de declarar paladinamente que les desagradó y dejar al lector la elección entre ellos y yo, repiten constantemente una porción de cargos, que de ser exactos sólo probarían que yo tengo debilidades. Para eso no necesitaban, claro es, prueba alguna, y aún menos era precisa una réplica de mi parte. Pero ni yo ni mis lectores podemos satisfacernos con fórmulas falsas que ahorran a una época indolente en el pensar y ávida de juicios el esfuerzo de ocuparse de problemas necesarios, y les faciliten la tarea de responder a una mención de mi nombre con una sonrisa picaresca, con un encogimiento de hombros, un tono de superioridad o un gesto de menosprecio, al uso de los discutidores profesionales.

Espero que mis lectores extranjeros no nos consideren más mezuquinos de lo que somos al saber a qué acusaciones tiene que responder un escritor alemán. Recuerden que se trata de un caso singular, en cuanto que en su mayoría las críticas no salen de polémicas literarias, sino que están apoyadas financieramente por grupos interesados de mucho capital. Semejante proceder no era corriente hasta ahora entre nosotros —de aquí su asombroso efecto—, pero en cambio parece que no es desconocido allá del otro lado de los mares.

2. «Freienwalde». Filósofo y dueño de un palacio. ¡De un palacio real! Y —«así añaden filántropos benévolos y sinceros»— ha hecho que en el contrato de compra constase este adjetivo «real».

Grave reproche éste, a pesar de Voltaire y Humboldt. Recuerdo lo dicho arriba sobre el «Hotel del acusado». Pero vamos a ver en qué consiste la historia.

## W A L T H E R R A T H E N A U

En el año 1909 deseó el Real patrimonio prusiano deshacerse de algunas pertenencias: una de ellas era el palacio de Freienwalde, donde había vivido la viuda de Federico Guillermo II, una casa de campo de un piso con cinco ventanas de fachada, sita en el centro de un parque de medianas dimensiones en las cercanías de la ciudad de Freienwalde.

Me llevó allí un amigo, quien sabía que amo la arquitectura del clasicismo prusiano, por entonces apenas conocida ni de nombre, y a la que se daba poca estimación.

Las bellas proporciones del edificio indicaban, y la información confirmó, que procedía de David Gilly, el mejor arquitecto de la época; una reparación hecha por el año cincuenta había echado a perder el edificio.

Se me dijo que se había presentado un comprador, el cual se proponía parcelar el parque, vender el mobiliario y ofrecer la casa al Estado, creo que para la Audiencia. Una de las últimas obras de la época arquitectónica prusiana, modesta, pero bien conservada por fuera y por dentro, estaba en vías de destrucción.

Adquirí la casa para salvarla, y a lo largo de los años, a fuerza de trabajo escrupuloso, he vuelto a restaurarla; conseguí recobrar algunos de los objetos que habían desaparecido, lo que en los libelos tomó esta forma: «llenó el palacio de antigüedades y falsos retratos de antepasados».

Entre los entendidos en historia de la arquitectura Freienwalde pasa hoy como uno de los más notables monumentos de la época postfedericiana, se han publicado sobre ella numerosos trabajos y se puede apreciar su influencia sobre las edificaciones y decorados de los últimos años. La

## L A T R I P L E R E V O L U C I O N

casa y el parque se conservarán intactos para el porvenir y para la comunidad. La fundación encargada de la posesión y de su administración fué erigida en la época de la guerra. No quiero callar que me considero autorizado para pasar allí todos los veranos algunas semanas de retiro, y que allí han nacido una serie de escritos, especialmente la mayor parte del libro «De las cosas venideras».

3. «Tengo una vanidad desmedida. La prueba es que en mi trabajo sobre el suministro de materias primas en Alemania he publicado cinco cartas del canciller y del ministro de la Guerra: hablo de mí alternativamente con exagerada modestia y con orgullo.»

El trabajo apareció primero en un impreso no destinado a la publicidad, y no contenía los escritos en que se me daban las gracias. Los agregué a la edición pública de mala gana y por estos motivos. El mismo grupo que hoy me acusa de falta de modestia había propagado la especie de que yo había abusado de mi posición en el ministerio de la guerra, procurándoles encargos a mis sociedades industriales, que me había enriquecido en cantidades que oscilan entre diez y cuarenta millones, y había sido alejado del ministerio por eso.

Al aparecer los escritos de los ministros y como además el ministerio de la guerra publicase una aclaración, se acalló la acusación, pero en cambio comenzaron a cebarse en mi vanidad. Los franceses tienen un dicho aplicable al caso: *cet animal est tres méchant, quand on l'attaque il se defend.*

Yo tengo de mí mismo el siguiente concepto. Conozco muy bien mis debilidades y defectos; creo conocerlos in-

cluso mejor que mis adversarios y no soy más blando que ellos conmigo mismo. Por eso doy poco valor a mi persona y a cuanto con ella se relaciona. Pero creo en una verdad que me ha sido dada sin méritos ni dignidad bastantes, y creo en ella por estar persuadido de que lo es. Si no lo estuviera no podría manifestarla. Si por modestia entrase en tratos e hiciera concesiones, sería un compromiso indigno. Aun cuando claro está que esto no lo han de entender aquellos que no saben ni quieren saber nada de la verdad y que no hacen más que abusar de su nombre.

4. «Yo tengo una ambición insaciable y por tanto soy peligroso.»

Me parece que mi ambición, si la tuviera, sería una de mis menores faltas. En todo caso la ambición en mí iría unida a otro defecto mucho mayor, sobre el cual mis adversarios no debieron dejar de haber llamado la atención: a una estupidez garrafal. Pues en el Estado prusiano no podría concebirse una ambición política más vaga, ni más desprovista de medios que la de una persona que está fuera de las confesiones cristianas.

Mi adhesión al judaísmo, que se me echa en cara conjuntamente con mi ambición, siempre ha sido espiritual. No era la Sinagoga la que me ataba. Si he acentuado siempre también de un modo radical mi pertenencia exterior confesional, adversa al espíritu del Estado prusiano, y si rechacé de plano compromisos que se me ofrecieron, no fué a causa de una preferencia por ninguna de las comunidades de la Iglesia judía —que rechazo fundándome en la esencia de la religión—, sino como una protesta política contra la intolerancia anticonstitucional del Estado

Una aspiración de treinta años, mantenida por el procedimiento de la más decidida protesta, combinada con la renuncia radical de puestos, honores y títulos, me parece una tal falta de talento aun para el rasero de mis críticos más vulgares, que mis adversarios no debían pasarla por alto al fustigar mi ambición, salvo que consideren peligroso hacerme notar mis equivocaciones tácticas.

Pero ya que he tocado el punto de mis relaciones con el judaísmo y son de temer malas interpretaciones respecto a ellas, quiero añadir una explicación franca.

Mi corazón está ligado al pueblo alemán y a la fe alemana. Pero esta fe no es otra que la del Oriente occidental, la del Sinaí y Galilea; no son las confesiones de Roma y Constantinopla, de Ginebra, Wittenberg y Londres. No importa que no crean en esa fe alemanes y judíos, basta que alemanes y judíos estén destinados a creerla.

Sólo la comunidad espiritual del judaísmo está libre de dogmas y mitos, es puro espíritu, su credo son las cuatro palabras de la revelación, su único mandamiento es la máxima Ahabta, «debes amar.»

A la pura fe en Dios correspondía producir la pura fé en el Evangelio. Pero en su lugar nacieron, de la mezcla con las religiones de romanos y griegos, Iglesias dogmáticas y mitológicas.

Con encendidas palabras ha libertado Constantino Bruner el filósofo a Cristo de iglesias, confesiones, comunidades y pueblos. Pero no basta que sea libertado de aquellos que no se han dejado transformar por él, sino que le han transformado, ha de ser aceptado por los que le niegan.

Para esta predicación de Cristo sólo tiene espacio la fe en el espíritu en la que él mismo vivió, enseñó y murió con sus discípulos. Esta fe es libre y por tanto sigue siendo profética, no puede ser limitada, ni cerrarse a ninguna verdad.

Durante dos mil años se les presentó a los judíos con una mano la espada, con otra el crucifijo, y la carne de su carne, el espíritu de su espíritu fueron trocados, canonizados, ahogados en sangre y venganza. ¿Fue por falsa vergüenza por lo que se apartaron hoscos y en el ídolo extraño no quisieron reconocer aquel que había sido enviado a los hijos de Israel?

Lo que no pueden negar es su mandato de amor y su misión celestial, y poco importa que aún hoy digan algunos que pueden leerla también en el Antiguo Testamento. Si la Iliada contiene cuanto quiera leerse en ella ¿no iba a contenerlo todo el libro más grande de la humanidad? Pero lo que importa es notar esta diferencia: lo que figura en los Profetas en el primer término, figura en el Evangelio en el fondo, y lo que está en el fondo de los Profetas está en el Evangelio en el primer término y sobre el cenit.

El espíritu del judaísmo está dos mil años adelantado con respecto al mundo, pues todo este tiempo ha rechazado los conceptos de la sujeción del pueblo, del Estado, de la Iglesia, del dogma y del mito. Son románticos y reaccionarios los sionistas que pretenden hacer retroceder este espíritu a los siglos de David y Esra. Dos mil años está retrasado el espíritu del judaísmo, pues no ha comenzado a comprender su propia misión.

Pero si algún día Cristo vuelve descendiendo de las al-

turas del Olimpo clásico y gótico, al suelo que es hoy la patria común del espíritu alemán y judío, no al suelo de Galilea, sino al de Germania, si aparece no como el juez de vivos y muertos, sino como hijo del hombre e hijo de Dios, habrán acabado las tres Iglesias y volverá a reinar entre los hombres una fe en lugar de varias confesiones. Si el judaísmo tiene aún una misión sobre la tierra, es esta: en virtud de su pureza comprender su propia nueva evangélica y cumplirla, la nueva conservada hasta el día de hoy y que ya no está en peligro por el predominio de un paganismismo imperial y gótico.

Hasta entonces que cada cual dé a su Iglesia lo que de ella sea, y esto hará, aparte de la reacción y la revolución prusiana el acusado al que volvemos, tras esta consideración que excede un poco el marco de nuestro asunto.

5. «Soy un enemigo de la clase media.»

Este reproche ostenta la marca de un grupo de adversarios míos organizados y cuya agitación recibe auxilios financieros, los cuales de modo alguno pertenecen a la clase media, sino que la utilizan como escudo contra la temida Economía colectiva, y me combaten por suponerme representante de ella.

Lo que resulta extraño y sin embargo comprensible es esto: se dejó de reprochar a la Economía colectiva su enemiga contra la clase media, al ser recogida por el socialismo, sobre el cual no se atrevían a hacer recaer tal sospecha; en cambio ese reproche se mantuvo contra mí, «capitalista y patrono», aunque los argumentos comprobantes no se sacaban de mis escritos mismos, sino que se deducían de la esencia de la Economía colectiva.

En mis escritos se ensalza siempre a la clase media como fuente de la ilustración e inteligencia civiles alemanas, y se demanda su conservación y robustecimiento. No he escrito en demérito suyo ni una línea, ni una palabra, y jamás ninguno de los agitadores que a diario gritan contra mí ha podido aducir ni una sola de mis expresiones que pudiera interpretarse como hostil a la clase media. Lo que prueba lo sencillo que es en Alemania el menester de la lucha política, que se reduce a repetir palabras infundadas. Ningún oyente pide pruebas auténticas y a ningún agitador se le ocurre que puedan pedírsele. Si alguien pidiera que se leyese el libro criticado y condenado por alguno de los oradores, se consideraría que trataba de prolongar inútilmente la cosa.

Cuando en alguna ocasión le he pedido a un agitador que precisase cargos replicaba: ha hablado usted en términos poco amables sobre las tiendas de cigarros y sobre los viajantes de comercio. Es verdad que he dicho que diez mil tiendas de cigarros eran demasiadas para Berlín y trescientos mil viajantes demasiados para Alemania; también he dicho cosas sobre la producción ínfima, sobre la degeneración del reclamo y sobre reforma del comercio. Si esto es enemiga contra la clase media, es enemiga contra el arte, censurar la organización de las exposiciones, enemiga contra la cultura, poner reparos al abuso de los temas latinos, enemiga contra la religión, pedir una escuela emancipada de la Iglesia.

6. «Soy el causante de la Economía coactiva. Soy culpable de los enriquecimientos de la guerra, del sistema defectuoso de la distribución de subsistencias, de la ca-

restía, la *Schebung*, la desmoralización de la guerra. He fundado las sociedades de guerra y fomentado la explotación, la especulación, el acaparamiento.

Yo he ordenado los suministros de primeras materias, porque quería evitar el desmoronamiento del país, porque esperaba que tras el restablecimiento del equilibrio vendría un poco de reflexión. Estábamos bloqueados, teníamos muy pocas primeras materias, apenas para seis meses, cobre, lana, goma, yute, cinc y otras apenas para un año, ahorrándolas todo lo posible. Sólo una Economía coactiva, según principios totalmente nuevos, sólo órganos nuevos, a los que llamé sociedades de materias primas para la guerra, podían ordenar el enorme consumo necesario. La organización de las materias primas fué la única de esta amplitud que no fracasó; hasta los propios productores duramente afectados por ella lo han reconocido. No se presentó nunca un contraproyecto serio. Cuando se habla de los defectos de la Economía coactiva no se piensa en los suministros de materias primas, sino en los suministros de subsistencias, cuando se habla de sociedades de guerra se piensa en las sociedades de productos alimenticios. Y mis contradictores se aprovechan de esta confusión.

Yo no he tenido nunca nada que ver con la organización de las subsistencias ni con sus sociedades de guerra. En las primeras semanas de estas le propuse al ministro de la guerra regular en toda su extensión la cuestión de las subsistencias al mismo tiempo que la de las primeras materias; yo pensaba en un sistema bastante libre destinado ante todo a aumentar la producción. El ministro rechazó

mi propuesta y la cosa quedó así. El suministro de subsistencias se puso a cargo de otras instituciones tarde, sin darle unidad, y siguiendo principios mecánicos y burocráticos; por eso fracasó.

Yo no he tenido nunca nada que ver con los encargos, compras y adquisiciones de la sociedades de guerra. Por mi mano no ha pasado ni un céntimo; desde el puesto que ocupaba no tenía la menor influencia en los precios de la producción y en el acaparamiento y los abusos del comercio. Sólo una vez salí de los límites de mi cargo; fué para contener la especulación y lograr, a pesar de todas las resistencias, precios máximos para los metales y tejidos.

Tampoco he tenido nada que ver con el desmontamiento de galerías belgas y francesas, ni con el transporte a Alemania de obreros belgas, ni con el llamado programa de Hindenburg. Todas estas cosas decretadas por diversos departamentos oficiales, acontecieron bastante después de mi separación del ministerio al que pertenezco ocho meses, hasta el 31 de Marzo de 1915.

Es un ardid demagógico encaminado a desacreditar la Economía colectiva, relacionarla con la Economía intervenida de la guerra, y a ser posible con la organización de subsistencias, para originar confusiones. La Economía colectiva descansa en la regulación orgánica de la producción; es autonomía y no coacción. La Economía intervenida de la guerra, ante todo la fracasada organización de la alimentación, no es Economía colectiva, sino expediente forzoso de un país sitiado.

7. Quiero mencionar mi último reproche doble el cual no emana de mis adversarios habituales que en tanto

tiempo y por su afanoso combatirme se han convertido en una especie de compañeros de viaje, sino de adversarios de ocasión, bien intencionados, inclusive algunos de ellos.

Dicen los tales: «es posible que en la guerra y antes haya sido sincero e incluso revolucionario. Pero ha flaqueado por dos veces en su convicción; primero, cuando se entregó a organizar los suministros de materias primas, lo que prolongó la guerra; en segundo lugar, cuando llamó a la resistencia a raíz de la primera oferta de armisticio.»

El hombre no tiene derecho a representar el papel del destino. ¡Ay de aquél que abandona al que está ahogándose y dice: «a este hombre más le vale morir y nosotros salimos ganando con ello!»! Dos días antes de estallar la guerra, en el momento en que se habían desatado las más ciegas pasiones, amonesté a mi pueblo, lo que me valió ser objeto de la burla y la injuria de mis adversarios, tanto habituales como de ocasión: sabía que la guerra no podía acabar bien, pero esperaba que viniese la reflexión, y como conocía a nuestros enemigos no quería que nos desmoronásemos antes de haber venido aquélla. Por eso puse en orden el suministro de materias primas, abandoné mi cargo tan pronto como lo hube logrado y luché por todos los medios contra la prolongación de la guerra, contra el anexionismo, contra nuestra hostilidad hacia América. No quiero ocultar que en largas noches me atormentó la duda de si habría obrado bien; pero llegaba siempre a la conclusión de que no podía proceder de otro modo, y puesto en el mismo caso volvería a obrar así.

Al llegar el desmoronamiento sabía, y así lo declaré, que el enemigo nos dejaría inermes y aniquilados tras largas



negociaciones. Me parecía insensato negociar formalísticamente un armisticio y pedí que se negociase la paz sobre las armas. Esto, como puede verlo cualquiera, no era la leva en masa, sino la liquidación en vez de la bancarota. Pues entonces éramos aún terribles; teníamos seis millones de hombres en armas y el enemigo no creía en nuestra disolución. Las negociaciones militares no nos ahorraron un día de lucha; seguimos peleando cuarenta y siete días. Durante este tiempo pudo haberse terminado la paz preliminar y hoy seríamos una nación grande y considerada. Puede haber también personas a quienes les agrade, «calentarse las manos en las ruinas humeantes del país»; pero ante esas no tengo que justificarme.

\* \* \*

Si considero en conjunto cuantas inculpaciones se me hacen, me digo ¡que no son pocas, y que si fuesen verdaderas serían bastantes a destruir la labor de mi vida! También se les reprochan cosas a otros que ocupan un lugar más relevante en la escena del interés público, que están más estrechamente ligados a la responsabilidad de la gestión activa, y sin embargo, la crítica y la agitación no les atacan ni con mucho con tanta extensión ni tanto encono como a mí. Yo no menosprecio el poder de propaganda de los grupos de intereses que laboran contra mis escritos, pero propiamente el efecto de su actividad debía ser otro; y si las cosas fuesen como debían ser, el lector acabaría por decir: ¡basta!; de todos modos no es ningún placer leer cosas abstractas, y pues sabemos que éstas son insensatas y falsas, abandonamos al autor y a sus

escritos. ¡Se acabó! no volverá a sonar su nombre, aunque escriba cuanto le venga en gana. Sus ocupaciones industriales hacen que sus trabajos no sean interesantes; ya sabemos de sobra lo que piensa un hombre de la A E G.

Esto sería lo natural, y sin embargo, no acontece. Es moda leer mis escritos —lo digo tranquilamente aunque desde el punto de vista publicístico sea una insensatez—, y es aún más moda hablar de ellos por leerlos. Hablar con esta reserva: bueno ya sabemos a que atenernos; sabemos quién es, dejando cada cual a su vecino el cuidado de averiguar cómo es que sabe a qué atenerse y de qué me conoce.

No me preocupa. Pues mientras acontece eso en cafés, bolsas y pasillos, en el silencio y en la lejanía aumenta la estimación objetiva por mis trabajos principales.

Pero tengo un deber. He de ir más allá de lo que diga de mí la crítica diaria escrita y hablada, y atender a lo que pueda alentar contra mí de inconsciente, y en todo caso de inexpresado en el sentimiento del lector normal.

Hace años, en una hora de confesión, recordé a un pequeño número de amigos la metáfora platónica del auriga que doma y sujeta en carrera veloz a sus dos obstinados caballos. En mi mano los dos caballos llámanse voluntad y contemplación, y puedo decir que la pugna es dura y que llega casi al límite de la destrucción de una vida.

Pero este espectáculo es repulsivo para el alemán, cuando se da cuenta de él. Pues a pesar de su paciencia y perseverancia es débil, y ama con espanto a su contrario, el hombre de voluntad. En cuanto a su actividad contemplativa —no hablo de la investigación que es puro juego

de paciencia— es blanda y apartada de la vida; cuando la naturaleza se resiste a encajar en la idea, cierra los ojos y se sumerge en sueños. Por eso quiere que la contemplación tenga lugar en una penumbra crepuscular, no quiere que afronte la luz del día. El número de tendencias sentimentales que podemos soportar, por mucho que se contradigan y que contradigan a la naturaleza, es enorme. Grecia y Galilea nos son extraños en el fondo; Platón nos parece tener la frialdad del mármol; Spinoza nos resulta demasiado inquietante, y desagradable la prosa de Goethe. Un fenómeno que está por encima de la media o por debajo, resulta sospechoso si está situado muy cerca del abismo que separa el mundo de la idea y el de la realidad.

Se comprende al interesado que no se preocupa del espíritu. Se comprende al sabio que sabe encerrar en un sistema y justificarlas las potencias dominantes en cada momento. Se comprende, aunque con repugnancia, al racionalista que coloca en el centro de su sistema una exigencia ética y atormenta el mundo en lo que hay en él de dicha. Pero se rechazará al hombre que deja que tomen fuerza en su alma el espectáculo del mundo y el de la idea y declara sin consideraciones lo que según su experiencia existe y conviene.

Yo no he hecho otra cosa y no me corresponde medir el valor de esta actividad. Desde luego afirmo que ha sido de buena fe, libre de deseos, y fiel a las leyes de mi naturaleza. Lo que a mí me parecía que iba a acontecer, ha acontecido, y sigue aconteciendo. Lo que me parecía ser no necesitaba confirmarse por la realización. Si hubieran tenido fe en mis palabras los otros, viviríamos en otro mundo.

Pero no podía tenerse fe en ellas y precisamente porque nuestra voluntad es débil, porque no hay para nosotros puente que una la idea y la realidad. Alemania ha visto en la guerra las realidades del mundo, y ante todo las suyas propias, más falsamente que nunca, ha elaborado ideas que eran insostenibles por no tener en consideración ni los hechos propios, ni los del mundo, y porque eran ideas bajas, sacadas de la esfera de las apetencias. Por eso, y finalmente porque se mantuvo a gran tensión la voluntad, sin alimentarla del alma del pueblo, por eso vino la fecha lamentable del 5 de Octubre.

Al ofrecer al pueblo mis pensamientos, por modestos o pequeños que hayan sido, no pedía agradecimiento, pero no merecía tampoco por ella burla ni rencor, y el que se me haya forzado a justificarme es una injusticia que el tiempo ha cometido conmigo.

Un grande hombre, con quien no pretendo compararme, se vió también forzado a justificarse de un modo que los escritos de Platón han inmortalizado; mas como lo grande se refleja en lo pequeño, en este escrito mío destinado a unos pocos contemporáneos alemanes, me vienen a la memoria las palabras con que Sócrates, condenado, pedía que se le aplicase la pena. Como expresión de que en su caso acusación y defensa habían trocado el puesto, pedía se le aplicase el honor ciudadano de comer en el Pitaneion.

Recuerdo esta demanda con un motivo inverso; pues a mí me tributó el pueblo alemán, por medio de sus representantes, el honor ciudadano que creyó merecía, y cuya memoria debe ser conservada.

El día de la elección del presidente del Reich se recibió

## W A L T H E R R A T H E N A U

en Weimar un telegrama de alemanes residentes en el extranjero, bien intencionado, pero irreflexivo y muy equivocado, que ponía mi nombre en una relación absurda con el solemne acto.

Hubiera sido fácil echar a un lado esta manifestación, como se hace a diario con otras muchas. Sin embargo fué leído.

El parlamento de cualquier país civilizado, por respeto a todo representante del trabajo espiritual, hubiera pasado por alto la inoportuna lectura de una manifestación inoportuna.

El primer parlamento republicano alemán, destinado a sellar la ignominia alemana, reunido en sesión en el tiempo más sombrío, en la hora más solemne, se deshizo en carcajadas. Las referencias de la sesión dicen que la algazara duró unos minutos y testigos presenciales cuentan que hombrecitos y mujercitas se retorcían gozosos en su asiento para saludar a un alemán cuyo trabajo espiritual unos conocían y otros no.

Al leer esto quedé asombrado, pero no entristecido por mí, y hube de pensar en las sardónicas risas, precursoras de desgracias del castillo Itaca, tal como Homero las describe.

También este modo de honrarme puede traer sus consecuencias.

FIN

## EL NUEVO ESTADO

Ha llegado el momento, para nadie tan temido como para Alemania, en que la necesidad fuerza a entrar en lo presente e histórico, para crear formas nuevas.

El Imperio y los Estados federales se han disuelto y hay que volver a crearlos.

La grandeza del momento hace que se vean a su luz verdaderas cosas, unas que estaban veladas, otras que el hábito impedía ver; cosas de las que sólo percibíamos el efecto, por ser demasiado indolentes para buscar las causas.

Ahora se ve cómo la erudición gremial historicista no se cansaba de ensalzar, estudiándolo con métodos viejos, lo producido lentamente, por obra de Dios o de la naturaleza, según ellos, y a menospreciar la razón constructiva.

¿A qué obedece esta propensión mental? A que habituados a operar con formas tradicionales somos incapaces de construir sin modelo, de modificar lo existente, para crear cosas que sean contenido y no mera forma.

Ahora se ve por qué la constitución del *Reich* y de los Estados federales, las administraciones y jerarquías eran mecanismos complicados y herrumbrosos, utilizables en una travesía lenta, con buen tiempo, pero que fracasan cuando comienza la marejada.

¿Por qué? Porque el particularismo federal no es más

## W A L T H E R R A T H E N A U

que en un tercio lo que debiera ser: sentimiento de autonomía y amor a la peculiaridad. Al aparacer era en dos tercios: odio entre hermanos, amor a lo tradicional por comodidad y cuestiones personales.

Y así se comprende por qué hemos vivido feudalmente por lo menos un siglo más de lo debido. La corteza del militarismo nos daba coherencia; nuestra masa es blanda y ahora que ha saltado la corteza ha quedado la masa informe. Se han perdido las cualidades nacionales, el sentimiento de autonomía, el de seguridad, hasta el del honor, y parecemos una horda sármata. El plasma se resiste a cristalizar, a adquirir dureza, resistencia, dirección. Y sin coherencia no hay forma posible.

### II

Si no fuese así, si a pesar de todas las discrepancias conservásemos la unidad espiritual, si fuésemos capaces de dar forma a la substancia nacional, habría llegado el momento de la creación de una nueva Alemania.

Si Alemania poseyese fuerzas espirituales y fuerza de voluntad bastantes, se produciría una creación de libertad, un cuerpo visible del espíritu del pueblo, que fuese acabamiento del pasado y molde del porvenir; una constitución alemana original, de propia creación. Así ha nacido Inglaterra, así Norteamérica, así Francia, los pueblos según cuyo modelo se han formado y reformado los grandes Estados de la tierra.

El destino ha querido que llegásemos los últimos a este estado de nueva formación. Pero esta nueva Alemania no

## E L N U E V O E S T A D O

debe inspirarse en los modelos de pueblos extraños, sino ser fruto del espíritu alemán, previendo con mirada amplia una nueva época alemana que ha de ser al propio tiempo una nueva época mundial.

El segundo Imperio alemán de los cincuenta años ha muerto y no volverá a renacer. Lo que quería hacerse pasar como esencia alemana, lo que según las charlas de cervecería de sus representantes había de salvar al mundo: viajeros y juristas, falso alarde de fuerza filistea de junkers, fabricantes, profesores de instituto y burócratas, esta desfiguración del espíritu alemán, se ha aniquilado a sí misma, pero al mismo tiempo ha entregado el dominio del mundo a los anglosajones que—mientras sea posible—lo administrarán siguiendo principios sencillos, sin grandes injusticias intencionadas, con tacto político, con comprensión humana.

Pero al pueblo alemán corresponde encarnar en la práctica el espíritu alemán, fundado en la visión realista y en la personalidad, en la variedad y en la comunidad, en la especulación y en la realidad, en la lógica y en el sentimiento, y encarnarlo especialmente en la estructura del Estado.

Es preciso que nazca una constitución que de lejos se vea es alemana, que llene de sentido lo existente, que sin ser sencilla—pues nosotros no somos sencillos—no sea un compromiso, sino una estructura en que cada miembro pueda ejercer su misión, que se entienda lo mismo en Stuttgart que en Konisberga, que recoja el sentimiento del país, y sea el hogar de una nueva época, de una época de igualdad de todas las clases y capas sociales.

Es perfectamente exacto lo que dicen los revolucionarios: la revolución alemana no está hecha, no está ni siquiera comenzada. Y la revolución no se hará de un día para otro, no se hará ni por bolcheviques ni por espartaquistas, sino por una serie de creaciones populares, la primera de las cuales debe ser una constitución democrática y social, que no se parezca a las que existen en Estados imperiales, ni plutocráticos, ni burgueses, ni agrícolas; la Constitución del porvenir alemán.

Sea la que sea la pieza que se represente en la renovada escena de Goethe, el juramento de los confederados suizos, la dieta polaca o la Feria de Plundersweilern, en la Alemania de hoy desprovista de dioses, bajo la presión de Spa y Trier, entre jacobinos apacibles y generales burgueses, no nacerá el Estado alemán. Lo que salga, ya se parezca al poblado alemán de la exposición de Chicago, ya a la dinastía cuartelera de Bismarck no será más que sustitutivo y expediente provisional.

Tanto mejor: tenemos tiempo. El edificio sólido sale del cimiento hondo, y para excavar hasta lo hondo sirve la duda. Por eso queremos sugerir dudas de los conceptos admitidos, y ante todo del del Estado, queremos hablar de lo que el buen burgués llama utopía, y de lo más real de todo, o sea de lo racional. Así ahondaremos la caja de los cimientos sobre los que más tarde, nunca demasiado tarde, podrá alzarse el futuro edificio.

### III

El Estado político, en su forma suprema del Estado imperial, ha tenido en la guerra su gran época, la última.

Para nosotros se ha acabado el imperialismo, en los demás ha llegado ya al límite máximo. La Sociedad de naciones suprimirá una parte de la soberanía guerrera, el resto lo hará la transformación social del mundo. En el transcurso de este siglo la soberanía se convertirá en un concepto colectivo.

Con esto habrá terminado una evolución milenaria; el concepto puramente político del Estado habrá perdido su supremacía nunca puesta en duda en su construcción de las naciones, y quedará despejado el campo para otra cosa.

Tampoco el individuo era al principio más que una criatura puramente dedicada a la defensa, luego a la producción y finalmente un ser de moralidad y cultura. Hoy apenas si en épocas revueltas se preocupa el individuo de defenderse a sí mismo, y puede consagrar sus energías al desarrollo interior y exterior de su vida. Hace tantos miles de siglos que el Estado se ha apoderado de toda la voluntad de las naciones - fuesen sus fuerzas generadoras el parentesco, la sociedad, la religión, la defensa que sólo podemos representarnos el Estado universal, y apenas percibimos la paradoja de que todas las facultades del pueblo queden subordinadas a la política.

Debía hacernos vacilar la infinita complicación de los cuerpos administrativos, corporaciones, asociaciones, y sociedades, cuya red va espesándose de tal modo con hilos siempre nuevos, tantos que ninguno de nosotros puede decir cuántas ramificaciones coinciden en él. Muchas de estas ramificaciones que se entrecruzan en la vida civil, local, profesional, productora, social, espiritual y religio-

sa, van a parar al centro del Estado político, otras constituyen una red formada por diversas comunidades particulares.

En épocas en que el poder del Estado sea débil y esté diseminado puede ocurrir que se excindan funciones centrales, administración de justicia, administración y defensa local, transportes, y se conviertan en asociaciones particulares. En cambio, en el Estado orgánico se aumentarían los lazos que emanan del poder del Estado, y tratan de centralizar los estados en el Estado.

Todos los hilos nerviosos van a parar a un punto político central en el Estado. Este punto central se conservó como algo invariable en la época política, monárquica o republicana, democrática o plutocrática o feudal, que ponía como fin esencial del Estado la guerra, la defensa, el poder.

No es que yo crea que en el porvenir vayan a acabarse estas funciones puramente políticas. Subsistirán junto a otros, y no se ha reñido aún la última guerra. Pero perderán su predominio, mejor dicho ya lo han perdido.

También los antiguos Estados cuidaban de la administración, la justicia y de la política económica, religiosa y cultural, y sería injusto decir que las consideraban como cosa secundaria. Pero lo hacían pensando en algo más alto: en la magnificencia y en el poder externo de la nación, y más cuando encarnaban en un monarca. El Estado se administraba como fin en sí.

Pero mientras creía hacer esto, hubo de observar con indignado asombro que su política de dominación iba poniéndose cada vez más, y al final exclusivamente, al ser-

vicio de una función no política, de la economía; la administración, la enseñanza y la religión, que el Estado — confesándolo o no — había tomado por su cuenta para servir a su propia magnificencia, imperceptiblemente se transforman en medios de lucha, en los Estados reaccionarios contra el pueblo, en los Estados revolucionarios contra la clase privilegiada.

Mientras el imperialismo de la clase dominante llegaba a la cúspide, el Estado hacía mucho tiempo que se había constituido en una central de equilibrio de intereses, en un mecanismo de orden y administración, y como no quería darse cuenta de esta transformación, llevó el imperialismo a su colmo, apoyado en sus capas directores.

Pero la mentalidad centralista se apoderó de los Estados y llegó en sus últimas consecuencias al absurdo.

Una sabiduría central, dinástica en el caso de la monarquía, con matices alternativos de diversos partidos políticos en el de la república, regulaba hacia afuera la lucha de los Estados, hacia adentro la construcción del Estado y el equilibrio de los intereses.

La monarquía se encargaba de justificarse por sí misma; del Parlamento se suponía tácitamente que era una administración autónomamente pura, el dominio del pueblo soberano sobre sí mismo.

Y sin duda lo era en comparación con la monarquía. Y lo era también hasta cierto punto, cuando aparecían en primer término las «grandes» cuestiones, las cuestiones sobre las formas de gobierno, sobre la política exterior y la política política, a las que se subordinaban las cuestiones «pequeñas» de la economía, la sociedad, la cultura.

Lo era muy apasionadamente en los países de población e intereses homogéneos como Inglaterra y Norteamérica, en donde los complejos de intereses e ideas se habían convertido en unidades apreciables, con escasas diferencias locales.

La guerra, con su secuela la paz, ha llevado en apariencia a su mayor altura, las grandes cuestiones de la política política, en realidad las ha aniquilado. Hasta los Estados saturados de imperialismo, ocupados con su saneamiento y renovación, sólo tendrán que ver con un problema fundamental, el de la diversidad de clases y capas sociales. La política exterior y política dará aún algunas representaciones teatrales; luego se desvanecerá, y en su lugar quedará la política internacional económica y social.

Pero estas cuestiones, en apariencia las más materiales de todas, serán decididas según valores ideales, de espíritu y moral. Pues aunque durante un duro período de transición decidan los monopolios de raza, materias primas y créditos, a la larga cada nación recibirá tanto como dé. Pero ya esto cae del lado de los valores espirituales.

Ahora aparece ya claramente la ficción de la suprema sabiduría centralista y de la autonomía del Parlamento.

La ficción sostiene que aun después de que ya no dominan el destino de los pueblos las grandes cuestiones de la política política, debe existir una corporación mediocre— que veremos por qué necesariamente ha de ser mediocre— que en todos los órdenes de la vida nacional conozca, entienda, juzgue y decida de todo lo fundamental. Esta corporación debe encargarse de designar los especialistas que lleven a la práctica los principios y que formulen su-

gestiones principales. Y debe asimismo conocer, juzgar y controlar a estos hombres.

No sólo debe hacerlo, sino que cree poder hacerlo. Pues esta corporación mediocre se supone ser, no sólo la selección, sino el reflejo del pueblo. Es el pueblo que se administra a sí mismo.

Esta asamblea es elegida, según varios complejos de ideas, análogas a éstas: Pequeño comercio.—Milicia-Escuela no confesional.—Arte antiguo.—Política colonial.—Democracia. O bien: Monarquía.—Iglesia.—Gran propiedad territorial.—Antisemitismo.—Proteccionismo. O bien: Particularismo.—Iglesia católica.—Pequeña propiedad agrícola.—Clase media.—Desarme. Se supone que estos complejos de ideas se adecuan a la mayoría de los ciudadanos, o que con un poco de sugestión les parecerán adecuados, y esta suposición adquiere cierta verosimilitud porque tácitamente se toman como conceptos directivos los elementos políticos de estos complejos: Democracia.—Autocracia.—Socialismo, y se intenta deducir de ellos y del interés medio de grandes masas de población que se suponen prontos a recibir estas ideas, el resto de los elementos del complejo, transformándolos en programas de partido.

Este es el contenido de la ficción que está en el fondo de todo régimen parlamentario; ficción que se aproxima tanto más a la verdad, cuanto más homogénea es una nación, cuanto más mecánicamente están constituidos sus grupos. Donde más se aproxima a la verdad es en los Estados anglosajones; se separa de ella y se aproxima al contrasentido cuanto más excindido esté un pueblo en lo que toca



al paisaje, espíritu e intereses, cuanto menor es su fuerza constructiva de nacionalidades.

## IV

Según la enseñanza de nuestros profesores, que saben lo que han aprendido, es decir, todo lo que se relaciona con el historicismo, y que no dudan ni un instante de que con la receta centenaria de la aplicación y el trabajo concienzudo se puede comprender todo el pasado y conformar todo el porvenir; según esta cómoda sabiduría sacerdotal, sabemos que somos los más individualistas de todos los pueblos, y con esta declaración nos damos por conformes.

Somos el pueblo de Goethe, Fichte, Beethoven, y eso lo explica todo.

Pero a esto hay que replicar que en primer lugar no explica nada, y luego hay que preguntar si es verdad.

Esta enseñanza no explica que desde hace cien años no se hayan producido entre nosotros pensamientos creadores. Y tampoco porque no hemos producido nunca ninguna gran forma propia en ninguna de las esferas de vida.

En espíritu y forma de vida estamos tan mecanizados como los demás pueblos. Nosotros no hemos creado la mecanización, pero la hemos aprendido con nuestro espíritu concienzudo y la hemos llevado al extremo. Literariamente en los últimos años hemos sido dependientes de Francia, Rusia y Escandinavia. En la pintura, de Francia, Japón y España. En filosofía y ciencia somos internacionales.

Nuestro pueblo es nuevo. Se ha transformado en grandes cambios de capas sociales que han puesto lo de abajo arriba; está constituido por las antiguas capas inferiores anónimas, sin historia. Nosotros somos el pueblo de Durero o Goethe, como los italianos son el pueblo de Dante y Leonardo. Obsérvese nuestra historia contemporánea, nuestros edificios, nuestras formas de vida, los retratos de nuestros directores.

No nos engañemos con algunos eruditos que en comercio selecto con libros antiguos y paisajes serenos, se hacen la ilusión de vivir en un país romántico, no nos engañemos con la estética de solitarios sensibles y amantes de la naturaleza que niegan el sudor capitalista de que viven. La nueva Alemania es un país desconocido, y principalmente para aquellos que hacen filosofía histórica a costa de ella.

Lo que hoy nos distingue de las otras naciones son pocas cualidades de espíritu y carácter. Nosotros somos más blandos; menos conscientes de nosotros mismos, más informes, más moldeables. No se sabe hasta qué punto las cualidades de actividad, disciplina, amor al orden, y puntualidad, son efecto de la coacción de las clases dominantes o proceden de la propia naturaleza. La honradez, objetividad, escrupulosidad, todavía subsisten en la burguesía moribunda. Acaso conserve también algo de la antigua capacidad de engendrar talentos. La bondad, la cordialidad y el espíritu servicial son las más bellas cualidades de las clases medias y bajas.

Siguen pues, dominando las fuerzas del sentimiento. Ya se verá si llevan a un abatimiento a lo eslavo—de momento

LEGADO DE M. R. S. Y R. DE GARCIA

la falta de orgullo nacional lo hace temer—, o si una vez más las fuerzas del espíritu logran llegar a un florecimiento transcendental. Pero en lo nacional y lo político predominan las debilidades, que no son individualismo en un sentido elevado, no son peculiaridad consciente y productiva, sino falta de forma, adhesión a costumbres y comodidades secundarias.

Nuestro defecto nacional es el descontento que sólo se alivia con la medianía. Proviene de la modestia y de la inercia interior. «Yo no soy nada y me doy por contento, por consiguiente; tú tampoco eres nada y debes darte por contento.» Dotes extraordinarias de naturaleza, pensamiento y acción, sólo se otorgan al que está encima de los demás por clase o nacimiento, o al que ha escapado a la persecución por haberse «impuesto».

En cambio la medianía habilidosa no choca con nadie. El que dice lo que los demás piensan o quieren oír, el que hace lo que a los demás les parece bien y ven con gusto, ese es o se hace *beliebt* (¿simpático?). Esta desagradable palabra no puede traducirse a ninguno de los idiomas occidentales. No significa amor, ni inclinación, ni veneración, ni siquiera aprecio, estimación o popularidad. Significa en parte entrega confiada y gozosa, en parte repugnancia vencida.

En Alemania deciden sobre el valor de una persona, no las excelencias, sino las tachas. La persona debe estar libre de tachas y libre de tachas lo está tan solo la nulidad clara, plena y redonda y está libre de manchas.

Bismarck no era *beliebt* ni estaba libre de tachas. Durante todo el curso de su vida fué más que impopular. No

hubiera venido, se hubiera ido diez veces, si un monarca absoluto no lo hubiera impuesto y sostenido contra el parecer de ciudadanos y asociaciones de nobleza. Lloyd George, Clemenceau y Wilson no son *beliebt* en sus naciones, sino admirados, y en parte temidos. Si hasta ahora hemos estado bajo el poder de nuestros señores, ahora estamos bajo el poder de los *beliebt*. Por eso cuanto más elijamos más dominarán en nuestras corporaciones las medianías.

No es una casualidad que desde hace años el extranjero ilustrado ignora todo lo que es *beliebt* entre nosotros, y se atiene a lo que—casi siempre con retraso—se impone en la lucha. Y nuestros antiguos señores caídos nos dicen abiertamente: teníamos que dominaros porque vuestras buenas cualidades sólo se desarrollan bajo la presión de la superioridad. Si no hubiera sido así no hubiérais soportado tanto tiempo nuestro dominio.

Tenemos mucho que aprender. Pero tenemos tiempo y la miseria es una gran lección. Tendremos que comenzar refutando las explicaciones más sencillas y más populares. Entre ellas figura el principio «*beliebt*» del individualismo, que todo lo disculpa.

## V

Hay que distinguir al individualismo del individuo del de las regiones y pueblos, y reconocerlo como fuerte realidad política y como legado bello y peligroso.

Alemania es un mundo en pequeño, demasiado en pequeño, pero un mundo al fin.

También Inglaterra, Francia e Italia son países de dos mares, de Alpes, colinas y llanura, de corrientes suaves e impetuosas, de tierras, pastos, praderas y bosques, de grandes ciudades, puertos y pueblos, de catedrales. Escuelas superiores, palacios, bazares y fábricas. También en esos países hay una doble fe y variedad de usos, y el hombre del norte no comprende al del mediodía. El escocés y el galés, el normando y el provenzal, el lombardo y el de la Apulia, no se parecen más que el prusiano y el bávaro. Edimburgo y Liverpool, Polonia y Marsella, Venecia y Nápoles, no son menos diversas entre sí que Lubeeck y Brema.

Pero sobre Alemania pesa un sortilegio. Y no sólo a nuestros ojos; los extranjeros lo sienten también y en Austria llega a ser una maldición.

No son tanto las diferencias físicas, las gradaciones del clima, del suelo y de la sangre, lo que hace de nosotros un mundo en pequeño, sino un elemento espiritual: el pasado materializado. Son las virtudes de nuestros defectos.

En lo económico y lo social vivimos en un presente exagerado; por la estructura de las partes de nuestro territorio somos más medioevales que los demás.

Lo que ha mantenido la parcelación medioeval del territorio alemán hasta nuestro tiempo no es el individualismo personal, sino la limitación, la pereza política, la indolencia, falta de interés por las formas, carencia de solidaridad y sentimiento de independencia, y aún más, sumisión declarada a dinastías y señores. La guerra y la despoblación resultaron de este estado de cosas, reobrando al propio tiempo sobre él para robustecerlo.

Prusia, que con derecho ostentaba nombre y corona de países no alemanes, se atribuyó la misión de condensar a Alemania en un Estado. Políticamente no pasó de los métodos del despotismo militar ilustrado, geográficamente no pasó del Mán. La constitución de 1871 es un monumento robusto de verdad, pero de una verdad a medias. La Prusia monárquica a pesar de su hegemonía y su admirable cohesión, siguió siendo un país no alemán espiritual y políticamente, constituida para la conquista exterior no para la interior, y Alemania siguió siendo una comunidad de intereses económico-militar.

Prusia no consiguió la unidad política, e impidió la cultural. Hasta los últimos días de su esplendor dinástico conservó los rasgos de su fundador verdadero Federico Guillermo I: buen rey limitado. El legado de inusitada objetividad que Prusia trajo al mundo, fué durante más de cien años moderno e inimitable; Prusia fué el primer Estado plenamente mecanizado no en sentido capitalista, sino en sentido burocrático y militar; merecía y obtuvo dos generaciones de éxito. Esto lo disculpaba todo: la gran falta de libertad de las clases gobernadas, el medio ambiente militar y devoto, el aire brutal, la astucia campesina, la falta de imaginación en el trato con los demás Estados, la enconada intolerancia contra todo lo singular e incomprendible. El súbdito prusiano adoptó los defectos de su Estado trocándolos en torpe arrogancia, pretensión de sabiduría, orgullo, avidez de dominio. Alemania se inclinó con escalofríos ante el hecho de que había que ser tan repugnante, para lograr tanto éxito. El extranjero apretaba los puños.

## W A L T H E R R A T H E N A U

Ahora se quiere destruir a Prusia, lo que sería una injusticia y una desdicha. Pues si las virtudes de la cristalización prusiana moderna eran insoportable, las de su verdadera naturaleza son valiosas para Europa e indispensables para Alemania. Ya hablaremos de esto más adelante. Aquí baste decir que Prusia fracasó y que en Alemania envuelta en la dura corteza del prusianismo no quedó más que miga blanda.

El valor de la descentralización medioeval no está en lo pragmático, sino en lo cultural. Dígase lo que se diga contra el centralismo francés, no puede negarse que presta al Estado político una enorme fuerza de impulsión y choque. En cambio la diseminación alemana presta a los Estados y pueblos históricos una dignidad y una independencia espiritual desconocida para el Occidente.

Las ciudades aspiran a fomentar la educación y a desarrollarse en competencia. La educación alemana sigue aún sobrepujando a la de las demás grandes naciones y aunque la fuerza creadora no guardó el mismo paso, podemos esperar que la entrada en las cansadas clases superiores de elementos de las inferiores produzca nuevas fuerzas. Si esto no ocurre, razón más para predicar la educación y la independencia espiritual.

En Alemania no ha existido nunca el concepto de lo provincial, aparte de algunos pequeños pueblos fabriles, y si la palabra se empleaba en contraposición a la gran ciudad, era en el argot del comercio y de la escena.

El pueblo alemán, persistiendo en lo que le ha dado la naturaleza, conservando su manera, sus costumbres y su naturaleza es lo mejor, y será en el porvenir lo más ro-

## E L N U E V O E S T A D O

busto que tengamos. Si en el Este hubiera la aldea alemana de labradores independientes, el prusianismo abstracto se hubiera trocado en alemanismo vivo.

La región—no Estado federal ni provincia—conserva su patrimonio espiritual, su economía y su cultura propias, y dentro del mundo alemán se mantiene como un mundo en pequeño.

Pero este derecho de la administración autónoma tradicional no ha de ser confundido con el individualismo creador, son la peculiaridad política insuperable. Individualmente creadora lo es, o debe serlo, Alemania en su totalidad, y dentro de su condición natural dejará siempre libertad y espacio a la descentralización política y cultural. Por mucho que amemos y cuidemos la tradición local no podríamos hablar de una cultura contemporánea sajona, bávara, o de Baden. Tan diversos como son los monumentos visibles y sensibles de la antigüedad, tan unánimes son las formas de vida y las creaciones modernas. Es deber nuestro conservar lo creado, es nuestro derecho dejar que lo que se está formando crezca separadamente; conservar el país, por obstinación particularista en arbitrariedad escisión, es falta de sentido y fuerza nacionales.

## VI

La nueva constitución alemana, producto de un compromiso, en el que la fijeza es el único medio de lucha, renuncia a abordar el problema alemán. En general, renuncia a todos los problemas que tocan a la esencia íntima del Estado y salva los conflictos entre la centralización y la des-

centralización, la unidad o la pluralidad, por un acoplamiento de lo gastado con lo nocivo; como lazo de unión sirve una contradicción lógica. Sigue subsistente la antigua organización federal. La única novedad consiste en haber dado a los Estados del Imperio el feo nombre de Estados-miembros (*Gliedstaaten*).

En el fondo está la desdichada destrucción de Prusia. Ambos pensamientos se contradicen.

La antigua «eterna alianza de los príncipes», pudo sostenerse mientras la protegía el miedo y no surgió ninguna dificultad. No podía desarrollar ni política exterior, ni política económica, ni política financiera. Se ponía de rodillas ante todos los monopolios; las dificultades del aprovisionamiento en tiempo de guerra se convirtieron en una catástrofe. Era una constitución para tiempo de bonanza.

El que haya visto entonces los lamentables conflictos entre el Imperio y los Estados federales, entre los Estados federales y Prusia, los de los departamentos administrativos prusianos entre sí y con los del Imperio, entre los departamentos imperiales entre sí y con el canciller, sabía ya que sólo se podía trabajar al día y que era imposible toda gran labor.

Prusia, idolatrada un día y hoy odiada, es destrozada según la máxima: *Quidquid delirant reges plectuntur Archivi*. Se ha olvidado la cantidad de fuerza organizadora traída por Prusia al Imperio, la fuerza y lucidez de voluntad no alemanas, la capacidad para despachar y resolver, la inaudita energía económica y la objetividad devoradora de sí misma. Comparad el Sacro Imperio con el Imperio alemán: ¿qué queda? Prusia. Quitad a Prusia del

Imperio: ¿qué queda? La Confederación del Rin. Una prolongación de Austria. Una república clerical.

Es cierto que por las declamaciones militares y feudales se han gastado y han perdido su valor las virtudes prusianas. Nos espanta oír hablar del imperativo categórico cuando se hace pensando en la burocracia de la antigua sencillez prusiana, cuando se defienden los derechos de los *junker*, de la monarquía realista para ahogar la libertad y encarcelar a la plebe. Y sin embargo hay una cosa que es verdad: nunca ni en ninguna parte ha habido en Alemania, sino en Prusia y por Prusia, un colectivismo político, una comunidad nacional, que no debe confundirse con el nuevo amor a la región y con la solidaridad de los intereses locales. Y esto precisamente porque Prusia es al mismo tiempo un país alemán y no alemán.

Supongamos que hay que aniquilar la hegemonía prusiana. Entonces se repartirá a Prusia, Prusia se disolverá en Alemania. Entonces no hay Estado federal posible y entonces sobreviene el Estado unitario... o la disolución.

Supongamos que se mantiene el federalismo. En ese caso hay que aceptar el mantenimiento de Prusia como unidad de acción y su dirección es inevitable.

Tercera suposición: Estado federal y disolución de Prusia. Esto es un contrasentido. En tal caso Alemania se compondrá de un buen número de gobiernos de pequeños Estados, indefensos, económicamente egoístas, e intrigantes en política, y la escisión en un Estado del Norte y una del Sud es cosa de tiempo.

Para las representaciones de ocasión del escenario de Weimar, estas consideraciones no son apropiadas. Si era

precisa una demostración de la incapacidad de la burguesía política, este teatro nos la ha dado. Filisteos en las butacas, filisteos en escena; en vez de Goethe, Kotzebue. Ni una palabra, ni un pensamiento ha bajado de estas tablas al corazón del pueblo, el molino de las palabras gira lentamente y deshace una revolución, de la que sólo quedan un par de administradores de quiebra ahitos.

Y sin embargo hay una Alemania adormecida, que un día despertará calladamente, y por la cual vale la pena de trabajar y pensar.

## VII

Si se quiere penetrar el sentido profundo de la voluntad unitaria alemana y encarnarla en un Estado, hay que considerar en un aspecto nuevo la idea del Estado.

Nuestra voluntad interior dice: no quiero prescindir—llamarlo tradición, costumbre, amor a la región, comodidad—no quiero prescindir de la peculiaridad espiritual, las instituciones y valores locales, el acento, el lenguaje, las costumbres de mi tierra reducida.

Pero quiero ser ciudadano de un gran Estado, quiero tomar parte en el destino amplio de todos mis hermanos alemanes, quiero una nación unitaria, sana, fuerte y floreciente con propia historia y una participación justa en los destinos del mundo.

He aprendido a ser alemán y a sentir alemán. Estoy dispuesto a sacrificar lo pequeño por servir a lo grande.

Bien. ¿Pero qué quieres sacrificar?

La contestación debe ser: sacrifico mi voluntad particu-

lar política, la ventaja económica particular de mi patria chica.

Si la contestación es distinta, no estamos maduros como nación. Entonces todo Estado que se forme será un compromiso artificial; se producirá una máquina política inorgánica, como lo han sido las anteriores, incluso la última, que solo podía ser conducida por una hegemonía en tiempos de bonanza. Para eso es preferible que repartamos nuestras deudas, hagamos un convenio militar, una unión aduanera y un consorcio ferroviario, y abandonemos a cada Estado a la dirección de su Presidente o Gran Duque. Pues una política dirigida por varios en comunidad, no es política; una empresa administrada atendiendo a intereses particulares, no es una empresa. Una Confederación de Estados con rivalidades interiores, no es un Estado.

Pero si estamos dispuestos a realizar el sacrificio genuino del egoísmo, preguntaremos al concepto moderno del Estado, si se puede adecuar a nuestras necesidades.

El Estado moderno ya hace tiempo que no es un nuevo Estado. Partiendo de la comunidad de voluntad de la nación, de la comunidad política, se ha desarrollado hasta convertirse en una comunidad de educación, de comunicaciones, y, luego en una comunidad económica. En la cúspide de la administración se ligan ministerio a ministerio; una ficción pide que todas las máquinas singulares trabajen perfectamente dentro de su misión, que sean llevadas en la misma dirección por un Presidente del Consejo o Monarca, y que un Parlamento omnisciente las vigile, sostenga, conforme y rija.

Un Parlamento, en parte Cámara de intereses, en parte

de políticos, en parte Cámara religiosa, formado predominantemente de medianías, puede hacer tres cosas: separar fuerzas de Gobierno, dar una orientación política general, que responda aproximadamente a la voluntad del pueblo, y controlar formalmente la máquina del Estado. No puede hacer, lo que en primer término se le pide, legislar orgánicamente, no puede gobernar, ni debe hacerlo.

En un Parlamento excindido la legislación es cosa del acaso. En apariencia el ministro, que no tiene ni tiempo ni conocimientos, en realidad un funcionario, elabora una ley consultando a los interesados y teniendo a la vista la psicología del Parlamento. El ministro se aprende la fundamentación y la expone. La casa entiende o no entiende, toma el asunto en su aspecto político y con miras a la agitación, los expertos o representantes de intereses intervienen con más o menos éxito, la ley se modifica sin consideración a su espíritu ni efectos, y finalmente se aprueba o se rechaza por motivos políticos. La ficción de la democracia queda en pie, en la ficción de la objetividad no cree nadie.

Volvamos ahora al Parlamento cuya cabeza tiene el aspecto que acabamos de describir.

Ese Estado es hoy ya una pluralidad de Estados ideales, una pluralidad de bolas en el mismo plano, cuyos extremos se confunden en la nube del parlamentarismo. Dicho exactamente con el Estado político y jurídico coexisten el militar, el eclesiástico, el administrativo, el de la educación, el de las comunicaciones y el económico.

Todos estos Estados son ya hoy independientes, aun-

que en algunas de las decisiones directivas estén subordinados al Estado político. Son pues, casi independientes, pero todos ellos viven mutilados.

Pues les falta el cimiento en el suelo del pueblo, aunque algunos de ellos, especialmente el eclesiástico y el administrativo estén ligados con débiles raíces a instituciones locales autónomas.

Sangre del pueblo sólo llega a ellos del corazón común y totalmente insuficiente del Parlamento político. En é una mayoría de intereses regula o violenta una cuestión cultural decisiva, una mayoría de ideas decide una cuestión económica y una mayoría política, una cuestión religiosa. Infunde espanto pensar cómo al final de una deliberación prolongada una Cámara fatigada toma en cinco minutos una decisión de graves consecuencias para el porvenir, sea porque nadie la ha entendido, o porque han pactado mecánicamente dos partidos, o porque ha hecho impresión un discurso sensacional, o porque es un asunto que interesa demagógicamente a los electores, o porque se desea acabar.

Lo mejor y más objetivo que aparece en las discusiones de principios proviene del buen burócrata que han preparado el proyecto, el cual a su vez ha sido iluminado por expertos o por interesados a quienes sacó cuanto podía, poniéndolos unos frente a otros con habilidad, porque muchas veces sus aseveraciones no merecen confianza.

Si se compara la objetividad y conocimiento de causa con que trabaja toda administración autonómica por limitada que sea, como posee en modestas proporciones el don de invención y, lo que es más raro, un poco de sano

sentido común, se desesperará de los productos legislativos fabricados por los Parlamentos.

(Esto conviene a todos los Parlamentos, pero más que a ninguno al alemán. Nosotros, el pueblo de los poetas y pensadores, somos de paso filisteos. No lo notábamos mientras estuvimos bajo el yugo de nuestros ásperos señores, que no tenían nada de filisteos; entonces éramos organizados y disciplinados, animosos, enérgicos y hábiles. En la embriaguez de la libertad que a otros los hace apasionados y elásticos, nosotros nos hemos hecho torpes y filisteos y nuestros antiguos señores nos dicen sarcásticamente: eso es lo que habéis sido siempre. Volved a la servidumbre, la necesitáis y os sienta bien.)

El parlamentarismo ha sido siempre un recurso a falta de cosa mejor, salvo en países de tal madurez política, en los cuales ya nada importa la forma de gobierno. Entre nosotros está gastado antes de empezar, y esto en dos sentidos: en primer lugar no producimos los espíritus universales necesarios cuya mirada abarca lo grande y lo pequeño, lo común y lo particular; fracasamos ante la desavenencia de ideas e intereses. Las masas tienen un sentimiento oscuro de esta insuficiencia. No quieren una república, quieren dos repúblicas. La del Parlamento y la de los Consejos. ¿Cómo? Les es indiferente. Y no hay que reírse, de eso. Las masas no son legisladoras, pero interiormente tienen razón al desconfiar de la República filisteo, del Parlamento filisteo y del Gobierno filisteo.

La República sólo puede ser superada por las repúblicas, el Parlamento por los parlamentos, el particularismo local, por el ideal.

¿De modo que el diablo por Belcebú, el espíritu malo por la legión de los espíritus malos?

Lo veremos. Por de pronto yo sostengo: es necesario que los Estados ideales coexistentes y que mutuamente se influncian, se separen, se conformen automática e independientemente, aunque subordinados, claro está, a una dirección política.

Con esto creamos el nuevo Estado, el Estado del futuro: con esto creamos la verdadera democracia, y al mismo tiempo el tribunado de las masas; creamos una legislación política y administración objetiva, justa y de amplias miras; con ello creamos el equilibrio entre el particularismo y el centralismo.

## VIII

Se pueden prevenir dos objeciones: la cuestión de la democracia y la cuestión de la pluralidad de los Parlamentos.

Estamos habituados a que todo el que canta las excelencias del ordenamiento por clases, o las corporaciones profesionales, o cualquier otra forma que no descansa en pura elección de mayoría, quiere engañar nuestra conciencia democrática. Así era, en efecto; a lo sumo aparecía una «libertad alemana», una libertad de profesores, y antes de que uno se diera cuenta estaban ya rey e Iglesia, aristocracia, dinero y militarismo a la cabeza del Estado ideal, del burgués ilustrado.

Pero ahora sopla otro viento. Del Este viene un impulso oscuro, mal fundado, contradictorio y sin embargo hon-



damente sentido que dice: «por la libertad contra la democracia». Una insensatez, ¿verdad? Y sin embargo, acaso no lo sea.

Supongamos que los ingleses decretan en el Africa Oriental un plebiscito, con inclusión de las mujeres. ¿Qué se elegiría y decidiría?

Exactamente lo que el Gobierno quiera, o lo que quieran los blancos. Y esto sin sombra de violencia o soborno. Pues el indígena no comprende las últimas consecuencias de su voto, no está habituado a pensar mediata y abstractamente; elige lo existente, lo que se le ofrece.

Por eso dicen los rusos; antes de introducir la democracia tenemos que ilustrar al pueblo.

Por eso en nuestras democráticas elecciones nacionales, millones de electores, principalmente rurales, han votado evidentemente en contra de sus intereses.

Por eso los grandes creadores de la Constitución de Roma introdujeron los tribunos de la plebe en el Estado aristocrático campesino.

Por eso no descansarán ya en Europa las demandas que piden que la democracia burguesa sea contrabalanceada por un sistema de Consejos.

Por eso la forma primitiva de la Constitución unicameral, utilizable para las repúblicas burguesas occidentales en la época del comercio liberal y de las empresas conservadoras, no sirve ya para la época de la emancipación de las masas.

El sistema de los Estados profesionales deja espacio para toda libertad democrática y superdemocrática. El Estado económico puede apoyarse en Consejos, el Estado

cultural puede alzarse sobre Parlamentos profesionales, el Estado educacional sobre parlamentos profesionales y de ciudadanos. Sin duda que el Estado total, como el poder supremo, decisivo y directivo, debe encarnar el principio de la absoluta democracia teórica, pues la dirección general de la política toca y obliga por igual a cada ciudadano, y todos, por tanto, deben tener en ella la misma participación.

El que conozca la vida del antiguo Estado burgués, quien además comparta la justificada aversión contra la actividad parlamentaria, llevada por medianías, se espantará ante la pluralidad de las Corporaciones. ¿No se habla y se regatea, se vota y decide ya bastante? ¿No ha de poderse vivir en la tranquilidad y el silencio, trabajando cada cual para sí?

Desgraciadamente no. Nunca más. Del mismo modo que no volveremos a las casas aisladas, ni a la antigua Economía doméstica, no volveremos socialmente a aquel estado en que cada cual se basta a sí mismo. La mitad de nuestra vida activa estará consagrada a la producción, la otra mitad—en las profesiones libres menos—estará dedicada a la comunidad.

Pues el Estado en que cada cual vivía consagrado a sí mismo descansaba sobre privilegios. Cuanto mayor era la energía con que la parte menor de los hombres pretendía y lograba vivir para sí, tanto más forzada se veía la mayor parte a trabajar para otros, es decir, para aquéllos, y más impedida se veía de vivir para sí.

Si ha de levantarse ahora en Europa una sociedad totalmente nueva, esto es, en sustitución de la antigua basada

en la dualidad de capas sociales, una sociedad unitaria, si han de caer todas las ataduras heredadas, adquiridas, transmitidas, las relaciones y asociaciones en que se asiente la sociedad habrán de ser objeto de convenciones de continuo renovadas; el equilibrio estático es sustituido por el dinámico. En tal situación los pactos y arreglos no tendrán fin y la forma externa de este movimiento incesante es la transición en todas las formas.

Con esta consecuencia, acaso la más desagradable, la más peligrosa para la cultura de la nueva sociedad, hay que contar de antemano. Nosotros hemos contado ya, sólo que aún no sabemos que es inmovible e incesante. Al ver la incesante agitación, las reuniones, tratos y resoluciones incesantes, pensemos que nos hallamos en una fase de transición y nos tranquilizaremos.

Una vez que hayamos comprendido la necesidad del fenómeno—la próxima generación no comprenderá que haya podido ser de otro modo—preferiremos la construcción ordenada de estas transacciones y deliberaciones, a los arreglos casuales y de ocasión. El desconcierto que hoy reina en asambleas de asociaciones, deliberaciones de comisiones, discusiones de expertos, congresos sindicales, asambleas populares, entrará en parte en los carriles de la organización, perderá en capricho y apasionamiento y ganará en coherencia y orden.

Hay algo grandioso en domar y hacer fecundas por la responsabilidad las voluntades apasionadas de los hombres. Nos engañamos si creemos que las energías de entendimiento y voluntad de una masa de millones se calmará dándoles una papeleta electoral y diciéndoles que su

Parlamento burgués delibera en su nombre y cuida de su felicidad. Sólo una construcción viva de abajo arriba, en renovación y movimiento constante, puede recoger y utilizar las fuerzas que empujan de abajo, penetrar y fortalecer la burocracia y equilibrar rendimiento, cargas y producción.

La construcción del nuevo Estado necesita decenios, pero basta comprenderle para quererle y quererle para crearle.

## IX

La esencia consiste en transformar las antiguas columnas de piedra, rígidas, de la burocracia en troncos vivos que van creciendo orgánicamente alimentados por la savia social. La ley dinámica ocupa el lugar de la estática.

El antiguo Estado murió a consecuencia de la ficción de que una persona soberana con ayuda de una máquina legislativa, podía combinar y mantener en la misma dirección las diversas columnas de la monarquía. En realidad esta autoridad suprema, en la imposibilidad de observarlo todo, sólo podía intervenir arbitraria o casualmente, prescindiendo de peligrosas hipertrofias procedentes de preferencias románticas.

El Estado actual cree haber hecho algo sustituyendo al soberano por la máquina, que además de legislar ha de encargarse de la dirección y del control administrativo.

En ambos Estados, en el antiguo y en el actual, a pesar de la ficción, acontece lo mismo; en realidad las tres funciones corren a cargo de los burócratas de los diversos

parlamentos, aunque impedidos por la enervante lucha interior y externa; impedidos de tal modo que sólo es posible la más mezquina política de la menor resistencia y de las soluciones de ocasión.

La primera lucha era contra un Parlamento dividido e incompetente, que creía dirigir, pero en realidad, y salvando las apariencias quería ser dirigido y tenía que serlo. Lo que entonces podía decirse del Parlamento vale hoy para los partidos o grupos dominantes, los cuales por falta de interés objetivo, necesidad de prestigio y táctica electoral, son más superficiales y peligrosos que el antiguo Parlamento, que apenas tenía conciencia de su responsabilidad colectiva.

La segunda lucha era de departamento a departamento y del Estado central a los Estados particulares. Sigue existiendo y se agudizaría si el particularismo vence, aunque libre de las intrigas de Corte, a las que sin embargo seguirán intrigas de otro género.

La tercera lucha era la sostenida contra los grupos de intereses, sus asociaciones y la opinión pública excitada por ellos. Es la que ha costado más sacrificios de cosas y personas, más quizás de lo que los interesados creen, y no terminará ni aun en el Estado socializado en tanto quede un resto de interés particular.

La cuarta lucha es la lucha contra las masas organizadas. Será la fuente de incesantes movimientos revolucionarios, mientras no se logre eslabonar a estas masas en la Constitución del Estado.

Para la antigua burocracia era a la vez fuerza y debilidad en estas luchas el elemento de inercia de la tradición.

De fuerza, pues había creado un cuerpo solidario, cuyas heridas se cerraban siempre, en cuya coraza se mellaba la espada de los innovadores. De debilidad, pues este cuerpo sólo se movía lentamente en la dirección casual de la menor resistencia y no podía resistir ninguna competencia.

Nunca ha trabajado una burocracia en circunstancias tan difíciles y sólo a sus virtudes mantenidas durante cien años hemos de agradecer que no fracasase en su misión, salvo en la falta de iniciativas.

Ahora cuando la burocracia se convierte en la única portadora de la obra del Estado, como sucede en las repúblicas locales particularistas, queda ella sola, sin que afluyan a su cuerpo nuevos jugos vitales emanados de un nuevo concepto del Estado, se acaban sus virtudes, pues pierde su dignidad.

Hasta ahora la sobriedad tradicional de los funcionarios del Estado, estaba compensada con la consciencia de clase y con la ambición. Sólo el pertenecer a ella era ya un privilegio; títulos y dignidades reemplazaban a los ingresos; tenían abierto el camino para los más altos puestos. Todo esto ha desaparecido. ¿Y a quién va a tentar, dedicarse al final de una larga carrera a proporcionar éxito en la oscuridad de un despacho a un ministro joven parlamentario con más osadía que saber? La nueva república burguesa implantará títulos y dignidades tan pronto como pueda; pero les faltará el brillo de la exclusividad, estarán a la disposición de cualquiera; la remuneración seguirá siendo mediana. Los antiguos funcionarios serán sustituidos por otros, elegidos con menos prejuicios, cre-

cidos a la sombra de las recomendaciones parlamentarias, que no serán mejores ni más íntegros que los de las antiguas repúblicas aristocráticas y plutocráticas.

La honra de la burocracia se salvaría cambiando sus pirámides sin vida en organismos análogos al Estado, ascendientes, y dotados de autonomía. En las administraciones locales autónomas lo vemos: el funcionario que ilumina y dirige un pequeño Parlamento, Diputación provincial o Ayuntamiento, tiene un reino propio, siente su esfera de trabajo como algo orgánico, y se encuentra en situación más desembarazada que el burócrata que intercalado entre el superior y el inferior, tiene que escuchar a los expertos y luchar con interesados.

En el Estado futuro a cada grado en la escala de funcionarios corresponderá un grado de representación popular, de intereses o de ideas, según los casos, formada por elementos profesionales o locales; en la cúspide del Estado profesional ideal, habrá un ministerio y un Parlamento profesionales, siendo el titular de aquél un ministro del Imperio político, nombrado por el Parlamento político principal. El ministro profesional ocupará el puesto del actual subsecretario, y como en éste, su dirección política estará determinada por la mayoría dominante.

La demanda popular del sistema de Consejos, no sólo contiene el pensamiento acertado de la necesidad del tribunado de la plebe, sino también la oscura adivinación de que para airear e iluminar la maquinaria del Estado es preciso combinar la burocracia con representaciones populares orgánicamente eslabonadas. Pero el sistema de los Consejos obreros es mecanización parcial, porque no

sabe de más representación popular que de la dictatorial de los trabajadores. Pase lo que pase Alemania será demasiado rica y complicada espiritualmente para que su obra pueda someterse a esta vigilancia uniforme e interesada. La voluntad particular del proletariado—en tanto subsista esta terrible palabra—es un poder; en lo económico hoy el más fuerte. Pero las cosas de la fe, de la educación, del arte, de los asuntos exteriores, no pueden decidirse exclusivamente por corporaciones de clase, y menos si éstas son locales. En cada esfera habrá sitio para todos, pero en la esfera de la fe predominarán los creyentes, en la de la educación los educadores, en la del arte los artistas, en la de la política los políticos.

Dada la gran riqueza de organismos que habrán de formar el nuevo Estado, es imposible en una exposición de los rasgos fundamentales, describir la estructura de cada uno de los Estados profesionales, y esto ya aunque solo sea porque en su composición han de reinar gran libertad y movilidad; con tal de que se conserven las líneas fundamentales del proyecto, el edificio podrá ser en todo tiempo movable y modificable, precisamente por ser orgánico y no mecánico.

Si quiere verse el contraste de este Estado con el sistema rígido corriente, basta dirigir una mirada a la base y a la cúspide.

En la base ya el actual Estado mecánico muestra incipientes de estructuras orgánicas, autónomas, populares. Los Estados rudimentarios administrativo, económico y religioso descansan sobre representaciones locales populares, pero muy parciales, primitivas y poco desarrolladas;

su estadio de desarrollo corresponde al de las representaciones de clases de la época de la Restauración, organización local, intervención en las deliberaciones, amplio derecho de petición. Los órganos populares del Estado económico, que prescindiendo de intervenciones violentas está completamente dominado por facciones de intereses, están completamente mutilados; en esta esfera vegetan solidarias Cámaras de comercio capitalistas.

Si se sigue ascendiendo el elemento orgánico popular se apaga en la oscuridad de los organismos centrales. ¿Qué significa una Dieta comercial para el campo inmenso del Estado económico? ¿Qué significa un Consejo ferroviario para el Estado de los transportes y comunicaciones? Lueven informes y dictámenes, funcionan comisiones, y los interesados se deslizan por las puertas excusadas. Luego de pronto viene de arriba la luz del Parlamento omnisciente e imposible; sinceridad, popularidad, trabajo íntegro. Pero esa luz solo ilumina las copas de los árboles, sin penetrar en la espesura de la selva del Estado.

Una mirada a la cúspide: hoy se presenta ante el Parlamento un ministro con la pretensión de encarnar todo el contenido espiritual de su departamento. Lo que le han explicado en horas serenas sus consejeros lo traduce al lenguaje declamatorio de la Cámara popular, y arranca aplausos de sus colegas cuando logra sacar a luz algún defecto personal de los que se oponen a sus proyectos. Los Estados de vieja tradición parlamentaria con instituciones estables, pueden permitirse tener al frente de los departamentos de la administración encajados en la maquinaria política, a políticos que sin conocimientos especiales dan

la orientación con solo el buen sentido. Nosotros que hemos de conquistar nuestro porvenir, si es que somos capaces de lograrlo, tenemos que compensar las deficiencias personales, con las que no hay más remedio que contar; la avidez de los intereses y la torpeza de las masas, con nuestra última cualidad, discutida por otra parte, y que todavía no hemos confirmado en la libertad: nuestra capacidad orgánica.

En el Estado orgánico que preconizamos, no es el Monarca temporal de un departamento ministerial el que se presenta ante el Parlamento haciendo equilibrios, con una burocracia muda detrás, que fiel a su deber le aconseja y auxilia con disgusto y temor, el que habla es el representante de un Estado profesional, apoyado en un Parlamento profesional y en una multitud de corporaciones paritarias y parlamentarias. El jefe del Estado profesional está anexionado al Estado total, representado por el Parlamento político. El y su Estado han de someterse a la política total, pero en el desempeño de sus funciones especiales gozan de la más amplia libertad.

Un ejemplo. El Estado educativo ha elaborado una reforma fundamental de todo el sistema de enseñanza; la implantación de esta reforma cuesta tres mil millones al año. De una información hecha cerca del ministerio del Estado económico resulta que éste prefiere no conceder nada; finalmente se ha conseguido que prometiese hasta mil millones, a reserva de la decisión del Parlamento general, porque se demostró que el progreso de la educación produce grandes ventajas económicas. El Parlamento general aprueba el proyecto, fija en dos mil millones el Presu-

puesto, y encarga al Estado económico que procure los recursos necesarios. Supongamos ahora que el Estado económico y el Estado de las comunicaciones constituyesen una unidad y acordasen dividirse por mitad los gastos; la tarea se simplificaba considerablemente de este modo. En el Parlamento económico se acuerda que la cuota que le corresponde se satisfaga en una tercera parte por impuestos directos: de esta parte se encargan las Corporaciones que entienden en derechos, contribuciones y aduanas. Otra tercera parte se atribuye a la Industria: cosa de la representación industrial. La tercera parte restante al comercio: cosa de la representación del Comercio. En el Parlamento industrial los patronos y obreros reunidos acuerdan que tributen los gremios. Los gremios de las industrias extractivas y los de las elaboradoras, pagarán cada grupo ciento sesenta y seis millones y medio. A su vez estos miembros se encargan de distribuir las cuotas entre los gremios particulares.

La obstrucción no es posible, pues en caso de discrepancia, de falta de acuerdo o de resistencia, la decisión pasa a la representación superior inmediata. En última instancia decide el Parlamento general del que ya no se piden conocimientos especiales, sino decisión lógica entre los diversos criterios, y que aun en el caso del error recalcitrante sólo podrá producir daños parciales. Cuando las cosas siguen su curso normal todas las decisiones se toman por expertos, las medidas todas, son cosas de administraciones orgánicas, autonómicas, no se excluye a ninguno de los grupos interesados, el país en un encadenamiento variadísimo de elementos locales y profesiona-

les se administra a sí mismo. Los únicos que no quedan satisfechos son los que piden privilegio o dictadura.

Con esto se apaga la pugna entre las aspiraciones centralizadoras y las descentralizadoras, pues se borran las fronteras entre el Estado unitario y los Estados particulares.

Que el Estado general tiene que ser un Estado unitario, se comprende sin más. Los Estados profesionales son completamente libres en cuanto a su organización territorial, no están ligados a las fronteras de los diversos Estados, y si necesitan de una subdivisión territorial, pueden formar según las exigencias unidades de raza, económicas, o unidades de tradición histórica y cultural.

El Estado económico es primera en línea. Estado profesional, y Estado unitario en cuanto que todos los que trabajan profesionalmente—y por consiguiente, en el porvenir, todos—estarán representados en él. En cuanto a su distribución territorial, escogerá como base las regiones económicas.

El Estado religioso se organizará a base de distritos de confesión predominante. En el Estado cultural predominarán corporaciones históricas, ciudades y universidades. En la organización del Estado administrativo se conservarán restos particularistas inofensivos, y se llegará a una conclusión que ya hoy puede advertirse: la mayor democratización pide mayor centralización, especialmente dado nuestro creciente egofismo y el descenso del sentido colectivo.

## X

Contra el reproche de utopismo soy insensible. Sufriremos todos tan cruelmente bajo lo que existe y acontece, y más cruelmente aún por obra de lo que admirado en otro tiempo, al descubrirse ha resultado vacío y terrible, que cada cual ofrece su pecho y repite la frase: me penetra el dolor.

El que dice lo que le parece a la muchedumbre inusitado, incómodo e incomprensible, se habitúa al saludo irónico con aire de superioridad. Cuando al cabo de los años se cumplan los pronósticos diremos: todos lo habíamos dicho.

Vosotros, amigos míos críticos, me habéis dificultado al principio la tarea, ahora me la facilitáis. Llamáis superficial a lo que no entendéis, utópico a lo que os molesta. Llamáis ligero a lo que os parece logrado sin esfuerzo, oscuro y místico a lo que no podéis sentir. ¡Oh, amigos! Seguid atacando a mi persona. Haced como si yo enseñase a huir del mundo y decid luego que no vivo con arreglo a mi doctrina. Os creerán; pues ¿cómo es posible que nadie escriba lo que siente y sienta cosas que escribe?

Seramente; estoy agradecido a vuestra hostilidad. Si no os hubiérais apropiado las ideas que atacáis, muchas de ellas no hubieran penetrado en el pueblo. Me gusta ver cosas más utilizadas por otros, que creen que no lo noto, n folletones; así lo entenderán más gentes. Alguien me ha dicho: sus escritos son una mina de plagios. ¡Que lo sean! a lluvia no pregunta qué hacen de ella los arroyos.

¡Adelante pues, amigos! «Utopía», «diletantismo», «ideas de gran ciudad» y, tras lo que os he confiado «frío orgullo.» Y que cada cual siga su camino.

Para terminar me interesa dirigir unas palabras serias a los pocos que hacen causa común conmigo, a los que se han apropiado mis ideas y mis sentimientos.

Es asombroso el camino que en el transcurso de un siglo han recorrido las clases bajas europeas. Comenzaron siendo una canalla tímida y tutelada de siervos, colonos, criados de labranza, pequeños artesanos, jornaleros de manufacturas, y acaban siendo por su número y su importancia el núcleo de las naciones. Están donde estaba la burguesía al finalizar el siglo xviii y han recorrido su camino milenarío con duplicada velocidad.

Todas las constituciones vigentes son producto burgués. Su sentido, con ligeras variantes, es el mismo; una burguesía protegida por el monopolio del capital y la educación, defiende hacia afuera y hacia adentro su patrimonio espiritual y material. Se apoya en una burocracia formada por monopolistas de la educación y dirigida por monopolistas del capital. Gobierna mediante un Parlamento democrático, cuyas elecciones se verifican bajo la dirección espiritual de la burguesía, la burocracia y la prensa.

Esta corteza ya no responde al núcleo interior. El resto de la ficción se apoya en el resto de la injusticia: en la falta de educación del proletariado. Buen número de sus miembros, con asombrosa energía han pasado esa barrera; bastarán dos generaciones para derribarla. La constitución futura no debe caer en el defecto en que ha incurrido hasta ahora el feudalismo alemán: ved lo que somos,

y podréis pedir lo que tenemos. La sociedad que ha mantenido a las masas apartadas de la educación habrá de sufrir que los que aprendan lo hagan a su costa. Y si se procede con tacto no se producirán graves daños.

La guerra mundial no fué una guerra de los pueblos, sino una guerra de las burguesías. Nunca se repondrá la social democracia alemana del daño que se produjo desconociendo esto; el no haberse atrevido a renunciar a aquella parte de sus masas que tenían más sangre de súbditos que de proletarios. La burguesía, que por última vez puso en tensión imperialista sus fuerzas, por ahora sólo está quebrantada en los países vencidos; en los países victoriosos domina en la embriaguez del triunfo y celebra en el Congreso de la paz la muerte de su imperialismo.

Pero el incendio espiritual avanza incesantemente de Este a Oeste. La lava va haciendo su camino subterráneo, más hondo de lo que alcanzan los postes de demarcación fronteriza. ¿Por qué nosotros que vemos lo que ocurre y no dependemos de ídolos de los antepasados queremos resistir al espíritu elemental que toma la forma de fuego? ¿Acaso porque creemos poder parar la corriente o porque defendemos trozos de propiedad?

No. Únicamente nos resistimos a la solución extrema, porque está en juego la civilización y la cultura de Europa. El incendio ruso cumple su misión; al cabo de los decenios, de la desolación saldrá una nueva sociedad humana, acaso mejor. Se puede querer el incendio cuando no se teme que mueran millones; pero esto no es historia, ni política, sino suicidio de pueblos y catástrofe buscada. Y aniquilar a los vivos por consideración a los no naci-

dos, no es amor, sino fanatismo. Si no fuera así también podrían jactarse de amor el imperialismo que lanzó a la guerra a millones de hombres para enriquecer a una clase, y la inquisición que quemaba el cuerpo, para salvar el alma.

Nos oponemos a la corriente para salvar lo más necesario para la continuidad histórica, para salvar lo que pueda salvarse de nuestra cultura. Pero esto sólo tendrá sentido y justificación cuando a lo extremo y elemental opongamos una Alemania llena de espíritu y fuerza vital, no una Alemania vieja y moribunda. Lo que podrá resistir la tormenta del Este y la presión occidental será una Alemania nuevamente constituida según su propia naturaleza, no un andamiaje podrido de Estado federal y burocratismo, teñido de color de libertad a la moda de hace cien años.

Prosigamos. Tenemos que olvidar todas nuestras antiguas ideas de Estado, de poder y masas, incluso nuestra política de población y lo que era exceso de población buscado y artificial. Nuestra grandeza no podrá ya estar en el número ni en la extensión. Teniendo esto en cuenta, acaso fuera lógico preguntar: ¿no estaría bien que Holanda y Flandes, Suiza y Austria llevaran una vida propia, alejada de la nuestra? ¿No se acrecería con ello la riqueza del mundo? ¿No cabrá concebir esperanzas de renovación espiritual de una Alsacia, de una Renania separadas e internacionalizadas.

Acaso sea lógico, pero no es humano. Y esto prescindiendo de la cuestión del bienestar de las pequeñas unidades económicas; aquí interviene un sentimiento funda-



mental, el sentimiento fraternal de la comunidad de raza. Aunque en Holanda y Suiza parezca disminuído, no está muerto, sino reformado por la estimación a la libertad y la peculiaridad de los demás. Pero nuestros hermanos del Rín son alemanes y el dolor que nos cause su separación y el temor por su fidelidad nos será insoportable.

Varios años antes de la guerra me lamentaba yo de la falta de poder de aglomeración del *Reich*. El que vivía en él en medio de los éxitos, se sentía a sus anchas, al extranjero le repugnaba, el que se marchaba no volvía. La antigua atmósfera henchida de odio del favor y el disfavor ha desaparecido, pero han venido nuevos rencores y disidencias. No basta airear la casa, la ponzoña se alberga en maderas y muros. Sólo una casa nueva, una casa de justicia puede salvarnos, animar al vecino a apoyar en la nuestra la suya e invitar al retorno futuro a los hermanos de Aquisgran, Colonia y Trier.

¿Pero tenemos aún fuerza para edificar una casa propia? Nuestro nivel espiritual, Weimar lo prueba, ha descendido profundamente. Ya no somos el pueblo de poetas y pensadores. Hemos confundido aptitud y carácter, y nos hemos atendido a las aptitudes de disciplina y organización susceptibles de aprendizaje. Estas cualidades parecen haberse evaporado, una vez cesadas la violencia y la coacción y la terrible transtocación no ha sacado a la superficie nuevos pensamientos ni nuevos espíritus.

La revolución tomó un carácter simplista. Salarios, sueldos y empleos son su contenido, filisteísmo su forma. Las nuevas demandas que vienen de la izquierda tienen tan poca fuerza creadora como las de la derecha: es la vieja

lucha, con formas más brutales. El acaso decidirá si caminamos a la dictadura o al desconcierto.

Y todo esto antes de que haya empezado a sentirse todo el agobio de la derrota, antes de que ni aun la décima parte de los alemanes se den cuenta de lo acontecido y de lo que nos aguarda. Las máquinas de hacer billetes, nos dan, si no pan, papel moneda y apariencia. El bienestar está en el papel, el trabajo es fácil y la huelga más fácil aún que el trabajo. Se nos siguen suministrando sucedáneos del placer, del orden, del comercio.

¡Somos todavía una nación! Lo jurado con mil juramentos, está olvidado. Ningún pueblo se ha dejado humillar y despedazar con semejante indiferencia. Se habla en Weimar, viajan comisiones, el país está en fiestas, Spartacus urde revueltas, Berlín baila. Reinan el hambre, la fiebre y la fatiga. ¿Es cierto? Sí, lo es. Y ¡hay de nosotros! si no lo fuera. Con el que sufre no se cuenta. Levantemos nuestro corazón, nuestra voluntad y nuestra esperanza. Edificaremos la casa.

## TRABAJO

### I

No cabe duda: el pueblo está profundamente desilusionado, y lo que es aún peor, siente que le engañan.

El pueblo siente: hace setenta años se nos viene prometiendo a nuestros padres y a nosotros la revolución, la dictadura del proletariado, el reino de la felicidad y la justicia. Dos generaciones se han ido a la tumba fluctuando entre la duda y la esperanza. Nosotros hemos dudado y esperado también, dudado por nosotros, esperado para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos.

Sufrimos las penas del infierno y no desesperamos. Le hizo luz en Oriente.

Hemos hecho la revolución, la república, la dictadura del proletariado. ¿Qué es todo ello? Nada.

Ganamos más salario, pero no podemos comprar más cosas. Se nos dice, y así parece, que la elevación de nuestros salarios, aniquila la economía. Por tanto si se han de abaratar los productos, habrá que bajar el salario.

Lo que antes se llamaba Reichstag, se llama ahora Asamblea Nacional. Donde se sentaba Bethmann, se sienta Scheidemann, el trono de Guillermo lo ocupa Ebert, en vez de mandar Ludendorff, manda Noske. ¿Qué nos importa todo eso? Nos es indiferente que nuestros gobier-

## EL NUEVO ESTADO

nantes tengan mejores o peores maneras, que hereden sus cargos o los consigan a fuerza de discursos.

Nuestras fábricas ofrecen el mismo aspecto de antes; algo más descuidadas, más indisciplinadas y se trabaja menos y de peor gana. Los ricos se van a paseo en automóvil y se divierten en sus palacios, nosotros pasamos hambre y frío en nuestras casas de vecindad.

¿Qué se ha hecho de la plusvalía que iba a enriquecer a todos? ¿Dónde está nuestro derecho a intervenir en la dirección de la producción? ¿En qué han quedado la fraternidad y la humanidad? Nos es indiferente que se sindiquen las minas y que en el Sindicato del carbón tengamos empleados y delegados. Es un engaño llamar socialización a lo que es únicamente fiscalización.

¡Democracia! Sabemos que el labrador sigue fiel a lo antiguo, que el comerciante vota al comerciante, el católico al católico. Y nos encontramos con un Parlamento burgués en el que el Gobierno cuenta con una mayoría burguesa disimulada. Tenía razón Max: sola la dictadura del proletariado podía salvarnos, ese es el fundamento del socialismo.

Nos han engañado prometiéndonos la dictadura, nos han engañado proponiéndonos el socialismo. Lo que ha quedado es una república burguesa, con señores de antecedentes socialistas a su cabeza.

### II

En Weimar la Asamblea abigarrada charla y vive alegremente. El gobierno se rasca detrás de la oreja.

La cosa, naturalmente no es fácil. El pueblo no tiene

idea de lo que es la gobernación de un Estado. Para gobernar hace falta mayoría, ¿no es cierto? Formarla con los demócratas sólo tenía sus peligros. Es un acto de habilidad tener al Centro como reserva. Claro que eso obliga a compromisos. Pero ¿quién baja del sillón ministerial trabajosamente conseguido a sentarse en los bancos de la oposición? No hay remedio, pues.

Lo de la plusvalía fué un error. Al echar cuentas se vió que no la había o que al menos era tan pequeña que ni siquiera compensaba la elevación de los salarios. Acaso hubiera sido preferible no hablarle tanto de ella al pueblo, aunque era pura teoría marxista.

A nada se habitúa uno tan fácilmente como a las delicias del poder. El que ha alcanzado el poder, a los compromisos los llama política realista. ¿Nuevas ideas? Vaguedades de periodista. ¿Socialismo? Perturbación inoportuna de una economía transtornada. Acaso más adelante. La responsabilidad del Gobierno, ¡oh, amigos! es mayor de lo que vosotros creéis, no quisiéramos que tuviéseis que cargar con ella (cargamos nosotros). ¡No tenéis idea de las dificultades (Ya sabemos cuál es la principal: ¡falta de talento!)

¿No hemos redactado una constitución? ¿No hemos hecho una ley de organización militar? ¿No hemos etc., etc.?

Pero el buen pueblo quiere a todo trance socialización. Y además una constitución de Consejos obreros como en Rusia. Bien; les haremos creer que esta Ordenanza de las minas de carbón socializa («la socialización está en marcha») e introducimos los Consejos (los introducimos en la Constitución).

La nación está narcotizada y no siente cómo se le van cercenando todos sus miembros. «El honor se ha salvado» susurra el señor Erzberger. Quiere decir que se ha salvado el catolicismo del Centro. ¿Qué pasaría, señor Erzberger, si se nos atacase en el honor?

## III

Todas las ansias del pueblo se vuelven a los partidos de desesperación; entonces se hace culpable, se mancha con sangre y pillaje y puede ser ametrallado.

El idealismo sólo se halla hoy en los partidos extremos, en monárquicos y espartaquistas, y puede ocurrir que ambos se encuentren. El poder, sin escrúpulos ni dolor, entrega tranquilamente Alemania al extranjero; Alsacia, Saar, Renania, Schleswig, Daanig, Prusia Oriental, Posnania, Alta Silesia, Africa, ejército y flota. Los periódicos hablan con gran sosiego de intervenciones y curatelas, como si se tratase de asuntos de Bolsa. Muchos prefieren hablar arrogantemente en un Imperio deshonrado a tener un puesto modesto en un Estado estimado y sano.

El pueblo vencido, hambriento y abandonado, martiriza su espíritu. En sus directores no tiene confianza. Los ve mezclados en pasillos y antesalas con los antiguos dominadores burgueses y con los pescadores a río revuelto que a pesar de los negocios turbios conservan su confianza y su compostura. Al evangelio marxista se le ha concedido moratoria. El ciclo revolucionario está cerrado. El país está más atemorizado, por lo demás todo sigue igual.

Los ricos recorren las calles. ¡Ahí está la antigua pom-

## W A L T H E R R A T H E N A U

pa! Y la riqueza de hoy es más sarcástica, más agresiva, más cínica que nunca. Se dirá que aunque se repartiese todo este esplendor, apenas daría una sopa caliente para cada ciudadano. Es cierto y sería un argumento para un pueblo por el que se hace algo, pero no lo es para hambrientos por los que no se hace nada.

En su miseria y desconcierto al pueblo sólo le queda un arma: la huelga. Y la emplea.

Con camaradería desdefiosa preguntan los compañeros gobernantes: amigos ¿qué os pasa? ¿Por qué os declaráis en huelga? Ya véis; no sabéis por qué. ¿Está eso bien? ¿No sabéis que la situación del país, etc., etc.? ¿No hemos velado nosotros día y noche, etc., etc.?

Pero el pueblo monosilábico y obstinado dice: nos declaramos en huelga.

### IV

Claro es que todas las huelgas pueden ser dominadas. Es sencillamente una cuestión militar, en la que la victoria se consigue, no disparando sobre los huelguistas, sino diciendo la última palabra.

El procedimiento consiste en ocupar y proteger lo mejor posible los almacenes de provisiones y las centrales de transportes y distribución; luego se deja que la huelga se prolongue hasta que el hambre impulse a cometer actos de violencia. Entonces interviene la fuerza armada y se dice la última palabra.

La última, pero no la decisiva. Pues puede impedirse la holganza, pero no obligarse a trabajar.

## E L N U E V O E S T A D O

Los hebreos tomaron de la astrología babilónica el sagrado número de los siete planetas y lo llevaron al país de promisión e implantando el sábado prescribieron por miles de años los trescientos días de trabajo anuales. El precepto es antiguo y consagrado, pero no inmutable. Puede haber también un año de trabajo de doscientos, de cien días laborables. Puede resucitar el antiguo año de jubileo entregado al ocio.

Desde la revolución nos hemos movido en esa dirección y parece que seguiremos por tal camino.

Les decía yo a una reunión de consejeros de trabajo: recordad lo que sucede cuando se destruye un hormiguero. No se produce la paralización, sino por el contrario una agitación febril y a las pocas horas está repuesto el montón. Se me replicó: pero es que hoy la economía no puede separarse de la política. La preocupación política paraliza la voluntad económica. Y así es.

De cuanto poseíamos, sólo nos ha quedado nuestro trabajo; él es nuestra última esperanza. Para sanar tendríamos que redoblarlo. Lo hemos reducido con razón a la jornada de ocho horas; bien, pero nadie debía holgar una de esas horas. Pero sucede lo contrario; se acortan las horas, se suprimen horas y además disminuye el rendimiento. En los astilleros un obrero clavaba antes cuatrocientos cincuenta clavos por día, ahora treinta y cinco.

No hay ninguna obligación ética que prescriba la jornada de trabajo y el rendimiento de éste. Cuando alguien dice que prefiere el ocio al goce, no puede objetársele que otros prefieren el goce al ocio. Sólo está obligado moral

y socialmente a trabajar aquel que solicita bienes de la sociedad. La cuantía de estos bienes es cosa suya.

En este punto, y en este punto únicamente la revolución ha modificado una ley fundamental; lo demás es secundario y sujeto a mutación. Lo incommovible, fundamental y apenas notado, punto de partida de todo lo futuro es esto: el mercado de trabajo se ha vuelto al revés.

Antes lo dominaba por virtud de la tradición y el apoyo de las autoridades, y no obstante organizaciones y revueltas, el potro. Hoy y en el porvenir lo domina el obrero.

Esto es hasta ahora el único resultado mundial de la revolución. En este punto de apariencia parca, no iluminado por el resplandor de la batería teatral, y del que ni el mismo obrero tiene conciencia, comienza la nueva época que ha de seguir una ruta muy diversa de lo que sueña la república burguesa que nos domina.

El obrero tiene derecho a limitar su trabajo en la medida de sus pretensiones; ahora tiene además el poder de elevar sus pretensiones sobre la cuantía de su trabajo. ¿A costa de quién y por cuánto tiempo? A costa del patrimonio nacional y de los acomodados; hasta el allanamiento y desgaste de la economía, hasta que se le garantice el producto íntegro de su trabajo, bien que menguado por la disminución de su rendimiento.

¿Cómo se compagina esto con la exigencia que pide que trabajemos sin descanso, que construyamos, que satisficamos deudas, que fortifiquemos el país, que sostengamos la civilización?

No se compagina. Ciertamente que la modificación de las

relaciones de trabajo penetrará en otros países, en los europeos primeramente, disminuirá la competencia, se limarán las asperezas de la paz. Cada cual verá cómo se las compone, pero nada adelantamos con el malestar ajeno.

De hoy más y cada vez que nos enfrentemos con conflictos supremos, que sólo pueden ser resueltos con sacrificios, nos encontraremos con el apotegma de que la camisa está más cerca de la piel que la americana. Se conjurará al obrero para que en interés de todos y en el propio aumento su rendimiento y disminuya sus pretensiones y contestará con el mencionado apotegma. Y claro es, que la camisa está más cerca que la chaqueta. La jornada reducida es para él el ocio y nadie le puede quitar el salario percibido. Eso no tiene duda: ¿Se puede salir de este atolladero?

Sólo de un modo, de uno sólo.

## V

Es necesario robustecer de tal modo el sentimiento de responsabilidad del obrero que no busque sólo su conveniencia, sino que quiera la de su industria, la de la producción, la del Estado; que la quiera y tenga que quererla; camisa y americana han de tener para él el mismo valor.

Si esto fuera posible se abriría en lontananza un panorama que mostrase a una luz totalmente diversa el cuadro del mundo.

A consecuencia de la disolución del mercado de trabajo, y de la situación predominante del obrero en el proceso de producción, en lo futuro sólo habrá económicamente dos

clases de Estado: los que combaten a los obreros, y son combatidos y aniquilados por éstos y los que se ligan con los obreros y con ellos prosperan.

No es que vaya a venir el Paraíso; entramos ahora en un largo período de luchas, de decadencia, de desconcierto intelectual y material de las capas sociales, de emigración vertical de los pueblos: pero la suerte de empresas y pueblos se decide en momentos de decadencia y no de ascensión.

¿Entonces? ¿Está esto de acuerdo con la demanda popular? ¿Hay que hacer fábricas constitucionales, democráticas, republicanas? ¿Han de estar regidos ayuntamientos y organismos subalternos por Consejos obreros? ¿Tiene razón el bolchevismo?

De acuerdo y no de acuerdo. Es demasiado poco y es demasiado. La camisa y la americana deciden.

Fábrica republicana. Un director, un alto empleado y un miembro del Consejo obrero deliberan. Se pide que sea doblado el salario.

Dice el director: su salario es hoy ya tres veces superior a la parte de renta nacional que le corresponde a usted.

Dice el obrero: es posible ¡allá ustedes! para mí la camisa está más cerca de la piel que la americana.

El director: usted sabe que la subida de los salarios hace bajar el valor del dinero. Dentro de seis meses con el doble de dinero no podrá usted comprar más de lo que compra con el salario actual.

El obrero: exacto. Por eso tenemos que apresurarnos. El que da primero da dos veces. Dentro de seis meses ya pediremos otro aumento.

El director tiene en su mesa libros y balances y demuestra que la empresa trabaja ya con pérdida actualmente; la mitad del capital ya se ha ido, en Diciembre vendrá la quiebra. El alto empleado asiente.

El obrero: Lo siento mucho. Pero de todos modos bastante han ganado antes los accionistas.

El director: Yo no hablo de los accionistas. No hablo tampoco de mí ni de los empleados que han trabajado aquí veinte años. Hablo de ustedes. ¡Se quedarán ustedes sin pan!

El obrero: ¿Quién? ¿Nosotros? ¿Nosotros sin pan?

El director: Claro. ¿Quién les va a pagar los jornales cuando se haya disuelto la sociedad?

El obrero: Señor director: ¡usted mismo no cree lo que está diciendo. Fíjese: ahí están las chimeneas, ahí la sala de máquinas; allí los talleres. La primavera que viene aunque su sociedad haya dado quiebra echarán humo las chimeneas, y se encenderán las calderas y se montará en el taller. Ya se cuidará de ello el que se quede con la sociedad. Acaso les conserve a ustedes dos; yo me alegraría de que siguiésemos juntos.

El director: ¡Pero oiga usted! Aunque se encontrase quien quisiera quedarse con la fábrica ni de balde, con los gastos de explotación, habrá dado quiebra. ¿Y entonces?

El obrero: Entonces el que le suceda será más prudente. Exigirá una subvención del Estado y acaso también una del municipio. Y si no basta, el que le suceda seguirá pidiendo hasta que le baste. Acaso más tarde tomemos nosotros la cosa por propia cuenta. Pero lo que le aseguro

es que la fábrica no para. Se de un teatro, en el cual se han arruinado sus propietarios, y sin embargo, no se ha suspendido ni una función.

El director: ¿Pero de dónde van a salir las subvenciones?

El obrero: Supongo que de las máquinas de hacer billetes.

El director: Bueno. Dejemos eso y vamos a otra cosa. He visto en los libros que lleva usted cinco años trabajando con nosotros. Nuestra fábrica ha sido hasta ahora orgullo de la industria alemana. Nuestra técnica era una técnica modelo de renombre mundial. ¿Quiere usted tirar eso por la borda? ¿No siente usted solidaridad con la empresa?

El obrero: También dicen que nuestras Universidades pasan como modelos en el mundo. Usted mismo nos ha dicho una vez que había estudiado cinco años en ellas; y sin embargo no creo que sacrifique la mitad de sus ingresos por las Universidades. También usted tiene la camisa más cerca que la americana.

En este momento interviene el alto empleado y dice: la diferencia entre usted y nosotros es que usted encuentra el acomodo que le viene en gana y nosotros no. Si no le gusta estar aquí, mañana se va usted a la fábrica de al lado. En cambio nosotros estamos atados. Yo estoy hecho a vuestra manera de trabajar y me costaría trabajo habituarme a otra. Yo no sé si podré prestar a otras empresas los mismos servicios que aquí, ni si me admitirán.

El obrero: Tiene usted razón, me doy cuenta de ello. Por lo demás yo me encuentro aquí más a gusto que en otra

parte; me gusta esto, hasta donde puede gustarnos a nosotros. Pero no quiero perder mi libertad de variar de acomodo. Comprenderá usted que tenemos que insistir en nuestras pretensiones; que la empresa vea lo que le conviene.

Con esto ha vencido la teoría de la camisa y la americana, la cual, y esto es lo fundamental y decisivo que no debe olvidarse nunca, vencerá siempre y en todas partes, siempre que en las organizaciones inferiores, en establecimientos locales, llámense fábricas, municipios, ferrocarriles, regimientos de infantería, Consejos parroquiales, o Asociaciones escolares, estalle un conflicto entre intereses particulares momentáneos e intereses comunales duraderos. Estos conflictos—y este principio decidirá de toda construcción social futura—sólo pueden ser resueltos en grande, cuando la comunidad aparece en el lugar de la oposición de intereses.

Figurémonos los siguientes casos: un municipio se da cuenta que vive en mejores condiciones de producción que los que le rodean, y pide ser separado de la mancomunidad. Una dirección de ferrocarriles declara que en lo futuro regulará con independencia la circulación de sus trenes, porque no le parece bien la organización decretada por el ministerio. Un regimiento dice que no deja que le trasladen, porque está muy a gusto en la ciudad de su guarnición. El equipo de una mina decide no cuidar más que de sus propias necesidades. Un municipio decide suprimir la enseñanza.

Es evidente que la plena autonomía de los organismos inferiores, conducirá a la completa descentralización, y

poco a poco lleva al Estado de naturaleza. El Estado de naturaleza no es en sí nada malo, y los románticos de todas las épocas han dicho sus alabanzas. Pero en Alemania presupone que la población retroceda de sesenta millones a seis, pues exige amplitud de espacio.

Rusia tiene, en caso necesario, espacio suficiente para vivir en el Estado de naturaleza a que medio consciente, medio inconscientemente aspira el bolchevismo. El bolchevismo —no el teórico, sino el práctico— vive de conceptos de la época de transición, como una tropa en disolución vive de los restos del campamento. Ha podido extender la época de transición de un Estado de más de cien millones de años y podrá extenderla varios años en todo Estado que lo adoptase. Pero en Rusia la situación se aproxima al final, a que el país viva en una economía agraria miserable. Por eso los directores mismos han iniciado ya el movimiento contra la atomización radical de los elementos, contra la descentralización teórica.

Acontece esto del siguiente modo: vista desde abajo subsiste la plena autonomía de los elementos; cada fábrica, cada casa, cada municipio, es regido por sus consejos. En apariencia están sometidos a los Consejos inmediatamente superiores, pero merced a la debilidad de éstos son de hecho independientes. En cambio el gobierno central dispone de un poder autocrático y una red burocrática apoyada en el ejército. Esta red, a fuerza de vigilancia, espionaje, órdenes directas, de poder, va envolviendo poco a poco las administraciones autónomas y las va estrangulando hasta que se hacen dóciles a sus deseos. A medida que se debilitan las administraciones autónomas, se for-

talece la red central. Al final sólo queda una Administración central puramente oligárquica, las autonomías locales han quedado reducidas a una mera apariencia y al mismo tiempo el proletariado, al principio dominante, se ha trocado en una escasa minoría enriquecida, que tiene en sus manos el constituirse, si lo desea, en dictadura. Con esto está preparado el terreno para una nueva revolución que a la larga no puede evitarse, porque el sistema no descansa en equilibrios ni acuerdos, sino en la fuerza, que ya no está, como al zarismo, frente a una masa inerte, sino frente a una masa activizada.

Estos acontecimientos son fatales como una ley natural y su curso puede presuponerse de este modo: cuanto más autónomos sean los elementos de abajo, tanto más autocrático será el poder central. Esta ley se impondrá entre nosotros como en todas partes, y se pregunta, cómo pueden evitarse sus peligros, sin que sacrifiquemos la autonomía de los componentes.

El solo planteamiento de la cuestión, indica ya la respuesta: es imposible socializar y democratizar la piel sin que la carne y el esqueleto estén penetrados de esencia democrática, pero de un modo orgánico. Hemos democratizado el cerebro—parlamento y gobierno y estamos a punto de socializar la piel—los elementos periféricos; pero esta es labor a medias, inútil y hasta nociva, mientras el cuerpo político y económico no esté saturado de democracia y socialismo orgánicos.

La palabra orgánico significa aquí lo siguiente: No basta decir: hemos puesto un Consejo al lado del municipio. Hemos puesto un Consejo al lado de la fábrica,



Y para completar el cuadro póngase un Consejo junto a la prefectura, otro junto al sindicato, junto a la Cámara de Comercio y si queréis hasta junto al ministerio. Esto fuera inorgánico y absurdo. Los Consejos decidieran cosas contradictorias, ninguno se acomodaría al otro, no habría orientación política, y el gobierno tendría que pasarse la vida haciendo gestiones y mendigando concordias.

Ya lo hemos visto: en los elementos exteriores—fábrica o municipio—predomina la doctrina de la camisa y la americana, y por consiguiente sólo podrán resolver cuestiones de explotación, no problemas vitales. Cuando toca a la existencia de un órgano o en el de la comunidad, ha de pasar a la instancia inmediata. A medida que las instancias van ascendiendo se apaga el interés particular, predomina el interés común, la responsabilidad y en último término la idea.

En las entrevistas entre los elementos de una fábrica la objeción: la empresa se arruina, no halla eco, porque el obrero puede cambiar de colocación. En el Congreso profesional—metalúrgico o tejidos—la amonestación «nuestro oficio está en peligro» no cae en el vacío, pues el tejedor no quiere ser ajustador, ni ajustador el tejedor.

En la Asamblea industrial—industria de los metales o textil—todo el mundo trabaja cuando oye decir «nuestra industria está comprometida». En el Parlamento económico la relativa libertad en que se está frente a los intereses locales y particulares es suficiente para aconsejar avenencias fundamentales y en gran escala. En las cuestiones últimas y más trascendentales de la vida económica y nacional, decide el Parlamento supremo.

Por consiguiente el defecto fundamental del movimiento de Consejos actual y su modelo ruso es éste:

Pone la ordenación local sobre la orgánica.

La ordenación local es indispensable, tratándose de los órganos inferiores, de los periféricos. Un municipio, una fábrica necesitan un órgano local. Pero el grado inmediato ya no puede ser local, sino profesional. El Consejo de una fábrica sita en Bielefeld no puede tener su superior en el Consejo de la industria de Bielefeld. Su orientación ha de recibirla del Consejo de la guilda de máquinas; sólo así podrá expresar una política que corresponda a sus condiciones de vida, y no si está determinado por las necesidades de los intereses locales. Con una ordenación local se produce una política de campanario y no una política orgánica.

Por tanto a la organización de los Consejos ha de preceder la de las guildas, es decir, la Nueva Economía. Antes de socializar y democratizar hay que organizar; para ordenar el trabajo del obrero, hay que comenzar con la empresa. ¿Se le ocurriría a nadie organizar la red ferroviaria de un país de modo que cada municipio estuviese facultado para construir un par de trozos sin preocuparse del resto de la línea?

El funcionamiento orgánico propiamente dicho, lo que ha fracasado en Rusia, aquello en lo cual en Alemania no se ha pensado aún, la marcha normal, sin rozamientos, la autoridad de la instancia superior sobre la inferior, la escrupulosidad con que las autoridades inferiores trasladan a los superiores las cuestiones fundamentales, ese encadenamiento de poderes que crea un equilibrio orgánico de

fuerzas y una política orientada reflexivamente, evitando la anarquía de las resoluciones ese orden vivo, sólo está garantizado cuando se instaura una cuidadosa distribución de trabajo que va de lo inferior a lo superior y cuando para su mantenimiento se crea un poder ejecutivo fuerte.

El principio fundamental de esta división del trabajo es: ninguna instancia debe resolver cuestiones vitales de los elementos de su propio grado, del mismo modo que un hombre no puede condenar a otro a muerte o a penas pecuniarias sin la intervención del juez.

Ahora, el orden según el cual se verifica esta división del trabajo, no puede ser otro que el de la Nueva Economía, es decir, la serie gradual de corporaciones económicas profesionales y el del Nuevo Estado, es decir, la organización gradual y profesional del Estado, con un paralelismo entre las representaciones y los cuerpos burocráticos.

La ordenación gradual responde al convencimiento de que sólo en los grados superiores de la organización los intereses son superiores por la idea, la profesional al convencimiento de que en la variedad de nuestra vida y nuestros conflictos ha de reinar objetividad y de que la armonía entre los que trabajan y los que dirigen sólo por acuerdo de ambos puede conseguirse.

O expresado negativamente: Entregar las funciones sociales a un Parlamento central puramente político es crear un cerebro sin médula, sin nervios y sin arterias, sin dejar a las partes del cuerpo la necesaria autonomía. El Parlamento más democrático no es democrático, no es social el más social, ni inteligente el más avisado. Todo Parlamento político es un mal necesario, como lo es todo mo-

narca y es discutible cuál de los dos males es el menor. Pero el mal de los Parlamentos políticos sólo puede equilibrarse con ayuda del Parlamento técnico y profesional que no es preciso que sea un mal.

## VI

La verdad desnuda es ésta: caminamos hacia la dictadura, hacia la proletaria o hacia la pretoriana.

¿Por qué? Porque el molino nacional no tiene grano y la piedra se desgasta en vez de moler, porque no se trabaja.

Cuanto menos se produce, más desmedidamente aumenta el valor de la mercancía, baja el del dinero, sube el salario, desciende el poder adquisitivo de la moneda. El patrimonio nacional determina la situación general del país; cuando no se le utiliza no tiene valor, y además está muy recargado con las exigencias enemigas. Ya hoy la maquinaria nacional está muy desgastada; dentro de pocos años no se podrá trabajar con ella.

Antes se trabajaba, porque había que hacerlo; el que no trabajaba no obtenía nada. Hoy se ha sustituido aquella necesidad por el imperativo categórico; produce, si quieres que otros produzcan.

El cambio de ambiente exige cambio de espíritu. Pero el espíritu no se modifica fácilmente. Hay muchos que dicen: ¿por qué he de ser precisamente yo el que empiece?

La mayoría espera de la socialización el bienestar súbito. Pero la socialización, si ha de venir como cosa de justicia y equilibrio de poder, no traerá el bienestar súbito.

La balanza de la más radical socialización es ésta: a

cada familia le correspondería un ingreso anual de dos mil marcos, valor de anteguerra. De aquí hay que deducir la indemnización de guerra. Para ello es preciso que conservemos materias primas y mercado, que otros cuiden de la reposición de la maquinaria, y que se trabaje con tanto empeño como antes de la guerra.

Los obreros berlineses y renanos, que viven muy por encima del promedio, tendrían que renunciar a una parte considerable de sus ingresos en favor de los trabajadores de la Alemania central, meridional y oriental.

No es cierto como afirman los profetas de la plusvalía que una distribución equitativa cause sin más una mayor producción. Nuestros talleres trabajaban cuanto podían trabajar; para que produzcan más habría que ampliarlos, ¿pero la ampliación sólo podría hacerse a costa del ahorro nacional? y qué se va a ahorrar de un ingreso de dos mil marcos? Además durante muchos años la indemnización de guerra se tragaría todo el posible ahorro nacional. El aumento de producción sólo será posible con las transformaciones que he descrito en la Nueva Economía.

Queda fuera de cuenta la remuneración especial del trabajo intelectual, lo que no podrá evitarse si han de ser conservadas las clases intelectuales. Pero esto será difícil dado lo exiguo del ingreso medio, y por tanto no podrán producirse clases que sirvan con cierto bienestar, lo cual significa la muerte de aquellas ramas de la exportación que necesitan entrenarse en el consumo nacional. Esta decadencia del nivel científico, técnico, artístico, nos colocará en una situación de dependencia respecto del extranjero.

Hay comunistas convencidos que preguntan: ¿Entonces

por qué marchan las cosas en Rusia? Frente a lo cual vendría la contrapregunta: ¿pero es que marchan?

Podrían marchar. Pues la herencia de la burguesía destruída dura, el aniquilamiento de la unidad monetaria por el papel tarda tiempo en un gran Imperio, las amplias superficies agrícolas pueden, en caso necesario, sustentar a una oligarquía proletaria de quinientos mil obreros. Al propio tiempo se emiten un par de millones en billetes para escuelas y establecimientos de instrucción, y los obreros entran y salen en las fábricas. ¿Y cuál sería el daño aunque la superestructura de la economía se viniera abajo? Siempre quedaría una inmensurable superficie de terreno que podría alimentar a incontables personas. Sus productos son independientes del dinero; un saco de grano arrastrado a la frontera valdrá una guadaña aunque el rublo sólo valga un céntimo.

Ahora que Rusia tiene que renunciar a tres cosas: a tener una industria propia, a la educación del pueblo y a la técnica científica. Debiera creerse que esta renuncia sería confesada sinceramente, pero no es así. Se reconoce, se confiesa la dificultad; se concede que Rusia bajará del nivel en su civilización, mientras un sólo Estado de la tierra conserve el antiguo sistema económico, pero se pone otra carta: el bolchevismo se adueñará del mundo.

Aun suponiendo posible esta hipótesis para todo el continente, incluso para la Francia antisocialista, para Inglaterra es más que improbable y para América no tiene la menor aplicación. Pero aun cuando al cabo de varios decenios se consiguiese este objetivo, Rusia habría desaparecido ya del concierto de la civilización.

Si concedemos que Rusia conserva de un modo duradero su forma económica actual, y no vuelve como parece a lo antiguo por la afirmación hereditaria de la actual oligarquía, Alemania estará colocada entre dos mundos económicos.

Del occidental estamos separados por nuestro impulso hacia el socialismo, del oriental por tres exigencias fundamentales: no podemos renunciar a la Economía industrial, porque nuestro territorio no es suficientemente extenso; no queremos renunciar a la educación del pueblo, porque es para [nosotros un valor absoluto; para ambas cosas y para conservar el nivel técnico y científico, necesitamos una amplia clase intelectual.

De los rusos podemos aprender varias cosas, y ante todo su fuerte voluntad renovadora, pero no debemos imitarles servilmente. Tenemos que edificar con iniciativa y buena voluntad nuestra propia casa, a fuerza de trabajo y privación. Nada nos será dado de balde, y menos un bienestar súbito por la simple modificación del registro de propiedad.

Lo que destruye nuestro destino no fueron algaradas y golpes de Estado provinciales, sino la desgana de trabajo, las revueltas continuadas, el desconcierto de la economía, la desvalorización del poder adquisitivo de la moneda y el hambre. Aunque los buenos bomberos burgueses multipliquen sus aparatos extintores, este incendio no lo apagarán. No lo dominará la avenida impetuosa de la elocuencia, sino el fuego del espíritu.

Es vana toda esperanza en una mejora gradual. Nada acontece por sí solo. La situación difícil que atravesamos

es menos visible y menos dura que la guerra, pero no menos grave y menos peligrosa para nuestro porvenir. Son expresión de un mismo espíritu la ciega certidumbre en la victoria de los directores de nuestro ejército, y la estúpida confianza en el orden de nuestros gobernantes actuales. Aquélla anunciaba la derrota, ésta la dictadura.

## VII

Los colaboradores del espectáculo que se está desarrollando en Weimar, tienen sin duda la esperanza de que se mantenga el socialismo burgués; es decir, un Estado en que las masas olvidan sus cuidados entregadas al goce de ver a qué altura han llegado algunos de los compañeros, y de que el pueblo soberano en la forma de una coalición mayoritaria, levemente teñida de clericalismo dispone a su antojo de cargos y dignidades.

Pero el pueblo espera.

Reina el socialismo, y por tanto, ha llegado la hora de la famosa plusvalía marxista que ha de hacernos a todos ricos. Hay que dejarles tiempo a los señores para que la implanten.

Pero los señores adivinan oscuramente que la plusvalía es más reducida de lo que se pensaba, y los pocos que han cometido la imprudencia de no limitarse a contradecir mis escritos y han leído algunos, lo saben de cierto. Y sobre todo la plusvalía no puede consumirse, sino que ha de emplearse para la mejora de la producción. Lo único que puede utilizarse es el exceso de gasto arbitrario de los ricos, y este asciende a 25 marcos por cabeza de pobla-

ción, o sea la duodécima parte de las cargas que pesan sobre nosotros, descontando la indemnización de guerra.

¿Puede decirse eso al pueblo? Se espera. Se muestra buena voluntad y se socializa allí donde no hay nada que socializar. Y para coronar la obra «se introducen Consejos en la Constitución».

El pueblo espera, pero llegará [un momento en que demande explicación. Si ésta fuera falsa y fingida preferirá destrozarse la burguesía, la economía y la civilización, antes de resignarse a la segunda bancarrota, a la de los administradores de la quiebra, y a perdonar a los que le han engañado.

La única respuesta que puede darse es esta: no podemos daros de un golpe el bienestar. Los antiguos cálculos estaban equivocados. Somos más pobres de lo que creemos. Conservaremos la jornada de ocho horas, pero hay que trabajar. Nadie tiene derecho a la holganza, pues ello equivale a quitarle al prójimo el pan de su boca. Lo único de que nuestra sociedad puede disponer es del exceso de consumo de los ricos; de él sacaremos los impuestos.

Lo que podemos daros y lo que os daremos son dos cosas: os constituiremos un Estado que será más objetivo, más orgánico, más justo, más libre y más capaz que ningún otro, que se adaptará a la nueva forma económica y desarrollará todas las fuerzas del trabajo alemán. Este será el Nuevo Estado.

Os crearemos una economía que será clara y transparente como el cristal, que permitirá intervenir a todos los que trabajen en las decisiones, que no permitirá ningún privilegio clandestino o injusto, y asegurará la mayor efi-

cia posible al trabajo. Esta será la Nueva Economía.

El que os prometa más os engaña o se engaña a sí mismo.

El que cumpla esta promesa levantará una nueva nación autónoma y consciente, que disfrutará de libertad, justicia, humanidad, y más adelante de bienestar.

Seremos independientes del extranjero. Trabajaremos con todas las naciones que estén dispuestas a ello, pero nuestro apoyo será Rusia. No aceptaremos el bolchevismo, que a lo sumo es apropiado para un país agrario con amplio territorio. Nos entenderemos con Rusia y conservaremos una forma económica propia, adecuada a las necesidades de nuestra producción finamente organizada.

En unión de Rusia y de otros países que adopten una forma de libertad, seremos los portadores del espíritu de una nueva época. Este espíritu nos protegerá mejor que un ejército pues nos ligará a la masa viva de los países de la tierra en que se han acabado los capitalistas. Hemos perdido y sucumbido en el torneo de la antigua política horizontal europea. Armados con las armas invisibles del nuevo espíritu podremos penetrar con confianza en el teatro de la nueva época, de la época de las emigraciones interiores de los pueblos.

## VIII

Sabemos que no somos aún dignos del nuevo espíritu.

Pueden dilatarse las soluciones explicando y disculpando; nosotros no lo haremos. Podríamos decir como nuestros antiguos señores: esperemos hasta que el pueblo esté

maduro; pero esto es indolencia, cobardía e insinceridad, y además es la perdición. Podríamos restablecer con un aderezo liberal la burguesía capitalista anárquica. Podríamos hacerlo, pero no queremos ni debemos, pues eso sería una vida de humillación y una muerte lenta. Hasta hace poco era aún tiempo de abandonar la Nueva Economía a la iniciativa privada, con escasa intervención del Estado. Los interesados no lo han querido así y ahora ha pasado el tiempo, el pueblo ha perdido la fe, y antes que hayan comenzado las negociaciones de paz, la presión del Este y del Oeste es tan fuerte que hace crujir las bóvedas.

Tenemos que entrar en la nueva vida sin preparación, impurificados, debilitados y enervados, en la embriaguez de una pasión enfermiza. Esto costará extravíos y cuidados, errores y sufrimientos.

No lo olvidemos: Apenas hace cinco años los filisteos llamaban naturaleza alemana a la brutalidad arrogante, y decían que ella sanaría al mundo, los oradores patrioterros preconizaban la alianza del pueblo de los poetas y pensadores con la divinidad, se enviaban con júbilo millones de hombres consagrados a la muerte, a una guerra, sin preguntar por qué ni para qué, las gentes se echaban a las plantas del poder, a cada carnicería de masas sonaba un clamor de regocijo, se repartía el mundo y se escupía a todo el que aconsejaba moderación. Desilusionarse no es mudar de espíritu. La vieja obediencia de antaño, la indiferencia deshonorosa y la avidez de placeres de hogaño, las frases cónicas de hoy y las sumisas de ayer, son manifestación del mismo espíritu. Todavía, y acaso por mucho tiempo, nos falta la autocrítica; el sentimiento amplio de

justicia, la consciencia noble, la verdadera voluntad para la libertad. No nos hemos deshecho de nuestra mezquindad, de nuestro egoísmo cómodo, nuestra desconfianza y filisteísmo. Lo único nuevo, y sobrado fácil de explicar, es la locuacidad incansable, el molino de la dialéctica que pulveriza todo conocimiento, la mecánica vuelta del revés de la antigua obsesión autoritaria. ¡Ay de aquél que hoy suministre al pueblo ideas! cuanto más cónicamente se le plagie, con más osadía se le injuriará.

Hay que mantener la fe en las fuerzas eternas del país y del pueblo en los días difíciles de la tentación y la duda: en la época fácil del esplendor, no tenía gran mérito. Si esta fe es verdadera, se cumplirá. Si es verdadera, será bastante fuerte para osar lo definitivo con medios deficientes, prescindiendo de sus faltas y errores de la época de transición, y de las angustias de la purificación. Es una osadía, pues los antiguos poderes murmuran calladamente, reina el filisteísmo satisfecho y al nuevo movimiento se incorpora una ciega avidez. La gracia divina no se inclina del lado de los más fuertes batallones, sino del lado de la más noble resolución.

Los días están contados. Las negociaciones de París decidirán de nuestro destino, en cuanto nuestra voluntad es el destino. Cuanto decidimos es osadía. ¿Queremos llevar una plácida existencia burguesa como mercenarios despreciados de Occidente? ¿O queremos crearnos una existencia propia y autónoma entre cuidados y miseria? La decisión más noble es la creadora. Y esta decisión es: Nueva Economía y Nuevo Estado.

24 Marzo 1919.

El problema de la nueva sociedad es un problema de fondo, que afecta a la estructura misma de la sociedad y a la forma de su organización. Se trata de un problema que no puede resolverse sin una profunda reflexión sobre los valores y los principios que deben guiar a la humanidad en su camino hacia el futuro. La nueva sociedad debe ser una sociedad que respete los derechos y las libertades de todos sus miembros, que promueva la justicia y la equidad, y que busque el bienestar común de todos.

### LA NUEVA SOCIEDAD

La nueva sociedad es una sociedad que se caracteriza por su justicia y su equidad. Es una sociedad que busca el bienestar común de todos sus miembros y que respeta los derechos y las libertades de todos. La nueva sociedad es una sociedad que promueve la justicia y la equidad, y que busca el bienestar común de todos. La nueva sociedad es una sociedad que se caracteriza por su justicia y su equidad. Es una sociedad que busca el bienestar común de todos sus miembros y que respeta los derechos y las libertades de todos.

El fin político de la supresión de la renta adquirida sin trabajo es la plena socialización de una sociedad humana. Pero enténdase bien: una nota y no un fin. En sí no es decisivo, siempre que todos tengan bastante para vivir, de donde reciban dinero o productos, aunque los obtengan gratuitamente. Siempre quedarán restos de la renta obtenida sin trabajo; v. g., la asistencia a los ancianos.

¿Hay una nota característica de la plena socialización de una sociedad humana?

Hay una, sí; una sola: la supresión de toda renta adquirida sin trabajo.

Pero enténdase bien: una nota y no un fin. En sí no es decisivo, siempre que todos tengan bastante para vivir, de donde reciban dinero o productos, aunque los obtengan gratuitamente. Siempre quedarán restos de la renta obtenida sin trabajo; v. g., la asistencia a los ancianos.

El fin no es la repartición de rentas o bienes. El fin no es tampoco la igualdad, la disminución del trabajo o el aumento de goces, el fin es la supresión de la relación proletaria. Cesación de la servidumbre anónima hereditaria de una de las dos porciones en que se divide el pueblo, supresión de la explotación de los hermanos, del abuso occidental, que es el fundamento de nuestra civilización, lo mismo que era la esclavitud el fundamento de la civilización antigua, supresión de esa servidumbre que trueca en injusticia cada uno de nuestros actos, creaciones y alegrías. Pero tampoco este es un fin último; --¿y cómo iba a ser un fin último cosa de la economía o de la sociedad?-- un fin último y definitivo de nuestra existencia y nuestra obra terrenal es el desarrollo del alma humana. Pero los



últimos fines no señalan caminos a la política, sino tan sólo orientaciones.

El fin político de la supresión de la relación proletaria puede lograrse con mucha aproximación como he mostrado en mis «Cosas venideras», por una política económica y educativa adecuada, y ante todo limitando la herencia. Para ello no es necesario que se implante una socialización en sentido estricto. Pero una amplia política de socialización —no se trata aquí de una estabilización de los medios de producción, sino de un equilibrio radical en la Economía y en la sociedad— es necesaria y apremiante, porque despierta y fortalece el sentimiento de responsabilidad, y porque saca la dirección de la época de las manos vacilantes de las clases dominadoras, para ponerlas en las manos más justas de la sociedad, que hoy, a fuerza de democracia, no interviene en nada. Pues la democracia es gobierno del pueblo tan sólo cuando está en manos de un pueblo político; en manos de un pueblo ineducado y sin sentido político no es más que manía de comités y charla de cervecería. El símbolo de la democracia alemana es la cervecería; la cervecería donde se forma e ilustra el juicio, la cervecería como hogar de los partidos, como foro, como local electoral.

Ahora, la nota de esta socialización amplia, plenamente realizada, es la desaparición de las rentas obtenidas sin trabajo. He dicho nota, y no único supuesto. Pues es preciso suponer antes una democratización total y verdadera del Estado y de la Economía, y que los establecimientos de educación estén por igual abiertos a todos los ciudadanos: sólo así se acabará con el monopolio de clase e ilus-

tración. Pero la desaparición de la renta obtenida sin trabajo significa la muerte del último monopolio de clase, del plutocrático.

El estado de ánimo de la sociedad una vez realizada la socialización es difícilmente imaginable si se piensa en un estado duradero y estacionario y no en un espacio de tiempo corto como el de la revolución rusa o fugaz como el de la húngara.

Una oligarquía dictatorial como la bolchevique, no puede tomarse por modelo, y las inocentes utopías de las novelas sociales, todas las cuales descansan en el supuesto ingenuo de un bienestar diez veces exagerado, se deshacen en humo.

El conocimiento del estado social por el cual actualmente nosotros, luego Europa, más adelante los demás, vamos camino de la emigración vertical de los pueblos, decide no sólo acerca de la posición de cada cual frente a la cuestión social fundamental, sino también acerca de todo nuestro comportamiento político. Responde plenamente a la marcha de nuestra tradición social el que en nuestros fines y decisiones no nos dejemos llevar de impulsos positivos, sino de impulsos negativos; el que no vayamos hacia algo, sino huyendo de algo. A esta huida le damos el nombre positivo de socialismo, sin preocuparnos lo más mínimo de qué aspecto tendrá—sin recurrir a frases—el estado a que aspiramos.

Esto es efecto no sólo de un poder imaginativo deficiente, sino de que no conocemos aún propiamente tendencias políticas; un tanto entrenados en el mundo de los negocios, de la ciencia, de las ideas, en lo político estamos en

un estadio análogo al de las poblaciones campesinas eslavas. A lo sumo sabemos—y no siempre—lo que nos oprime, traba y atormenta; conocemos las molestias que nos infligen y creemos ver un fin en el deseo de suprimirlas. Entendemos razonamientos de este género: la policía es la culpable, la economía capitalista es la culpable, los ingleses son los culpables, los curas son los culpables, los capitalistas son los culpables. Como en los pueblos eslavos, si no nos lo impidiesen desde hace doscientos años el buen natural y el amor al orden, el *progromo*—en forma de guerra de aldeanos, de guerra religiosa, de procesos de brujas, de persecución de los judíos—sería la expresión de nuestra primitiva voluntad política. El patriotismo exasperado y entusiasta ostentaba claros síntomas de esto; mitad nacionalismo, mitad agresividad contra cualquier espantajo, pero nunca conciencia altanera, consagración amorosa, anhelo político ideal.

Hoy tenemos una república, una república que nadie ha querido seriamente. Nos dieron el parlamentarismo: nadie lo quería. Tenemos una especie de socialismo: nadie ha creído en él.

Se decía: «el pueblo vive y muere por sus soberanos, la última gota de sangre por los Hohenzollern», y nadie lo ha negado. «El pueblo quiere ser regido por sus señores hereditarios, se echaría al fuego por sus oficiales; antes la muerte que ceder un pie de territorio alemán al enemigo.» ¿Era una ilusión? No, era verdad. Era verdad por falta de imaginación para representarse otras posibilidades.

Cuando la obra se hizo posible y efectiva, se hizo repu-

blicano todo el país hasta en las más apartadas cabañas de pastores. Cuando la huelga militar rompió la disciplina, se maltrató a los oficiales; cuando se hubo perdido la guerra y la flota y el territorio se vió invadido, comenzó el juego y el baile.

¿Frivolidad? No. Carencia infantil de imaginación política. Los polacos, que no pueden compararse ni remotamente con los alemanes en hondura de sentimiento ni en fuerza de talento creador, se han pasado un siglo sin pensar en otra cosa que en su unidad nacional; nosotros presenciábamos inmóviles cómo desaparecen las partes de nuestro territorio. Un inglés, un japonés, un norteamericano, no nos entenderán nunca, si les decimos: aquella obediencia militar, aquel entusiasmo guerrero no eran deseo de dominio y agresión, sino docilidad de un pueblo infantil, que no desea nada ni puede representarse nada más que lo existente.

Sabemos poco de las leyes porque se rige el carácter de los pueblos. Pero la capacidad de un pueblo para las concepciones profundas, no indica profundidad del individuo ni de la comunidad. En la masa acaso no se manifieste más que como docilidad y blandura de ánimo. La capacidad para la inteligencia y fuerza de voluntad colectivas, sólo pide en el individuo buen sentido y egoísmo. Sin embargo sería demasiado decir que nuestra debilidad política no es más que expresión de fortaleza de alma, pues esta fortaleza no nos ha impedido triunfar en la esfera de los negocios. La indolencia y la fe en la autoridad han contribuido bastante.

Pero ¿no éramos el país clásico de la «social-democra-

cia», no nos hemos convertido en el país clásico del radicalismo? Sin duda éramos y somos dóciles a la autoridad y a la disciplina; somos el país clásico de la queja organizada; también somos el país clásico del antisemitismo que nos ha privado de las fuerzas que más necesitábamos; escepticismo productivo y fantasía realista. Pero la queja organizada no es creación política y no ha habido nunca un socialismo ni un radicalismo tan pobres en ideas como los alemanes después de Marx: mitad labor de secretarías de sindicato, mitad vulgar utópica agitadora.

Es un hecho típico el que el grave acontecimiento de la revolución alemana no haya sido obra de la voluntad, sino de la repugnancia. No nos hemos libertado nosotros, sino el enemigo; la destrucción es la que nos ha libertado. El día antes del armisticio, quizás el día antes de la huida del Kaiser, un plebiscito hubiera dado una mayoría arrolladora en pro de la monarquía y en contra del socialismo. Aconteció lo que yo había predicho tantas veces antes de la guerra: quien educa a sus hijos con el palo, sólo con el palo aprende.

Aun hoy cuando todo hierve y fermenta—sin que ello se deba a los socialistas—todo el trabajo mental ha de realizarse fuera de la socialdemocracia que sigue renqueando apoyado en las muletas de la «socialización» y de los «consejos obreros». Todavía el socialismo ortodoxo sigue siendo la teoría del mal menor, lo que los franceses llaman un *pis aller*. «Está todo tan mal, que siempre se mejorará.» El catecismo socialista enseña con qué se mejorará; pero cómo se mejorará, qué aspecto presentará la organización futura, esta cuestión que es la única inte-

resante pasa como poco objetiva. Frases huecas e insinceras sobre la plusvalía que ha de hacernos a todo ricos—yo he demostrado que significaría un aumento de consumo de veinticinco marcos por cabeza—son las que se dan como respuesta. Quince millones de personas adultas entran en una tierra de promisión que se les ha aparecido entre el humo de las asambleas populares, acompañada del trueno de frases aprendidas de memoria, pero del cual no han podido traerles ninguna muestra.

Si se pudiera preguntar a la inconsciencia—de los oyentes, no de los agitadores—qué aspecto tiene propiamente esa tierra futura, oíríamos esta respuesta modesta y pueril, pero que es al mismo tiempo la más profunda y razonable que puede darse: es el país en que no habrá ricos.

Esto es exacto. Pero hay un error que se calla y con el que no se cuenta. Preguntad: ¿en el país en que no haya ricos no habrá tampoco pobres? Y os responderán asombrados: ¿cómo puede haber pobres no habiendo ricos? Y sin embargo es así. En el país en que no haya ricos no habrá más que pobres y muy pobres.

El que no sabe esto y es socialista es un rutinario o un engañado. El que lo sabe y lo calla un engañador. El que lo sabe y a pesar de ello, no, ¡precisamente por ello!, es socialista, ese es el hombre del porvenir.

Que la muchedumbre se satisfaga con el sentimiento oscuro de que este es el curso y la exigencia del tiempo y de que hay que nadar a favor de la corriente; que otros más avisados consideren los males de la época y se conformen con el *pis aller*. El que siente la responsabilidad de

## W A L T H E R R A T H E N A U

su pensamiento debe examinar el terreno a que se conduce al pueblo. Necesitamos saber qué aspecto presenta un país en que no haya ricos, en que haya cesado la renta obtenida sin trabajo; para decirlo en el lenguaje de nuestro pensamiento, tenemos que conocer la nueva sociedad antes de conformarla.

### II

La cuestión no es actual.

Si es cierto que no puede detenerse la marcha de la llamada revolución mundial en el término de cien años, lo es también que el proceso no conservará la velocidad adquirida en sus comienzos. Lo decisivo serán las influencias mutuas entre los países vencedores y los vencidos, pues en la evolución actual se mezclan fenómenos patológicos y orgánicos; ya hoy existe un socialismo de los países sanos y otro de los enfermos. La esperanza de los enfermos bolcheviques en la infección mundial es vana.

El proceso diario de la evolución en los países centro-europeos no puede predecirse, pues depende de pequeñas influencias casuales, locales y exteriores. Si se puede predecir con seguridad la evolución que se producirá como un fenómeno natural en sus grandes líneas, sería insensato discutir las fluctuaciones accidentales. Cuando un edificio sin vigilancia está lleno hasta el tejado de materias explosivas, sabemos que volará un buen día; pero sería ocioso discutir si será el domingo o el lunes, por la mañana o por la tarde o si quedará en pie tal o cual columna.

## L A N U E V A S O C I E D A D

Históricamente es indiferente, pues, si habrá aquí y allá alguna derrota del radicalismo, si aparecerán pasajera-mente alguna reacción o restauración elevadas al extremo. Como ocurre siempre después de una catástrofe la marcha entera del cuerpo social toma un ritmo más lento y esta lentitud aparece como reacción. Nosotros que no estamos habituados a acontecimientos catastróficos, y que los primeros que hemos sufrido no los hemos provocado sino meramente soportado, que sentimos cansancio y arrepentimiento a raíz de cada breve cambio de postura—piénsese en el primer Reichstag—veremos cómo el primer descenso de la ola revolucionaria, la aparición momentánea de un romanticismo aristocrático, dinástico y plutocrático que se presentará como una nostalgia del brillo abigarrado de la época de gloria, una repugnancia contra los ofrecimientos de una felicidad mecánica y sin espiritualidad hechos por tribunos del pueblo desocupados con la madurez mental de un bachiller, contra las tiradas monótonas, en las que ellos mismos no creen, de emisarios pagados y secuaces turbios, contra el disfraz económico y científico con que pretenden encubrirse la pereza, la ignorancia, la codicia y la presunción, contra el arrivismo brutal y explotador de abajo. A esta fase seguirá la insensatez inversa, la admiración y mala imitación del extranjero, el individualismo altivo y el endurecimiento de las almas. Los intelectuales de los países ganadores de la guerra que hoy afectan radicalismo, traerán flores del campo en el ojal.

Por tercera vez se alzarán el cinismo ingenuo de los que cambian de criterio diciéndose aleccionados por la expe-

riencia. El acontecimiento espiritual de la conversión es respetable. ¡San Pablo se convirtió en convertidor! Pero el cambio de los especuladores intelectuales que pasan del fracaso comprobado a la posición contraria triunfante a reserva de mudar más tarde de opinión, y con la pretensión de aleccionar a otros, es indicio del hecho terrible de que la convicción interior ha sido sustituida por la conveniencia cínica.

El cambio de criterio comenzó cuando la falta de juicio y la estrechez de visión, fácilmente ilusionada, esperaba de una guerra rápida y victoriosa el fortalecimiento de los elementos de fuerza y no quería quedarse atrás al llegar el día de la liquidación. Hasta el menguado liberalismo comprometido gritaba pidiendo que se reforzasen ejércitos y armamentos. Se llamó héroes a las pobres víctimas de cuerpo y alma, a quienes por estar cerrada la huída hacia atrás no quedaba más recurso que la fuga hacia adelante, desprestigiando así la palabra más varonil de nuestro idioma que sólo corresponde a los más libres y más grandes. Quien haya visto el odio y el entusiasmo de esas gentes que se indignaban por toda palabra contra la guerra y contra la época gloriosa, no comprenderá—o lo comprenderá demasiado—que todo un país se haya desprendido sin rubor ni dolor de su equivocación. Hoy nos aleccionan y se burlan los tráfugas de segundo orden y mañana se reirán de nosotros los de tercer grado.

No importa. Las fuerzas impulsivas de la época no vienen de las oficinas, no vienen de la calle, ni de las tribunas, púlpitos y cátedras. El impulso estrepitoso de ayer, hoy y mañana, es el movimiento vertiginoso del círculo

más exterior, el centro camino silencioso como las estrellas.

En nuestras consideraciones tenemos que saltar por encima de varios períodos de movimiento progresivo y regresivo, y no esperamos agradecimiento de nadie. Lo que a unos les parecerá demasiado conservador, será para otros demasiado revolucionario. Si hallamos que no nos espera ningún paraíso, sino el peligro de un retroceso cultural de la humanidad, el reformador improvisado nos responderá con un par de lugares comunes, si por cumplir con nuestro deber de hombres, por haber penetrado la marcha del mundo y confiado en la justicia íntima emprendemos el camino del peligro y hasta el descenso, los adoradores del poder y los que desprecian al hombre fruncirán el entrecejo.

No haremos nada que sea adulación a la fuerza ni a las masas. No servimos a ningún poder. Amamos al pueblo, pero el pueblo no es la multitud de una asamblea, ni la suma de los interesados, ni los que escriben y hablan. El pueblo es la fuente del espíritu alemán vigilante o adormecida, encharcada o fluyente. Lo que nos interesa es él, su presente y su porvenir; sin curso hacia el mar de la humanidad.

El criterio del Estado social futuro es un criterio material. ¿Es que puede ser determinante del estado espiritual de una época un orden material? ¿Es esto adherirse a la concepción materialista de la historia?

Pero aquí se habla de un criterio, no de una fuerza impulsora. No temo una discusión con la concepción materialista, o mejor mecánica, de la historia; en mis escritos

la he sostenido repetidas veces y una exposición sumaria de lo dicho en otros lugares aclarará mi punto de vista.

En la evolución colectiva se repiten las leyes del destino individual. La conducta de un hombre no está fatalmente determinada por la estructura de su cuerpo, la expresión de su rostro, el ambiente en que vive; pero entre ambas cosas existe cierto paralelismo. Pues las mismas leyes originarias que determinan el curso de la existencia individual se reflejan en la expresión corporal. Cada momento que vivimos, cada ambiente que se nos ofrece, cada miembro que nos nace, es una suma de nuestro carácter. Sin duda somos limitados como criaturas humanas; no podemos vivir en el agua ni en otro planeta, pero dentro de esta amplia limitación, disponemos de libertad para crear cualquier género de vida. El que observe a un hombre, su obra y su suerte, su cuerpo y expresión, sus relaciones y su matrimonio, sus útiles y su ambiente, conocerá a ese hombre.

En este último sentido pierde su valor toda aspiración social, económica y política; pues si el hombre es hasta tal punto soberano, no hay necesidad de cuidar de él. Pero recobran su significación relativa si se tiene en cuenta que la experiencia enseña que las fuerzas de espíritu y voluntad del promedio de los hombres, no son capaces de vencer una presión alta de las circunstancias exteriores. Pero al propio tiempo estas aspiraciones, estos esfuerzos, son a su vez una parte del empeño de voluntad con que el hombre colectivo lucha contra el ambiente y contra sus concurrentes y forma su propio destino.

Las leyes internas de las comunidades coinciden con las

de los individuos. Al tomar por dependientes de la pobreza o prosperidad, del suelo y clima, de la situación interior o marítima, de la alimentación y el género de trabajo, ciertas cualidades populares de espíritu, voluntad y carácter, se oscurece el hecho de que el medio exterior no les ha sido impuesto a los pueblos, sino que ellos lo han escogido. Cuando un pueblo quiere el nomadismo, o el mar, o la agricultura, o la guerra, si es bastante fuerte, tendrá voluntad bastante para lograr lo que desea o si no disolverse o morir. La misma voluntad y el mismo carácter es la que quiere prosperidad y cultura, indolencia y sumisión, trabajo y espiritualidad. No se les concedieron gratuitamente a los venecianos arquitectura y pintura porque casualmente se hubieran hecho ricos, ni a los britanos el poder marítimo porque viviesen casualmente en una isla, sino que los venecianos quisieron libertad, poder y arte y los anglosajones el mar.

Hay la creencia popular de que la guerra es un juicio de Dios, una chispa de verdad. Por lo menos sí que hay en ella un juicio de carácter, si bien no en el sentido popular de que hay que sostenerse en una situación infortunada, sino atendiendo al antecedente de la guerra, la capacidad o incapacidad de la política y dirección. En Alemania el mal era indolencia política, dominio de clases, arrogancia de filisteo y codicia. En ninguna parte como entre nosotros se hizo un uso tan blasfemo del concepto del juicio de Dios, pretendiendo que el Señor dispondrá el aniquilamiento de Inglaterra, a la que se conocía por los periódicos obedeciendo a los deseos imperialistas de los cuarteles, de las cervecerías, de los púlpitos y de los loca-

les de las asociaciones. La indignidad de hoy es consecuencia de aquella exageración, pues Dios no se deja dirigir y los blasfemos ingenuos tuvieron que darles en silencio la razón a sus adversarios, cuando éstos a su vez tomaban en su favor el inapelable juicio.

Después de esta sumaria consideración de la concordancia psicoférica entre el espíritu y el destino, se comprenderá por qué puede parecer que el espíritu de la sociedad depende de su estructura material, cuando en realidad él es el que encarna en esta estructura. Pero la estructura material es más fácil de examinar y por eso partimos de ella.

## IV

Todas las civilizaciones que conocemos, han nacido de pueblos con dos capas de población, muy poblados y ricos. Han llegado al apogeo en el momento de la fusión de las dos capas.

Por consiguiente, no basta que un pueblo tenga gran densidad de población y sea rico; tiene que contar además en medio de su riqueza y su poder con un gran número de gentes pobres, y aún más, sometidas y esclavizadas. Si no las posee le queda el recurso de anexionarse pueblos extraños que representen ese papel. Así hizo Roma, así hace Norteamérica.

Es terrible, pero comprensible. Pues hasta aquí ha dominado en los pueblos el impulso natural inconsciente, la lucha brutal por la vida. Las criaturas colectivas han sido hasta ahora animales de presa; en adelante es cuando podrán comenzar a dejar de serlo.

Comprensible y explicable. Pues todas las obras de la civilización están conexionadas, y no pueden comprenderse las baratas renunciando a las costosas. No hay civilizaciones de precio módico. Su desarrollo total exige gasto, el gasto más grande que conoce la historia de la humanidad, el único que recompensa—salvo el dedicado a satisfacer las necesidades primarias—el trabajo del hombre.

Como los seres muertos y vivos, como las plantas, los hombres, los animales y los utensilios, las obras de la civilización están sujetas a una larga evolución. Es preciso pintar durante diez mil años, y pensar sobre pintura para que pueda producirse un cuadro nuevo. Nuestra poesía y nuestra investigación descansan en un trabajo milenario. Esto no quita valor a las obras y pensamientos geniales; son nuevas, siendo viejas y eternas, como es nueva la flor que brota en el viejo tronco. Si oímos decir que en el interior de Africa o en Nueva Zelanda un indígena ha pintado un cuadro al óleo, sabemos que alguna casualidad ha llevado al pintor a París.

La poesía o la pintura que produzca en Taití un artista europeo, no es un producto de la cultura taitiana. Cuando en un suelo agotado se extingue la cultura, sólo puede hacerse florecer de nuevo con tierra nueva y semillas extrañas.

Pero la continuidad de la cultura e incluso de la civilización sólo se consigue por un gasto constante, del mismo modo que en países secos sólo merced a un riego continuado se mantiene la vegetación. Era necesario que la corriente de los productos orientales inundase a Italia para que pudiera surgir el florecimiento artístico del Rena-

cimiento. Para que nacieran arte, investigación, escuela, maestría, tradición, miles de patricios, cientos de príncipes eclesiásticos y laicos, hubieron de construir y decorar templos y palacios, monumentos, fiestas, juegos, mobiliario. El extranjerismo que reinó en Alemania durante el siglo xvii y la mitad del xviii no significaba sino que nuestro suelo se había empobrecido demasiado para producir plantas propias. La cultura de la Edad Media fué internacional mientras que la población europea fué demasiado escasa y los encargos demasiado pocos para ocupar artistas sedentarios; también durante la Edad Media griega de la época de Homero, de población poco densa, el arquitecto y el poeta eran artistas errantes. Si hoy la república de Guatemala o la de Honduras necesitan un capitolio o una estación monumental, probablemente pedirán un arquitecto a Londres o París.

Ni siquiera las artes civilizadas de la técnica, la industria, el oficio, pueden prescindir del gasto grande y constante de entrenamiento y mercado, para estar en primera línea. Aunque hasta ahora no ha ocurrido, no hay ninguna razón que se oponga a que un serbio o un eslovaco realicen un invento importante siempre que en una escuela europea hayan participado de la tradición de la técnica. Pero aun cuando se erigiesen en el país las universidades y centros de investigación más costosos, y se llamasen profesores extranjeros, no se produciría una técnica serbia o eslovaca duradera e independiente. Pues para ello necesitaría mercado en el país, compradores entendidos, fabricantes, una legión de ingenieros, técnicos, maestros, obreros, en suma, una atmósfera técnica.

Un país pobre no puede elaborar productos perfectos para un país rico; le falta para esto la educación que viene del consumidor. En Francia se imitaban los objetos de sport y confort ingleses de una manera ridícula, mientras, en cambio, todos los países se surtían en Francia de objetos de lujo. Los productos alemanes pasaban por ser baratos y malos hasta que el país se hizo rico, y se pusieron en conexión todas las fuerzas de la ciencia y la técnica, de la producción y la venta, de las industrias auxiliares y aprovechamiento de residuos, de la finanza y el comercio, de la educación y entrenamiento, del juicio y el gusto, de los hábitos y la comparación.

Las fuerzas humanas necesitan el mismo cuidado y el mismo gasto que las instituciones y cosas. El trabajo fino requiere manos sensibles y género de vida moderado, la invención y la creación necesitan ocio y libertad, el gusto pide ejercicio y tradición, el pensar científico y el sentir artístico piden un ambiente ininterrumpido y constante de cultura, sensibilidad y comprensión. Una cultura moribunda puede alimentarse largo tiempo del humus de la tradición, de la atmósfera de ilustración, pero no es ya capaz de combinar nuevos elementos de vida.

No nos engañemos; miremos las cosas cara a cara. Todos aquellos que puerilmente se vanaglorian de poseer la falta de prejuicios del proletario, son hijos adoptivos en la cultura plutocrática y aristocrática. Aunque se quitaren sus cuellos y sus corbatas, cada una de sus palabras y argumentos, la estructura de su pensamiento, su espiritualidad y su amor a la ciencia y al arte, todo su instrumental de trabajo, es legado de lo que creen poder suprimir y tri-



buto rendido a lo que se jactan de despreciar. El radicalismo genuino sólo es digno de consideración cuando se da cuenta de las conexiones y no se asusta de las consecuencias. Tiene que comprender—ya se lo haré ver claro—que la rapidez con que procede, mata a la cultura y tiene que sacar la consecuencia: aniquilarla y no vivir de prestado de ella.

Como hemos visto, la cultura y la civilización piden constante y enorme esfuerzo y gasto, gasto de ocio, de trabajo, de medios. Necesitan pedidos y mercados, escuela, modelos, tradición, comparación, juicio, comprensión, ilustración, sensibilidad, educación doméstica, atmósfera. Pueden servirlos los de afuera—acaso más eficazmente que los de adentro por tener menos gastadas las fuerzas—pero han de alimentarse de la atmósfera tradicional. La cultura y la civilización necesitan países ricos.

Pero no basta la riqueza, sino que ha de ir acompañada del contraste y asentarse en él. El país rico necesita disponer de grandes masas de hombres pobres y dependientes, pues no siendo así ¿de dónde iba a salir el enorme gasto que demanda la cultura? Uno ha de poder disponer de muchos; ¿y cómo iba a hacerlo si fueran sus iguales? El gasto ha de ser grande, pero realizable; ¿cómo podría serlo si las fuerzas de la masa fuesen muy costosas? Los pocos, los de arriba, han de estar en situación de desarrollar el poder, brillo, ejemplo; ¿cómo podrían hacerlo sin séquito, clientela y espectadores? Un país en que reine el bienestar, pero un bienestar uniforme será siempre país de pequeña burguesía, mezquino y provincial. Cuando se encargan de las funciones de un Mecenas o un Médicis,

Estado y administración, corporaciones de hombres de asociación sensatos y parsimoniosos con cálculos previos, liquidaciones, objeciones y vigilancia, se producen cosas que se parecen a monumentos de guerra, salas de espera, kioscos de periódicos y bares. ¿Que antes era de otro modo? Es cierto; pero aun en las épocas más parcas los reyes eran los que encargaban los trabajos.

Pero si la cultura es una planta venenosa que sólo prospera en la charca de la pobreza y al sol de la riqueza, debe perecer y es preciso que perezca. Nuestra sensibilidad no se conforma ya con la dicha y la pompa de unos pocos a costa del dolor de muchos. Ha pasado la época de los sentidos, se anuncia la hora de la conciencia. Y nos amenaza un puritanismo sombrío y parco.

¿No hay alguna solución intermedia? No, no la hay. Sabedlo de una vez claramente vosotros los que defendéis «la exacta satisfacción de las necesidades», que habláis del «pan de cada día» y pedís como compensación «los más nobles goces espirituales». No es posible.

No es posible ninguna solución intermedia. ¡Aunque lo quisiera con nosotros el mundo entero, sanos y enfermos, fuertes y débiles! En Moscou, es cierto, se esperaba a cada momento la revolución mundial. Pero no quiere estallar. Por consiguiente si la cultura y la civilización siguen siendo lo que son no queda más arbitrio que rasgar las vestiduras que nos emponzoñan. O bien... ¿pero queda alguna alternativa? Tenemos ante nosotros un largo camino. Ante todo necesitamos saber hasta qué punto seremos rusos, y en el mundo pobres o ricos, el día en que no haya renta sin trabajo, ni haya ricos.

Si nos bastásemos a nosotros mismos podríamos organizarnos a la manera de la república de los boers que tiene cuanto necesita y de cuando en cuando vende un cargamento de plumas de avestruz para cambiarlas por café y biblias. Desdichadamente nosotros tenemos que exportar sangre y cerebro para alimentar veinte millones. Y si para comprar fosfatos ofreciésemos medias de algodón y gorros de dormir diciendo que eran trabajo manual de lo más sólido, pues en nuestra producción cerrada para sacar el pan de cada día habríamos olvidado la manera de manejar los aparatos diabólicos que son las máquinas modernas de hacer medias, nos replicarían: en primer lugar no nos hacen falta gorros de dormir, en segundo lugar los podemos ofrecer por la parte décima de ese precio; y nuestros productos de algodón nos serían devueltos.

No se puede producir para el mercado mundial, aun en la más modesta escala, sino sobre la base del más perfecto rendimiento técnico, y esto no puede alcanzarse en una producción casera. El que quiere la parte, hace querer el todo. Pero el todo demanda, no ya una técnica, sino una civilización y hasta más cultura. No se puede pedir a una orquesta callejera, que un día al año, el Viernes Santo, represente dignamente la Pasión según San Mateo.

## V

Alemania será durante siglos uno de los países más pobres. ¿Hasta cuándo? Eso no depende de nosotros solos, sino de los que nos odian, de su voluntad y de su poder de destrucción.

Sin embargo, riqueza y pobreza son conceptos relativos. Aún somos más ricos en el promedio que nuestros abuelos, más ricos que griegos y romanos. La medida del bienestar la determina la nación más próspera, pues ella decide sobre el rendimiento de la técnica, sobre los medios de producción, sobre la cuantía mínima del trabajo y la pericia. Ya hemos visto que no podemos apartarnos de la concurrencia mundial, pues necesitamos de ella cosas. Por tanto necesitamos ir al mismo paso que los demás.

Aunque cerremos los ojos, y prescindamos de nuestras deudas al extranjero y del tributo de guerra, hemos de confesar que el bienestar medio de Norteamérica es ya hoy cuádruple del nuestro. Siendo la carestía análoga a la nuestra, los salarios de los obreros de oficio ascienden de siete a diez dólares diarios, y muchos obreros van al trabajo en automóvil propio.

Si se pregunta a los radicales cómo se las van a arreglar para competir con un país que a la vuelta de una generación será veinte o treinta veces más rico que nosotros, tartamudearán algunas frases en que podrán percibirse las palabras, sistema de Consejos obreros, plusvalía y revolución mundial. Por lo demás es difícil que llegue a ellos la pregunta, pues en las Asambleas populares no se formula.

Entre sí hablarán con escasa convicción de la plusvalía, que nada tiene que ver con el asunto y respecto de la cual se les ha demostrado repetidas veces que llegaría a una libra de manteca por cabeza de población.

Pero la superioridad de los poderes económicos de Occidente seguirá creciendo, pues según todos los síntomas

tomarán en serio la organización de la nueva economía con el nombre de socialismo de Estado, que nosotros hemos enterrado. El camino de las economías sanas, o lo que hoy es lo mismo, de las victoriosas, no admite saltos de ningún estadio. Recorrerá la ruta aparentemente larga, pero continua, del capitalismo al socialismo perfecto. Nosotros acortaremos en apariencia el proceso, saltando la estación intermedia y perdiendo en avances y retrocesos, idas y venidas tanto tiempo y fuerza que de nada nos servirá esta delantera.

Si algo hubo más importunado e insensato que la guerra fué el momento en que se produjo. Lo que el gran capitalismo mundial estaba destinado a lograr, era capaz de lograr y ha logrado realmente, lo que no sólo lo justifica, sino que le convierte en una etapa necesaria en la historia del crecimiento de la población humana, fué el enriquecimiento de los pueblos, la consecución rápida y hasta prematura del equilibrio entre la población creciente y la masa de medios de producción, esto es, del bienestar del pueblo. El desarrollo desembarazado de Norteamérica, el poco embarazado de Inglaterra, mostrará que en una generación y a lo sumo en dos de trabajo la capacidad de rendimiento mecánico habría llegado a tal punto que soportase todo el ahorro deseable de trabajo humano, toda la deseable medida de trabajo social.

¡Todo en vano! A los pueblos de la Europa central habituados a una vida sobria se les subió a la cabeza el capitalismo, sucumbieron al veneno del industrialismo y de la mecanización, no supieron acomodarse al nuevo estado como los ingenuos americanos; codiciosos de almacenar

en sus graneros privados todo el maná celestial posible abandonaron su destino a una clase social anticuada y retrasada y a una alta burguesía ávida y ambiciosa. Las catástrofes políticas no les sirvieron de lección y en la catástrofe guerrera, juntamente con sus ilusiones, perdieron su poderío económico y el fundamento económico de su existencia.

Inconscientemente los políticos de la desesperación evocan la destrucción que les encumbró; declaradamente hacen de la deseada revolución de Occidente el punto central de su sistema. Si el Occidente se mantiene han actuado de falsos profetas; pero el Occidente no sólo se sostendrá, sino que pasará por de pronto por una exaltación de las pasiones imperialistas y capitalistas. El que no supiese ya que la ruina de otros es la política más frívola e inconsistente, pudo haberlo aprendido en la guerra.

Tenemos que elaborar por nosotros mismos nuestro destino sin volver la vista a la dicha o la infelicidad ajenas. Si se nos diera tiempo para el paso del infantilismo retrasado y corrompido a la responsabilidad viril, no sería dudosa nuestra curación. Pero tenemos que recuperar en meses decenios de desarrollo y nuestra inseguridad adquirida, la falta de sentido para la medida de derechos, pretensiones y responsabilidades, nos hace vacilantes, sin que sepamos a dónde debemos y podemos llegar. Nos vemos condenados a elaborar un orden de vida modelo en el momento más desdichado, sin preparación, debilitados, empobrecidos y enfermos. Antes de que las clases ilustradas estén capacitadas para juzgar, se desencadenan los más incapaces de juicio de la menos madura juventud del quinto

y sexto estado y se los llama para que oficien de árbitros.

No hemos sido ricos y nos hemos hecho muy pobres, y al propio tiempo no teníamos ni tenemos madurez política. Un estado social de socialismo radical será para nosotros, y por largo tiempo, un estado proletario para todos. No sirven frases brillantes ni disfraces, hay que hablar con entera claridad. En una producción bien dirigida y en que se trabaje con empeño, corresponde al individuo un valor de uso de a lo sumo quinientos marcos de antes de la guerra, unos dos mil por familia. Este ingreso medio se eleva si se produce según los procedimientos de la Nueva Economía, disminuye en proporción de las considerables cantidades que hay que pagar de más por trabajo de gran valor. Si hoy el consumo medio es bastante mayor, proviene de que estamos gastando la sustancia; consumimos aquel trabajo que debiera aplicarse para la conservación y renovación de los medios de producción, esto es, esquilamos nuestras reservas y consumimos además lo que el extranjero nos suministra a crédito.

Se comete falsedad y engaño cuando tácitamente se supone que la socialización radical irá a parar a algo así como un Estado idílico de ciudades jardín, salas de fiestas, teatro de la naturaleza, diversiones al aire libre, trajes pintorescos y arte regional. Este ideal, muy soportable en sí de los arquitectos, decoradores y políticos culturales medios, expresado en números y «tasándolo barato» como suele decirse, exigiría el quíntuplo de la calidad de producción que teníamos antes de la guerra con jornada de diez horas y trabajo empeñado de la derrota, y de la explotación enemiga.

Construir casas decorosas para la tercera parte de nuestros obreros, suponiendo que se contase con medios de producción suficientes para ello, exigiría que trabajasen durante dos años todos los obreros del país. Aun después de haber transformado en casa de vecindad la última villa de fabricante, el último hotel de gran ciudad, transcurrirían decenios hasta resolver lo más apremiante de la cuestión de la vivienda. En nombre del último resto de nuestra propia estimación ha llegado finalmente el instante de rasgar la red de mentiras que se ha formado por obra del desconocimiento, de la indolencia mental, de la ocultación, del engaño, y que ocupa el lugar de la red de la mentira política. Atrévase alguien a probar que podemos llevar una existencia, si no próspera, al menos de burgueses modestos, mientras no se hayan duplicado por un golpe de varita mágica nuestros medios de producción, y mientras la producción realizada con el máximo esfuerzo en el año, no cuadruplique el valor medio de dos mil marcos.

Claro es que pueden prometerse seis semanas gozosas a la juventud radical de una gran ciudad si se pone en sus manos el poder, los comercios, los armarios de ropa y las bodegas. Para los directores la prosperidad puede durar algo más que para los dirigidos. Pero luego a los más honrados de los directores del movimiento se les plantea el caso de conciencia que no puede resolverse con papeletas electorales, consultando la voluntad del pueblo.

Si el bolchevismo ruso fuera lo contrario de lo que es, es decir, un éxito—cosa no del todo imposible en un Estado agrícola—podría comprenderse la confianza de los

que, frente a este cálculo, lo esperan todo de la voluntad del pueblo, del sistema de Consejos y de la abnegación de todos en el futuro. Esto sólo se comprende entre los comunistas de salón y espartaquistas de última hora que no quieren la cosa, sino el poder, y acaso solo la actualidad.

Ya sé que con estas consideraciones apoyo el punto de vista de los pobres grandes hombres del día del socialismo mayoritario, pero no puedo evitarlo. Lo verdadero no se hace falso por favorecer a alguien, ni verdadero lo falso porque perjudique a alguno. El socialismo gobernante hace por ignorancia y perplejidad, lo que debe hacerse: esperar y refrenar. Vale más obrar con acierto por error, que desacertar por sabiduría. Por error: pues al omitir lo que debe omitir, omite también lo que debe hacer y entre otras cosas la Nueva Economía. Vive como antes del pecado original; no sabe lo que es bueno o malo, conveniente o nocivo, posible o imposible. Pero es igual; mientras siga tomándose tiempo, le dejaremos tiempo también.

Este tiempo hay que aprovecharlo. Cuando hayamos terminado nuestras consideraciones sabremos qué inmenso trabajo hay entre nosotros y la realización social. El más largo de los caminos que a ella conducen es el más corto. Aunque escojamos el camino amplio que va dando vueltas a la montaña, habremos de pararnos muchas veces y retroceder a menudo; en cambio si precipitados e impacientes pretendemos trepar por el sendero empinado que lleva recto a la cima, rodaremos cayendo mucho más bajo que al partir. No olvidemos nunca de qué singular manera se combinan en nosotros por falta de madurez so-

cial y política nuestra espiritualidad y moralidad, un tiempo tan altas y aun hoy considerables. No hemos conquistado nuestras libertades, se nos han dado buenamente; por la catástrofe, la huelga y la fuga nos hemos visto libres de los que nos dominaban. Estas libertades sociales y políticas no están enraizadas en nosotros; lo que las hace sabrosas no es su aspecto ideal, sino el material. El que antes gritaba patrióticamente: ¡hurra! hoy grita: ¡todo el poder para los Consejos! y vendrán días en que se volverá a gritar ¡hurra! Entonces se diversificarán maneras de ver, que hoy, como antes, yacen sepultados bajo intereses y especulaciones.

Ya se siga el camino de las catástrofes, ya el de la evolución, de todos modos el viaje es largo y todo apresuramiento lo alarga, haciendo retroceder en años o decenios el curso de las cosas. Ante todo es preciso que sepamos a dónde vamos. Para acomodarnos a una forma futura de sociedad, tenemos que saber qué aspecto puede tener, debe tener y tendrá. Veremos que nuestra ruta no nos lleva al Paraíso, sino a un país del trabajo, que durante largo tiempo será un país de pobreza, de civilización escasa y en el que la cultura estará muy en peligro. Callarán las frases hechas de la utopía barata de escuela que nos describe con párrafos repetidos mecánicamente el consabido jardincito paradisíaco, y asegura que apenas introducida la jornada de seis horas y suprimida la propiedad privada, el cine será sustituido por conciertos clásicos, las tabernas por bibliotecas populares, las casas de juego por conferencias edificantes, los atropellos callejeros por ejercicios gimnásticos, las novelas de ladrones.

y policías por Gottfried Keller, los artículos de bazar por productos del más puro trabajo manual, y que brotará una era de humildad y amor a los hombres del ambiente de match de boxeo, carreras de caballos y ejercicios de granadas de mano.

En el país de nuestra profecía las clases que hoy representan la cultura alemana lo perderán casi todo; lo que gane el proletario será apenas visible. Pues por esto apenas visible tenemos que recorrer el áspero camino y lo andaremos de buena voluntad y gozosos; ya que del bien apenas apreciable al comienzo de la igualdad total, sale el poder de la justicia, de la dignidad humana, sale la solidaridad y la unidad de los hombres.

Sin duda esto es obra de siglos y, sin embargo, o mejor, por ello vale la pena de andar el difícil camino. Nosotros queremos conocerlo y queremos saber qué es un camino de sacrificios. No queremos que nos conviden a una fiesta unos insensatos que romperán luego a llorar al ver que se han engañado a sí mismos. No queremos disminuir el orgullo del dolor por fiar en engañosas recompensas.

## VI

Para proyectar al fin luz sobre la oscuridad del país de ensueño social, del que nadie habla seriamente, porque nadie cree en él honradamente, vamos a trazar un corte sobre la Alemania totalmente socializada del porvenir, suponiendo que este estado económico y social ha resistido ya algo así como una generación, habiendo alcanzado ya por tanto alguna solidez. Si las cosas siguen su curso

normal, este estado podría producirse hacia fines del siglo.

Vamos a hacer además dos supuestos optimistas: en primer lugar, que el progreso técnico ha equilibrado en proporción soportable la inferioridad y distancia a que nos encontramos del extranjero; en segundo lugar, que por una reforma radical y oportuna de la educación e instrucción, cuyo coste mínimo ha de calcularse en unos tres mil millones, ha impedido el desquiciamiento pleno de la cultura. Esta reforma ha de hacerse pronto, pues sobrevenido el daño es poco probable su aprobación. A estos dos supuestos se añade un tercero, menos optimista, pero en cambio más verosímil: el de que los pueblos occidentales han caminado de un modo más continuo, pero también más lento hacia la socialización y que al hacerse la comparación ellos y especialmente Norteamérica, no se encuentran aún en el estadio de la socialización total, sino en el de socialismo de Estado. Esto les facilita el trabajo a los adversarios profesionales sin interés crítico; pueden derribar de un golpe con la trompeta de la revolución mundial todas mis deducciones.

Hemos caracterizado la socialización total con el criterio: se ha suprimido la renta obtenida sin trabajo, y ya no hay ricos. Tenemos que comenzar por restringir esta característica, pues el criterio no regirá por completo.

Según la teoría y la ley, todo el mundo está empleado; por su trabajo o sin trabajar percibe algo, y lo que percibe puede a su arbitrio utilizarlo, gastarlo, guardarlo, regalarlo, destrozarlo o jugarlo. Colocar, darlo a interés, transformarlo en capital no puede hacerlo, porque ya no hay empresa ni medios de producción privados.

Pero el sistema tiene tantos claros que no sólo se tolerarán pequeñas desviaciones, sino que la complicación de una organización semejante hará que sólo se pueda llegar a una aproximación muy grosera.

Es cierto que todo el mundo está empleado y percibe un salario por un trabajo mínimo, pero a nadie se le puede impedir que en sus horas libres se dedique a otro trabajo por su cuenta y procure sacar fruto de él. Puede prestar utilidad por trabajos artísticos, científicos, de artes decorativos, técnicos, por servicios, auxilios, consejos, conversaciones y guía de forasteros, viajes al extranjero, y ninguna legislación le impedirá cambiar esta utilidad en ingresos, aunque éstos sean en especie. Florecerán juegos y apuestas enriqueciendo a muchos. El que haya perdido lo suyo y agotado los auxilios de los institutos públicos de préstamo, alimentará a prestamistas de pan, carne, vestidos; lo mismo ocurrirá a quien por afición compre cosas que excedan al importe de su salario. Por todas partes surgirán almacenes privados de objetos de consumo que sustituirán a los antiguos patrimonios.

La tentación hará que contrabando y acaparación alcancen un desarrollo que exceda a todos los abusos de la época de la guerra y de la revolución. Extranjeros y agentes extranjeros que facilitan el comercio de exportación «de gobierno a gobierno» contribuirán a complicar las cosas. Comenzará a procederse contra algunos ciudadanos, porque su tren de vida se burla de su salario legal. Pero ellos declararán: esto me lo han regalado unos amigos, esto otro lo he cambiado, lo de más allá me lo ha enviado un pariente de Norteamérica. Y sobrevienen leyes represivas,

intervenciones, terror; pero el procedimiento dará resultado cuando el país esté en una miseria completa, y fracasará tan pronto como ceda el hambre. Se originarán y aumentarán por ilegalidades y sobornos grandes capitales colocados a interés en el extranjero y en el país. El *Schieber* (negociante turbio) no muere, se hace más tenaz cuanto más se le persigue, es el hombre más rico en el país del porvenir y constituye un peligro político permanente si se une con sus iguales.

Mientras no surja una moral totalmente nueva que aparte a los hombres de la propiedad y los acerque a la ley, que dome las pasiones y apure las conciencias, hay que limitar el principio: no hay ricos ni rentas sin trabajo, diciendo: no debía de haber.

Pero asimismo, mientras no cambie fundamentalmente la mentalidad, los salarios legales mostrarán una diversidad rayana en lo grotesco y se acomodarán con una brutalidad que hoy desconocemos al valor de escasez de la aptitud, la imprescindible, la moda. Una necesidad de ministros, el sustento de un profesor, de un soldado, seguirán sujetos como ahora a las oscilaciones de la oferta y la demanda. Piénsese en lo que podrán producir diez años de entrenamiento en luchas de salario y huelgas a las celebridades, a los favoritos, a los indispensables, cuando el público toma partido por ellos. Jockey populares y cirujanos prestigiosos, tenores, mujeres alegres, autores dramáticos, atletas, podrán ya hoy conseguir lo que quisiesen si se uniesen para aprovechar las coyunturas favorables. Aunque sea en forma de productos naturales la actriz de cinematógrafo, o su sucesora, podrán

prescribir al gobierno qué objetos de uso y de arte les son necesarios para ejercer su profesión, qué tren de vida necesitan para mantenerse en situación de ejercer su arte.

También formularán e impondrán sus reclamaciones fundadas en lo excepcional de sus aptitudes, organizadores, conductores de masas, escritores y artistas plásticos. Vienen luego a distancia los profesionales o los obreros que no son fácilmente reemplazables.

En los primeros meses los rusos creyeron que bastaba fijar tres categorías de salarios en una proporción como de uno a tres. Pero mientras no se transforme la mentalidad actual, una sociedad futura habrá de disponer de una escala en que entren diferencias de uno a mil.

Por consiguiente, el principio de que no habrá ricos necesita otra limitación: habrá personas que tendrán ingresos en especie extraordinariamente crecidos a los que habrá que añadir servicios personales que exigirán los privilegiados.

Por consiguiente, la escala de vida en su aspecto aritmético, exterior, se parece más de lo que se cree a la actual; en cambio, serán mayor las diferencias del modo de ser interior. Esa orientación puede apreciarse hoy día ya.

Derroche y lujo seguirá habiéndolos, y como hoy, y aún más, los que lo ostentarán serán los *schieber*, los afortunados y aventureros. La fortuna inmoderada será más antipática que hoy: el que sea menos estimada depende del estado de las costumbres que hemos de considerar aún. Es probable que, a pesar de toda la legislación, la fortuna se transforme mucho más rápidamente que hoy en gasto y goce.

Pero los restos del actual bienestar de la clase media habrán desaparecido; las familias que llevan el espíritu alemán desde hace generaciones, serán menos aptas que otras para procurarse ventajas con habilidades y transgresiones legales; una vez que sus módicas reservas hayan sido consumidas, caerán en la escasez general de los que trabajen normalmente.

El lujo que se ostentará en las calles y en las casas será algo tentador; los suspicaces comprenderán que hay manejos abusivos, se espilará y se denunciará para comprobar con desilusión, que no se puede demostrar nada; a los afortunados medio se les desprezará, medio se les envidiará; la mitad de las discusiones públicas versarán acerca del modo de evitar que se burlen las leyes, lo mismo que ahora la cuestión del capitalismo. Pero la visión odiada de la vida fastuosa no será ahorrada a la totalidad de la población que sufrirá escasez: el capitalismo habrá encontrado otro nombre y otros representantes.

La gran escasez padecida por el promedio relativamente culto y consciente no será considerada como consecuencia de un orden inmutable del mundo ni como resultado de la mala suerte personal, sino que se achacará a la mala gestión de los gobiernos y el malestar será acrecido en favor de una nueva revolución por el poder destructor ascendente del quinto, sexto y séptimo Estado.

Pues la mayor uniformidad de la vida media y su escasez no suprimirá por sí sola la escisión del pueblo. Ya he mostrado con suficiente detalle que en este punto no basta el poder de las instituciones mecánicas.

En primer lugar hay tres y acaso cuatro clases que;



a pesar de su pobreza, se distinguen y que por su unión y su valor espiritual no dejan de tener poder. El procedimiento bolchevique de matarlos no puede aplicarse por razón de su número; las persecuciones sirven para unirlos más estrechamente, y por su experiencia, moralidad y pericia, no puede prescindirse de ellos.

La primera capa es la de la nobleza feudal. Los nombres históricos no pueden borrarse del pasado del país; aun siendo pobres sus portadores no pierden su prestigio, tanto más si, lo que sin duda ocurrirá, saben conservar la disciplina corporal y la tradición de las formas sociales y sentimientos. Su unión la fortalece, sus relaciones con la nobleza extranjera les dan importancia diplomática, ambas cosas las tienen de común con el catolicismo y el judaísmo. La inclinación y la actitud para la milicia y la administración les seguirán siendo fieles; la opinión reaccionaria tendrá éxitos y fracasos alternativos, y en ambos casos fortalecerá la cohesión interior de la clase. El retroceso inevitable a las ideas románticas hará que las demás clases directoras, y especialmente la nueva nobleza de funcionarios, deseen unirse con los nombres antiguos.

Esta clase de funcionarios es la segunda de las que tienden a ascender. Sus primeros hombres de Estado de la primera época, sea grande o pequeña su labor, dejarán un recuerdo imborrable. Las sucesores gozarán de la estimación que da llevar un nombre conocido, en sus familias se hereda la práctica política, el conocimiento de gentes y las relaciones, los padres cuidan en vida de hijos e hijas y procuran dejarlos colocados. De esta clase y de la primera serán elegidos de preferencia los representantes del

Estado en el extranjero, con lo cual se habitúa a la vida y a la sociedad internacional, dispone de gastos de representación y encuentra manera de elevar aún en el país su nivel de vida. Los acomodados irregulares harán grandes esfuerzos para conseguir entrar en relaciones con estos círculos, en cuyas manos están muchos de los resortes de la máquina del Estado.

El tercer círculo está formado por los descendientes de la antigua clase directora en el orden espiritual y económico. Entre estos elementos reina un estado de ánimo comparable al de los emigrados, refugiados, hugonotes. Cuanto más haya caído el poder exterior, tanto más tenaz el recuerdo. Todas las familias se conocen entre sí y procuran mantener el brillo de su nombre, que llega a adquirir una magnificencia legendaria, tanto más si la sociedad nueva menosprecia ostentatoriamente el valor de las producciones de la antigua cultura. Estas familias se imponen las mayores privaciones para transmitir de generación en generación un recuerdo hereditario, un instrumento de música, una biblioteca, un manuscrito, un par de cuadros. Cultivan la sobriedad y el puritanismo para mantener en lo posible a la altura del pasado educación, ilustración y espiritualidad; en estos círculos se refugia la destreza, el cultivo de las buenas maneras por sí mismas, la religiosidad, la música clásica, la afición al arte. Este círculo no es comprendido por ningún otro y se aísla, destacando en la profesión los hábitos, el vestido, las formas. El es el que suministra a la nueva sociedad los hombres de ciencia, los sacerdotes, los profesores de altos estudios, los representantes de las profesiones más desinteresadas y

espirituales; semejante a los claustros medioevales forma una isla del pasado. Su influencia sube y baja según las corrientes del tiempo, la estimación les está garantizada por sus privaciones voluntarias, su saber y su pureza.

Otra cuarta clase intangible y muy influyente la formarán muy verosímilmente los agricultores medianos y los labradores independientes. Aunque se decreta la socialización radical del suelo—probablemente no— quedará en el papel. Pues aunque se produjese una clase de arrendatarios del Estado, administradores de dominios y directores de cooperativas, sería en realidad muy semejante a la de los labradores independientes por la experiencia transmitida y la permanencia, cerrada en sí y limitada, consciente y autónoma por la importancia de su misión y por ser difícilmente reemplazables. En esta clase se mantienen tradiciones conservadoras en fuerte oposición defensiva, de la que no puede prescindirse políticamente y que forma un contrapeso frente a la democracia de la ciudad.

Oposiciones y escisiones por todas partes. Aparte de que las gentes no se harán de pronto más razonables y la política se verá agitada y conmovida por las luchas de partido, mientras la sociedad lo estará por los conflictos de clase. Como se ve, un panorama completamente distinto del que ofrece el paraíso utópico de comunidad de pastos de lobos y corderos.

La indignación frente al bienestar ilegal de los *schieber* les es común a todos, pero todos están en peligro de contagio. La fronda de la nobleza feudal acecha ocasión. La casta de los funcionarios se esfuerza en monopolizar la máquina del Estado. Los refugiados del espíritu son mal

mirados, sospechosos de altanería, y se jactan de ser imprescindibles. Se teme al campo cuando se alza contra la ciudad. La masa ciudadana dominante, más o menos ilustrada, espera, impaciente y descontenta el bienestar general, que no acaba de venir, echa la culpa alternativamente a los *schieber* o a las cuatro clases poderosas, y sus diversos grupos se deshacen en luchas intestinas para conseguir mejorar sus condiciones de vida.

Pero las condiciones de vida lejos de mejorar empeoran. Desde el primer día de la revolución la capacidad de la producción nacional ha decrecido. El rendimiento absoluto del trabajo, la eficacia relativa de este rendimiento, su cualidad han empeorado. Disminuído el consumo ha sufrido la calidad de la producción, el trabajo de investigación, su perfección. La maquinaria no se ha repuesto del trabajo excesivo. Las industrias auxiliares y las materias primas han empeorado. Los obreros cualificados han venido a menos a causa de la falta de entrenamiento, de la indisciplina de la juventud, de la pérdida de la actividad manual. Ha desaparecido una generación de directores técnicos, científicos y económicos. Las Universidades, centros de investigación y establecimientos de enseñanza, han participado de esta decadencia. Se ha perdido la dirección técnica. El empeoramiento de la calidad ha disminuído y desvalorizado la venta. Sólo puede elaborarse lo que se puede producir sin fatiga, sin habilidad manual transmitida, sin cálculo difícil ni investigación. Se depende del extranjero para todas las renovaciones y obras de empeño. No hay ambiente técnico; el trabajo agrícola es trabajo asalariado barato.

Durante las semanas de la revolución aparecían oradores callejeros diciendo: quinientos profesores rusos han firmado un manifiesto en que se afirma que el nivel cultural no ha sido nunca tan elevado como bajo el bolchevismo Berlín los creyó. Para transformar a Rusia en un pueblo culto se requieren por de pronto un millón de escuelas, con un gasto anual de varios millones de rublos, un número correspondiente de establecimientos de enseñanza superior y Universidades; aunque durante los próximos veinte años se hiciesen maestros todos los rusos ilustrados, no bastaría. No hablemos de la red [de ferrocarriles, de la producción de materias primas, de la agricultura. El edificio de una cultura y una civilización puede echarse abajo de un golpe, pero solo a fuerza de años y de decenios se levanta. Y el cuidado del edificio exige trabajo incesante y tradición ininterrumpida; la herida que se ha producido en nuestro cuerpo sólo cicatrizará a fuerza de trabajo, espíritu y fuerza de voluntad: pero no hay esperanza de que así suceda.

No hemos terminado con la cuestión de la escisión de las clases. A la lucha diaria se agrega la amenaza revolucionaria; revolución contra revolución. No queremos hablar de la revuelta reaccionaria, sino tan solo de la activista.

En mi trabajo anterior (1) he desarrollado la teoría de la revolución continua. Detrás de cada movimiento revolucionario vencedor acecha uno nuevo que representa una negación más que el anterior. Detrás de las revueltas no-

(1) Crítica de la triple revolución.

bilarias estaban las burguesas, detrás de las burguesas las sociales. Detrás del cuarto estado hoy dominante se alza el quinto, detrás de este se percibe el sexto. Si en su día el noveno defiende un anarquismo puro, el oncenno pedirá un dictador y el duodécimo proclamará un rey absoluto.

Hoy domina el socialismo mayoritario, lo que socialmente hablando quiere decir la mitad derecha del cuarto estado, los antiguos obreros sindicados, cualificados, sorprendidos por la revolución, no considerándola como plenamente legítima, decididos a defender lo existente mientras se les conserve cierta autonomía y libertad de movimientos material.

La mitad izquierda consta de los más jóvenes, disgustados del servicio militar, no muy enterados, pero con criterio personal, que no trabajan siempre, pero que se perecen por hacer política. A ello hay que agregar las teorías de la escuela. El calificativo que los designa es característico: independientes. Su programa: el poder a los Consejos obreros; un gobierno provisional a la rusa.

El quinto estado comienza a emerger: Los que no quieren trabajar. Los otros lo llaman el proletariado andrajoso. Desengañados «declasés», que pescan en la revuelta. Su programa es aún indefinido e indiferente; su expresión favorita: perro sanguinario, cuando hablan de los poderosos o de las tropas del gobierno. Viene ahora el sexto estado, en parte solidario aún con la mitad izquierda del cuarto, y ligado embrionariamente con el quinto.

Estos son vagos fundamentales, enfermos internos y externos, excluidos de la sociedad por dolores, penas, vi-

## W A L T H E R R A T H E N A U

cios, pasiones, que niegan leyes y costumbres; son los hijos desdichados de la ciudad, dignos de lástima y reproche vivo a la sociedad mecanizada. En política están aún indiferenciados; sólo la negación les une a los estados que les preceden. Cuando salgan a la luz de la política pedirán una especie de *Comunne* sindicalista.

Hoy no podemos adentrarnos aún más en la cadena continua de las negaciones revolucionarias, en la que se contiene la serie infinita de todas las exigencias principales imaginables, y sería equivocado ver en esta serie una serie de escalones descendentes de conceptos morales, a pesar de que las primeras etapas lleguen a la plena negación ética. Más adelante volverán reacciones de orden político, ético y religioso y cada vez se unirán a la clase protestaria tránsfugas y convertidos, y sobre todo desengañados y ambiciosos de las anteriores.

El número de las revoluciones crece hasta el infinito y cada una de ellas, aunque de dientes afuera blasone de que le repugna el derramamiento de sangre, no tendrá más que una esperanza y una posibilidad: defenderse por la fuerza de las armas de su sucesora. La grotesca insinceridad del juego está en que cada una de las pretendientes le echa en cara a su antecesora que domina por la fuerza, mientras ella prepara de antemano sus milicias.

De manera que es también totalmente vana la esperanza de que en una sociedad progresiva haya permanencia de que una fraternidad mecánicamente introducida excluya revoluciones posteriores y eternice el reinado de una justicia de antemano preconcebida.

En el campamento de los aliados reinará el odio más en-

## L A N U E V A S O C I E D A D

conado entre los obreros manuales y los intelectuales, entre los directores y los dirigidos, odio tanto más irconciliable cuanto que el ascenso estará libre para todos, y nadie podrá ya disculparse ante sí mismo considerándose como la víctima de una organización política y económica superior. Hoy este odio está velado aún por el odio general de clase, por el odio contra los monopolizadores de la cultura, de la posición social y del capital. Pero ya hoy se advierte el odio fraterno general de los subordinados, y cuando hayan caído aquellos tres monopolios este odio estallará en su originaria forma caínica. Y no hay medio mecánico alguno que pueda aplacarlo. La desigualdad de los hombres no puede borrarse, siempre serán diversos la obra y el trabajo humanos y siempre protestará de ello el ansia humana de felicidad.

Hemos considerado los fundamentos materiales de la sociedad socializada y los elementos que la forman, vamos a ver ahora su género de vida.

La sociedad es pobre, el individuo es pobre. El nivel medio de vida corresponderá a lo sumo a lo que en tiempo de paz podía lograrse con una renta de tres mil marcos. Pero las necesidades no adquieren una simplificación medioeval— a ello se opone la densidad de la población y la complicación de los edificios—, serán variadísimas y diferenciadas, y agudizadas además por la comparación del extranjero y el ejemplo de los especuladores manirroto y por la libertad de vida. La utopía tradicional de la ciudad, jardín idílico de arquitectos y decoradores, tiene en la realidad un valor semejante a las Arcadias pastoriles de María Antonieta.

Las cosas de uso y consumo están normalizadas y se elaboran conforme a tipos. Pero no se crea que son reproducción de dibujos y modelos refinados. El gusto del artista lucha con el gusto de la muchedumbre, y como no existe ninguna instancia que decida, aquél tiene que celebrar compromisos. Pero estos compromisos consisten en una imitación barata de modelos de las industrias artísticas extranjeras, pues no hay legislación que pueda impedir que estas creaciones, al natural o en copias, penetren en el país y sean admiradas. Estas imitaciones a medias o totales serán confeccionadas como sucedáneas con el menor coste posible y lo bien o mal que permita el resto de habilidad manual que se conserve o las máquinas de que se disponga. El principio fundamental es la baratura y la elaboración fácil, pues aunque los medios son limitados nadie quiere pasarse por entero sin las cosas, pero como la moda no cesa, lo que se busca no es la duración, sino el cambio frecuente.

¿Hasta qué punto el cambio de educación simplificará los deseos de hombres y mujeres, y purificará su gusto? Probablemente solo un poco, pues los buenos modelos serán escasos, la pobreza no es muy exigente y decide el gusto del pueblo. Pero de esta cuestión dependerá si los objetos ordinarios de adorno, si los productos de bazar llenarán los deseos de las gentes.

Los objetos del arte y la industria antiguos han emigrado por escasez de numerario, o han sido destruidos por descuido. Podrá quedar acá y allá una taza antigua, un grabado, pero serán siempre cosas aisladas. El que deseé una cosa o servicio que sea diverso de aquello que se

ofrece en la forma uniforme de vida, que está fuera de la lista oficial de necesidades, necesitará pasar grandes privaciones para llegar a conseguirlo. Ser propietario de libros, instrumentos de música, obras de arte, hacer viajes que no sean los prescritos, serán cosas raras, tener un árbol o un caballo propios, cosas legendarias.

De los objetos supérfluos desaparecerán antes los más disculpables; se irá lo necesario para la cultura, la belleza, la fuerza, quedarán los excitantes, la pornografía, los productos falsificados, la charlatanería. No reinará la simplicidad campestre de la república de los boers, sino el vicio ruidoso de los arrabales de las grandes ciudades. No a todos les es fácil, y a muchos les será desagradable figurarse el aspecto de un país totalmente proletarizado, y la dificultad proviene de que como si fuera cosa convenida se ilusiona a la opinión popular haciéndola creer que tendrá un derecho al consumo diez veces superior al real. Les es cómodo a los jefes proletarios que han alcanzado el poder hacer creer a otros y a sí mismos, que desean una vida burguesa con todos los refinamientos de las pasadas civilizaciones y caminan hacia ella; de la misma manera que utilizan muy sencillamente a los proveedores de la plutocracia suponen que con la misma sencillez podrán pagar con los ingresos de la futura sociedad los anticipos que toman a la civilización anterior.

En la construcción se conoce lo que un pueblo ahorra anualmente. En la sociedad futura se edificará poco. Aparte de algunas ciudades jardines que se levantarán por consideración al principio, y que acaso no se lleven nunca a término, por muchos años la labor constructora se

limitará a utilizar y distribuir los edificios antiguos; palacios grandiosos invertidos hasta el tejado en casas de vecindad se alzarán en medio de huertos de legumbres y se completarán con los grandes almacenes del interior de las calles centrales. En las calles de las afueras se derribarán los árboles de las avenidas y en las centrales crecerá la hierba en las juntas del pavimento.

Por mucho tiempo se creyó que la afición de los paisajistas del siglo xviii a las ruinas con cabañas, era una cosa romántica; pero en realidad lo que se pintaba era lo que a raíz de la guerra de los Treinta años se veía por todas partes. Mas no se crea por eso que me fijo principalmente en las consecuencias de la guerra; ¡claro es que éstas contribuirán a ensombrecer el cuadro, pero las sombras, que me fuerzo en pintar lo más ténues posible, son esencialmente el resultado de una producción muy disminuída, junto con la uniformidad de la general proletarización.

Sin embargo, la vida material ofrecerá un aspecto luminoso, consistente en aquella obra colectiva que hasta una comunidad menesterosa puede realizar. Cuanto más se sienta la opresión de la estrechez del hogar y las gentes se sientan más alejadas de él, tanto más amplitud tomará la vida pública. Las necesidades que no pueden satisfacerse en privado, se procurará satisfacerlas en públicos. Las gentes se reúnen en calles y establecimientos públicos, el tránsito aumenta, y más teniendo en cuenta que todos los actos de la vida, incluso los más ínfimos, se convierten en objeto de discusión, deliberación, votación, expiación. Se tendrá con todos los establecimientos públicos de suministros, consejo, recreo grandes exigencias, que serán

satisfechas, en punto a comodidad, cabida, elaboración. En estos establecimientos y sólo en ellos encontrará el arte empleo y hogar. Edificios públicos, jardines, lugares de recreo, medios de transporte, exposiciones, serán prodigados. Todas las necesidades del espíritu y los sentidos se refugiarán en la publicidad. No faltarán representaciones populares, excursiones, viajes, visitas a museos, clubs, bibliotecas, ejercicios deportivos. Más adelante consideraremos el aspecto cultural y ético de esta tendencia. El aspecto social es un recuerdo de la comunidad y solidaridad medioeval, prescindiendo de que deja vacío el hogar y echa a fuera la juventud.

Si hemos de considerar la vida cultural y espiritual de la sociedad socializada, tenemos que partir de que todos los individuos están plenamente equiparados en juicio y decisión. La autoridad solo existe, aun en el campo espiritual, en cuanto el pueblo directamente o por sus representantes la nombra, reconoce, confirma. El género de vida y la educación son muy semejantes, no hay secretos ni autoridades misteriosas en ninguna profesión; nadie se deja imponer por nadie. Todos votan o hacen que voten delegados y delegados de delegadas, lo mismo si se trata de un cargo, de un nombramiento, de una ley, de un drama. Análogamente a lo que hoy ocurre en Norteamérica, cada cual quiere saber cómo, dónde, por qué y pide razones plausibles. La respuesta: tú no entiendes de eso, se ha hecho imposible.

Todos apelan a su conciencia, sus conocimientos o su gusto y no hacen caso de superioridad alguna innata o adquirida. Se esfuman los límites de la argumentación.

teórica y práctica, pues de una parte todos tienen su experiencia práctica y de otra no toleran que nadie venga a darles lecciones. Así que serán imposibles juicios tales como: debía leerse este libro, a pesar de ser difícil; debía representarse este drama, aunque no es sensacional; no me gusta este monumento, pero hay que dejarlo porque es obra de un gran artista; esta enseñanza es necesaria, aunque no tiene aplicación práctica; elijo a este hombre por su carácter y su saber, aunque no ha hecho promesas electorales. En cambio serán plausibles argumentos como estos: hay que vender esta colección porque necesitamos dinero; no queremos cátedras de filosofía, pero sí de técnica cinematográfica; esta plaza monumental es magnífica para un carrousel; los dramas ponen de mal humor y no hay que representarlos. Piénsese en algunas legislaciones ultramarinas, que no obstante se han producido aun bajo la presión de tradiciones culturales de clase y no se encontrarán exagerados tales ejemplos.

Al desaparecer todo control autoritario y la preocupación de lograr la aprobación o la censura, cuando lo que más se estima es la comodidad y el ahorro, se coloca por encima de todo, el pensamiento y la decisión se hacen mezquinos y cotidianos. De la educación han desaparecido todos los valores religiosos y desinteresados, se ha apoderado la duda y la crítica de todos los axiomas aparentes, sólo es indiscutible la necesidad del día. ¿Para qué la línea larga, el arco amplio del pensamiento? Domina lo numérico, lo que no es práctico se desprecia, las opiniones se fundan en la discusión, en la lectura de la prensa diaria. Se quiere lo susceptible, de prueba, lo que da el éxito lo que da

rendimiento visible. Cuanto más reducido el número de fines, mayor su fuerza de atracción. Se es tolerante; las gentes se han habituado a escuchar las más diversas opiniones, y todas ellas consiguen adeptos, desde la cura por el agua hasta el taoísmo, pero influencia sólo la posee el que tiene muchos partidarios.

Todo lo decide la opinión pública. Los representantes de los valores absolutos tienen que avenirse con la competencia general. Un sistema religioso tiene que emplear los mismos medios de propaganda que una gimnasia curativa, para conseguir la aprobación de la época. Cuanto quiera vivir necesita popularidad, no hay obra posible sin propaganda oratoria. Como en los últimos tiempos de Grecia la Retórica y la Dialéctica son las artes más poderosas.

Como reina una declarada hostilidad del trabajo manual contra el intelectual, éste tiene que adquirir maneras rudas; cuando dos profesores pretendan el puesto de director de Instituto tratará de probar cada uno de ellos que es un obrero más robusto que el otro.

Los números deciden en la generalidad de los casos. Reclamo y propaganda que han desaparecido de las industrias socializadas, sirven para pretender cosas personales e ideales: elecciones, teatro, métodos curativos, supersticiones, obras de arte, cargos, cátedras, iglesias.

El arte ha cambiado de señor por tercera vez; después de haber servido al príncipe, al Mecenaz y al mercader burgués, sirve ahora exclusivamente a la comunidad y a la exportación. Sea por el procedimiento de los encargos gremiales, de la suscripción, de la recomendación, de la

popularidad, ha de reunir adeptos por declaraciones, discursos, manifiestos, y no puede ya descansar orgulloso en sí mismo. Tiene que poner de su parte en la competencia a la mayoría, y esto como mejor lo conseguirá será buscando un asunto sensacional. Por eso, como el resto de la vida espiritual, tendrá que acomodarse a la marcha de los acontecimientos del día.

Sufrirá las consecuencias de la desaparición de varias generaciones poseedoras de maestría y tradición, como la técnica, la investigación, la ciencia y los oficios; y con esta decadencia han bajado también de nivel la demanda y el juicio, y la calidad se sustituye por la actualidad.

No podrán evitarse ciertas reacciones de la experiencia práctica; la comparación inevitable e incesante con el pasado y el extranjero mostrará el valor de una cultura, una ciencia y un arte desinteresados que no estén al servicio de fines inmediatos, y sin gran convicción se adoptarán medidas encaminadas a conseguirla, creando por ejemplo universidades libres, pero la atmósfera no es favorable a esos intentos que serán estériles y artificiosos.

El tono general de los ánimos será el de una generación excitada, maestra en las artes de la elocuencia, llena de actualidad y aficiones prácticas y calculadoras, que prefiere discutir a trabajar, no tiene respeto a nada, estima el éxito, observa al extranjero, se desquita en la vida pública de la parquedad de su existencia privada, no da valor a lo espiritual más que por sus aplicaciones prácticas, necesita placeres colectivos fuertes y se revela apasionadamente contra toda superioridad. Por constante cambio de los elementos que desean librarse de esta situación, se verifica

una selección permanente, y la falta de sentido político de la época de transición fortalecen las tendencias de descomposición que vienen del extranjero. En el mismo sentido trabaja la diversidad de criterio de las distintas partes del territorio alemán. Aparte del influjo alternativo de las cuatro capas sociales que hemos considerado, lo que da el tono a la vida son las clases inferiores semieslavas de la Alemania central y del Noroeste que han producido y sostienen el estado de cosas existente.

En vez de la cultura y espiritualidad alemanas dominará un estado de cosas, de que puede verse una anticipación en ciertas partes de América y de la Europa oriental. La sociedad socializada que rechaza toda tutela de clases de particular tradición, espiritualidad y formación, se habrá creado una forma propia de cultura.

## VII

Personas de ponderado juicio ante quienes exhibí fragmentos de este cuadro, me dijeron: eso es el infierno. Este calificativo es acaso demasiado fuerte, pues los hombres de aquella época, se habrán ido habituando en una larga evolución al género de vida que ellos mismos contribuyeron a producir.

Una gran parte del proletariado actual no se espantará de tal situación, sino que la considerará como una considerable mejora de su estado. Esto es lo terrible, esta es la responsabilidad que pesa sobre nosotros, la culpa que tenemos que purgar; ya se verá con qué pérdidas para la cultura.



¿Quién en estos decenios de civilización mecánica, qué hombres de Estado, profesores, individuos de la alta burguesía, y sobre todo sacerdotes, se han compadecido de la miseria del proletariado? Los hombres de Estado han elaborado leyes de seguros con vistas a la paz social, los profesores, pensando en el monopolio de sus prebendas, han predicado el socialismo de cátedra, los sacerdotes han ensalzado la dependencia y la servidumbre como obra de la voluntad divina, los miembros de la alta burguesía que se consumían en la codicia de poder, dinero, favor, títulos y relaciones, han tronado contra la avidez del obrero. La sumisión tácita de los hermanos del mismo pueblo estaba asegurada por la herencia, sus directores fueron encadenados por la ley de represión del socialismo, se vulneró la libertad de coalición, se rechazó con sarcasmos la reforma electoral prusiana, se ahogaron con la fuerza peticiones de mejora cuya insignificancia nos hace hoy sonreír. Y entretanto el gasto de un solo año de guerra, una parte mínima de la indemnización de guerra, hubiera bastado para acabar para siempre con la miseria en el país. Para terminar, los millones de indefensos y descontentos fueron empujados a la guerra de las dinastías y las burguesías desencadenadas por la incompreensión de los años, el deslumbramiento de las semanas y el desconcierto de las horas.

Si ese estado futuro es el infierno, lo tenemos merecido. Y no nos sienta bien hablar de la superioridad de nuestra cultura, echar en cara a las masas su falta de espiritualidad y carácter y su avidez; afirmar la inmutabilidad del carácter humano y estar orgullosos de las virtudes de las

clases dominantes y directoras, del desinterés ideal y el sacerdocio espiritual de los que han nacido libres. ¿Dónde dormían estas virtudes sacerdotales bajadas del cielo cuando reinaba la injusticia y cundía el delito?

Entonces se escribían antologías ñoñas, y teorías hinchadas, se cocían sopas culturales, con la falta del instinto característico de los profesores, se tomaba 1913 por 1813, y las potencias espirituales se ponían a la disposición de las agencias de prensa. Entonces era la época de luchar por la supremacía del espíritu; ahora el romanticismo viene como siempre demasiado tarde.

¿Qué es romanticismo histórico? Infecundidad. Incapacidad de representarse lo acontecido y menos de darle forma; capacidad infinita de sentir con acomodamiento femenino lo histórico, desde Miguel Angel hasta los bordados. Es huir hacia los amados muertos de miedo a los vivos perversos y a los inquietantes no nacidos. Todos los grandes hombres han sido conformadores de su tiempo, respetando a los antepasados, pensando en los venideros, han sido señores de los vivos e indicadores del porvenir. Modernismo es insensatez, pero anticuarismo es trastera; lo que vive con vida recia no es nuevo ni viejo, sino joven.

Amamos sin duda el mundo coloreado y sano anterior a la civilización mecánica. Nos basta tener una cosa antigua en nuestras manos, leer una palabra antigua, contemplar un cuadro antiguo para sufrir su encanto. Alegra el ánimo y no puede prohibirse a nadie pensar en ocasiones románticamente, vivir en el pasado, olvidando que precisamente este ensueño y el sentimiento de esta vida lo debemos

precisamente a nuestro contraste con el pasado, a la modificación de nuestras condiciones de vida. Este encanto es un sortilegio infantil: pero querer volver atrás no es solo puerilidad, sino engañarnos deliberadamente. Pues había que saber lo que hace años vengo diciendo: que la modificación esencial de nuestras condiciones de vida es el aumento de la densidad de la población. El que quiere volver atrás quiere que en Alemania perezcan cuarenta millones, pero salvándose él. Es un engaño propio de ignorantes decir frunciendo el entrecejo: ¿para qué os aglomeráis en las ciudades? Idos al campo, arad, hilad, tejed con vuestras propias manos como vuestros antepasados, que eran gente buena. Y dejadnos a nosotros los que pensamos, poetizamos, cavilamos y soñamos una casita rodeada de un emparrado. ¿Qué responderías, pensador y cavilador si te dijese: no, tu eres el que debes irte a hilar a una fábrica, pues has demostrado cumplidamente que tus pensamientos y cavilaciones son vanos? Tus bellas palabras se reducen a una muy breve: ¡morfós! ¿Es que eres malo y lo sabes, o eres tonto y no te das cuenta?

El pensar es la suma responsabilidad. El que piensa por otros, tiene que cuidar de ellos, y si viven no puede matarlos. Por eso, el querer volvernos al pasado es una perversa insensatez romántica. Tenemos que adentrarnos por la puerta oscura del porvenir y el sabio no tiene derecho a exclamar: dejadme; yo soy la sal de la tierra. Primero hay que salvar a la humanidad, y no a una pareja escogida en un arca, sino a toda la humanidad, incluso los criminales y las prostitutas, los enajenados, los mendigos y los inválidos. Nosotros mismos hemos sido la

autoridad; ahora vendrá una época tumultuosa y en ella muchas cosas que no serán lo que los sabios quieren y los románticos sueñan. Y aunque resultase realmente para nosotros el infierno, habríamos de acogerlo por amor a la justicia y pensando en la frase terrible del Dante: *facemi la divina potestate, la somma sapienza, e'l primo amore.*

¿Vendrá el infierno? De nosotros depende.

## VIII

En nuestra descripción de la sociedad futura hemos partido del supuesto de que se conservase nuestra manera de ser, nuestra ética y nuestras condiciones espirituales.

Este supuesto es verosímil pero no absolutamente inevitable. Nuestra exposición no hace sino sencillamente mostrar el hecho evidente de que nuestro intelectualismo, hoy tan desarraigado y flexible, parece haber olvidado desde Noviembre que no es posible hacer felices a hombres por procedimientos mecánicos. Las instituciones no producen la evolución, si las instituciones anteceden a la evolución, sobrevienen retrocesos, si lo que va delante es la evolución, catástrofes.

Al oír esto, protestarán ambos grupos adversarios. Los radicales gritan: dadnos de comer, entregad todo el poder a los Consejos obreros, organizad conferencias ilustradoras, y el discernimiento, la experiencia y la cultura vendrán por sí solas.

Los revolucionarios sonríen: Mirad; no se ha enterado de que no hay evolución, de que el carácter humano permanece inmutable.

No les responderé a ninguno de los dos, pues saben que no dicen la verdad. Puede y debe acontecer algo enormemente grande, algo que sea en la vida del pueblo, semejante al momento en que el individuo se hace hombre.

En toda vida consciente llega el instante en que el ser no es ya dirigido, sino que comienza a dividir por sí el momento en que toma las riendas de la responsabilidad en sus propias manos, en que no recibe, sino que crea las fuerzas que han de dirigirle, en que no deja que dispongan de él valores ideales y poderes, sino que los elige libremente, en que se traza a sí mismo la misión divina en que ha de servir. Ese momento ha llegado para nuestro pueblo, o se ha perdido eternamente.

Estamos libres de autoridades, se nos han ido los poderes hereditarios involuntariamente acatados: personas, clases, dogmas. Las personas no cuentan por ahora. Las clases aunque se defiendan han caído con lo más valioso que poseían: sentimiento, honor, espíritu de sacrificio, adiestramiento, experiencia, tradición. No podemos reanimarlas ni sustituirlas. Ideas y dogmas han perdido tiempo en su poder; ha desaparecido su autoridad policíaca y escolar; a la que se creía apoyar rebajando blasfemáticamente la religión, levantando iglesias que parecían fábricas, y sería absurdo querer restablecerlas con fines utilitarios. Si sanamos, las ideas y la fe nacerán por sí mismas.

Necesitamos imponernos una potencia vital a la que obedezcamos libremente, y tan amplia y fecunda que de ella puedan salir ideas y creaciones, acción que sólo carecería de precedentes en lo de ser consciente y voluntario,

pues también a los pueblos anteriores se les impusieron potencias vitales semejantes, si bien no elegidas libremente, sino por obra de profetas, dominadores y clases. A Israel se le impuso la teocracia, a los indios, a los griegos la polis, a los romanos el Imperio, a la Edad Media la Iglesia, a los modernos el Estado industrial, la plutocracia, las colonias, a nosotros el militarismo. Los pueblos vivían y morían por estas potencias, sólo místicamente sabían de su procedencia y creían y creían en su eterna duración. Por un golpe del destino los alemanes nos hemos visto a un tiempo libres y videntes; ante nosotros se presenta la elección inmensa. ¿Vamos a eludirla y a abandonarnos de nuevo a las leyes mecánicas casuales de la presión y contrapresión, de la necesidad, del interés, de la competencia de las fuerzas? ¿Nos atreveremos a sanar, a intervenir en la lucha espiritual de los pueblos, a iniciar una nueva vida plena de eternidad, sin otros pensamientos egófstas que el de la propia conservación y la distribución de bienes? ¿Puede entrar en el mar de los pueblos un barco sin rumbo, cuando todos los demás saben a donde van, más cerca o más lejos? Comparado con nosotros, el movimiento francés del siglo XVIII estaba en situación fácil. No necesitaba más que negar, derribar. Podía despejar los escombros del feudalismo, porque había ya brotado un nuevo estado, la burguesía, más inteligente, más rico, más capaz, más fuerte que su antecesor y sabía cuidar de sí mismo. La burguesía era también un estado limitado y adiestrado que había recogido de hacía tiempo la cultura francesa, que desde

## W A L T H E R R A T H E N A U

hacía un siglo había sido el único promotor de ideas, y había adquirido entusiasmo por la nación, la libertad, el ejército; de este modo si no llegó a realizarse la promesa de la igualdad y fraternidad, nació el primer Estado mecanizado y plutocrático del Continente.

Ya hemos visto que nosotros no estamos en esa situación; no contamos con ninguna clase que se vaya elevando; la sociedad se ha disuelto sencillamente y en su lugar ha entrado en el mejor caso una masa ordenada; la tradición se ha roto. No; tenemos que empezar a construir por los cimientos. La cuestión está en cómo ha de hacerse: si según las exigencias variables de los años que transcurran o el equilibrio momentáneo de las fuerzas o bien según idea y símbolo.

El socialismo corriente no retrocede ante el pensamiento de crear de nuevo pueblos con algunas instituciones y supresiones radicales, confiando en que la disposición de ánimo necesaria vendrá con que haya unos cuantos establecimientos encargados de ello. Sería duro echar en cara a este modo de pensar, desprecio o desconocimiento del valor de lo espiritual. El socialismo en su forma dominante procede de concepciones materialistas llamadas científicas (como si pudiera haber una ciencia de los fines y valores ideales) y sólo *a posteriori* se ha agregado la creencia en el valor del espíritu. Ya hemos visto en qué viene a parar el dominio material de establecimientos e instituciones: a la dignificación de los pueblos y al cumplimiento de la misión de la humanidad de seguro nos llevan.

Lo inaudito no es, como queda dicho, que un pueblo saque de sí mismo sus ideas y su misión; desde la teocracia

## L A N U E V A S O C I E D A D

judía hasta la civilización racional francesa, desde el culto familiar chino hasta la libertad de los exploradores norteamericanos, han hecho por sí propias esa creación, aunque la responsabilidad la llevaban clases directivas, y en épocas moldeables hombres directores, y les facilitaban el hacerse conscientes del propio espíritu inconsciente, aislándolo y potenciándolo, por la conciencia y el conocimiento.

Lo inaudito está en que el acontecimiento suceda como un acto claro de voluntad, con libertad democrática, con conciencia de que es necesario y por propia responsabilidad. No nos nacerán directores ni profetas, hemos dejado de ser moldeables, se han destruído todas las autoridades. Cierto que nos queda aún una clase capaz de reconocer la significación de la obra, pero está profundamente escindida, y sus miembros más separados unos de otros por odios de intereses, que del pueblo.

Y sin embargo esa clase, no como poseedora de patrimonio, sino por ser depositaria de la tradición, está capacitada, está llamada a transformar el espíritu alemán, a libertarlo de las ataduras del mecanismo, capitalismo y militarismo y llevarlo a la propia fijación de su destino. Esta misión no puede desempeñarla por sí sola en medio de los odios y la ceguera de la lucha de clases, ni como soberana por ser la más capacitada; sólo puede hacerlo sirviendo y sacrificándose, si el servicio y el sacrificio son aprobados y aceptados.

Las masas no comprenderán esto, pero sí los más conscientes de sus directores; no hoy, ni mañana, sino cuando la experiencia les haya mostrado que digo la verdad. Primero harán lo que han hecho en Rusia; cuando la

situación sea apurada querrán comprar cara la experiencia y saber tradicional de algunos individuos aislados. Pero no se puede comprar más que el trabajo y la práctica, no la opinión y el espíritu. Y así se irá comprendiendo poco a poco que las cosas altas no pueden ser objeto de mercado. Entonces los directores responsables, los que gobiernan para servir, se separarán de los catilinarios, de los que sirven para gobernar.

Por culpa propia ha dominado entre nosotros el mezquino desprecio y burla inhumana del entendimiento de los súbditos, que como reacción ha degenerado en adoración ciega de las masas, de los irresponsables y los fracasados, lo cual es perdonable. Tenemos que amar a los hombres, a los caídos no menos que a los débiles, a todos los hombres y a toda la humanidad. Pero la humanidad no son las masas. Las masas que se congregan en calles y Asambleas, no son comunidades de hombres completos sino agregaciones en que están presentes todos con su cuerpo, pero no con su ser pleno. El espíritu de las masas está ausente y sólo puede hacerse presente, cuando el espíritu se apodera de ellos por boca de un profeta verdadero. Para un agitador de los que compiten a quien más ha de ofrecer, las masas son interesados enardecidos, no almas humanas. Son el espejo de las pasiones y concupiscencias que confluyen en la tribuna del orador, devuelven aumentada la fascinación que penetra en ellos. El que eleva a la masa al rango de juez, el que la pide consejo y decisión no tiene respeto ni amor a los hombres. Esto lo reconocerán tarde o temprano los más honrados de sus directores.

También está muy lejos el momento en que la clase superior que está en vías de desaparición se percate de su verdadero interés. No se ha dado cuenta de lo que le ha ocurrido al mundo, ni a Alemania, ni a sí misma. Ve que casas, campos, calles y árboles apenas han variado, se figura que con alguna habilidad quedará casi todo como estaba, y siempre podrá obtener ventajas. Así ocurre cuando se declara la quiebra de un comerciante millonario; los primeros quince días los criados sirven a la mesa como antes y se presentan los manjares en fuentes de plata. Pero al cabo de un año ha variado todo y con los utensilios han desaparecido también las personas. Cuando se ve por qué nimiedades se lucha aún hoy casi se comprende que tan serena y desvergonzadamente se haya entregado lo que a diario se juraba defender con la última gota de sangre; no saben lo que ha sucedido. Dentro de pocos años se sabrá y entonces se dejará de luchar por cosas que ya no existen y en cambio se decidirán sacrificios en común para salvar lo que sea posible de aquello que vale la pena de salvar.

Si queremos conocer la única potencia vital que a nosotros, un país sin poder, sin equilibrio interior, sin bienestar material, sin autoridades, con los fines exteriores aniquilados, con la inteligencia y la moralidad profundamente rebajadas, puede salvarnos de la muerte espiritual y darnos a nosotros y al mundo libertado, espiritualidad y justicia, salvarnos propiamente, hemos de considerar

nos a nosotros mismos, al carácter alemán, a este carácter desconocido y enigmático que desde hace un siglo viene adelantándose y arrullándose a sí mismo con frases hechas y afirmaciones infundadas contrarias a su esencia íntima. Pues no podemos imponernos ninguna tarea que no esté prefijada en nuestra naturaleza y fundada en nuestro pasado y tradición.

En los últimos decenios, ningún pueblo, ni los mismos franceses se han prodigado tantos elogios como los alemanes; cada vez que se trataba de nosotros mismos comenzaban a sonar los brindis encomiásticos. La ponderación de nuestra cultura, precisamente cuando la cultura alemana iba en descenso, llegó a ser repugnante.

Aquellos por cuya boca nos dejábamos adular eran maestros de escuela que carecían de elementos de comparación, oradores profesionales de fiestas patrióticas, nacionalistas que ponían el elogio al servicio de algún odio interesado y funcionarios científicos encargados de presentar el sistema de los Hohenzollern como el fin último de la creación. No se hacía nunca una separación entre la alabanza del pueblo y la apoteosis de la dinastía, por la que debía derramarse la última gota de sangre, y la falta de convicción interior de aquellas declamaciones se comprueba con la facilidad con que se separó la dinastía, la parte principal del programa y con que se prescindió en la cuestión de las gotas de sangre.

Los clichés son bien sabidos, fidelidad y honradez alemana. Alemania sanará al mundo. Nosotros somos héroes, los otros son comerciantes. Ser alemán es hacer las cosas por sí mismas. Nosotros tenemos cultura, los

demás a lo sumo civilización. Sólo nosotros somos libres, los demás viven en la licencia (o esclavizados, según los casos). Todo esto lo debemos a la preferencia de Dios y a la educación que hemos recibido de la casa reinante (prusiana, bávara, sajona) y que el mundo entero nos envidia. Por eso estamos destinados al dominio del mundo. Y para ello nos basta extender la mano.

En uno de estos atributos hay verdad; en el atributo de la objetividad. Precisamente fué para nosotros más que para otros una injusticia y un síntoma de decadencia dejarnos deslumbrar por este cuadro adulator. Es que andaban demasiados intereses y demasiado debilidad en el juego, lo que callábamos gustosos porque no armonizaba con los discursos en fiestas patrióticas.

Peró sería una injusticia igual, y aun mayor el que ahora, invirtiendo los términos, desesperásemos de nosotros mismos. Entonces hacía falta medida, ahora una ponderación fuerte y consciente. Hoy no es tarea productiva ni fácil destacar nuestras excelencias, pero es una convicción a la que hay que llegar con esfuerzo y desconocerlos sería imperdonable cobardía. Sólo que hay que arrojar por la borda toda la mercancía falsificada de charlatanes, interesados, profetas de odio y comisionistas de negocios.

No hemos sido nunca un pueblo de poetas y pensadores, del mismo modo que los judíos no han sido un pueblo de profetas, ni los franceses y holandeses pueblos de pintores ni los vecinos de Konisberga ciudadanos de la razón pura. Las antiguas clases superiores alemanas, en tres épocas bien delimitadas han tenido energía suficiente

para producir grandes talentos en música, poesía y filosofía; las clases inferiores de entonces cuya descendencia formó las nueve décimas partes de la población actual contribuyeron tanto como nada a este florecimiento. En los últimos años se han mostrado extraordinariamente laboriosas, moldeables, disciplinables, amantes del orden, fáciles de comprensión, objetivas, honradas, merecedoras de confianza, ponderadas y serviciales, y más apropiadas de lo que cabía esperar para la civilización mecánica; de su fuerza para producir talentos sabemos poco, salvo si acaso en los campos de la investigación y la técnica que más bien que campo del espíritu creador lo son del saber aplicado y del trabajo metódico.

La importante cuestión de las relaciones que existen entre el número, clase y calidad de las aptitudes individuales y el carácter del pueblo está sin resolver, a pesar de que poseemos una ciencia que injustamente se llama Psicología de los pueblos. En general no se ha estudiado muy seriamente los caracteres de los pueblos, sino que se les ha confundido con las obras culturales y prácticas de vida que en su mayoría procedían de clases superiores reducidas, y se han solido considerar como exponentes del carácter colectivo las aptitudes individuales, dando a las propias particular relieve. También en este punto se procedió con aquella tendenciosa falsedad que se presenta allí donde cesa el cálculo según peso y medida y comienza la apreciación. Se daba como cosa resuelta que la raza de hombres rubios de ojos azules eran la depositaria de la genialidad. El que entre las pocas decenas de genios de todas las épocas

que han ejercido verdadera influencia en el mundo apenas se encontrase un ejemplar rubio, sino casi exclusivamente morenos, era un detalle del que se prescindía. En cambio a los ingleses, cuya influencia en la cultura no ha sido superada por ninguna otra nación, se les echaba muy en cara su efectiva carencia de fuerza plasmadora de genialidad. Pero con los judíos se procedió a la inversa: el hecho de que no obstante su reducido número han producido la mayor parte de los genios que han influido sobre la marcha del mundo en todas las naciones, y que de ellas proviene toda la ética transcendente occidental, no impide que se les niegue toda capacidad creadora. Pero vamos a dejar a un lado estas cosas y a no entrar por ahora en la discusión de las teorías. Las grandes disposiciones individuales están con el carácter del pueblo con el intelectual, no con el político en la relación de la flor a la planta del cristal al mineral; para deducir uno de otro, se necesita algo más que una generalización mecánica. No hay pueblo de poetas y pensadores. Pero podrá decirse que el pueblo que produce músicos, poetas, filósofos, es un pueblo que se entrega al sentimiento y a la especulación, mientras que el que crea normas y formas, como le ocurre al grupo latino, encarna su voluntad a costa del sentimiento y la especulación. Espíritu de sacrificio, receptividad, amor a la naturaleza, comprensión, deseo de verdad, ahondamiento, amor espiritual, son los dones más hermosos que pueden concederse a un pueblo, y le han sido concedidos al pueblo alemán. Pero estos dones excluyen otros que hoy tienen gran valor y que nosotros hemos afectado en vano. Excluyen

el don de crear normas y formas, excluyen los dotes de dominio, cuando no los de propia administración, por lo menos las cualidades que crean nacionalidades y civilizaciones.

No es casualidad que en ninguna de las infinitas esferas de vida, desde el arte a la organización de ejércitos, desde la constitución del Estado hasta la sociedad por acciones, desde las cosas sagradas hasta los utensilios de mesa, no hayamos encontrado ni una sola forma esencial y permanente. Mientras, en cambio, apenas habrá una que no hayamos llenado con un contenido más rico y vivo que sus propios inventores.

Pues a quien lleva en sí el todo, ninguna forma le parece suficiente, se encuentra en una cosa y en su contraria, en la afirmación y en la negación. Aspira a la síntesis y toda forma es parcial. Recibe, escoge, comprende, llena, destroza y repudia. Conserva la unidad en la imitación, como el año que cambia todos los días y a todas horas. No emplea finalmente violencia, por respeto a la creación.

En cambio el creador de formas usa violencia. Se pone a sí mismo como norma y solo a sí se comprende. Lo otro, lo no adecuado, lo que no se somete a la forma, lo que es incomprendible e incomprendido, es algo extraño, de calidad inferior, para dominarlo o para no advertirlo. El creador de formas puede dominar y hasta violentar, sin ser tirano, pues está convencido de la bondad, de lo que trae y no conoce la duda. Procede desconsideradamente, pero hasta cierto límite, que está trazado por el sentimiento de la inferioridad del otro. En cambio el que no tiene la aptitud creadora de formas no puede dominar; ya el pe-

netrar en la esfera del otro es un atentado a su concepción que consiste en el mútuo respeto; pero si se ve obligado a intervenir pierde toda ponderación, pues una vez comenzada la injusticia ya no percibe diferencias. Tampoco puede civilizar, pues no toma en serio la forma; violándola en sí mismo ¿cómo podría imponerla a otro? En lo íntimo de su ser es ingenuo, pues en él fermenta toda la creación; en la ejecución es consciente, crítico, ecléctico y metódico. El hombre creador de formas es en lo íntimo claro y consciente e ingenuo en el obrar, porque no conoce la dicha.

Las formas se producen como creaciones naturales a lo largo de los siglos. Presuponen individuos semejantes, mínimas modificaciones de padres a hijos. Ejemplo de ello son Egipto, Roma y Francia, el país antiguo del presente. Desde hace generaciones Francia se satisface con tres estilos de arquitectura que en el fondo son uno sólo. Su idioma se modifica de un modo apenas perceptible. Los principales utensilios domésticos son desde hace más de cien años casi los mismos, la moda no es más que una vibración. Apenas se estudian idiomas extranjeros, no se comprende su espíritu, la pronunciación es francesa. Se considera al extranjero como una cosa absurda, y todo se mide con arreglo a la propia medida. Todos pueden juzgarlo todo, pues se atienen a la norma. Dentro de la norma la sensibilidad es] muy fina, muy seguro el sentimiento de las circunstancias y la más mínima imitación se advierte. Es imposible dudar de la norma; sería tan insensato corregir algo en el sol o en la luna como en el estilo Luis XV.

El juicio supremo de los britanos en las cosas de la vida



es: «esto es inglés», o «esto no es inglés.» El extranjero es asunto de estudios geográficos y etnológicos. Toda la poderosa voluntad de una nación está concentrada en una forma política y civilizadora. Toda afición privada es una extravagancia, y hasta la extravagancia tiene sus normas fijas. Una falta contra la etiqueta de la comida deshonra como una frase contra la Iglesia. Se domina a la naturaleza con precaución e inteligencia, lo mismo cuando se trata de criar carneros que de regir indios.

A nosotros nos falta la seguridad, el aplomo y el arte de dominar que emana de las normas. Los más altos de nuestros espíritus son informes, eclécticos o titánicos, desprecian las formas, las seleccionan o las rompen. Tenemos tres patrias entre las cuales fluctuamos: Alemania, la tierra y el cielo. Lo comprendemos y honramos todo, país, arte, lenguaje y lo extraño nos resulta fecundo sirviendo de goce e imitación a las clases inferiores y estimulando a las superiores a la creación. Somos dóciles y no odiamos lo que nos domina y determina, sino lo que nos violenta y hace parciales; toleramos y hasta veneramos si sabe tomar un aire popular y no ataca a nuestra comodidad. Hemos tropezado aquí con el carácter de nuestra voluntad que se ha modificado de un modo peligroso con el hundimiento de las antiguas clases superiores y con los largos años de miseria. Los germanos de Tácito amaban la libertad; de este amor no ha quedado ni huella. El que no lo supiese durante la época de la autocracia puede verlo claramente ahora en la llamada revolución que se propone mejorar las condiciones de vida y se preocupa poco

de la autonomía de decisión y de la propia responsabilidad. Seguimos sin ser una verdadera nación; somos sólo una comunidad de intereses y oposiciones; no es posible concebirlo desgraciadamente un irredentismo alemán. Como no representamos una nación, ni una idea nacional, sino únicamente una federación de regiones, sólo podemos actuar hacia afuera comercialmente, pero no en utilización o propaganda. Desde este punto de vista puede comprenderse la historia alemana de los últimos siglos. Una potencia no alemana, nacida en terreno colonial, Prusia, se organizó burocrática, feudal y militarmente. Consiguió dominar la mitad de Alemania y anexionarse la otra mitad no muy fuertemente. La falta de carácter y voluntad nacionales, fué sustituida por una organización severa, por una federación de príncipes y por el más fuerte ejército de la tierra. Pusó a su servicio la civilización mecánica que sostuvo al coloso con una economía floreciente. El sistema parecía una nación y era en realidad una comunidad económica autocrática asentada sobre las armas. No podían desarrollarse fuerzas e ideas nacionales, sino únicamente competencia comercial, se quiso fortalecer la posición exterior con débiles alianzas, y no se concedió autonomía por lo que sustentaba la maquinaria era el orden militar; la mentalidad de subalterno en el interior correspondió en el exterior una política agresiva; fueron creciendo y organizándose las enemistades y al fin vino la catástrofe. Nuestra fortaleza de voluntad fué reemplazada por la disciplina. Pero disciplina no es nacionalidad, no es más que un medio exterior, y si por cualquier motivo se rompe no

queda nada. Y como el sistema prusiano que adoptó el nombre medioeval del Imperio alemán no era—a pesar de todas las cátedras—una construcción nacional, sino una comunidad dinástica y militar, con apariencia constitucional, el nacionalismo interesado tomó las conocidas formas repugnantes e insinceras. Los principales copartícipes, sobrios y conscientes de su poder, los representantes prusianos de la nobleza militar y burocrática, se mantenían apartados de declamaciones y sólo intervenían cuando estaban amenazados sus intereses. La alta burguesía se vendía. Pero una parte elevada de la clase media, constituida por círculos de profesores y de empleados subalternos, lo tomó en serio y para desquitarse de la parquedad de su existencia, creó aquella atmósfera falsa de odio a los socialistas, de telegramas de homenaje que nos hizo imposibles moral e intelectualmente para el mundo. De pronto en vez de una Alemania espiritual, se vió una sociedad de intereses brutal, estúpida y ávida que quería hacerse pasar por Alemania y que no pudiendo referirse a ninguna obra, a ningún pensamiento suyo, se jactaba de una pureza de raza desmentida por su aspecto y que solo conocía rencores, frases de sociedades y subordinación, y quedando a estas cualidades el calificativo de cultura pretendía el dominio del mundo.

No es extraño; pues la comunidad imperial esclavizada, constituida a base de intereses y organización, no producía ninguna idea, lo que poseía era poder, mecánica y dinero y como a ella le imponían respeto estas cosas, creyó que a los demás debía acontecerles lo propio y llegó a la conclusión de que los grandes espíritus del pasado habían

vivido para llegar a tal resultado. Wagner había intermediado el tránsito de la Alemania antigua a la nueva, acorazados y cañones monstruos aparecían como naturales consecuencias de Kant y Hegel, y la confusión mental se tapaba con la palabra *Kultur* cuyo uso por treinta años debía prohibir una ley.

Fácil sería descubrir ahora, después de nuestro descalabro, que nuestro gran pueblo no hubiera podido tener nunca una política continental y menos mundial. Ciertamente que nuestro espíritu, moralidad y grandeza nos capacitaban para tenerla y aun nos obligaban a ello, pero tuvo que fracasar por la debilidad de nuestro carácter. La desdicha la decidió Bismarck que nacido para la política realista de altos vuelos, educado en la tradición prusiana, y formado en la diplomacia antigua por Gortschakow, nos aseguró por unos decenios, cuando para asegurarnos por siglos era precisa una política intuitiva del género de la de Stein.

Entre naciones de administración y régimen autónomos, por falta de conciencia de nosotros mismos, indolencia de voluntad y espíritu innato de subordinación, quedamos como un pueblo patriarcalmente gobernado, sujeto a la tutela de casas reinantes por la gracia de Dios y de clases privilegiadas. En el movimiento infantil de la burguesía ilustrada de 1848, Bismarck no vió más que lo utópico e inocente, no lo simbólico que Marx hubiera podido enseñarle. Su espíritu práctico veía que un puñado de campesinos y soldados, podía volver a razón a este pueblo tan dinástico. Era cierto, aunque treinta años más tarde la sustancia de este pueblo no era ya campesino y aunque

## W A L T H E R R A T H E N A U

él mismo supo servirse de la industria moderna con disfraz campesino. Se negó pues a declarar emancipado al pueblo, destrozó la débil resistencia con genial superioridad por obra de la autoridad y el éxito, con el maravilloso mecanismo de su constitución, hizo que el Imperio fuese una continuación del Estado prusiano, fortaleció las dinastías y ahogó para una generación todo anhelo de libertad.

Una nación que se administrase y rigiese autónomamente, como ocurría a fines del siglo en todas partes, salvo entre nosotros, en Austria y en Rusia, podía, sin despertar envidias, desarrollar como América una economía y una política sana y continuada y gozar de la confianza del mundo; en cambio un barco de guerra peligroso y armado de un modo inaudito, navegando con brúscas alternativas y dirigido por un capitán de afición soberano y no intervenido por nadie, tenía que ser alejado antes o después de los puertos de la tierra. A la historia le gusta exagerar, especialmente cuando el malestar se prolonga. A cada año que pasaba se veía venir la catástrofe con más seguridad, y en vez del apartamiento vino el aniquilamiento.

El que nos hayan libertado cuatro años de hambre, una guerra perdida y una revuelta militar, no significa que se haya modificado nuestro carácter y el que la prensa diga que nuestra mísera constitución tan escasa de ideas es la más libre de la tierra no es argumento en pro de su continuación. El conocimiento no es un sucedáneo del carácter, pero en todo caso es un paso hacia el fin, y cuando se haya visto que no se puede vivir de otro modo, y con tal

## L A N U E V A S O C I E D A D

que queden de esta época algunos escritos y pensamientos— que sí quedarán— se nos habrá caído la venda de los ojos.

Lenta, muy lentamente podíamos ir fortaleciendo nuestra voluntad, para abordar el antiguo problema del poder, pero no tiene ningún objeto. Antes de que llegásemos habría cambiado el mundo y engendrado nuevos pensamientos. Cuidemos de la tarea que nos compete; busquemos las ideas y potencias vitales que necesitamos para vivir, sanar, renovarnos, seguir siendo pueblo, hacernos nación, crear porvenir y servir al mundo.

### X

El balance de nuestro ser es, pues, este:

Altas cualidades de espíritu y corazón. Normales de moralidad y carácter. Debilidad de la voluntad autónoma y la acción libre.

Nos entregamos y producimos con el corazón. Buscamos la verdad. Nuestros sentimientos son genuínos y fuertes. Resistimos y somos valerosos. Más capaces de sentir que de entusiasmarnos. No creamos formas, nos olvidamos de nosotros mismos, no aspiramos a la responsabilidad. No nos gusta mandar sino obedecer; en la obediencia no conocemos medida ni analizamos lo que se nos encomienda.

Por propia voluntad no hubiera tenido nunca el pueblo alemán un ideal de poder, que le fué impuesto por los que se aprovechaban de nuestra enorme máquina guerrera; ni el propio Bismarck lo compartía.

## W A L T H E R R A T H E N A U

Un ideal de civilización no es apropiado para nosotros, pues nos falta unidad, voluntad directora y energía para crear formas. Tampoco nos corresponde una misión de concordancia entre otros pueblos, pues a nosotros mismos nos falta el equilibrio; no llevamos una existencia colmada, ni tenemos madurez política.

La misión propia para nosotros, como para ningún otro pueblo, es la espiritual. La desempeñamos hasta hace cien años, y la abandonamos porque por inercia de voluntad política perdimos el paso, no seguimos la evolución política interior de las demás naciones, y nos consagramos al desarrollo de una civilización mecanizada y a deducir de ella pretensiones de dominio. Fausto, sacado de su ruta, repudiado por el espíritu de la tierra entre brujas, malhechores y transmutadores de metales.

Pero nuestra alma faústica no ha muerto. De todos los pueblos de la tierra es el nuestro el único que no ha dejado de luchar consigo mismo. Y no sólo consigo mismo, sino con su demonio y con su Dios. Seguimos llevando en nuestro interior el Todo y sintiendo cada soplo de la creación. Comprendemos el lenguaje de las cosas, de los hombres y de los pueblos. Medimos a cada cual con su medida, no con la nuestra; no queremos nuestro deseo sino la verdad. Nos parecemos unos a otros; somos todos peregrinos, caviladores y nostálgicos. Tomamos seriamente las cosas espirituales; no sirven a nuestra vida, sino que nuestra vida las sirve a ellas.

«¿Te atreves a decir eso en medio de la brutalidad y embrutecimiento, de la perversión y la especulación cínica, de la sumisión deshonrosa, del abandono sin escrúpulo,

## L A N U E V A S O C I E D A D

de la indolencia, la mendacidad, la falta de corazón y de espíritu de la época que atravesamos?»

Me atrevo a decirlo, pues así lo creo, y de ello estoy seguro. El alma del pueblo se debate en las tremendas convulsiones y en los sueños de la redención. De la redención no solo del mal de la guerra, sino de algo más grave: del alejamiento de nosotros mismos en que hemos vivido durante un siglo. La elección tan burlada de los colores románticos, negro, rojo, oro, en vez de los colores de guerra que carecían de cuerpo y espíritu, fué el despertar callado y simbólico del sentir alemán. Tenemos que anudar con la época en que dejamos de ser alemanes para hacernos berlineses.

Hace falta espíritu; al mundo ni más ni menos que a nosotros; pero el mundo no lo producirá. La historia sabe por qué ha elegido Versalles y la Sala de los espejos. Brillará una vez más, la última, la civilización mecánica con su séquito de nacionalismo e imperialismo, pero no solo eso, sino que la política franco-inglesa de adquisición sueña con el trono del Rey Sol y cree seriamente que va a dominar el mundo durante siglos.

Espectáculo incomprensible, lleno de monstruosa ironía, prólogo de la gran época que no imagina la conciencia burguesa del Occidente. Para ella la guerra fué una obra criminal producida por malhechores, y la victoria le parece el triunfo definitivo de la civilización racionalista del capitalismo, la antorcha que prende en Oriente le parece un incendio criminal, y no advierte la ascensión de las capas más profundas de la sociedad.

No; estos pueblos no crearán el espíritu del porvenir.

Podrán encontrar instituciones inteligentes, pararrayos aliviadores, pero las fuerzas naturales se abren camino con más o menos violencia y la nueva tierra que las prepara quiere nueva semilla.

El que poseamos la capacidad de crear nuevo espíritu, no significa que podamos elegir quererlo o no quererlo hacer. Aunque no fuese en favor de nuestra vida, sino contra ella, tendríamos que obedecer; pero para nosotros es cuestión de vida o muerte como hemos visto, y ello es evidente, pues un organismo solo vive cumpliendo la misión que le ha sido confiada.

Y aquí hemos llegado a un punto muy peligroso, al punto en que acechan las grandes frases, de las que se espera toda la salud. Patria, moralidad, humanidad, trabajo, valor, confianza; todos sabemos cómo suenan estas palabras; el escritor ha escrito algo hermoso, el lector ha leído algo muy bello y ambas partes quedan conmovidas y poco convencidas.

He escrito, pues, algo muy sospechoso. ¿Para eso me ha seguido el lector por cuarenta de estas hojas ásperas, para oír al final la palabra tan vaga de «espíritu?»

¿Hay alguna palabra repetida tan a menudo como ésta? Pues lo que sigue es aún peor. La palabra que ahora voy a emplear suena a un terrible filisteísmo sospechoso. «Bildung» (1). Pero no puedo impedirla, hemos de recorrer las ideas generales. Tenemos que abrirnos paso por entre la aglomeración en que nos dan codazos las frases hechas.

(1) Es difícil traducir exactamente al castellano. Su equivalente literal sería «formación». En adelante la traduciremos por educación, pero haciendo notar que tiene un sentido más amplio.

Aunque sea para ir al Tibet tenemos que tomar el tren en la estación de Berlín. El mal de las frases hechas no está en que partan de conceptos generales, sino en que se satisfacen con ellas y no los lleva a sus últimas consecuencias.

Nuestra tarea más alta, es pues espiritualizar a un pueblo como el nuestro, capaz de ello. Y como la espiritualidad no se hace por impulso exterior, con sermones, artículos de periódicos, actuación de comités o propaganda, sino que ha de estar ligada a la vida y desarrollarse partiendo de ella, la obra orgánica y el estado de vida a que conduce se llama educación (*Bildung*).

Con gran disgusto y tras largas vacilaciones he escrito esta bella palabra, tan desgastada por el uso que apenas si se la conoce. ¿Seremos capaces de explicarla y restablecer su verdadero sentido? Su verdadera significación apenas se percibe entre los muchos sentidos en que se la emplea. Escuela, y mejor enseñanza superior, algo de francés e inglés acusativo y dativo, tarjetas de visita, puños planchados, palabras exóticas, chisteras, urbanidad: todas estas cosas suenan cuando se habla de una persona educada o de un señor educado. Hace cien años por *Bildmy* (educación) se entendía, como la misma palabra dice, el desenvolvimiento y posesión plena de las fuerzas innatas corporales, espirituales y morales. En este sentido hizo Goette tragar por la educación a sus dos figuras hermanas, Fausto dotado con más riqueza y Willreim Mister más pobre de dotes.

El ideal perseguido no ha de ser un ideal educativo, aunque se trata también de educación y saber, sino un

ideal de voluntad. No será fácil determinar con qué amplitud ha de tomarse este concepto. Pero que no es algo que flote impávido en el cine, resulta ya de la consideración de que los griegos durante siglos, dejaron que rigiese sobre ellos como ley suprema el impulso volitivo de la *calocagatia*, aunque dirigido en sentido un tanto diverso.

De quien ha sido el primero en hablar de la mecanización del alma alemana, ha arrancado de manos de los psicólogos el concepto del alma, sustituyéndolo a su originario sentido, ha escrito tantas cosas sobre intelectualismo y falta de espiritualidad, y ha fijado como fin de la humanidad el reino del alma, no se esperará que ensalce una educación mecánica, sin que en general pueda enseñarse; ya veremos cómo se puede llegar a ella; primeramente es necesario que sea querida.

Querida en un sentido y con una fuerza de que hoy, muy alejados de los tiempos del entusiasmo religioso, de la Reforma, de los clásicos alemanes, de la guerra de la independencia no tenemos idea. Si con razón despierta burlas el concepto de la educación intelectual corriente estimado en la vida familiar, de sociedad y de los negocios, la voluntad de educar plenamente el cuerpo, el espíritu y el alma del pueblo ha de ser tan fuerte que a su lado queden muy en segundo término las cuestiones que se reflejan a la comodidad, al interior material, al goce, a la posición. La palabra ha de sonar de tal modo que cuantos la perciban se miren a los ojos con perfecto sentimiento de acuerdo, como en el Japón cuando se pronuncia el nombre del Emperador, el padre de familia común. Ha de haber algo en Alemania a que no puede llegar el excepticis-

mo de los cafés ni la murmuración de las cervecerías. El que no quiera que esto subsista junto a sus ideas de clase, sus especulaciones, sus cuidados monetarios o sus exigencias soviéticas, ha de saber que realiza algo tan inconveniente como si anduviese entre las gentes sin lavarse.

El concepto de la educación como nuestra verdadera y única potencia vital ha de llegar tan hondo que diga la primera y la última palabra en la vida pública y en la legislación. Aun fuésemos tan pobres como ratas deberíamos emplear nuestra última moneda en mantener en tal tensión la educación y la enseñanza, el ejemplo y el ideal, el estímulo y la pretensión, el trabajo y la atmósfera, que ha entrado en Alemania signifique la entrada en una nueva época.

La sociedad ha de estar penetrada de este concepto. Las clases que hoy poseen entrenamiento, educación, experiencia, tradición, opinión, maneras, deben regalar a manos llenas lo que tienen. Y no en forma de conventículos, conferencias y visitas domiciliarias instructivas, sino en un servicio personal, callado y abnegado.

Esto no puede acontecer sin duda sin la buena voluntad de la otra parte. Los abnegados intentos que se han hecho en Inglaterra y también entre nosotros, para acabar con la hostilidad en labor larga y paciente, tenfan que quedar en casos aislados, porque no estaban asistidos del querer de la colectividad, sino al contrario. Es preciso pactar una tregua, no entre los que poseen algo y los que no tienen nada o entre proletarios y capitalistas, ni entre los llamados cultos e incultos, sino entre aquellos que estén dispuestos al cambio mutuo de experiencia y saber.

Y ello en forma de alianza, no propaganda contra demanda, o curiosidad contra manera de pasar el tiempo.

La transformación misma no podemos esperar que se produzca con tan mínimo coste; tiene otras exigencias de que se hablará. Pero para preparar los ánimos y el reconocimiento de la transcendencia del empeño nada mejor que este mutuo servicio de ambas clases,

Disponemos aún de métodos tradicionales de investigación y organización. Son precisas cátedras e Institutos de investigación no para darle al pueblo una ilustración menguada con conferencias populares, sino para estudiar lo que requiere la educación nacional que hoy sustituye a la defensa nacional. Se necesitan Departamentos centrales que no hagan ahorros en las míseras escuelas públicas como el fenecido ministerio de Cultos, sino que fomenten la obra de la educación alemana, de la prosperidad y el equilibrio del trabajo.

## XI

Hace unos decenios en Inglaterra la conciencia burguesa sintió remordimientos o nació el movimiento del Toguebec-hall y de los settlements, que tuvieron en Alemania meritoria imitación. Se había comprendido la injusticia cometida contra el pueblo proletario hermano, a quien se robaba el espíritu dándole en cambio un trabajo mecánico, y hubo personas abnegadas que pusieron toda su actividad al servicio de sus hermanos. La grande y bella obra ha aliviado dolores y aplacado enconos y aquí y allá ha salvado algunas almas; pero no podía producir el efec-

to que debía producir, porque no pudo ser lo que creía.

Debía ser y creía ser puro y sencillo servicio amoroso, reciprocidad pura de intercambio espiritual mutuo, y no compasión sentida desde arriba ni misión didáctica. Fué una noble equivocación. No podía ser lo que quería, pues la sociedad no colaboró en la obra, por ninguna de las dos partes, sino más bien se puso enfrente. Lo que daba una mano, lo quitaban otras mil, lo que una recibía lo rechazaban mil. No se había conmovido la conciencia colectiva de una clase; se hacían sacrificios individuales, pero subsistían las mismas condiciones de trabajo.

De nada sirve un movimiento individual cuando es general la injusticia. Es más; se hace más amarga ésta, porque pierde la ingenuidad y reconociéndose como injusticia no se suprime. Por eso un segundo movimiento importante, el de la Universidad popular que Dinamarca creó la clase de labradores más alentados, no producirá ningún efecto social en países proletarios escindidos. Si además pierde su carácter originario, que consiste en la comunidad pasajera de vida de maestros y discípulos y se convierte en un establecimiento destinado a dar conferencias, hay el peligro de que se produzca una cultura a medias, que es peor que la incultura.

Ninguna obra caritativa puede producir la reconciliación de las clases y menos sustituir a la educación del pueblo. Pero, aunque fuera asequible, no es nuestro fin la reconciliación de las clases, sino su abolición, y nuestro fin último no es la educación, sino la Bildung del pueblo. No queremos dar con una mano para quitar con la otra, no queremos condenar al abotagamiento al pueblo hermano, y

confortar a unos cuantos elegidos, queremos atacar al mal en su raíz, acabar con el monopolio de la educación y crear un pueblo nuevo, unitario y educado.

Pero la raíz del mal está en el género de trabajo. Es ilusión creer que de la división que mata el espíritu del obrero y en que descansa la producción mecanizada puede volver a salir de nuevo el obrero gremial. A no ser que por una despoblación catastrófica retorne la proporción medioeval entre la superficie del suelo y el número de habitantes, la división del trabajo será necesaria, y mientras subsista la división del trabajo el hombre no realiza labor acabada, sino trabajo parcial; en el mejor caso y tras el mayor progreso mecánico posible trabajo de vigilancia. Pero nadie puede realizar con alegría un trabajo mecánico. Lo terrible del proceso de mecanización es que hace feo y odioso el elemento propio de la vida del hombre, el que le ocupa en la mitad de la vigilia diaria, el trabajo creador. ¿Pues qué es lo que significa que todas las luchas sociales culminen en la reducción de la jornada de trabajo? Para el campesino, el investigador, el artista, la jornada de trabajo, no es nunca bastante, para el obrero, nunca es bastante corta.

El progreso de la técnica logrará trocar el trabajo mecánico en trabajo de vigilancia. Pero el proceso es largo y parcial y no podemos esperar hasta entonces con tanto mayor motivo cuanto que vendrán tiempos en que la técnica se estacione, si no retrocede. Quien ha conocido por propia experiencia el trabajo mecánico, el que conoce la tortura de sentirse totalmente alojado en un minutero, el que ha experimentado el espanto de ver que un lapso de

tiempo que parece una eternidad, en el reloj no son más que diez minutos, el que mide el anhelo de sus días por una señal de la campana, el que mata hora tras hora el tiempo de su vida, con el único deseo de apresurar su muerte, comprenderá que la reducción de la jornada de trabajo sea un fin de vida para el obrero mecánico.

Pero el obrero mecánico sabe además otra cosa. Conoce la fatiga más mortal, la fatiga del alma. No el respiro tras un sano trabajo corporal, no la distracción tras un esfuerzo mental, sino el apagamiento vario, análogo a la repugnancia causada por un abuso. Es superficial charla de saloncitos de té recomendar como remedio buena música, conferencias edificantes e instructivas, paseos por la naturaleza, lecturas a la luz de la lámpara y cosas por el estilo. Los licores, las cartas, la agitación, el cine, la licencia, logran espolear por un momento los músculos y nervios maltratados, que el día siguiente se encargará de agotar.

Al obrero le faltan términos de comparación. No tiene idea del gusto del trabajo sano. No puede volver al trabajo de la tierra, pues en él carece de los contravenenos que cree necesarios y le falta el sentido orgánico organizador que la máquina ha aniquilado. Y aunque pudiera volver a la tierra sería en vano, porque la agricultura no puede emplear millones de brazos. Al obrero le faltan términos de comparación y de aquí su enorme desprecio por el trabajo espiritual cuyos resultados reconoce, pero cuyo esfuerzo le parece análogo al ocio de las gentes que ve pasear por las calles.

Pero la conciencia burguesa e incluso la científica evita cobardemente el espanto del trabajo mecanizado. Fuera de



estetas bondadosos que viven en una residencia campesina bien cuidada y provistos de todas las comodidades de la civilización mecánica, frunce el entrecejo cuando se apaga la luz eléctrica y preguntan asombrados en los folletos por qué no se vuelve al campo y a los gremios antiguos, se toma el trabajo mecánico como algo inmutable, congratulándose de que sean otros los que tengan que hacerlo.

Los agitadores que prometen la dicha, y se callan a sabiendas o no lo esencial, esto es, que su mundo de igualdad será un mundo de la pobreza más atroz, se allanan también en este punto la tarea. Mientras piensan que en el Estado futuro habrá para ellos una posición privilegiada, literaria o política, consuelan a los otros diciéndoles que el trabajo mecánico no desaparecerá, pero será más corto. La idea de que el trabajo mecánico se reconciliará consigo mismo y con el trabajo espiritual cuando sea bastante breve y esté suficientemente recompensado, es fruto de pereza mental como todo lo que acerca del Estado del porvenir se fantasea. Aplíquese esta manera de razonar a un mal cualquiera, al dolor de muelas, por ejemplo. Todas las declamaciones en que se sostiene que el trabajo mecánico no es un mal, pecan de ignorancia o falsedad, y si lo único que acontece es reducirlo a cuatro horas, se sostendrán empeñadas luchas sociales por rebajarla a dos.

Hay que mirar cara a cara el hecho de que el trabajo mecánico y mecanizado es en sí un mal, y un mal que no puede suprimirse por ninguna transformación social. Ni Carlos Marx ni Lenin pueden prescindir de este hecho; en

él se estrella todo Estado del porvenir que sea fruto de la actual mentalidad socialista. Aquí está intacto el problema central del socialismo, como lo estaba hasta hace poco el concepto legendario de la plusvalía.

La espiritualización del pueblo, el Estado de educación (*Bildung*), única base posible de una sociedad humana digna, será irrealizable hasta que no se amengüen las consecuencias del mal que embrutece el espíritu humano. La política de los Consejos obreros, la socialización, la política de los capitales, la educación del pueblo y todas las frases huecas que se oyen a diario no podrán tocar el problema fundamental. Es preciso un principio que yo llamo el principio de la concordia del trabajo y que expondré por de pronto a grandes rasgos.

La concordia del trabajo persigue la espiritualización de la labor; puesto que el trabajo mecánico en sí no puede espiritualizarse por sobre una medida dada por la técnica, exige la espiritualización de la jornada de trabajo, por medio de alternativa y combinaciones de trabajo espiritual y mecánico. Mientras este principio no se lleve a la práctica, será imposible la verdadera educación del pueblo, y mientras esto no ocurra la educación será un monopolio de clase, la sociedad carecerá de equilibrio, será una congregación propicia a todo desquiciamiento y que tendrá sujetas a las masas por la fuerza y la violencia y aniquilará la cultura.

## XII

Hay dentro del régimen capitalista un camino para el ennoblecimiento y hasta para la espiritualización de la

obra diaria. Antes de la guerra estábamos a punto de emprenderlo, y América lo ha emprendido. Su supuesto es el crecimiento indefinido del bienestar del pueblo.

Como ya queda dicho, el jornal diario del obrero americano ha subido a siete y hasta diez dólares, lo que supone una potencia adquisitiva de más de cien marcos. Esto significa la liberación de todas las limitaciones, hasta el punto de que ya no puede hablarse de proletarios. El obrero que va a la fábrica en su propio automóvil, puede procurarse todas las distracciones razonables y toda la instrucción que desee, considera con ojo crítico su trabajo parcial, examina con criterio propio el proceso total y se divierte en ser a la vez obrero e ingeniero. (De aquí puede deducirse el valor de la predicción según la cual Norteamérica está a las puertas del bolchevismo.)

En un país cuyo capital, a consecuencia de la guerra es casi equivalente al del resto del mundo, puede venir la desproletarización por procedimientos capitalistas. Nosotros que contamos entre los pobres, tenemos que empezar de nuevo y vivir el porvenir, renunciaremos sin envidia al camino de la riqueza para allanar tras empeñado trabajo el camino que será andando el tiempo la ruta de todos. Estamos obligados a recorrer el camino de la educación, y hemos designado como supuesto el principio del equilibrio del trabajo. Ahora se ve claramente que el concepto de la educación del pueblo no era una de las veinticinco frases hechas idealistas, sino un procedimiento político claramente delimitado.

El principio del equilibrio de trabajo pide que cada obrero mecanizado tenga derecho a emplear una parte de

su jornada de trabajo en una tarea espiritual adecuada para él y que todos los trabajadores espirituales estén obligados a dedicar a una labor corporal una parte de su jornada de trabajo.

Los límites son claros: de una parte la incapacidad espiritual, de otra la incapacidad corporal, y además los pocos casos en que se reconozca como indispensable la privación de las horas de trabajo espiritual.

A esto se agregará el año de trabajo que habrá de ser cumplido por todos los alemanes jóvenes de ambos sexos sin distinción. Para la capacidad no habrá más que pruebas y no exámenes.

Por sí mismas se formarán categorías de educación que no serán castas, ni clases, sino grados cuyo acceso estará abierto a todos. Nadie podrá decir que el monopolio de la educación le ha cerrado el camino. Si la educación es verdadera nadie sentirá altanería frente a los grados inferiores; si va unida a deberes, el que no puede ascender el camino, tampoco puede pretender cumplirlos.

Un corazón medio social objetará al llegar a este punto: ¿Cómo? ¿De modo que va a haber castas? ¿Empezamos a sacudirnos el yugo del capitalismo y vamos a someternos a la dirección de los educados? Eso es reaccionario.

Bien. Si se trata de una mala inteligencia, habrá que adorarla. Si queda aún algún temor, ya veremos.

La mala inteligencia está en esto: se olvida que el capitalismo dominaba como clase hereditaria. El que pertenecía a ella, capaz o no, intervenía en la dirección. En cambio, la educación no es un bien hereditario y sólo puede adquirirla el que tenga espíritu y voluntad elevados. El

que los tenga podrá adquirirla y la adquirirá. ¿Está satisfecho este corazón medio?

No. Seguramente responderá: ¿qué nos importa que sea o no hereditaria? Queremos libertad. La diferencia de educación es también una especie de aristocracia.

Bien, mi buen corazón; te has descubierto. ¿Qué significa tu incesante cantinela pidiendo el ascenso de los competentes? Te lo voy a decir. El competente ha de afanarse y subir hasta donde tú se lo permitas, esto es, mientras puedan aprovecharse los frutos de su trabajo; luego se le echa afuera y el charlatán domina. ¿No te gusta esta explicación? A mí tampoco. Pero estamos en paz. Pues no pienso hablar del absurdo de una sociedad de iguales. El hombre ordinario, que no comprende la igualdad de la dignidad humana, ni la igualdad ante Dios, pide la igualdad exterior, de la responsabilidad y la profesión. Pero esta igualdad aparente excluye la verdadera, porque no ocupa al hombre en relación con su poder de resistencia, porque engendra sobrecargados de trabajo y hombres de quienes se abusa y fuerza a unos a la hipocresía y a la labor mal hecha y a otros al desprecio. Hay que condenar toda preferencia casual y hereditaria, y todo privilegio. Pero el que pide igualdad de espíritu, voluntad y corazón de hombres con diversas cualidades, deberes y responsabilidades, quiere modificar la naturaleza.

También en el salario, esto es, en la distribución del producto del trabajo, la igualdad mecánica equivaldría a una injusta e intolerable desigualdad. El trabajo creador espiritual, el más abnegado que conoce la humanidad y el que más sacrificio demanda, porque no sólo acapara y exige la

vida entera, incluso las horas de ocio y distracción, pide cuidados exteriores entre los que figuran soledad, aislamiento, apartamiento de todas las preocupaciones y labores triviales y contacto con la naturaleza. Considerados económicamente estos cuidados son gastos que el trabajo mecánico no necesita. Si el trabajo mecánico y el espiritual han de ser puestos en las mismas condiciones específicas, de modo que el rendimiento llegue al máximo y la carga se reparta con la posible igualdad, la medida del salario será diversa. Partiendo de un mínimo de existencia se diversificará en dos sentidos: según el rendimiento y según el grado de educación.

En esta gradación estarán incluidas las mujeres, lo mismo que ejerzan o no un oficio exterior, pues la sociedad tiene el mayor interés en la educación de las madres, y el impulso exterior para la educación de las mujeres no debe ser menor que para los hombres.

Se producirá un sentimiento estrecho de solidaridad entre los diversos grados de educación, que no será impedimento para la solidaridad del pueblo, porque no puede nacer un egoísmo hereditario de familia; en cambio habrá de generación en generación una conexión variable, semejante a la que existe entre los artistas de hoy, procedentes de las más diversas clases y regiones, que acabará de disolver los restos hereditarios antiguos y recogerá los valores tradicionales.

Pero entre los grados particulares habrá no sólo un ascenso vivo, sino el equilibrio del trabajo, la colaboración de continuo renovada producirá tradición y conciencia de la solidaridad. Recuérdense las antiguas comunida-

des gremiales y militares, y se comprenderá qué cantidad de conciencia ciudadana puede salir de la comunidad visible de deber y trabajo. El trabajador mecánico será maestro de su compañero intelectual y éste le pagará a aquél ampliando su horizonte. El práctico llevará a la oficina y al salón de sesiones la despreocupación y experiencia de su profesión material. El, en cambio, aprende la abstracción, adquiere estimación del trabajo espiritual y deseo de adquirir conocimientos y cultivar su espíritu.

Hay, sin embargo, dos objeciones que merecen atención y respuesta.

El número de los puestos de trabajo mecánico excede en bastante a los de trabajo espiritual. En estas condiciones ¿cabe hacer lugar para el equilibrio del trabajo de modo que todo el que desee trabajar mentalmente tenga un puesto?

A esto replico: querámoslo o no, nuestros trabajos requerirán cada vez más complicación administrativa. En las fábricas y explotaciones cada vez se habla más y se trabaja menos y nuestra vida económica se entrecruza con miles y miles de nuevas organizaciones. Entre las administraciones existentes se intercalan Consejos de fábrica, Consejos obreros, Consejos gremiales; esto significa por de pronto una gran decadencia de la producción, pero luego dará por resultado una mejor organización y un mayor rendimiento del trabajo. Algo así como si una estatua de mármol hubiera de ser animada y provista de huesos, músculos, venas y nervios. O como si se quisiese urbanizar los terrenos míseros de los arrabales: habría que hacer trabajos de arreglo, canalización, pavimento y hasta que

se pusiese en condiciones ofrecería un aspecto desolado.

Pero la complicación administrativa de la futura vida económica y política creará un tan crecido número de puestos intelectuales, que el personal preparado disponible no podrá llenarlo. Y la introducción del año de trabajo producirá aún nuevos vacíos. Más probable es que las solicitudes para el trabajo espiritual sean pocas, que no que sean excesivas.

En segundo lugar: ¿no se producirá gran confusión si muchos hombres tienen dos colocaciones, si los hombres cambian frecuentemente el puesto, si por una jornada corta y cortada, se interrumpen a destiempo muchos trabajos?

Sin duda. El que tome como término de comparación el antiguo trabajo a toda tensión, disciplinado militarmente, el que crea que puede volver, no es extraño que se lamente. El que tenga presente el estado vacilante del pseudo trabajo de hoy, pasará por alto entorpecimientos orgánicos, siempre que contribuyan a regularizar la producción. Pero el que crea que la aparente vida de la economía actual no puede sostenerse ni aun en su estado presente, verá la salvación en todo estadio de transición, aunque sea muy largo, siempre que pueda establecer un equilibrio.

La esencia del equilibrio de trabajo consistirá pues en que seguirá subsistiendo si una oposición entre el trabajo manual y el intelectual, pero no entre oficios manuales e intelectuales. Todo hombre, hasta una edad muy avanzada, estará en situación no ya de adquirir algunos conocimientos, sino de prepararse seriamente para otra profesión.

Las profesiones aprenderán a conocerse y considerarse

y asimismo a estimar sus dificultades opuestas. Y esto sobre todo para los obreros que se llaman a sí mismos los verdaderos trabajadores.

Cuando se haya acabado el ocio hereditario y se combata el parasitismo, muchos de los que hoy confunden el trabajo intelectual con la charlatanería, se darán cuenta de que el pensamiento produce dolor. Y cuando vean que no resiste la agitación y fermento del cerebro, volverán aliviado a su taller, sin odiar ni despreciar a los trabajadores del espíritu, y si no consciente, inconscientemente sentirán como justa la diferencia de las condiciones de vida, en vista de los contrastes de la naturaleza humana. Pero no se podrá apartar enteramente del ambiente de entrenamiento espiritual, ni usará su contacto con los trabajadores intelectuales, con lo cual desaparecerá al entregarse plenamente a los oradores sueltos de palabra.

Todo el mundo es estimado, incluso el que se conforma con el grado de educación obligatoria, renuncia modestamente a seguir estudiando, y vuelve al trabajo manual. En cambio no habrá disculpa para aquellos que sin tener ningún conocimiento ni saber hacer nada, quieren saberlo todo mejor que nadie; pues ningún monopolio educativo se ha interpuesto en su camino y el que esté verdaderamente capacitado debe probarlo con hechos.

Hoy existen tres clases de simuladores sociales. Primero, aquellos a quienes la comunidad alimenta sin que le presten ningún servicio; son los herederos ociosos y los parásitos. Contra ellos hace falta legislación social.

En segundo término aquellos que intencionadamente rinden trabajo inferior, y por tanto se hacen pagar a costa

del trabajo a sus compañeros. Son los defensores del principio: a cada cual según sus necesidades y no según sus rendimientos, los sabotadores del trabajo. Contra ellos conocimiento y ordenación justa de los salarios. En tercer lugar los que fingen emitir pensamientos y realizar trabajo intelectual, mientras que no hacen más que repetir frases hechas con facilidad de palabra. Contra estos simuladores, los más peligrosos, los que pecan contra el espíritu, no hay más que la educación.

Esta educación estará abierta para aquel joven o viejo, que sabe practicar los ejercicios que se le presenten. El que en este examen de aptitud da el rendimiento normal puede pedir que no se vuelva al trabajo corporal, sino que se le ocupe en la profesión que ha elegido y que se le den medios para seguir formándose en ella. A medida que avanza en madurez, avanza también la importancia de puesto que se le asigna, hasta que llegue a dar el máximo de rendimiento.

Y no se objetó que habrá un número excesivo de candidatos a los trabajos intelectuales. ¡Ojalá fuese así! Pues entonces el país habría alcanzado un enorme desarrollo y habrían llegado a la perfección sus métodos de trabajo. Pero durante mucho tiempo la demanda habrá de ser mucho más pequeña de lo que se cree.

Pero, dirán los radicales, ¡qué principio más antisocial! Hemos logrado abolir por fin el examen que capacitaba para no pasar más que un año en el servicio militar; ¿y ahora vamos a ser clasificados según el grado de educación?

Alto. Hay aquí un sofisma. Yo no me opongo a que en

la época de transición, dominada aún por el monopolio de la educación, se prescindirá de toda calificación basada en el grado de cultura, aunque en pocos años habremos de experimentar la profunda decadencia que sigue al dominio de la incultura.

Pero la época de transición tiene un término, y entonces todo el que quiere puede aprender, y querrá aprender todo el que pueda hacerlo.

«¿Pero y el que no quiera? ¿Qué va a ser de él? No queremos estudiantes modelo.»

Yo tampoco quiero estudiantes modelo. El que de chico no ha aprendido nada, puede aprender de mayor. El que de mayor no quiere romperse la cabeza, no se le toma a mal, sino que se le señala un trabajo corriente a elección suya.

Pero el que quiera ver la dirección y el destino del país en manos de aquellos que no quieren romperse la cabeza, que no se parapete detrás de principios sociales, que confiese sencillamente que quiere el dominio de los charlatanes y el plebeyismo espiritual. Claro está que con eso no se cumple la misión alemana.

El camino que lleva al cumplimiento de la misión alemana, de la educación alemana, que no será ya educación de clase, sino educación popular, está abierto por el equilibrio de trabajo. Todo el mundo partirá del mismo sitio. El trabajador manual no estará ya impedido por el exceso de fatiga, el intelectual, no estará separado del pueblo.

El país de la educación, de la cultura, no le parecerá ya al obrero manual una isla inabordable, sino un territorio en que puede penetrar a diario. Todo el mundo habrá adqui-

rido en la escuela los conocimientos previos elementales, y para su formación posterior no encontrará obstáculo alguno. Estará en contacto diario con personas ilustradas, y en este trato dará y recibirá alternativamente; la manera de pensar, la metódica y la enciclopedia del trabajo intelectual, patrimonio hoy de unos pocos, la poseerán todos; el doble lenguaje que hoy se emplea, el de los conceptos y el de las cosas será para él uno sólo.

Cesará toda escisión duradera, las fuerzas ascendentes y descendentes del país permanecerán en movimiento constante, los diversos elementos en contacto inseparable.

Las naturalezas mal dotadas y atormentadas, podrán odiar la propia incapacidad—este contraste existirá mientras haya hombres—pero no habrá ya odio de clase a clase.

Pero como por otra parte la educación es juntamente el fin social declarado del país y el fin y la medida personal del individuo, las aspiraciones hacia la riqueza y el goce serán relegadas a segundo término.

El espíritu que reine en el país no se asemejará a nada de lo que conocemos. Como en la Edad Media, dominará un poder espiritual, pero no un poder exterior impuesto desde arriba. La competencia entre todos se asemejará a la de los mejores en la época del Renacimiento pero su objeto no serán valores convencionales sino el bien del país.

Por primera vez la voluntad convencida y consciente de un pueblo podrá encaminarse a un fin común por todos acatado. La significación de todo esto es incomensurable; pondrá en ejercicio fuerzas de las que sólo actúan en aquellos momentos culminantes de la historia de que la Revolución francesa es el último ejemplo.

Y aquellos peligros de que hemos hablado, el infierno del socialismo mecanizado, de los establecimientos e instituciones sin sentido ni espíritu se disipará, pues la obra recibirá contenido y valor propio. El espíritu es el único fin que santifica los medios; los santifica, no justificando, sino purificando. Del mismo modo que en la habitación de un enfermo los parientes se consuelan con un leve descenso de la fiebre, aunque en lo íntimo saben que se acerca la hora, así se trata de convencerse de que al fin se arreglará todo con pequeños remedios o por sí mismo. La ciudad de las lagunas que es nuestra sociedad y nuestra economía, está a punto de desplomarse, pues todos sus postes y vigas están podridos. Claro que se mantiene aún en pie y seguirá manteniéndose por algún tiempo como si estuviese sana. Ahora se presenta esta alternativa: o la dejamos ir y sobreviene el desplome y ya no podrán reanimarse las ruinas, o comienza el trabajo lento de curación del cuerpo enfermo, que se prolonga años y años, no descansa nunca, trae consigo peligros y fatigas, y acaba imperceptiblemente en el momento en que la antigua ciudad se transforma en la nueva.

No puede haber duda de que ello exige que acontezca algo enorme y sin ejemplo. ¿Puede creer un hombre capaz de pensar que cuando se derrumba el orden social del mundo, cuando un país de la importancia de Alemania pierde la base de su existencia, cuando se rompe una evolución de siglos, se desvalbriza y pone en tela de juicio su capacidad y su tradición, puede creer realmente alguien que unos artículos de la constitución, unas confiscaciones, socializaciones y mejoras de salario bastan para de-

volver el derecho a la vida, a una nación de sesenta millones de habitantes? ¿Por qué no es la república negra de Liberia el país más adelantado?

Nuestra voluntad es débil y nuestros antiguos señores decían que sólo una disciplina férrea de arriba podía hacernos útiles. Si esto es cierto, no podemos esperar nada, a menos que se compadezca de nosotros una dictadura y nos señale un puesto modesto entre las naciones de gran pasado y modesto porvenir. Si somos dignos de nuestro nombre, es preciso que nos renovemos espiritualmente; sólo llegar a este pensamiento es un esfuerzo considerable para un pueblo; realizarlo en una nueva sociedad es prueba y cumplimiento conjuntamente.

Es preciso cambiar la contextura de nuestra ética social. Hasta ahora—prescindiendo de frases hechas—se asentaba sobre dos conceptos eficaces e impulsores: deber y éxito, ambos, aspectos del individualismo. El resto, amor al prójimo, a la comunidad, fe, cultura, sentimiento de la naturaleza era cosa secundaria, medio para el fin, convención o mentira. El deber era el impulso natural inconsciente, el éxito el consciente. El premio de ambos era posición y bienestar.

En todas las manifestaciones externas se transparentaban las dos cosas deseadas: tener algo y ser algo. El orgullo de no ser un «cualquiera» que tuviese o fuese menos que uno. ¡Había gradaciones del ser! ¡Del ser humano! Se podía ser algo, se podía ser mucho, se podía ser poco, se podía no ser nada. El cuello planchado y el collar de perlas, la buena casa y el coche-salón, las condecoraciones y los títulos eran prueba de lo que se tenía o de lo

que se creía ser. Al que no se le conocía no se le podía dirigir la palabra, al conocido se le podían pedir prestados cien marcos, pero no se le podía pedir una moneda de cobre. El que tenía riqueza se pavoneaba con ella para ser admirado, el que era de buena casa mostraba su distancia y el peso de su dignidad, cuando por ejemplo entraba en el comedor con mirada ausente. De los subordinados se exigían reverencias y frases indignas y se les trataba con impasibilidad, frente a los superiores se era lo más amable posible. Estaba permitido—¡no lo está aún!—gastarse supérfluamente en una hora el ingreso mensual de una familia; a nadie le importaba. Abajo había mucha indignación sincera, pero también envidia, imitación declarada, secreta admiración. Se imitaban todos los caprichos; en el arrabal y en los pueblos la exhibición cedía en calidad, pero no en cantidad.

Y no se diga: abusos, vida de gran ciudad, no hay que generalizar. Esos son lugares comunes. Para conocer el espíritu de una sociedad no se busca a los solitarios. Por lo demás pregúntese cada cual a sí mismo si esta sociedad descansaba en la solidaridad y amor a los hombres, o en un culto desenfrenado del interés, en la ostentación y la falsía; en la recomendación y en la adulación al superior. Para explicarse la facilidad con que el pueblo se precipitó en una guerra cuyo origen no conocía ni quería conocer, hay que tener en cuenta también, junto con el interés egoísta, el deseo de medrar y hacer carrera, el impulso oscuro de la conciencia colectiva que, cansada del individualismo desenfrenado, anhelaba fusión y solidaridad.

¿Que todo esto está muy arraigado en la naturaleza

humana, ha sido siempre así y no puede modificarse de golpe? Habladurías de escuela. Hay muchas cosas arraigadas en la naturaleza humana y todo depende de cuál de ellas desenvuelve la voluntad. ¿Quién habla de modificar de un golpe? Lo que hay que hacer es cambiar el criterio de juicio y una vez logrado se esconderá en la sombra lo que hoy se pavonea al sol. Pero este cambio es cosa del conocimiento. El día que la exhibición, el derroche, el exclusivismo, el afán de pelea y violencia, la codicia, la mendicidad y la envidia plebeya se miren con los mismos ojos con que se mira a los demás extravíos, no habrán desaparecido todos los males, pero se habrá purificado la atmósfera. Véase a los socialistas novatos y a todos los que han mudado de criterio; cómo muestran que modificar el juicio es cosa de horas.

La base de todo conocimiento social son valores morales acatados. Los valores de la ética cristiana no han penetrado nunca en los bajos fondos colectivos, incluso en la Edad Media, en el apogeo de la cultura cristiana, y más exactamente eclesiástica, los conceptos morales del cristianismo sólo eran patrimonio de hombres y comunidades escogidos, la sociedad acataba los mitos, rendía homenaje a la jerarquía, y éticamente seguía siendo pagana. Las Iglesias no han hecho nunca un intento serio de modificar y conformar las costumbres; estaban tan ocupadas con enseñanzas dogmáticas, que cada vez se apartaban más del Evangelio, y la energía restante la aplicaban a la política y a pactar con los poderes dominantes.

La ética del culto del valor practicada e impuesta por las clases superiores, junto con el concepto del honor en que



se plasmaba, sigue influyendo en el desprecio de la cobardía y del crimen cobarde. Políticamente esta moral de nobles degeneró en arrogancia, presunción y exclusión de las demás clases; la abstracción kantiano-prusiana del concepto del deber, en el fondo indemostrado y de escaso poder convincente, se convirtió en una regla de vida fortificada por la educación. Al caer los poderes dominantes hemos podido ver cuán quebradiza era.

No hemos conseguido sustituir la ética social por un modelo idealizado de carácter nacional. Análogamente a los antiguos las naciones de Occidente se han construido tipos ideales a los que se asemejan o creen asemejarse; saben perfectamente a qué se refieren cuando dicen *esprit gaulois*, *english character* o *american democracy*, mientras nosotros, correspondiendo a lo problemático de nuestro ser, aparte de unos héroes históricos inasequibles y nebulosos, no podríamos citar un carácter pensado o imaginado del que pudiera decirse que encarnaba el espíritu alemán.

La teoría ética que se acuerda con nuestra naturaleza, del ser, desarrollo y reinado del alma, hasta ahora sólo ha penetrado en pocas conciencias; la transformación del pensamiento y sentimiento que de ella parte no llegará a las masas directamente sino tras un continuo fluir de capa a capa social.

¡Valores sociales acatados! La frase suena tan abstractamente y tan alejada de la práctica que una vez más pudiera creerse que nos hallábamos en el país nebuloso de los discursos y artículos de fondo patrióticos. ¡Acatamiento voluntario de una autoridad invisible, después de haber

derribado la visible, y cuando vivimos en medio de la anarquía y el nihilismo espirituales! Y sin embargo son bien visibles ciertas valoraciones en el seno de la sociedad actual.

¿No habla todo el mundo de democracia en cuatro partes del planeta? ¿No se ha hecho familiar hasta la saciedad esta palabra prohibida hasta hace un año, incluso en círculos que pronunciaban frunciendo el entrecejo la modesta palabrita liberal? ¿Y qué significa democracia? ¿Sólo negativamente que ya no hay qué aguantar más? ¿O una cosa tan parva, como que se nos presta el derecho a ser caprichosos y que decide la mayoría? ¿O el sentido peligroso de aquellos que a través de un socialismo aparente anhelan una república del dólar?

Lo que determina el espíritu del país no es la forma de gobierno, sino la forma de sociedad. No existe una forma de sociedad democrática, pues la democracia puede ir unida al capitalismo, al socialismo, con otra forma cualquiera. El concepto fundamental no declarado que da sentido y asiento, así a las formas de constitución democráticas, como a la forma social orgánica, se llama solidaridad, es decir, fusión y sentimiento colectivo. Solidaridad quiere decir no sólo que cada cual es el prójimo de sí mismo, sino que siendo cada uno para todos y todos para cada uno, son responsables ante sí mismos, ante Dios y ante el Estado.

En el sentido de la solidaridad el dominio de la mayoría sobre la minoría no es un fin deseable, sino un mal; el fin de la democracia solidaria es el dominio del pueblo sobre sí mismo, no por medio de los números de proporción de

sus intereses, sino por medio del espíritu y la voluntad que le libentan. En el sentido de la solidaridad una sociedad no puede basarse en monopolios hereditarios ni del capital ni de la educación, ni puede entregarse al terrorismo de oficios y asociaciones, que dirigidos por charlatanes, pueden ahogar caprichosamente un establecimiento próspero, y tampoco basarse en la adulación demagógica de muchedumbres exaltadas. Todos los nacidos deben tener el mismo derecho a la vida, deben ser cuidados y amparados, y elegir libremente su suerte. Tienen libertad para ejercer todas las actividades, con excepción de aquellas que toquen a la esfera de acción de otros hombres. La medida de la obra no la determinan el nacimiento, el favor, el poder, la astucia y la facilidad de palabra, sino el espíritu y la voluntad.

Hoy que la formación del espíritu, la educación, es un monopolio de clase, no puede tomarse como medida de la capacidad creadora. Y sin embargo, se ha visto que el afán de educación de un espíritu un tanto capaz es tan grande, que ya hoy por virtud de autoeducación logra romper alguna de las barreras exteriores. Que yo sepa no ha habido ningún analfabeto entre los ministros prusianos y alemanes de la nueva era, y no tenía razón uno de ellos que se disculpaba de no conocer bastante el idioma por el monopolio de educación de clase, pues con varios años de práctica oratoria un hombre de capacidad normal puede aprender las leyes fundamentales de la sintaxis.

Cuando todos puedan disfrutar de los beneficios de la educación espiritual, esta será, sino la característica, el supuesto de la acción creadora. Y entonces la capacidad

no se probará entre agitadores y masas, ni en la penumbra de oficinas privilegiadas, sino en la competencia productora entre hombres del mismo nivel.

La sociedad no estará excindida en clases y castas, ni jerarquizada según ascendencia y riqueza, no estará dominada por oficios particulares, por ociosos y masas, sino que estará ordenada. Ordenada según espíritu, voluntad, rendimiento y responsabilidad. El que no quiera este orden que se crea y se renueva a sí mismo, y rechaza el orden antiguo, desea el reinado de la violencia y el acaso. Pues una sociedad no puede vivir a la larga sin orden, como no puede hacerlo un ejército o una tripulación. Sólo que en lugar del orden orgánico viene el casual y arbitrario, el determinado por las personas; impuesto por la habilidad momentánea de un cierto número de hombres, que se mantiene por la violencia y aspira a perpetuarse en la forma de una oligarquía hereditaria.

Ahora el que desee un orden social orgánico, que se cree a sí mismo, puede elegir—pues no es ya posible un orden sacerdotal jerárquico, y en un país como el nuestro no puede pensarse en un régimen agrícola—entre el orden militar que descansa en la fortaleza corporal disciplinada, un orden mercantil capitalista basado en el sentido de los negocios y en la pericia egoísta, un orden demagógico que se basa en el dominio de las masas por medio de la palabra y es de escasa duración, pues degenera su avidez de dictadura personal y en oligarquía, o su orden fundado en la educación que se asienta sobre el espíritu, el carácter y la cultura.

Este último no es sólo el único digno de nuestro pasado

y apropiado a nuestra naturaleza, sino que llegará a ser el orden social dominante en toda la tierra. Considerándolo nos damos cuenta de lo que le faltó a Prusia para cumplir su misión y por qué hubo de fracasar.

La grandeza de la política seguida por Prusia desde 1713 estaba en haber presentido y utilizado la mecanización antes de que ésta se convirtiese en principio general de la civilización moderna. Organización y reformas, maquinaria guerrera y diverso cultivo de la ciencia, objetividad y trabajo concienzudo; todo esto es mecanización, claro atisbo del punto de vista político.

En la temprana aplicación de estos principios había una genialidad que se adelantaba en mucho a su tiempo. Considerado desde su punto de vista el resto del mundo continental no mecanizado aún, lleno de restos medioevales, cesaristas y clericales, parecía torpe de movimientos, ilusionista, sin precisión. Con breves interrupciones este criterio pruso-céntrico siguió dominando hasta la mitad de la última guerra, no sin justicia, pues Prusia siguió yendo a la cabeza de la mecanización.

Durante cien años los principios prusianos conservaron el privilegio del éxito, los demás, apenas si los entendían y menos los imitaban. Luego vino Napoleón.

Napoleón recogió los principios de la civilización mecánica y los manejó como no los había manejado nadie; se convirtió en el mecanizador del mundo. Pero al propio tiempo había en él algo potente y violento; la herencia de la Revolución francesa y de la liberación del pueblo.

Cayó Prusia y hubiera caído también aunque no se hubiera oxidado su mecanismo. Sus directores aprendieron

en el ejemplo de Francia e Inglaterra, organizaron una guerra de independencia y una liberación espiritual del pueblo, reanimaron la mecanización y vencieron con Inglaterra como más tarde Francia había de vencer con Norteamérica.

Aquí se bifurcó el camino: cabía proseguir la mecanización o la liberación del pueblo. No se hizo nada y las cosas se estancaron. En vez de la liberación espiritual vino la reacción, en vez de la mecanización la burocracia. También en el resto del continente se ahogó la ascendente mecanización política por obra de la mecanización burocrática.

Bismarck comprendió las energías que alentaban en el seno de la mecanización política. Contemplado desde nuestras ventanas el mundo parecía vicioso y pobre y lo era en efecto. Otra vez se reanimó en empeñado esfuerzo el mecanismo prusiano, procurando contener a la burguesía que tenía ansias espirituales y de libertad. A esto se llamó política realista. El cálculo era justo; con un liberalismo de profesores no se iba adelante, con Krupp y Roon se prepararon victorias. Como en la época de Federico el desorganizado Continente no resistió, Prusia subió a la cumbre y se adueñó de Alemania.

Otra vez se excindieron los caminos. Pero nadie se ocupaba ya de la liberación del pueblo y del espíritu. Se creía poseer la dosis necesaria, la democracia estaba desacreditada y rota, los profesores se hicieron políticos realistas, el éxito lo daba la mecanización política, que con razón se veía ligada a la dinastía y la mecanización económica atraía la codicia.

Bismarck murió con preocupaciones pero sin escrúpulo.

Ambas mecanizaciones estaban en el apogeo y los otros países políticamente seguían pareciendo desorganizados. Aquí se agotaban en contiendas parlamentarias, allí faltaban acorazados, en otras partes cañones o soldados, o ferrocarriles, o finanza, en todas partes los trenes llegaban sin puntualidad, en todas partes intervenía la opinión pública la prensa en los debates judiciales, o en la administración, en todas partes había escándalos, sólo en la Alemania prusianizada marchaba todo bien.

Sólo se había olvidado una cosa. La mecanización económica se había hecho patrimonio común. Partiendo de ella, de sus métodos y experiencias, también los demás, en caso de apuro, podían mecanizar, o como se dice hoy, militarizar la política. Además los otros pueblos eran más liberales; al aislamiento político de Prusia se añadía el aislamiento espiritual.

Cegados por la prosperidad económica ni un sólo hombre de Estado se dió cuenta de que el principio prusiano había dejado de ser un monopolio, ni un avance y mucho menos una idea genial. En vez de renovar en un sentido liberal y espiritual el ambiente interior y de seguir la más callada, discreta y poco aparatosa política defensiva, se acumulaban preparativos bélicos y se seguía una política de provocación. Peor que las notas desafinadas que haber equivocado tiempo y medida: allegro, tiempo de marcha, fortísimo con cornetas y trompetas.

Hoy no estamos ya ante una alternativa, no podemos elegir libremente. La época del prusianismo mecanizado ha pasado para nosotros, la época de la política mecanizada de violencia ha pasado para el mundo, aunque los

reflejos de Versalles floten aún engañosos sobre el horizonte. Ha comenzado, no la paz de Dios del capitalismo como quiere la política de los pueblos, sino la época social. En ella vivirán los pueblos, ordenándose según la fuerza de las ideas que representan.

No basta que de prusianos nos convirtamos en alemanes. Aun cuando, como fuera de desear, salvásemos del derrumbamiento prusiano las virtudes de la objetividad, el orden y el deber. No basta que confeccionemos una mezcla sin alma de métodos burgueses occidentales ya pasados y de prácticas revolucionarias orientales sin madurez. No basta, sino que lleva a la ruina, y más rápidamente de lo que se cree, hablar hoy de divisas, mañana de revueltas, pasado mañana de subsistencias, tapando un agujero tras otro y acostándose aliviado pensando: hemos remediado algo, ya se arreglará todo.

No se arreglará nada, insensatas criaturas, mientras no dejéis vuestra vana charlatanería sin convicción, vuestros regateos, agitaciones y compromisos, y comencéis a pensar. Estamos ante un pueblo que ha perdido el derecho a la existencia porque confiado ciegamente en la autoridad descansaba en el bienestar y el poder, y se encuentra sin ambas cosas. ¿Queréis poner la razón de nuestra existencia en barcos, soldados, minas, relaciones comerciales que ya no tenemos, o en un suelo que no alcanza a cubrir nuestras necesidades, en una voluntad de trabajo quebrantada? ¿Hemos de ser los criados y servidores del mundo? Sólo sobre pensamientos e ideas podemos fundar la razón de nuestra existencia. ¿Dónde está vuestro pensamiento? ¿Dónde está el pensamiento alemán?

Sólo podremos vivir y tendremos derecho a la vida si nos hacemos lo que estábamos destinados a ser, lo que estábamos a punto de ser y no hemos sido: un pueblo espiritual, espíritu entre los pueblos. Este es el pensamiento alemán.

Este pensamiento alemán creará la Nueva Sociedad, la sociedad del espíritu y de la formación del espíritu, la única que puede sostenerse en la época social.

Se nos ha dado un carácter débil en cuanto a la voluntad externa y un carácter fuerte en cuanto a la responsabilidad interior, nos han sido concedidas profundidad y comprensión, justicia e individualidad, visión total y escrupulosidad, potencia de trabajo y don inventivo, fantasía y anhelo, para que realicemos esta empresa. ¿Pues qué significan en conjunto estas cualidades? No son cualidades de conquistador, ni de hombre de Estado, ni de hombre de mundo, ni de negociante; no podemos ser eso entre los pueblos. Aquellas cualidades son las del trabajador del espíritu; y si estamos lejos de ser un pueblo de poetas y pensadores, es nuestro derecho ser un pueblo pensante entre los pueblos.

¿Y de qué vivirá este pueblo pensante? preguntaréis con ironía. ¿No pasará hambre y tendrá que mendigar con toda su sabiduría?

No os dé cuidado, que vivirá. Pues aquel pueblo que en medio de la centenaria revolución mundial cree una forma social equilibrada, ordenada y de un alto nivel de desarrollo, trabajará y producirá, mientras que en derredor sólo habrá disputas y luchas y se trabajará y se producirá poco. Para los decenios venideros la cuestión no será

quien necesita, sino quien puede crear. Los campos estarán desolados como los de Alemania después de la guerra de treinta años, sólo que hoy no se ve aún, pues mientras dura la fiebre no se nota el descenso.

Pero una producción pensada y espiritualizada, creada por una sociedad y una comunidad de trabajo de elevado nivel, es más que valiosa o barata, es ejemplar e indispensable. Y no sólo la producción misma, sino los métodos de producción, la técnica, el entrenamiento, la organización, la manera de pensar.

Es mezquino decir que nos ha aniquilado la envidia. ¿Por qué no ha aniquilado a los Estados Unidos y a Inglaterra? Se nos miraba con admiración y con antipatía. Con admiración por nuestra sistemática y nuestro trabajo, con antipatía, por nuestra impertinencia comercial, por vuestro gobierno torpe y peligroso, y por la sumisión presuntuosa con que lo tolerábamos. Si aparte del declarado egoísmo nacional y mercantil se hubiera descubierto una idea alemana, hubiera sido acatada.

La idea alemana de la educación del espíritu, nos reportará algo de que no gozamos desde hace un siglo y cuya transcendencia no podemos medir: acatamiento voluntario, estímulo y seguimiento. No sabemos lo que significa para un pueblo tener de su parte fuerzas de propaganda como Francia en su capacidad formadora, Inglaterra y los Estados Unidos en la civilización y democracia, Rusia en la ortodoxia eslava, los Estados neutrales en su internacionalismo.

No haya cuidado. Viviremos, y haremos más que vivir. Pues por primera vez desde hace siglos tendremos con-



# BIBLIOTECA NUEVA

LISTA, 66 MADRID EXTRACTO DEL CATÁLOGO

## OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

	Ptas.
I.—Perlas Negras. Místicas . . . . .	4,00
II.—Poemas . . . . .	4,00
III.—Las voces. Lira heroica y otros poemas . . . . .	4,00
IV.—El éxodo y las flores del camino . . . . .	4,00
V.—Almas que pasan . . . . .	4,00
VI.—Pascual Aguilera El donador de almas . . . . .	4,00
VII.—Los jardines interiores. En voz baja . . . . .	4,00
VIII.—Juana de Asbaje . . . . .	4,00
IX.—Ellos . . . . .	4,00
X.—Mis filosofías . . . . .	4,00
XI.—Serenidad . . . . .	4,00
XII.—La amada inmóvil . . . . .	4,00
XIII.—El bachiller. Un sueño. Amnesia. El sexto sentido . . . . .	4,00
XIV.—El diamante de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira . . . . .	4,00
XV.—Elevación . . . . .	4,00
XVI.—Los balcones . . . . .	4,50
XVII.—Plenitud . . . . .	4,50
XVIII.—El estanque de los lotos . . . . .	4,50
XIX.—Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal . . . . .	4,50
XX.—Cuentos misteriosos . . . . .	4,50
XXI.—Algunos . . . . .	4,50
XXII.—La lengua y la literatura (1ª parte) . . . . .	4,50
XXIII.—La lengua y la literatura (2ª parte) . . . . .	4,50
XXIV.—En torno a la guerra . . . . .	4,50
XXV.—Crónicas . . . . .	4,50
XXVI.—Ensayos . . . . .	4,50
XXVII.—El arquero divino . . . . .	4,50
XXVIII.—Conferencias Discursos. Misceláneas . . . . .	4,50

*De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernados. Precio de cada ejemplar, 35,00 pesetas.*

## OBRAS DE OSCAR WILDE

	Ptas.
I.—El crimen de lord Arturo Savile (novelas) . . . . .	4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela) . . . . .	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas) . . . . .	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas) . . . . .	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro) . . . . .	4,00
Intenciones . . . . .	4,00

## OBRAS

### DE EÇA DE QUEIROZ

Una campaña alegre . . . . .	4,00
San Onofre . . . . .	4,00
San Cristóbal . . . . .	4,00
Cartas de Inglaterra . . . . .	4,00
El misterio de la carretera de Cintra . . . . .	5,00
Notas contemporáneas . . . . .	5,00
Ecós de París . . . . .	4,00
Cartas familiares y billetes de París . . . . .	4,00
Prosas bárbaras . . . . .	4,00

## OBRAS

### DE REMY DE GOURMONT

Colores (cuentos eróticos) . . . . .	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela) . . . . .	4,00
El sueño de una mujer (novela) . . . . .	4,00
El peregrino del silencio . . . . .	4,00
Historias mágicas . . . . .	4,00

## NOVELAS DE RAFAEL

### LÓPEZ DE HARO

¿Y después? . . . . .	5,00
Ante el Cristo de Limpias . . . . .	5,00
¡Pero el amor se val! . . . . .	5,00
Fuego en las entrañas . . . . .	5,00
Entre todas las mujeres . . . . .	5,00
La Venus miente . . . . .	5,00
Las sensaciones de Julia . . . . .	5,00
Todos los amores . . . . .	5,00
Un hombre solo . . . . .	5,00

NOVELAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
	Ptas.
La viuda blanca y negra . . . . .	4,00
El secreto del Acueducto . . . . .	4,00
NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY	
El amor imposible . . . . .	4,00
Las diabólicas . . . . .	4,00
Una historia sin nombre . . . . .	4,00
OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD	
I.—Psicopatología de la vida cotidiana. (Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos) . . . . .	10,00
II.—Una teoría sexual y otros ensayos . . . . .	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente . . . . .	10,00
IV.—Psicoanálisis . . . . .	10,00
V.—Interpretación de los sueños . . . . .	10,00
VI.—Psicología de las masas . . . . .	10,00
COLECCIÓN EXTRANJERA	
LEONIDAS ANDREIEV	
Los siete ahorcados (novela) . . . . .	4,00
Judas Iscariote (novela) . . . . .	4,00
La risa roja (novela) . . . . .	4,00
Memorias de un preso (novela) . . . . .	4,00
FEDERICO NIETZSCHE	
Epistolario inédito . . . . .	4,00
VILLIERS DE L'ISLE ADAM	
La Eva futura (novela) . . . . .	4,00
Nuevos cuentos crueles . . . . .	4,00
GABRIEL D'ANNUNCIO	
Quizás sí, quizás no (novela) . . . . .	5,00
EÇA DE QUEIROZ	
El señor Diabli . . . . .	4,00
Cuentos . . . . .	4,00
Últimos ensayos . . . . .	4,00
ALEJANDRO KRUPIN	
El capitán Ribnicov (novela) . . . . .	4,00
MARK TWAIN	
Narraciones humorísticas . . . . .	4,00
El diario de Eva (novela) . . . . .	4,00
¿Ha muerto Shakespeare? . . . . .	4,00
KNUT HAMSUN (Premio Nobel).	
Pan (novela) . . . . .	4,00
Victoria (novela) . . . . .	4,00
F. DOSTOIEWSKY	
Tres novelas . . . . .	4,00
J. y J. THARAUD (Premio Goncourt).	
Dingley, el lustre escritor (novela) . . . . .	4,00
Servidumbre de amor (novela) . . . . .	4,00
CARLOS BAUDELARIE	
Páginas escogidas . . . . .	5,00
TEODORO DE BANVILLE	
Muecas (cuentos) . . . . .	4,00
ARTURO SCHNITZLER	
Morir (novela) . . . . .	4,00
JEAN LORRAIN	
El burdel de Filiberto (novela) . . . . .	5,00
JULES RENARD	
El viñador en su viña . . . . .	4,00
GERARDO DE NERVAL	
Las hijas del fuego (novela) . . . . .	4,00
FIALHO D'ALMEIDA	
La ciudad del viento (novelas) . . . . .	4,00
LEÓN TOLSTOY	
Jadsí-Muraf (novela) . . . . .	5,00
CONDE DE L'AUTREAMONT	
Los cantos de Maldoror . . . . .	4,00
O. HENRY	
Picaresca sentimental . . . . .	4,00
G. RODENBACH	
En destierro (novela) . . . . .	4,00

Ptas.		Ptas.	
ENRIQUE SIENKIEWICK		CARLOS PEREYRA	
Hania (novela) . . . . .	4,00	La Tercera Internacional . . . . .	4,00
R. L. STEVENSON		KARL KAUTSKY	
Las tribulaciones de un joven indolente (novela) . . . . .	4,00	Terrorismo y comunismo . . . . .	4,00
HENRI DE REGMIER		N. TASIN	
Boda de amor (novela) . . . . .	4,00	La revolución rusa (segunda edición) . . . . .	4,00
PIERRE LOTI		La dictadura del proletariado . . . . .	4,00
El libro de la piedad y de la muerte (novelas) . . . . .	4,00	Héroes y mártires de la revolución rusa . . . . .	4,00
GIOVANNI PAPINI		MAXIMO GORKY	
Hombre acabado . . . . .	4,00	De la era bolchevista. La revolución y la cultura . . . . .	4,00
LEONHARD FRANCK		A. R. ORAGE	
El hombre es bueno (novela) . . . . .	4,00	Socialismo gremial . . . . .	5,00
MÁXIMO GORKY		L. TROTSKY	
El sentido de la vida (novela) . . . . .	4,00	El triunfo del bolchevismo (2.ª edición) . . . . .	4,00
G. APOLLINAIRE		Terrorismo y comunismo o el Anti-Kautsky . . . . .	4,00
El poeta asesinado . . . . .	4,00	S. ZAGORSKY	
TEATRO SELECTO CONTEMPORÁNEO		La república soviética: su obra . . . . .	5,00
OSCAR WILDE		RUSIA	
El abanico de lady Windermere . . . . .	2,50	Legislación bolchevique . . . . .	5,00
FRANK WEDECKIND		ENRICO LEONE	
Despertar de primavera . . . . .	2,00	El sindicalismo . . . . .	4,00
LEONIDAS ANDREIEV		A. KERENSKY	
Hacia las estrellas . . . . .	2,50	El bolchevismo y su obra . . . . .	4,00
La vida del hombre . . . . .	2,50	VARIOS	
JOHN GALSWORTHY		El sindicalismo revolucionario . . . . .	4,00
La huelga . . . . .	2,50	E. TORRALBA BECI	
BJORNSTJEROE BJERNSON		Las nuevas sendas del comunismo (Tesis y acuerdos del III Congreso de la Internacional comunista, 1923) . . . . .	4,00
Laboramus . . . . .	2,50	COLECCIÓN LITERARIA	
M. ARTZIBACHEV		JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Celos . . . . .	2,50	Espíritu ambulante . . . . .	4,00
LAS NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES		EUGENIO NOEL	
N. LENIN		Piel de España . . . . .	4,00
El estado y la Revolución proletaria (8.ª edición) . . . . .	4,00	JOAQUÍN BELDA	
Ideari bolchevista . . . . .	4,60	La Pregunta de Pilatos (2.ª edición) . . . . .	4,00
El comunismo de izquierda . . . . .	4,00		
La victoria proletaria y el renegado Kautsky . . . . .	4,00		
El capitalismo de Estado . . . . .	4,00		



Ptas.	Ptas.
S. Y J. ALVAREZ QUINTERO La Madrecita (novela) . . . 4,00	ALFONSO REYES El cazador. . . . . 4,00
JOSÉ E. RODO Páginas escogidas. . . . . 4,00	ALBERTO INSÚA Juventina la bella (novela) 4,00
JULIO CAMBA Un año en el otro mundo (2.ª edición). . . . . 4,00	MARIA ENRIQUETA Sorpresas de la vida (cuentos). . . . . 4,00
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO) Hombres, hombrecillos y animales. . . . . 4,00	FEDERICO GARCIA SANCHIZ Cosmopolita (novelas) . . 4,00
CRISTÓBAL DE CASTRO Las mujeres (2.ª edición). 4,00	M. DÍAZ RODRÍGUEZ Peregrine (novela). . . . . 4,00
SILVERIO LANZA Páginas escogidas e inéditas . . . . . 4,00	EDUARDO ZAMACOIS La virtud se paga (novela) 4,00
MANUEL MACHADO Un año de teatro. . . . . 4,00	<b>COLECCIÓN HISTÓRICA</b>
EÇA DE QUEIROZ La decadencia de la risa (2.ª edición). . . . . 4,00	J. GARCÍA MERCADAL España vista por los ex- tranjeros (3 tomos) . . 12,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA Muestrarlo. . . . . 4,00	RICARDO FUENTE Reyes, favoritas y validos 4,00
GABRIEL ALOMAR Verva. . . . . 4,00	E. GONZÁLEZ-BLANCO Historia del periodismo. . 4,00
R. CANSINOS ASSENS El divino fracaso. . . . . 4,00	CARLOS PEREIRA La obra de España en América . . . . . 4,00
EDUARDO MARQUINA Almas de mujer (novela) . 4,00	E. RODRÍGUEZ SOLÍS Historia de la prostitución 5,00
E. DÍAZ RODRÍGUEZ Santa Coloma (novela) . . 4,00	P. OTERO Y SÁNCHEZ España, patria de Colón . 4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT El secreto de la ruleta (no- velas). . . . . 4,00	<b>COLECCIÓN POLÍTICA</b>
R. BLANCO-FOMBONA Dramas mínimos. . . . . 4,00	ANTONIO MAURA Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos). 8,00
SOFIA CASANOVA La revolución bolchevis- ta. Diario de un festigo 4,00	ALBERTO MOUSET La política exterior de Es- paña. . . . . 3,50
A. HERNÁNDEZ CATÁ Los siete pecados (cuen- tos). . . . . 4,00	ALVARO DE ALBORNOZ El partido republicano. . . 3,50
	JUAN JOSÉ MORATO El partido socialista. . . . 3,50
	M. MORENO RECIO Los partidos políticos eu- ropeos. . . . . 4,50

Ptas.	Ptas.
ENRIQUE FAJARDO (FABIAN VIDAL) Crónicas de la Gran Gue- rra. . . . . 6,00	WALTER RATHENAU La sociedad nueva. . . . . 4,00
<b>IDEARIO ESPAÑOL</b> <i>Colección interesantísima de tomos, en los que están reunidas y ordenadas por materias las ideas expuestas a través de sus obras por las más grandes figuras del pensamiento español.</i>	V. RUIZ ALBÉNIZ Ecce Homo. (Las respon- sabilidades del desastre de Anual). . . . . 6,00
Ideario de LARRA (Prólogo de Gabriel Alover). . . . . 5,00	<b>BIBLIOTECA DEL MÁS ALLÁ</b>
Ideario de COSTA (Prólogo de Luis de Zulueta). 5,00	PAUL GIBIER El Esprittismo (con ilustraciones) . . . . . 3,00
Ideario de GANIVET (Prólogo de Cristóbal de Castro). . . . . 5,00	RODOLFO STEINER La Teosofía. . . . . 4,00
<b>LOS GRANDES CUENTISTAS</b>	ELIPHAS LEVI Historia de la Magia (con ilustraciones) . . . . . 6,00
Cuentistas húngaros . . . 4,00	ARTEMIDORO DE DALCIS Interpretación de los sueños . . . . . 4,00
Cuentistas rusos. . . . . 4,00	H. P. BLAWATZKY Doctrinas y enseñanzas teosóficas. . . . . 4,00
<b>VARIOS</b>	RAFAEL URBANO El Diablo: Su vida y su poder (con ilustraciones). . . . . 5,00
CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) Los anticuarios (novela) . 4,50	ENEDIEL SHAHYACH Las maravillas del espiritismo. . . . . 4,00
ARTURO GARCÍA CARRAFA La política pintoresca. (Más de cien anécdotas de hombres públicos). . . . . 3,50	LAUREL & NAGOUR La magia y el amor. . . . . 4,00
JUAN MONEVA Y PUYOL Primeros ciudadanos . . . 3,50	GURNES, MYEWR & PODMORE La telepatía. . . . . 4,00
LUIS DE ZULUETA La oración del incrédulo . 3,50	PAPUS Tratado de ciencia oculta. 4,00
LA «BIBLIOTECA NUEVA» TIENE EN PRENSA Y EN PREPARACION OTRAS MUCHAS E INTERESANTES OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS	



BIBLIOTECA NACIONAL



1001201083

ESPAÑOLAS Y ESPAÑOL  
SANTOS ORDES DE LOS MEJORES AUTORES  
E LA PREPARACION DE LAS BUCHAS E INTERIO-  
LA BIBLIOTECA NUEVA-DIENE EN PERU Y